ROCÍO MACHO

TE LLAMARÉ LOS MARTES



TE LLAMARÉ LOS MARTES

ROCÍO MACHO

COLECCIÓN milamores

Te llamaré los martes

ISBN: 9791387832339
ISBN ebook: 9791387832766

Derechos reservados © 2026, por:

© del texto: Rocío Macho
© de la foto de autora: Pedro Cervantes
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Carlos, Alicia y Javi

PRIMERA PARTE

1
Raquel

Me caen mal mis hijas. No es que no las quiera, es solo que a veces me resultan insufribles. Mirarlas mientras se pelean porque la una le ha perdido a la otra su bolígrafo favorito, porque la mayor ha comido una frambuesa más que la pequeña en la merienda, o porque el sol no ha salido —una nunca sabe la estupidez supina que va a desatar la tormenta—, me aburre soberanamente, y me recuerda que yo un día, no hace tanto, fui otra persona. Alguien que se perdió en el olvido y por más que busque en mi interior, ya no encuentro. Lo peor es que, lejos de ponerme triste, ese pensamiento me cabrea. La frustración es una tenia que te devora de dentro afuera y te convierte en un ser instalado en el enfado perpetuo.

El último cabezazo de la niña contra el suelo de terrazo ha sonado más fuerte que los anteriores. Como el golpe seco y sordo que produce un pequeño animal en el parachoques de un coche al ser atropellado. Irene grita indignada y Eva intenta que sus pataleos y trastazos superen los decibelios de su hermana mayor. No tengo ni

idea de por qué están peleando, no me importa lo más mínimo y no pienso intervenir. Ya se les pasará. Subo la televisión a un volumen ensordecedor para acallar su bronca monumental cuando de pronto, suena esa canción. En la tele, un chico cercano a los cuarenta, con entradas considerables y unos kilillos de más, arranca acordes pop a una guitarra acústica. Me digo que no puede ser y fijo mis ojos en sus ojos risueños, brillando por detrás de unas gafas rectangulares de pasta en un rostro que apenas reconozco, al tiempo que su voz acaricia estrofas naif que hablan de todo aquello. Entro en trance mirando la pantalla, que me succiona hacia un túnel del tiempo donde ya no escucho a mis hijas, ni siquiera las percibo a mi alrededor. Porque esa Raquel que hasta hace un segundo era incapaz de encontrar, ha pulsado el botón de rebobinar.

2
El Apolo

(Barcelona 1999)

«Lola», Pastora

El autobús de línea detuvo la marcha y los viajeros se agolparon para bajar, estirando las piernas tras las casi ocho horas que duraba el trayecto Madrid-Barcelona. Yo no tenía prisa. Saboreaba el momento, deseando sentir ese familiar bofetón de humedad, la pesadez de la brisa ligeramente salada y la luz resplandeciente del Mediterráneo. Los pantalones de pana que había escogido para no congelarme con el aire acondicionado del bus, empezaron a parecerme un castigo. Pero, qué demonios, me hacían un culo estupendo.

Abajo, en el andén abarrotado de la estación de Sants, estaban Juan y su moto, porque todos ellos se movían en moto por la ciudad. Era un viernes de septiembre, aún hacía calor y la tarde no

había hecho más que empezar. Los planes para la noche que me iba anticipando Juan por el camino sonaron prometedores. El aire olía a baile, a fiesta y a nuevas aventuras. Mi maltrecha autoestima no podía imaginar un mejor recibimiento. Los días previos habían sido francamente malos. Tras un verano de idas y venidas con Gabriel, estaba harta. Solo esperaba que Barcelona tuviera el poder de paliar la acidez de mi vida, como el bicarbonato con limón, aunque solo fuera por un rato y con efecto rebote.

Aparcamos en un espacio reservado para motos del carrer Tallers, a escasos metros del portal de Juan, el número cinco. Cuando entré en el piso, sintiendo la euforia de quien comienza unas cortas vacaciones en su ciudad favorita, una niebla espesa me impidió ver las caras de todos los que se congregaban en el exiguo salón amueblado, en su mayoría, con objetos encontrados en la calle. Todo me resultaba *supercool*. Marian ya había llegado —ella podía pagarse un billete de avión. Yo no—; y allí estaban los demás de la pandilla de Barna, junto a la novia de Enric y el mejor amigo de esta, que la acompañaba a menudo. Era un chico bajito de ojos alegres, que había conocido hacía algunos unos meses fumando petas en el mismo salón. Entonces ya me había gustado. Antes tenía el pelo castaño, ahora lo llevaba decolorado a trozos, de un tono amarillo pollito; y estaba igual de colocado.

Nos miramos y nos sonreímos, no solo con la boca como hace todo el mundo, sino con todos los miembros del cuerpo con los que un ser humano es capaz de sonreír. Me alegré infinito de haberme apuntado a ese viaje con mi mejor amiga de la universidad. Un fin de semana para ponerme hasta las patas de todo lo que se me pusiera por delante. Al fin y al cabo, no todos los días son las fiestas de la Mercè.

—Hace un calor que parece agosto, joder con el veranillo de San Miguel. A Raquel ya la conocéis todos, ¿no? —dijo Juan a modo de

presentación—. A Maca y Arnau les conociste cuando vinisteis en enero, ¿te acuerdas?

Con que Arnau era el nombre. Me hubiera costado un rato recordarlo. Contesté con un saludo general y un «sí, sí, me acuerdo de todos, ¿qué tal?», para acto seguido sentarme en un cojín en el suelo.

Alguien me alargó una cerveza fría y me puse a charlar con mi amiga Marian de los pormenores del viaje, sin dejar de echarle miradas furtivas de reojo al chaval del pelo amarillo, mientras poco a poco el ocaso iba dejando la habitación en penumbra. *Voy a cambiarme, que saldremos en breve, ¿no?*, dije en voz suficientemente alta como para que él me oyera. Había decidido sacar la artillería pesada y, cuando pasé por delante de Marian y esta me guiñó un ojo, supe que se acababa de dar cuenta de que yo no había ido a Barcelona solo a beber cerveza.

Un par de horas y un kebab después, disfrutábamos de unas jarras heladas de cerveza en una terraza junto al Paralelo, charlando, riendo, preparándonos para lo mejor de la noche, que estaba aún por llegar. Íbamos al Apolo y llevábamos munición en el bolsillo. Arnau se las había ingeniado para sentarse cerca de mí, y preguntarme qué estudiaba. Hablamos un rato sobre las carreras de ciencias y el futuro laboral de Veterinaria, lo que estudiábamos Marian y yo; y bromeó con nosotras sobre diseccionar cerdos en clase. *Pero cerdos cerdos, de granja, no los capullos que os caigan mal…* Nosotras celebramos la broma estallando en carcajadas. Arnau hablaba sin parar de muchas cosas, pasando del cine a la ciencia y de ahí a la política; desarrollando teorías bizarras sobre lo divino y lo humano, emanaba un entusiasmo casi febril. Pensé que estaba como una regadera. Deliciosamente chalado.

En un momento de la conversación tuvo el descaro de hacer un comentario sobre mi falda, pero nada cutre en plan «chati, te comía entera»; fue más una apreciación sobre su diseño, demostrando un

notable buen gusto. Era una falda corta de tubo negra, con costura en el centro y bolsillos. Se la había mangado a mi hermana un par de días antes y me entraba la risa solo de imaginar su cara frente al armario cuando intentase ponérsela el fin de semana. La había combinado con camiseta de tirantes ceñida —canalillo «modo on»— y zapatillas de Zara que imitaban un modelo clásico de New Balance. Las originales no entraban en mi presupuesto de estudiante que trabaja los fines de semana en una cadena de comida rápida. Me flipaban esas zapatillas, las llevaba siempre. El pelo largo recogido en un moño improvisado que dejaba bailando sobre mi rostro dos mechones rebeldes, y el maquillaje justo, hacían el resto. Aquella noche me sentía jodidamente irresistible.

Chúpate esa, Gabriel.

Un rapero insultantemente malo recitaba sus rimas sin gracia en el escenario del Apolo cuando entramos, después de esperar una cola que daba la vuelta a la manzana. Nunca había estado en la mítica sala del Paralelo y me impactó la altura del techo, los antiguos palcos rodeando la pista de baile, el anfiteatro, las lámparas colgantes, los cortinajes de terciopelo rojo, y el aire Moulin Rouge que emanaba de todo ello. Me recordó al barrio de Pigalle. Había estado con dieciséis años en mi primer aniversario con Gabriel, que se empeñó en llevarme a París. Tuve que decirles a mis padres que iba de acampada con el instituto. Y coló. No había nada imposible que Gabriel se propusiera.

El Apolo todavía no estaba muy lleno, habíamos llegado pronto y al concierto de aquel idiota aún le faltaba un rato para terminar. Para hacer tiempo, pedimos unos ron-cola y repartimos las pastillas. Ese verano se veían por todas partes unas pildoritas blancas con el logotipo de una marca de coches japonesa. Toyota se llamaban. Y todo el mundo decía que eran las mejores.

Mordí la mía con los incisivos tratando de no llevarme a la boca un trozo muy grande. Solo quería un «cuartito», para empezar a calentar la noche. Aquel verano había visto a la gente hacer todo tipo de burradas en las discotecas con esas pastillas, como comerse una entera de golpe para sentir el efecto «pelotazo». Pero no era mi estilo.

«¡Ouh! ¡Ahh! ¡Ajá, ajá!», repetía en bucle el cantante de aquel grupo de hip-hop español que se había puesto de moda ese año. La impaciencia provocada por el éxtasis, unida a que sus temas eran un auténtico coñazo, empezó a darnos bajón. Nos podían las ganas de bailar algo con más ritmo. Un poco de «house», algo de «break-beat»… Ansiábamos abandonarnos a la pista y a los brillos de la gran bola de discoteca que la presidía. El subidón de las pastillas no podía tardar mucho en llegar y no queríamos que nos pillase en un concierto de rap.

Por fin el MC se marchó del escenario y empezaron a retumbar los bajos de los altavoces con el inicio de la sesión del DJ residente. Bailábamos eufóricos, bebíamos, nos pasábamos las copas unos a otros, fumábamos, hacíamos comentarios a gritos que flotaban ensordecidos en el aire viciado de la discoteca. Todo iba según lo esperado, salvo que Arnau no estaba en la pista. Escudriñé la niebla del local entornando los ojos como un felino de caza, hasta que le encontré solo en una zona de sofás que parecían recién salidos del sueño del enano de «Twin Peaks». Me aproximé decidida, me puse de puntillas y le hablé asomándome a la barrera de la pista, esbozando mi mejor sonrisa.

—¿No bailas, tío?

Estaba sentado liándose un porro. También sonreía mucho y decía cosas que yo apenas podía escuchar desde mi posición. Para variar, iba colocadísimo. Di la vuelta y me senté frente a él en otro sofá de terciopelo, dejando mi ron-cola en una mesita redonda de cristal que había entre los dos. Tuve que inclinarme sobre la mesita, situando

mi torso muy cerca de sus brazos para poder distinguir su voz por encima de la música atronadora, y noté que la cercanía no le incomodaba en absoluto. Creciéndose ligeramente, me contó con orgullo lo que había sido antes el Apolo y de qué manera se había convertido en un símbolo de la noche barcelonesa. Su tono de voz alegre y el cantarín acento barceloní me tenían embelesada. Era curioso, porque la coherencia de su discurso era inversamente proporcional a la habilidad de sus manos. Cada vez que colocaba la mezcla de tabaco y hachís en el papel e intentaba enrollarlo, se le deshacía entre los dedos. Al cabo de unos minutos intentándolo mientras hablábamos, porque no podía o porque decidió incrementar la tensión surgida entre nosotros, recogió todo el material en su mano izquierda cerrada y alargó la derecha hacia mí.

—Esto es imposible, no me sale, ¿te vienes a dar una vuelta? —su determinación me pilló por sorpresa. Él era rápido, y yo no tenía nada que perder.

—Venga —le dije sin vacilar.

Ascendimos de la mano al anfiteatro por una escalera trasera, y moverme de la pista me hizo darme cuenta de lo ciega que iba yo también. Me dio por reírme. Llegamos a un cuarto con una barra, parecía un reservado, y debía de serlo porque allí estaba el rapero de antes con su séquito. Arnau se contagió de mi ataque de risa al verle e, incapaces de mantenernos mucho rato en pie, optamos por sentarnos.

Él, primero; yo, en su regazo atraída por sus manos —*buena jugada, chaval*—.

Seguía intentando infructuosamente liarse el porro que había empezado veinte minutos antes. No había forma. Era como si tuviera los dedos de gomaespuma. Lo intenté yo y solo conseguí que se nos desparramara todo el tabaco y el costo por el suelo. Las carcajadas nos provocaban espasmos, no podíamos parar. La intimidad de la cercanía física, y la risa descontrolada, me hacían sentirme montada

sobre una nube en la que viajábamos juntos muy lejos del ruido del Apolo.

Ni siquiera fuimos capaces de besarnos, todavía. Solo reíamos, hablábamos muy cerca, nos abrazábamos y nos sentíamos la piel así como estábamos, una sentada sobre el otro. Como no habíamos podido hacernos el canuto y nos habíamos quedado sin tabaco, decidimos bajar a la pista para pedir un cigarro. Y me pilló, de nuevo, desprevenida. En los palcos junto a la pista donde nunca llegamos a pedir ese cigarro, le di la espalda un segundo mientras buscaba alguna cara conocida que pudiera alcanzarnos un piti. Arnau aprovechó el momento para posar sus manos en mi cintura, obligándome suavemente, lentamente, a girarme. Mi mirada vidriosa se posó en la suya, más vidriosa aún, y me pegué a su cuerpo, cálido, con el que me sorprendió encajar de forma natural. Le rodeé el cuello con los brazos sin dificultad porque no era tan alto como Gabriel, así que no tuve que ponerme de puntillas para que nuestros labios se rozaran al inicio de un beso largo y embriagado, en el que todas mis terminaciones nerviosas, que ya llevaban un rato alerta, sintieron su boca y su lengua. Y cuando digo todas, quiero decir todas. No hace falta recordar lo que hace el éxtasis. Estuvimos así unos minutos eternos que parecieron horas, entre besos, caricias atropelladas y risas. Sobre todo risas.

—¿Tú no tendrás por ahí un novio escondido? —me preguntó sin venir a cuento.

—No. No lo tengo —mentí con una carcajada que me hizo echar la cabeza hacia atrás, en el ángulo perfecto para que él me besase el cuello.

—Jo, tía, qué sonrisa tan bonita tienes. Podría verte reír así toda la vida.

—¿Qué?

Habían comenzado a sonar a todo volumen los primeros acordes de *Supersonic*, de Jamiroquai, y corrimos a bailar. Nos abrazábamos

extasiados, vibrando a cada golpe de bajo que los enormes altavoces del Apolo hacían retumbar en nuestro pecho. Nunca había sido tan yo misma con un chico, tan libre. Cuando las luces del local se encendieron en señal de que era la hora de irse a casa, pensé que aquella sensación intensa y placentera solo podía ser de enamoramiento, y también pensé que, si la felicidad existe, seguro que se parecía a ese instante.

La lamparita marroquí iluminaba con luz mortecina la habitación de Juan en Tallers, cinco. El leve resplandor anaranjado hacía brillar los ojos de Arnau como dos faros en alta mar. O quizás era la dilatación de las pupilas lo que me recordaba a un faro. Su piel sabía a sal; su boca, a ron y a tabaco. ¿Había más gente en la habitación? Quizás sí, tres o cuatro personas más se dejaban caer sobre el colchón de Juan, mientras nosotros dos ocupábamos los pies de la cama, ajenos al resto del mundo. Aún subidos a nuestra nube esponjosa, uno sobre el otro, sobrevolábamos la ciudad a la velocidad de nuestra respiración, acelerada por la excitación y la droga. Las manos de Arnau se deslizaban por debajo de mi falda sin mucho esfuerzo porque ya la tenía levantada hasta la cintura, de sentarme a horcajadas encima de él, y jugaban con la tira del tanga de terciopelo morado —a juego con el sujetador, para las ocasiones especiales—. Las risas irrefrenables del principio de la noche habían dejado paso a los besos y lametones desordenados que ahora nos regalábamos. Cada poro de mi piel respondía al más mínimo estímulo con un estremecimiento de placer multiplicado por mil…

Y entonces, me caí de golpe de la nube.

—Tengo que irme —dijo deshaciendo el abrazo abruptamente, aún sin resuello.

—Sí, ¿no? ¿Estás de coña, no?

—Lo siento, Raquel. No puedo quedarme, tengo que irme a casa, es tarde.

Nos habíamos quedado solos en la habitación. Al salir, Juan había murmurado que podíamos quedarnos a dormir allí porque él se iba a casa de su chico. Que la cama «era toda nuestra».

No podía creer lo que decía Arnau. *¿Tarde? ¡Los cojones tarde!* Pero apenas tuve tiempo de preguntar nada más, porque al segundo siguiente estaba escurriéndose por la puerta con un «mañana hablamos, ¿vale?».

Pues no, no vale, pensé yo, aún con la falda remangada y medio culo al aire. *No vale, tío. Esto no se hace*. Pero no dije nada cuando le vi marcharse. Atónita, me trasladé a dormir a mi cama original: un colchón tirado en el suelo del salón al lado de mi amiga Marian, que ya roncaba a pierna suelta. *¿Cómo habría hecho para bajar la pastilla tan rápido, la hijadeputa?* Antes, me di una ducha templada como solía hacer Gabriel cuando volvíamos de fiesta. En parte para quitarme el olor a tabaco y química que rezumaba hasta por las orejas; y en parte para bajar el calentón, dicho sea de paso. Me esperaba una dura resaca.

3
Arnau

Inspira… Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… Espira… Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… Arnau cogía aire por la nariz en seis tiempos y lo expulsaba por la boca en otros seis, como le habían enseñado en clase de yoga. Así lograba controlar los ataques de ansiedad desde hacía algunos meses. Apoyado en el asiento de su Vespa azul, con el casco puesto, trataba de relajarse antes de conducir. Miró la hora: las seis. El cielo empezaba a clarear. Tenía exactamente cinco horas antes de relevar a su madre en el hospital, y no quería presentarse así. *Joder, ¿por qué justo hoy?, qué mala suerte tengo*. Necesitaba volver a casa, dormir un poco —*tú sigue soñando*— y darse una ducha. Apestaba a fiesta.

Inspira… Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… Espira… Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…

Arrancó la moto con el típico petardeo de tubo de escape de baja cilindrada y se marchó a casa sin atreverse a mirar de nuevo hacia el portal del carrer Tallers. Para una vez que ligaba… Y con esa tía tan

guay. *No pasa nada*, se dijo, *va a estar ahí todo el fin de semana, puedo verla mañana cuando esté más descansado y menos colocado*. Y se repitió varias veces esa frase como un mantra de camino a casa. La verdad es que Raquel le gustaba mucho. *Puf, mogollón.* Ni siquiera estaba seguro de si lo que había pasado esa noche era real. Demasiado bonito para ser real. Demasiado éxtasis en las venas.

La ducha se la dio, lo de dormir ya era otro cantar. Lo intentó con un «dos papeles» cargadísimo y ni por esas. Vio pasar todas las horas: las siete, las ocho, las nueve, las diez, las once… Nada.

Se levantó, se preparó un café —más por costumbre que por la necesidad de despejarse— y antes de las doce cruzaba el umbral del Hospital Vall d'Hebrón. Ascensor abarrotado —hora punta de visitas —, planta de oncología. En la puerta de la habitación 247 volvió a inspirar —*uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…*—, pero al espirar no contó hasta seis, sino que pensó en Raquel. Recordó el olor a vainilla y coco de su pelo, su risa contagiosa y el tacto suave de su tanga de terciopelo. Y en lugar de tranquilizarse tuvo una erección. *De puta madre, Arnau, ahora entras y le explicas a mamá por qué llevas puesta una tienda de campaña del tamaño de la carpa del Circo del Sol*. En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y su madre asomó la cabeza buscando a la enfermera.

—Buenos días, mami. ¿Qué tal habéis pasado la noche? —Arnau rozó con los labios la mejilla de su madre y entró dándole la espalda con las manos en los bolsillos, para acercarse a la cama donde descansaba su hermano—. Chaval, tienes buena cara hoy, a ver cuándo te vienes conmigo de fiesta, que te haces mucho de rogar. Mira, ¡justo ayer conocí a una tía cojonuda!

—¿Dónde se ha metido esta mujer…? Se le está acabando el gotero y llevo diez minutos tocando el timbre —se quejó su madre —. Arnau… No le metas ideas en la cabeza al niño… Y tú no hagas

caso a tu hermano, que es un sinvergüenza de mucho cuidado. Menuda cara traes, hijo.

Mientras tanto, Xavi, que se había fijado en el bulto de sus pantalones, sonreía por debajo de los tubos y los goteros. Tenía dieciséis años, pero aparentaba cincuenta. Y mal llevados. Debía de pesar cuarenta kilos, había perdido todo el pelo y los pómulos sobresalían en su rostro cadavérico como los de una modelo con bótox. Así de implacable es la leucemia. Cuanto más joven, mejor te jode.

En cambio, el sentido del humor no lo había perdido, el muy cabrón, y siempre que podía se metía con Arnau por cualquier cosa con la que pudiera hacer una broma tonta de las que hacían reír a su madre.

En los días buenos.

En los malos no se quitaba la máscara de oxígeno en todo el día, y esos eran en los que su madre se sumía en un silencio triste y oscuro, en un abismo de sufrimiento que solo una madre es capaz de sentir. Los últimos meses, la vida de Arnau había girado en torno al agravamiento de la enfermedad de Xavi. Y sus esfuerzos se centraban en sostener a su madre para que no cayera a ese abismo. Él era lo único que tenía, así que le tocaba ser fuerte por los tres. Acababa de cumplir veintitrés años.

4
Un bol de gelatina

¿Qué se les pasa por la cabeza a tres veinteañeros para decidir subir al Calvario del Parc Güell, de resaca, un día de final del verano a las cuatro de la tarde? Al llegar arriba a Marian le faltaba el aire, Juan casi vomita y yo tenía calambres en las piernas. Pero el paisaje merecía la pena. Ante nosotros se extendía esa ciudad dibujada con tiralíneas, cuya geometría sería perfecta de no ser por la minúscula almendra caótica del Gòtic que todo lo desbarata. Desde allí arriba Barcelona parecía embutida con calzador entre las montañas y el mar.

Estaba segura de que no existía un lugar en el mundo igual que aquel. Lo había visitado muchas veces, pero nunca subiendo hasta lo más alto. Cuando Juan nos dijo «no hay huevos», las dos reaccionamos adelantándonos y comenzando la escalada. Habíamos comido un litro de Coca-Cola con una hamburguesa cada uno, que ahora bailaban del estómago al esófago sin piedad. El calor y la humedad sofocantes no ayudaban.

—Joder, qué mareo… ¿Nos hacemos un porro? —propuse al sentarme, exhausta, en la base de la cruz más grande de las tres.

Mis amigos rieron a carcajadas la ocurrencia y se sentaron a mi lado. Curiosamente, ninguno llevábamos agua. Así que nos hicimos el porro.

—¿Qué vas a hacer con Arnau? —me preguntó Marian, a quien le había contado esa misma mañana lo ocurrido en la cama de Juan mientras ella roncaba a pierna suelta en el salón.

—Pues, ¿qué voy a hacer? Esperar a que aparezca. Ninguno de estos tiene su teléfono. Solo puedo sentarme en casa a esperar a ver si se pasa esta tarde. Estoy segura de que se va a pasar.

—No tía, digo que si te mola en serio, que si vas a seguirle el rollo después de la cobra que te hizo anoche. Fue un poco raro, ¿no? No te digo que no te venga bien un cambio de aires, pero igual sales de Málaga para meterte en Malagón. Que no le veo un tío muy centrado, vaya.

Ah, que era eso lo que me preguntaba. Marian me tenía calada, y cuidaba de mí desde que nos conocimos en la cafetería de la Facultad con dieciocho años. Esto y lo de la cobra eran verdades como templos. Había sido raro, sí. Pero seguro que tenía una explicación. Y si no la tenía me daba igual. Me había pasado la mañana deambulando por la casa de Juan esperando que sonara el teléfono o el timbre con temor a salir por si aparecía de visita y yo me había marchado. Era la primera vez en mi vida que no pensaba en Gabriel cada cinco minutos. Ni siquiera me había acordado de él en todo el día. Necesitaba volver a ver a Arnau y comprobar si el episodio de la noche anterior era real. Miré a Marian y me encogí de hombros.

—¿Volvemos ya, que me estoy torrando?

A las seis de la tarde los tres entrábamos agotados en el portal señorial de Tallers, cinco, deseando tumbarnos en el sofá a dormir una siesta después de un día de intenso calor e innecesaria

actividad. Deshidratados, arrastramos los pies hasta el piso de Juan. Desde el recibidor se escuchaban voces entremezcladas.

Teníamos visita. *¡Sí! ¡Teníamos visita!*

En el sofá, viendo el enésimo capítulo de *Friends* y comentándolo animadamente estaban el compañero de piso de Juan, Enric, con su novia Maca. Y con ellos, Arnau. Al verle tuve que volver a meterme dentro el corazón, que se me había salido por la boca de un salto. Y eso que llevaba doce horas preparándome para ese momento.

Sentado en un extremo, Arnau me hizo un hueco para que me pusiera a su lado con la misma naturalidad con que actuaría un novio de toda la vida. Así que me senté, ¿qué otra cosa iba a hacer? Él me abrazó por la cintura y me dio un beso tierno en los labios. De nuevo, un beso de novio. Y por primera vez desde la otra noche, mis músculos se relajaron todos a la vez y me convertí en un bol de gelatina. De fresa.

Y no.

Los principios activos de las Toyota ya no fluían por nuestro torrente sanguíneo; sin embargo, el vello del cuerpo se me erizó como si me hubiese caído en una marmita de metanfetamina. Solo pude deshacerme entre sus brazos para quedarme acurrucada mientras él me preguntaba al oído —oh, sí, dime cosas al oído— qué tal había ido el día. Como diría Extremoduro: «*Me olvidé de poner los pies en el suelo, y me siento mejor*».

5
Vainilla y coco

'Someday', The Strokes

Llevaba horas diciéndose a sí mismo que esta vez sería diferente. Las otras veces —tampoco es que hubieran sido muchas— el pánico escénico había hecho que huyese antes de darse la oportunidad de vivir algo parecido a la felicidad. Porque la felicidad duele, eso lo sabía bien. Lo veía desde muy pequeño en la mirada de su madre, que se hundía en una oscuridad de la que ni su recuerdo de los buenos tiempos era capaz de rescatarla. La felicidad, al final, siempre acaba doliendo.

La última vez que Arnau fue feliz tenía ocho años. Su padre les había llevado al Tibidabo y le había dejado subir a la noria gigante con él, mientras su madre se quedaba abajo con el pequeño Xavi, que miraba sin pestañear la imponente atracción con sus grandes ojos azules y el pañal lleno de pipí, abultándole el pantalón como el abdomen de una abeja. Él nunca había montado antes en la noria y

el cosquilleo de mariposas aleteando que sintió en el estómago, haciendo la cola justo antes de elegir la cesta en la que se iban a montar, era una sensación que recordaba de forma vívida aún a día de hoy. *Quiero la roja*, le había dicho a su padre muy convencido. Y se montaron en la cesta roja porque era el color favorito de Arnau y además parecía ser la que más alto subía de todas. Desde aquel habitáculo similar al de un globo aerostático, oscilante e inestable, Arnau podía ver cómo Barcelona se extendía hasta morir en el mar, repleta de edificios que parecían de juguete y personas recorriendo las calles cual hormiguitas. *Papá, cuando se pare montamos otra vez, ¿vale?* Y volvieron a montar.

Una semana después, el Seat 127 naranja de su padre se estampó contra un camión de veinticinco toneladas a ciento treinta kilómetros por hora, el único que circulaba a esas horas aquel martes de agosto a la altura de Alcañiz. Obviamente, el coche no tenía airbag. Él, por supuesto, no llevaba puesto el cinturón. Cómo iba a llevarlo si era el año 1983.

No había bebido, pero invadió el carril contrario en el peor momento. Su padre volvía de un viaje de trabajo a Madrid, conduciendo solo por la antigua Nacional. Una paliza al alcance de pocos estómagos que él prefería hacer de noche, precisamente para no pillar demasiados camiones en el camino. Lo había hecho otras veces, pero aquella se quedó dormido.

Su hermano tenía dos años. Su madre, toda la vida por delante. Solo que ya no la viviría igual. Una parte de su alma se escapó de su cuerpo la madrugada en que la Guardia Civil llamó a casa para decirle que su coche, con su marido dentro, había quedado como un acordeón. Despertando a sus dos hijos, muy pequeños aún, que tuvieron que pasar varias semanas en casa de los abuelos sin entender nada mientras su madre se hinchaba a ansiolíticos. Desde entonces, mamá se volvió translúcida, convirtiéndose en una especie de fantasma que por momentos se dejaba ver, pero la mayor parte

del tiempo era transparente. Tanto, que si te la cruzabas por el pasillo, podías atravesarla con la mano.

¿Se recuperó? Quizás, al cabo de unos años.

Luego pasó lo de Xavi. Y se quedó hueca del todo como la carcasa vacía de un insecto. Así que Arnau, cuando estaba demasiado triste, se agarraba a la única emoción parecida a la felicidad que recordaba, la de las mariposas en el estómago el día del Tibidabo. Y solo conocía una sensación similar: la euforia de las pastillas de éxtasis cuando salía de fiesta.

La noche del Apolo el estómago le mariposeaba una vez más cuando se armó de valor para pedirle a Raquel que fuese a dar una vuelta con él. Drogado nunca pensaba en lo que dolía la felicidad. Pero la hostia al caer es mayor cuanto más arriba estás. Esto le había pasado en varias ocasiones, con otras chicas. A la hora de la verdad, siempre salía corriendo con el rabo entre las piernas. Con Raquel no había sido distinto. Bueno, sí. Tenía que ir al hospital, esa era su excusa. Pero podría haber ido sin dormir, no hubiese pasado nada. Podría haberse quedado con Raquel, darse una ducha rápida en casa de Juan a las once cuarenta y cinco de la mañana y ponerse la ropa del día anterior con una enorme sonrisa en los labios después de una inolvidable noche juntos. Sin embargo, no fue la decisión que tomó y ahora necesitaba enmendarlo. Esa chica le gustaba mucho, el tiempo corría en su contra antes de que volviera a Madrid y, quizás, se olvidase de él para siempre. Sí, definitivamente esta vez tenía que ser diferente.

En el instante en que la vio entrar en el salón de Juan, las manos le empezaron a temblar como a un enfermo de Parkinson. No alcanzaba a calcular el tiempo que llevaba esperándola viendo un maratón de capítulos de *Friends*, pero parecía toda una vida. Le temblaron las manos cuando dio unos golpecitos en el sofá para invitarla a sentarse junto a él, y le temblaron los labios cuando la besó tímidamente a modo de 'hola', un HOLA enorme como el

recibimiento de un perro fiel cuando su dueño vuelve a casa después de una jornada de trabajo. Ella se recostó bajo su brazo, de manera que la cabeza le quedaba a la altura de su barbilla. El pelo le olía a vainilla y coco como la noche anterior. Demasiado bien para ser verdad. Arnau se preguntó cuánto podría durar aquello. ¿Una hora? ¿Dos días? ¿Una semana? No importaba. Ese día había decidido permitirse ser feliz, aunque después doliese.

Pasaron las horas, se quedaron solos y ninguno de los dos quiso moverse del sitio. Cambiaban de postura, ponían música, la quitaban. Fumaban un porro, charlaban, callaban. Fumaban otro. El silencio no era incómodo y sus miembros parecían estar hechos para entrelazarse como las raíces de un árbol. Arnau había ido recuperando la confianza en sí mismo a la misma velocidad que palpitaba su corazón, y el tremor había cesado.

A ratos se besaban. A ratos se acurrucaban el uno sobre el otro y se acariciaban el pelo. Suave y aromático, el de Raquel era ondulado, abundante y de un largo que casi le rozaba la cintura. El de Arnau, corto y fosco, tenía una textura áspera causada por el peróxido de hidrógeno que teñía sus puntas de amarillo chillón. Ese verano le había dado por ahí. A Raquel no parecía importarle. Los movimientos de los dos eran lentos, pausados. Como si no tuvieran prisa por conocer sus cuerpos. Como si Raquel no fuera a marcharse a seiscientos kilómetros al día siguiente.

Como si nada importase.

Los demás habían salido a media tarde, iban a tomar unas cervezas por las Ramblas, si es que eso era posible en plenas fiestas de la Mercè, para después acercarse caminando hasta el Maremàgnum. Esa noche pinchaba un DJ de moda en el Moll de Fusta y aún les quedaban algunas pastillas. Ellos prefirieron quedarse. Prácticamente ni contestaron cuando sus amigos les habían preguntado. Su nube viajaba demasiado alto para el resto de mortales.

—¿Estás seguro de que no te apetece salir?

Arnau sonreía con cara de bobo.

—Chsss… Calla… —Y la besaba.

—¿Te quedarás esta noche a dormir? —preguntaba Raquel ansiosa, temiendo lo que para él era evidente: que se escabullese otra vez.

—Haces muchas preguntas, déjalo… —Y se tumbaba sobre ella para notar todo su cuerpo bajo el suyo y besarla más profundamente. No. No se iba a quedar a dormir. Le había prometido a su madre pasar él la noche en el hospital para que ella pudiera descansar un poco en su propia cama. Pero esto no se lo contaría a Raquel. No le quedaba otro remedio. Hablarle de Xavi no era una opción válida. Aún no. El presente era lo único que tenía sentido, después ya se las ingeniaría para no quedarse.

6
Nirvana

A las tres horas de estar con Arnau magreándome en un sofá, me di cuenta de que ese día tampoco íbamos a follar. Y lo curioso es que ni siquiera me importó. Empecé a preguntarme, eso sí, si ese chico tendría algún problema con el sexo; si quizás era su primera vez… ¿Qué sé yo?… ¿Un fiestero como él con veintitrés años y virgen? Imposible. Intenté entender qué podía pasarle, por qué no nos íbamos a la cama de Juan, libre todo el maldito fin de semana, y echábamos de una vez por todas un polvo en condiciones. Pero la verdad es que estaba tan cómoda que pronto me sacudí esa presión infligida de tener que follar sí o sí. Lo que estaba pasando entre nosotros trascendía al sexo. La conexión que habíamos alcanzado tenía más que ver con la piel que con los fluidos. Y, desde luego, era algo nuevo para mí. Así que me dejé llevar por las sensaciones intentando no pensar demasiado en los porqués, ni en las pocas horas que nos quedaban juntos antes de volver a Madrid.

Mentirle con respecto a Gabriel era lo único que me enturbiaba. En cualquier caso, no era el momento de contárselo y estropearlo todo. Ya habría tiempo de revelar secretos —u omisiones—. Mientras tanto, su boca, sus manos, su cuello, su pelo y sus piernas… Todo era una extensión de mí misma fundiéndose con él en el sofá. Ninguno de los dos quisimos hablar de futuro en ese momento. Aquella tarde ninguno le preguntó al otro por sus planes, sus circunstancias, ni por su pasado. Quizás, la felicidad era eso. Sentir cada instante sin preocupaciones añadidas, con la mente limpia, en blanco, como cuando se alcanza el nirvana con ejercicios de meditación. Con él resultaba muy fácil no pensar. Tenía sobre mí un efecto narcótico de lo más agradable.

7
Tic-Tac

Las manecillas del reloj barato de IKEA en la cocina de Tallers, cinco marcaban las once en punto de la noche en el momento en que Arnau le dio el último trago a un vaso de agua. Lo estaba alargando a propósito para dar con una excusa en condiciones esta vez. Tic-tac, tic-tac, el reloj tenía un diseño minimalista muy chulo, pero el ruido que hacía empezó a ponerle nervioso. Al día siguiente volvería a estar con Raquel unas horas, las últimas que le quedaban para consolidar algo que ni por asomo quería dar por finalizado. Lo sentía como el principio de algo bueno. Y bien sabía lo necesitada que estaba su vida de cosas buenas como aquella.

Ilusionado, y bastante acojonado también, dejó el vaso en la pila repleta de platos sucios con un sonoro «¡clinc!» y volvió al salón, donde Raquel estaba liándose el último peta de la tarde.

—Ya sé que te vas a largar otra vez. No hace falta que te inventes nada. Y te juro que no me importa. —Le dijo ella de sopetón

mientras encendía el mechero y daba una larga calada, haciendo aritos al expulsar el humo espeso.

—Raquel… Tengo movidas en casa… De verdad que no puedo quedarme.

—No si ya me he dado cuenta de que quieres llegar virgen al matrimonio. Eres un «calientacoños».

—Joder tía, cómo te pasas…

—Hombre chaval, que ya van dos. No me jodas, a mí esto no me había pasado en la vida. —Y se echó a reír.

Él la agarró por las muñecas con una mano, le colocó los brazos por encima de la cabeza para inmovilizarla y le empezó a hacer cosquillas con la mano libre. En las axilas, la cintura, el cuello… Raquel se retorcía como una culebra, muerta de la risa.

—¡Vale, vale, para! ¡Me rindo! ¡Lo retiro! No eres un calientacoños, eres un «calientacoñitos» madrileños. ¿Es esto una venganza por lo de la séptima Copa de Europa? ¿Es el orgullo culé lo que no te deja echarme un polvo? —Se partía de la risa mientras Arnau la sujetaba ahora también por las piernas.

—Venga, te suelto si me prometes que me vas a llamar todas las semanas.

—Si no tengo ni tu teléfono, gilipollas, ¿cómo quieres que te llame?

—Apunta: 932863544… ¿Lo has apuntado?

—A fuego —dijo tocándose la frente—. Te voy a llamar todos los martes. No, mejor, uno tú y otro yo. Y te voy a escribir. Venga, dame tu dirección.

Arnau se levantó y, sin pensárselo dos veces, sacó una libreta y un boli de su bolsito bandolera y escribió una dirección y su teléfono. Se lo extendió a Raquel.

—¡Uuuuh!, ¡vas en serio!

—Muy en serio, ¿qué te creías?

Ella cogió otra hoja de la libreta y escribió la dirección de casa de sus padres, y su teléfono fijo. Móvil aún no tenía.

—Vale, nos llamamos los martes. Y nos escribimos siempre que podamos. —Dijo entregándole el papel a Arnau.

—Hecho.

Sellaron la promesa con un beso largo, sin lengua. Como en las películas en blanco y negro. Arnau se puso el bolso, cogió el casco, inspiró y espiró profundamente —uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… —, y le guiñó un ojo desde la puerta.

—Mañana te llevo a la estación.

—Ok.

8
Un puñado de arena

«Viure sense tu», Antònia Font

La mochila no cerraba, para variar. Tampoco es que me hubiera preocupado mucho por doblar bien la ropa, más bien la había metido hecha un gurruño a presión y sin ganas. Arnau entró en la habitación de Juan donde yo me sentaba sobre la bolsa, intentando infructuosamente cerrar la cremallera.

—¿Y tú querías que me metiese contigo en esa cama? Sí, hombre, para que me espachurres así.

—Calla idiota.

Dame un beso —le dije atrayéndole hacia mí de forma que los dos perdimos el equilibrio y caímos tumbados sobre la cama.

Mi autobús salía en dos horas. Ya eran las nueve. Había decidido viajar de noche para que no se me hiciera tan largo. Me gustaba la carretera de noche. Además, así había podido aprovechar todo el día en Barcelona con él.

Como dos turistas despreocupados, habíamos recorrido el Gòtic y el Raval; me había enseñado sus rincones favoritos de la Ciutadela y nos habíamos tumbado al sol de media tarde en la Barceloneta, saboreando los segundos y agarrándonos a las sensaciones como el que intenta sostener un puñado de arena de playa sabiendo que, grano a grano, se le escapará entre los dedos hasta dejarle la mano vacía. Y aún sabiéndolo, ¿quién se resiste a tomar en su mano un puñado de arena suave? Arnau en la playa se mostraba apagado, un estado completamente nuevo en los dos días y medio que llevaba conociéndole. Como es lógico, al principio pensé que era porque yo me iba a marchar en unas horas. Pero me equivocaba. Su mirada se hundía en una ciénaga más profunda. Evitando el clásico «¿qué te pasa?», que invariablemente conduciría a un «nada», preferí preguntarle si había algo en su vida que le tuviese preocupado, al fin y al cabo, no sabía prácticamente nada de él. *El miedo*, contestó. *A menudo tengo miedo*. Y yo, tratando de introducir un poco de humor y relajar la situación, me reí, y le dije que yo también tenía miedo cuando veía pelis de «zombies». Una broma muy en la línea de las que me dedicaba él y que, sin embargo, no le hizo ninguna gracia.

—No te rías, no es miedo de ese, boba.

Yo sabía perfectamente a qué tipo de miedo se refería, porque a mi manera, también lo sentía. Pero ese cambio radical de actitud y esa honda tristeza suya, que no me había mostrado hasta el momento, me tenían desorientada. Para arreglarlo, le dije:

—Yo también tengo miedo, pero nos queda mucha vida por delante como para vivirla asustados.

Toma cliché. Él se encogió de hombros.

—A mí, de momento, lo que me ha tocado vivir no me ha gustado mucho.

Y dio por zanjada la conversación.

Nos quedamos un rato más en silencio en la playa, agarrados de la mano boca arriba, mientras el sol nos calentaba un poquito el alma. Horas más tarde, en la cama de Juan, sus ojos castaños brillaban con ese fulgor especial que ya me había acostumbrado a ver esos días y me era tan familiar. No había rastro de preocupación ni miedo, por eso pensé que era buen momento para contarle lo de Gabriel antes de marcharme a Madrid. Le miré fijamente unos segundos para tomar impulso, y me tiré de cabeza.

—Arnau. Sí que hay un novio —se lo solté sin más. Y respiré por fin.

Su silencio fue eterno y tuve que llenarlo con más palabras.

—Bueno, lo hemos dejado hace poco, en realidad ni siquiera estamos juntos ahora, nos estamos dando un tiempo… —Me costó muy poco darme cuenta de hasta dónde estaba metiendo la pata.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo, el qué?

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

—Seis años.

—¡Seis años! —Arnau se separó de mí, bajó la mirada y se rascó la cabeza en un solo gesto. Volvió a mirarme a los ojos—. Yo no puedo competir con seis años.

Eso fue todo lo que dijo antes de sumirse en un mutismo tan elocuente que no supe cómo atajar. Tumbado como en la playa, miraba el techo sin mirarlo. Tenía toda la razón. Le estaba creando falsas ilusiones. Él no podía competir con seis años de intensa relación desde la adolescencia. Pero es que tampoco necesitaba competir con nada. Para mí él era otra cosa, era el detonante de una serie de emociones nuevas que nunca antes había sentido, pero no sabía cómo hacer que me creyese. Siendo sincera, salir conmigo en aquel momento iba a ser para él como ponerse una mochila cargada de piedras; en cuanto se la echase a la espalda sabría que su peso le impediría avanzar. Y, sin embargo, intenté convencerle.

—Vamos… no digas eso. Estoy muy ilusionada contigo, más de lo que yo misma me podía imaginar. Esto que nos está pasando merece la pena, estoy segura. No vamos a perder este tren y dejar de lado un futuro que podría ser muy bueno. —Le abracé intensamente, deseando con todas mis fuerzas que me creyera. Y deseé también creérmelo yo misma.

Me regaló una sonrisa triste. *Vámonos ya. Necesito tomar el aire*, dijo levantándose de la cama de un salto como el que trata de infundirse el ánimo que le falta.

Me puse la mochila a la espalda, notando que pesaba el doble, y me subí a la moto de Arnau de paquete, con un casco calimero que él llevaba por si acaso en el portaequipajes, y que me venía grande. Le volví a abrazar muy fuerte por la cintura y apoyé mi cabeza en su espalda, en silencio, como si así pudiera atrapar juntas todas las emociones que ese chico, que ahora se mostraba decepcionado y vulnerable, me había prestado durante un par de días. Todo lo que habíamos construido era, en realidad, tan efímero que se me estaba escapando entre los dedos como la arena de la Barceloneta. El viento se llevaba nuestra playa dejando un vacío que me atravesaba el estómago. Arnau se concentraba en la carretera sin decir nada, mientras yo notaba su pecho hincharse y deshincharse, respirando profundamente.

Al llegar al parque que hay junto a la estación del Norte, ya de noche, aparcamos la moto y nos sentamos en un banco, derrotados como si hubiéramos caminado kilómetros. Me tumbé boca arriba apoyando la cabeza en su regazo y le miré con ojos de cordero degollado. No podía hacer mucho más. La había cagado. Él me acariciaba el pelo esquivando mi mirada, nublando la vista fija en la luz de una farola de esas tan modernas que pusieron en el 92, y que proyectan el haz de luz hacia abajo.

—Joder, Raquel, me había hecho ilusiones, tía. Me lo podías haber dicho.

—¿Y qué hubiera cambiado? ¿Acaso no te habrías acercado a mí en el Apolo?

—Te acercaste tú a mí… No sé… Igual no me lo habría tomado muy en serio. No me habría hecho castillos en el aire.

—Como si fuese a lanzarme a los brazos de mi ex en cuanto pise Madrid. Las cosas no son así.

—No, ya… Ni siquiera sabemos cuándo vamos a volver a vernos, vivimos con nuestros padres a seiscientos kilómetros y no tenemos un puñetero duro.

—Eso no lo decías anoche cuando me diste tu dirección.

—Anoche tú no tenías novio desde los quince años.

Una vez más, tenía razón. Y ni siquiera conocía la peor parte. La verdad sobre Gabriel y su poder sobre mí, que iba más allá de una relación convencional, constituía la última pieza del rompecabezas.

Sin ella, Arnau no podía tener una visión completa de quién era yo.

Por eso, quizás, le había gustado tanto.

—¿Sabes ese cosquilleo en el estómago cuando montas en la noria, y estás a punto de iniciar el descenso? —Seguía sin mirarme a la cara.

—¿Como mariposas en el estómago? —contesté preguntándome adónde pretendía llegar.

—Desde que era pequeño casi nunca tengo esa sensación. Pero sí que me pasa cuando estás cerca. Es agradable.

Sentí que aún había esperanza en sus palabras. No todo estaba perdido, podíamos rebobinar hasta unas horas antes, cuando ambos disfrutábamos despreocupados de un amor de verano. Era patente que a los dos nos hacía falta, por distintas razones, lo que estábamos viviendo. Así que volví a meterme en el bolsillo la pieza perdida del rompecabezas para mentirme a mí misma, a ver si diciéndolo en voz alta una y otra vez se volvía verdad.

—Vamos a intentarlo, en serio. Esto no pasa todos los días, ¿a que no?

—No… —dijo con poca convicción.

Decidió no entrar en la estación. Nos despedimos en la puerta, sin alargarlo demasiado, tratando de que pareciera un acto cotidiano. Como si nos fuésemos a ver al día siguiente.

—Te llamo el martes —le dije.

Era domingo y el último día de vacaciones de mi trabajo basura en una cadena de comida rápida. La noche siguiente estaría vestida con una horrible camisa amarilla con cuadros negros, una gorra que me sentaba fatal y una sonrisa de portada de revista en la sala de espera del dentista. Atendiendo a gente que no me caía bien, limpiando la plancha tras el cierre, cubierta de un amasijo incrustado de restos de pechuga de pollo y hamburguesa carbonizados. Y esperando que Gabriel me recogiera en la puerta —una vez más no lo haría— a las tres de la madrugada.

—Que no se te olvide —contestó Arnau tirándome un beso mientras me alejaba caminando de espaldas para poder mirarle por última vez. Su estatura, su complexión y el aire de derrota en su mirada me recordaron a un niño que acaba de perder su juguete favorito. Le dije adiós con la mano y desaparecí tras las puertas de cristal.

Diez minutos después, ya sentada en mi asiento azul con su imposible estampado de colorines junto al pasillo, y la mochila instalada en el portaequipajes, sacaba del bolsillo de los vaqueros la hoja cuadriculada tamaño cuartilla que me había dado el día anterior. En ella se leía:

Arnau Gómez de las Casas

Avinguda de Sarrià, 80, 5º primera

08017 Barcelona

93 286 35 44

Y un monigote sonriente con la nariz muy gorda a modo de firma. *Qué mono*. Sus apellidos me sonaron algo aristocráticos, siempre me pasa con los apellidos compuestos. Cierto es que vivía entre Sarrià y Les Corts, un barrio residencial de clase alta. Seguro que su madre tenía un pisazo, me había comentado que sus abuelos maternos eran descendientes de la burguesía catalana, gente que se había enriquecido a principios del siglo XX con la industria metalúrgica. Me hizo pensar en Onofre Bouvila, el protagonista de *La ciudad de los prodigios*, uno de mis libros favoritos. Si hubiéramos hablado más del origen de su familia habríamos comentado el libro, pero no nos había dado tiempo. Cuarenta y ocho horas dan para muy poco.

Suspiré. A los diez minutos de despedirme ya pisaba arenas movedizas. Estaba aterrorizada. No quería pensar en Madrid. Tendría que ser firme, mucho, y asir con todas mis fuerzas el recuerdo de esas cuarenta y ocho horas si quería mantenerme a flote. Miraba por la ventanilla, nublando la vista como Arnau unos minutos antes, para sumergirme en la niebla que las luces borrosas de la ciudad conformaban al paso del autobús abandonando Barcelona.

Hasta que la desconocida sentada en el asiento de al lado rompió el hechizo.

—¿*Volvés* de *vacacionar*?

Me suele molestar bastante entablar conversación con desconocidos en los autobuses, más que nada por el compromiso que supone tener que seguir hablando con esa persona siete horas de viaje. ¿Y si no me caía bien? ¿Y si era una facha recalcitrante? ¿Y si me entraba el sueño y ella no se callaba? Encima con ese pegajoso acento porteño… Me dio una pereza infinita, así que fingí no haberla escuchado, al fin y al cabo, llevaba puestos los cascos del walkman.

—*Tenés* apagado el casete…

¿En serio?, vamos que la tía no se iba a dar por vencida. Decidí que lo mejor era zanjar el asunto cuanto antes. Quizás con cinco minutos de conversación sobre el tiempo saciaba su necesidad de parloteo.

—Ah, sí, no me había dado cuenta —me giré y la miré de arriba abajo. Era una chica algo más mayor que yo, no más de cinco o seis años. Tenía el pelo rubio largo y lacio a lo Joan Baez, a juego con su aspecto de hippie recién salida de Woodstock. Su pinta me pareció de lo más anacrónica.

—Que si volvés de vacacionar decía… Está Barcelona abarrotada de gente estos días, ¿no te parece?

—Sí, bueno, vengo de pasar el fin de semana, por la Mercè, ya sabes. Pero es un agobio, sí, hay demasiada gente. —Yo intentaba no darle mucha bola, aunque ya me había metido de lleno en la charla intrascendente que la chica parecía estar buscando.

—*Sho* visité a mi chico, *¿viste?* Encontró *laburo* en Barcelona y acá se quedó. Pero *sho* laburo en Madrid, *¿sabés?*

—Vaya, qué mala suerte, debe de ser difícil mantener una relación a distancia.

—En realidad no, *¿viste?* Si te *querés*, no es tan duro. Pero *tenés* que quererle de verdad para que merezca la pena. ¿*Vos tenés* pareja?

—Tengo… no… tenía… Bueno no sé ahora lo que tengo.

De un raído bolso de flecos con estampado étnico sacó una pitillera de cuero con incrustaciones de piedrecitas brillantes que llamó poderosamente mi atención. Dentro llevaba varios porros liados, cogió uno de los más grandes y se lo encendió. Viajábamos en los últimos asientos del autobús y yo ya había fumado hierba otras veces en autocares de línea, pero la maría de esa chica cantaba por soleares. Dio un par de caladas profundas y me lo pasó. Dudé por un momento si el conductor no pararía en mitad del desierto de los Monegros para obligarnos a bajar. Pero, qué

demonios, la situación era tan rara que cualquier cosa podía pasar. Así que cogí el porro y fumé yo también. Ella esperó a que echase el humo haciendo cinco aritos perfectos, que se quedaron flotando en el aire unos segundos antes de desvanecerse. Ni el conductor ni los viajeros se dieron la vuelta para mirarnos. El autobús estaba en penumbra, con tan solo las luces de emergencia del pasillo encendidas y la mayoría de sus escasos ocupantes ya adormilados a aquella hora.

—¿Me permitís que te diga una cosa? —No esperó a que le contestara, simplemente siguió hablando—. No sé si tenés pareja, pero en tus ojos hay soledad.

—Bueno, a ver… Digamos que estoy en un momento de transición, he dejado una relación y acabo de conocer a un chico en Barcelona que…

—No, no —me interrumpió sin dejarme acabar la frase—. Esa soledad tuya viene de antes, vos estás muy perdida, y me parece que desde hace mucho. Se te ve en la cara, *boluda*.

No entendía muy bien adónde quería llegar esa mujer, pero lo cierto es que no me hacía sentir incómoda; por el contrario, sus preguntas me tiraban de la lengua como si estuviera en el diván del psicólogo. Haberle ocultado a Arnau mi pasado me hacía sentir un gran peso sobre los hombros, y quizás ella tuviese el poder de detectar esas cosas. Como la gente que te ve el aura y esos rollos. No es que yo fuese muy mística… Sin embargo, empecé a notar la pulsión de contarle mi vida. Era como hablar con mi reflejo en el espejo. Así que comencé por el principio. Por aquella tarde en la biblioteca de Carabanchel.

9
Gabriel

(Madrid, 1993)

Las chicas se acercaron al mostrador de la biblioteca para dejar su carnet a cambio de que les asignaran un sitio en la sala de estudio. Era época de exámenes y no cabía un alfiler en aquella sala que olía a esa mezcla de hormonas y sudor propia de la edad media de sus usuarios. Raquel y Ruth no tenían muchas ganas de estudiar, pero a las dos se les habían atravesado la Química, la Física y un poco las Matemáticas de segundo.

Quedaron en la biblioteca de Carabanchel porque era la que quedaba más cerca de casa de Ruth, y tenía muchas más mesas que la del barrio de Raquel, a la que solían ir. Acaloradas por el ambiente sofocante del mes de junio, las dos lucían sendos rodales empapados a la altura de las sisas de la camiseta de tirantes. A Raquel esta se le ajustaba escandalosamente al pecho, lo que la hacía encorvarse un poco hacia adelante para disimularlo, un gesto

que había adoptado desde que le salieron las tetas con doce años. Esas tetas gigantes comparadas con las de sus compañeras, que eran un calvario para ella, y la envidia de todas las demás.

Aquella vez no fue diferente. Al acercarse al mostrador de la biblioteca, el bibliotecario no pudo evitar mirarle el canalillo. Ella ya ni se inmutaba con esas cosas. A sus quince años sabía que, cuando se trata de ciertos comportamientos, no se le pueden pedir peras al olmo al género masculino. Ruth le asestó un codazo en el costado cuando el chico les dio la espalda para mirar las mesas libres que tenía.

—Joder, tía, ¿pero tú le has visto? —susurró su amiga medio tapándose la boca con la mano.

—¿A quién?

—Al bibliotecario, hombre, no va a ser a mi tío el de Cuenca.

—¿Ese idiota que me estaba mirando las tetas? Pues no me he fijado mucho.

—Tía, es clavadito al guapo de *Thelma y Louise*.

—¿El que les roba la pasta?

—Sí, joder, ¿cómo se llama ese actor?

—Ni pajolera idea, pero era guapo, sí.

—Pues mira a este tío ahora cuando se gire, va en serio.

En ese momento el bibliotecario volvía al mostrador con dos numeritos que indicaban los puestos de estudio libres. Y resultó que Ruth tenía toda la razón. El tío se parecía mucho al *cowboy* que se liga a Geena Davis y que acaba robándoles todo su dinero en esa peli tan chula. Pero oye, que le quiten lo bailao a la Davis.

Raquel le miró fijamente a los ojos, para obligarle a levantar la vista de sus tetas y mostrarle una profunda mirada de color verde agua, que le provocó un leve temblor de piernas. Ruth debió de notarlo, porque la agarró del brazo, separándola del mostrador. «Gra-a-cias», balbuceó Raquel mientras su amiga la arrastraba por el pasillo.

—Anda, guapa, un poco más y te lo comes ahí mismo. Tú lo de disimular como que no…

—¿Crees que es muy mayor? Parece mayor, ¿no?

—Yo qué sé… ¿Veinticinco? ¿Treinta? Lo suficiente para jugar en otra liga, chica. Aunque con esos melones que te gastas, lo mismo tú sí tienes algo que hacer —dijo abarcando con la palma de las manos sus propios pechos diminutos.

La voz del *cowboy* a su espalda la sobresaltó en la puerta de la biblioteca una hora después. Había salido sola a fumar un cigarro. Un vicio tonto que había comenzado, como tantos otros chavales de su edad, en el patio del instituto. Al cumplir los quince su padre, sabiendo que ya fumaba, la había sorprendido regalándole una pitillera y un mechero a juego que ella llevaba a todas partes.

Le estaba pidiendo fuego. Un escalofrío le recorrió la espalda antes de darse la vuelta, al imaginarle con la mirada fija en su trasero, la otra parte de su cuerpo en la que también se detenían normalmente los tíos. Solía pensar que las tetas y el culo eran su fuerte, porque Raquel no era una chica especialmente guapa, canónicamente hablando. Tenía la nariz demasiado grande para su rostro diminuto, aunque lo compensaba con unos enormes ojos del gris plateado del mar un día de tormenta. Y eso sí, cuando sonreía *se paraban los relojes*, le decía siempre su padre.

—Te doy fuego si dejas de mirarme el culo, ¿no te parece?

Raquel no se andaba con chiquitas, en su apenas metro cincuenta albergaba más chulería que todo el barrio de Lavapiés junto.

—Pues no sé si prefiero renunciar a encenderme el cigarro —contestó el guapísimo bibliotecario sin un ápice de pudor.

—Si les dices esas cosas a todas las chavalas que pasan por aquí a diario, no darás abasto.

—A todas no, solo a las que lo valen.

Un prepotente y un gilipollas, eso es lo que es, pensó Raquel. Aun así, como el juego empezaba a gustarle, decidió comprobar hasta

dónde era capaz de llegar. Por eso sonrió, paró los relojes, y se acercó a darle lumbre sin dejar de mirarle a los ojos, rozando sin querer —queriendo— con sus pechos el torso de él, que no se achantó y le sostuvo la mirada los segundos que duró aquella escena de película de Lauren Bacall y Humphrey Bogart. Desde entonces, su relación se basaría en un reto continuo: yo te reto a ti, y tú a mí; a ver cuál es el límite de cada uno. A ver adónde somos capaces de llegar. Un juego tan atractivo como perverso.

Aquel fin de curso Raquel siguió yendo a la biblioteca todos los días, pero solo consiguió aprobar la Química de chiripa y la Física copiando. De Mates ni abrió un libro. Pasaron exactamente seis semanas desde ese primer cigarro hasta el otro primer cigarro. El que apagó, envuelta en una sábana blanca como en las películas, en el cenicero de la mesita de noche de Gabriel, el *cowboy* de *Thelma y Louise*. Solo que ella no era Geena Davis.

Era una quinceañera demasiado desarrollada para su edad, demasiado precoz y con demasiadas ganas de comerse el mundo a bocados.

Gabriel aprendió pronto a accionar un resorte en ella que nunca nadie había tocado. No se lo puso difícil. Respondía solícita a cada nueva experiencia que él le proponía porque, al fin y al cabo, casi todo lo que hacían juntos era nuevo para Raquel. No para él, en cambio, a quien sus treinta años le situaban en una posición bastante ventajosa.

Y, sin embargo, a ella la diferencia de edad nunca le pareció un problema. Años de tragarse series americanas para adolescentes le conferían una inocente fe en el amor en cualquiera de sus formas. *La puñetera Brenda Walsh tenía la culpa.*

—Esta noche hemos quedado con los chicos del insti para ir a Alonso, te podías venir, hace mucho que no salimos. —Le dijo Ruth mientras comían juntas una hamburguesa en la Gran Vía, el día de

su dieciséis cumpleaños. Estaban de revival. Habían ido de compras y a comer al McDonald's, como en los viejos tiempos.

—Voy a ir con Gabriel a una performance en una galería de arte de unos amigos suyos. Son gays, ¿sabes? Va a haber gente muy del rollo Andy Warhol.

—Jopé, tía, antes con un mini de calimocho en cualquier plaza podíamos pasarnos horas riéndonos. Qué snob te has vuelto, chica.

Y así un fin de semana, y otro, y otro… Hasta que Ruth dejó de intentar recuperarla y se empezó a distanciar. Hasta que a Raquel no le quedaron más amigos que los de Gabriel. Una panda de intelectuales que había conocido estudiando Arte en la Complutense, bastante mayores que ella y algo trasnochados.

Lo de los celos vino después.

«Es que Gabriel es muy celoso». Raquel lo decía como si se tratara de una característica común en las personas y no un comportamiento enfermizo que la convertía en un objeto de su propiedad y anulaba su voluntad. «¿No te parece que vas muy escotada?», «Esa falda es demasiado corta», «Ese tío no quiere darte trabajo, solo quiere ligar contigo». Eran algunos de los comentarios habituales a los que Gabriel la había acostumbrado. A Raquel le parecía romántico que la cuidara de esa forma, marcándola con su meada como un pastor alemán.

Como no podían ser menos, las drogas también las incorporaron pronto a sus experiencias. Porque él era muy de probar cosas, y si era con ella, mejor. Así que antes de los dieciocho, Raquel ya sabía distinguir entre LSD y setas alucinógenas; speed y cocaína; y unas cuantas cosas más cuyos nombres ni recordaba. Pero, como a Geena Davis, que le quitasen lo bailao. Las probaba todas menos la ketamina, de esa sí que recordaba el nombre. Los veterinarios la usan para anestesiar animales y provoca alucinaciones muy gordas como la disociación del propio cuerpo. Cuando empezó la carrera, Gabriel y sus amigos a menudo utilizaban a Raquel para conseguirla

en la Facultad de Veterinaria. Ella se sentía importante por poder proveerles de tan preciado entretenimiento, pero se mantenía al margen. Había visto individuos puestos de ketamina hacer cosas extremadamente raras. Con eso tenía bastante para no querer ni acercarse.

Por todo ello, la vida junto a Gabriel resultaba excitante. Nunca se aburría, como tampoco se bajaba de la montaña rusa de emociones. A él cada día se le ocurría algo nuevo. Algo que nunca comprometía su libertad; y a menudo, la de ella. Todo iba bien siempre y cuando Raquel hiciera lo que le pedía. Los problemas vinieron cuando dejó de hacerlo.

La Universidad y Marian fueron el principio.

10
Marian

La desconocida había sacado el segundo porro de la pitillera, pero esta vez me lo dio a mí para que lo encendiera.

—¿No nos estaremos canteando un poco?

—Dale, *boluda*, está todo el bus dormido. —Le hice caso y encendí el mechero. El fogonazo iluminó mi cara como el flash de una cámara de fotos de manganeso. El papel que cerraba el petardo igual que un caramelo se prendió en una llama que lo consumió rápidamente, precediendo a una calada larga y profunda que me mareó un poco. Expulsé todo el humo retenido en mis pulmones y seguí hablando.

—El primer año llevaba una pitillera prácticamente igual que la tuya, con cinco cigarros todos los días, para ahorrarme pasta. Pero siempre acababa pidiendo alguno más. Me la regaló mi padre, ¿sabes?

—¿Y fue con esa nueva amiga cuando empezaste a cambiar?

Eran ya las dos de la madrugada, faltaba poco para que el autobús hiciera su parada de rigor. El tiempo justo para mear, estirar las piernas y echarse un café. Se me estaba pasando el viaje volando mientras le contaba mi vida a la doble de Joan Baez. Me sentía un poco mareada y tenía sueño, pero una fuerza hipnótica me empujaba a seguir hablando. A soltarlo todo antes de llegar a Madrid.

—Te decía que siempre iba con mi pitillera, ¿no? Marian no fumaba, al principio, pero se aficionó por mi culpa. Ella es de lo mejor que me ha pasado en los últimos años.

—Y a tu novio no le gustaba un pelo.

—No mucho. Siempre intentaba boicotear nuestros planes con otros mejores. Pero ya no le funcionaba como en el instituto. Yo dejé de ser la misma.

—*Vos* maduraste.

—No sé si tanto, pero al menos no soy la niña impresionable que conoció. Gracias a él sé mucho de la vida, eso sí que se lo tengo que agradecer. A los dieciocho ya estaba curada de espanto.

Lo que no conocía era el valor de la libertad. Cuando empecé la Universidad mi mundo era Gabriel y todo lo que su entorno me podía ofrecer. Vivía despreocupada como un toro de lidia en la era. Pastando, corriendo a sus anchas, durmiendo, tirándose a las vacas… Ignorante de que su destino final es ser torturado hasta la muerte en un ruedo.

Afortunadamente la vida me deparaba otras cosas. Más y mejores. Amistad, conocimiento y confianza en mí misma. La gente nueva que conocí no esperaba de mí que me comportase como el mono de feria de Gabriel. Esa cría tan inteligente que salía con él y divertía a sus amigos. La puta que él quería en la cama. El trofeo que exhibía allá donde fuera. No. Dejé de ser todo eso para convertirme en Raquel. Y resulta que Raquel era una tía cojonuda, como siempre me dice Marian.

—Gabriel lleva muy mal que tome mis propias decisiones. Se ha pasado todo el verano castigándome por ello. Que si ahora estamos juntos, que si ahora no, que si quiero una relación abierta pero tú no te vayas por ahí con ningún tío… Me está volviendo loca.

—¿Y vos qué querés de él?

—¿Yo? Yo le quiero como nunca he querido a nadie. Le conocí con quince años, ¿qué esperas? A veces sueño con que deje de jugar conmigo y se tome en serio lo nuestro.

Que me demuestre que es capaz de quererme y valorarme por lo que soy de verdad, no la fantasía que he supuesto para él desde los quince. Pero no va a hacer nada de eso. Es un niñato de treinta y seis años.

El autobús detuvo la marcha y el luminoso de un bar de carretera proyectó su luz fluorescente sobre el rostro de la desconocida. Me miraba fijamente.

—Lo que *vos tenés* se llama síndrome de Estocolmo. —Sentenció.

Vaya hombre. Mi amiga Marian llevaba más de un año diciéndolo con las mismas palabras: síndrome de Estocolmo. Según ella, la única solución posible era separarme de Gabriel para siempre y hacer mi vida para no acabar convirtiéndome en un juguete roto. Parecía que todo el mundo tenía la solución. *Mira qué bien, qué listos sois todos.*

Apagué el porro en el cenicero del brazo de mi asiento y me levanté poniéndome el bolso airada.

—Voy al baño.

No contestó. Solamente se recostó un poco contra la ventanilla y cerró los ojos.

11
Xavi

'No surprises', Radiohead

Como no tenía nada mejor que hacer esa noche, Arnau se marchó al hospital después de dejarla en la estación del Norte. Le costó convencer a su madre de que se fuera a dormir a casa, que ya se quedaba él con Xavi. Su hermano dormía plácidamente bajo el efecto de los calmantes en vena que le enchufaban desde esas bolsitas rellenas de líquido transparente. A Arnau le encantaría tener una a mano para enchufársela en una vía él también de vez en cuando. Las veces que la cabeza le iba tan rápido que necesitaba agarrarse al somier para no caerse de la cama. Aquella noche iba a ser una de ésas.

Agarró la mano de Xavi, igual que hacía cuando eran pequeños y dormían juntos. Después del accidente de su padre, el pequeño ya no quiso volver a estar solo en su cama, y mamá necesitaba descansar porque si no, por la mañana, estaba de un humor de mil

demonios. Por eso Arnau dejaba que su hermano se metiera en su cama cada noche, y le daba la mano hasta que este cerraba los ojos y empezaba a respirar fuerte, cayéndosele el chupete de la boca. Llevó chupete para dormir hasta los seis años. Y durmió con Arnau hasta que su cuerpo preadolescente sobresalía por todas partes de la cama de noventa.

Ahora Xavi respiraba muy parecido a aquel bebé con mocos. Pero por diferentes motivos.

Arnau recordó la noche que pasó curándole arañazos de zarza por todo su cuerpo, uno a uno para que no se le infectaran, mientras Xavi, que nunca perdía el sentido del humor, le llamaba «mi enfermera de noche». Su hermano tenía doce años y estaban pasando el fin de semana en la masía de su tío, en Tarragona. Fue haciendo una carrera con las bicis. Se metieron por un camino demasiado estrecho para los dos, Xavi trató de adelantarle y solo consiguió perder el equilibrio y caer sobre unas zarzas llenas de las moras maduras que les encantaba comer a los dos. Arnau miró a su hermano dormido y sonrió. *Siempre ha sido un 'pupas', el pequeñajo.*

Como no podía conciliar el sueño ni coger una postura cómoda en aquella butaca de hospital, sacó de su mochila una libreta cuadriculada tamaño A4 que le gustaba llevar cuando sabía que iba a tener tiempo de escribir. Escribía canciones, relatos y, a veces, guiones para cortos que nunca rodaba. Rebuscó en el bolsillo inferior, lleno de virutas de tabaco, filtros de cigarro, mecheros sin gas y condones sin usar; hasta que encontró la pluma plateada de su padre. Por suerte, le quedaba un cartucho de tinta de repuesto en el depósito. Abrió la libreta y las palabras comenzaron a bailar solas.

25 de septiembre de 1999

Hola Guapa,

Hace solo una hora que te has marchado, y ya te echo de menos. Estos días lo he pasado muy bien y me encantaría que volviéramos a vernos pronto. Mientras tanto, pienso mantener el contacto contigo por todas las vías posibles, y he creído conveniente escribirte porque te debo una explicación. Bueno, unas cuantas.

No soy el tío más afortunado ni el más feliz de la tierra, eso que vaya por delante. La mala suerte azota a mi familia desde hace años y a veces temo que me persiga a mí también. Raquel, mi hermano tiene leucemia. Se está muriendo. Tiene dieciséis años.

Quería que lo supieras para que seas consciente de dónde te metes y lo que me espera vivir en los próximos meses. No voy a ser la compañía más alegre y tampoco puedo reclamarte nada. Apenas te conozco. Me encantaría pedirte que estuvieras a mi lado para sobreponerme mejor, para tener un hombro en el que llorar. Que me levantases cuando me caiga y todo eso… Pero, qué derecho tengo. Sencillamente, quería contártelo antes de ir más lejos.

Levantó la pluma del papel. Lo leyó detenidamente una, dos y hasta tres veces. Arrancó la hoja, la arrugó en una bola perfecta e hizo canasta en la papelera. Respiró profundamente —*uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…*—, cerrando los ojos y permitiendo que el aire llenase sus pulmones y bajase hasta su estómago, para luego salir por su nariz en seis tiempos, vaciando su cuerpo. Se sintió mejor.

Cogió de nuevo la libreta y la pluma y volvió a escribir:

Barcelona, 25 de septiembre de 1999

Querida Raquel

(…)

12
Primer martes

'En verano', Carolina Durante

Cuando volví del mugriento wáter del bar de carretera, mi compañera de asiento dormía como un bebé. Decidí que era un buen momento para echar yo también una cabezadita y llegar a casa un poco más descansada. La marihuana que habíamos fumado ayudaba bastante. Así que cerré los ojos, y no los volví a abrir hasta que escuché el bullicio de los pasajeros abandonando el autobús en la estación de Méndez Álvaro. Miré por la ventanilla, amanecía en Madrid.

Me desperecé con cuidado de no golpear a Joan Baez a mi lado al estirarme, sin embargo, cuando miré hacia su asiento, estaba vacío. *¿Será posible que esta tía se haya ido sin despedirse después de haberle contado mi vida?*

—Perdona, la chica que estaba a mi lado… ¿Se ha bajado ya? —pregunté a un joven de mi edad que se levantaba de los asientos

paralelos al otro lado del pasillo.

—No sé, no he visto ninguna chica bajarse, ¿dónde dices que estaba sentada?

—Aquí, a mi lado en la ventanilla… Déjalo, es igual.

Como desde el principio mi conversación con ella había sido muy extraña, no me sorprendió que se hubiera largado sin mediar palabra. Me llevé la mano al bolso en un acto reflejo, para comprobar que su interior estaba completo, solo me faltaba que me hubiera desvalijado. Entonces me di cuenta de que se había dejado la pitillera con brillantitos sobre el asiento. La abrí y vi que estaba vacía. *¿Adónde habían ido a parar todos los porros de marihuana que llevaba?*

Encogiéndome de hombros, la guardé en mi mochila y salí a la calle, donde el familiar olor a tubo de escape de mi ciudad me estaba esperando como única compañía. ¿Hay algo más triste que llegar a una estación a las seis de la madrugada y que nadie te esté esperando? Sí, coger el primer metro de la mañana. Sobre todo si te toca el apestoso vagón únicamente ocupado por ese trabajador que echa una cabezadita —y no sabes cómo hace para no pasarse su parada—, y el adolescente borracho que acaba de potar en el suelo muy cerca de tu asiento. *Welcome home.*

Media hora más tarde entraba en mi casa, donde me invadió esa sensación de seguridad que siempre sentía al pasar del ambiente fresco del exterior al agradable calorcito de mi portal. Definitivamente el veranillo de San Miguel se había terminado en Madrid y el otoño estaba acechando, sobre todo a esas horas. Así que dejé que todo mi cuerpo entrara en calor y la modorra se apoderase de mis sentidos mientras esperaba el ascensor, como un preludio del maravilloso acto de coger mi cama con ganas. Mis padres dormían, pero el perro me recibió soñoliento torciendo su trasero de un lado al otro como una salchicha de Frankfurt. No esperaba menos de él. Me lo regalaron siendo un cachorro y nos

habíamos criado juntos. Se estaba quedando ciego y chocheaba un poco, pero yo le quería un montón.

Me quité los pantalones y el sujetador y me escurrí dentro de las sábanas con olor al suavizante de mi casa. Mi perro se hizo una bola a los pies de la cama. Yo no tenía ganas de pensar. Sabía que Gabriel aparecería antes o después para darle la vuelta a mi cuento de hadas en la ciudad condal. Por eso me quedé dormida con la esperanza de que al despertar unas horas después hubiera pasado una de estas dos cosas:

1. Nunca había conocido a Arnau.
2. Gabriel no estaba en mi vida.

Obviamente, al despertar no solo ninguna de las dos cosas había sucedido, sino que el propio Gabriel, en carne y hueso, estaba sentado al borde de la cama.

—Joder, Gabriel, ¿qué coño haces ahí parado mirándome sin decir nada? Qué susto me has dado —creo que no fui muy amable al principio.

—Tu madre me ha dicho que te fuera despertando, que ya es muy tarde. ¿Te apetece que te invite a comer por ahí? —me acariciaba el pelo y su voz sonaba a música celestial. Me estremecí y apoyé la cabeza en su regazo. No podía evitarlo, joder. *Pedazo de síndrome de Estocolmo tienes, imbécil.*

Pero qué listos sois todos.

—Bájate y me esperas en la calle. Tardo quince minutos. Pero no te hagas muchas ilusiones porque vaya a comer contigo —sabía que él sabía que era un farol como una casa. Hacerme la interesante nunca me había servido de nada.

Así comenzó una extraña semana en la que Gabriel se esforzó mucho, posiblemente más que en su vida, por agradarme, por satisfacer mis deseos al tiempo que respetaba mi espacio. Como si

quisiera demostrarme que había cambiado —en un fin de semana—, que era alguien dispuesto a comportarse como la persona que yo esperaba tener a mi lado. Respetuoso, maduro, leal. Durante aquella semana me di tiempo. Tiempo para decidir qué iba a hacer con mi vida, tiempo para descubrir si echaba de menos a Arnau tanto como para dejar atrás todo lo que había sido mi vida hasta entonces.

Y en esos siete días hubo un martes. Un martes en el que llamé a Arnau porque me tocaba a mí y le había prometido no olvidarme.

—¿Qué pasa, BCN? —le dije cuando descolgó el auricular y reconocí su peculiar agudo timbre de voz.

—Ey, Raquel, te has acordado, qué guay —en su tono atisbé pinceladas de nerviosismo, pero al mismo tiempo de alivio. Me pareció que temía no volver a escuchar mi voz nunca más, y esa situación de poder a la que no estaba nada acostumbrada me hizo sentir bien. No era justo, pero era lo que era.

—¿Qué tal estás? ¿Qué hiciste ayer?

—Poca cosa, estar en casa, estudiar un poco para el examen de marketing que te conté que tengo el viernes, ver *Gran Hermano*… ¿Tú has visto eso? ¿Cómo es posible que enganche tanto ver a doce idiotas tocarse las pelotas encerrados en una casa? Nos estamos volviendo todos majaras, te lo digo.

—Ya, tío, lo vi con mi madre. Le flipa, no lo entiendo.

—¿Y tú, qué hiciste ayer?

—Salí a comer con Marian y di un paseo largo con el perro por la tarde, nada del otro mundo. —Mentí sistemáticamente para ganar un poco más de tiempo. En Barcelona tomar decisiones había sido muy fácil. Aquí ya no lo era.

Hablamos distendidamente de temas intrascendentes. Le conté lo de la chica con pinta de hippie del autobús y le hice reír con mi descripción de Joan Baez, o lo de los porros de marihuana que nos habíamos fumado y nadie se había enterado… Y poco a poco

recuperamos la intimidad, las risas y la facilidad para comunicarnos sin esfuerzo ni grandes palabras.

—Te estoy escribiendo una carta, a ver si la acabo y te la envío esta semana, ¿vale?

—Genial, estoy deseando leerla —y era verdad que lo estaba.

—Te llamo el martes que viene, me tengo que ir a hacer unos recados con mi madre.

—Ok, guapo, hablamos pronto. Te echo de menos —esto también era bastante verdad.

—Y yo a ti.

Nos despedimos sin dramas, de la misma forma natural con que habíamos empezado a hablar. Y la vida siguió para mí como se estaba desarrollando antes de aquel paréntesis telefónico. Era posible que aquella historia tuviera futuro. Solo si yo quería. Sin embargo, *¿era eso lo que quería?*

Fueron días en los que las horas pasaban lentas mientras esperaba que sucediese algo, lo que fuera, que lo cambiase todo. Deseaba obtener la respuesta a mis dudas sin mover un dedo. Que me cayera del cielo. Y, como siempre, allí estaba Gabriel para ponérmelo fácil, dándomelo *mascadito* de manera que yo no tuviera que pensar. Ya pensaba él por mí.

Fueron días de compartir risas, películas en el cine y en su casa, cervezas, paseos. Días sin sexo ni apenas contacto físico por primera vez desde que le conocía. Se había propuesto reconquistarme sin forzar la situación. Intuía que había conocido a alguien, y aunque ni siquiera supiera exactamente contra qué estaba compitiendo, se lo tomó como una lucha a muerte por hacerse con el preciado trofeo que era yo entonces. Alguien quería arrebatarle el primer premio que llevaba seis años consecutivos ganando. Y le jodía.

Ajeno a todo lo que sucedía en la cabeza y en la vida de Raquel antes, durante y después de la llamada del martes, Arnau terminó la carta que había empezado en el hospital la noche que ella cogió el

autobús, para echarla en el buzón el miércoles por la mañana antes de irse a la biblioteca a estudiar Marketing. Una asignatura de las más odiosas de la carrera, que venía arrastrando desde el primer cuatrimestre del curso y que tenía que aprobar ya, si no quería tener que pagar una segunda matrícula que, en la universidad privada donde estudiaba, costaba un riñón.

Había escrito su dirección completa en el remite, por si la carta se extraviaba o por si, vete a saber, Raquel había perdido el papel que le dio con su nombre, apellidos, calle y código postal; en cuyo caso jamás respondería a la carta. La verdad es que le había quedado muy formal: Rte. Don Arnau Gómez de las Casas. Sonaba bastante aristocrático. A ella le entraría la risa al leerlo, estaba seguro. Como también estaba seguro de que sonreiría al ver las chorradas que le contaba en el interior del sobre, divagando como solía cuando estaba colocado. Y es que una vez descartada la posibilidad de una misiva directa, sincera y, por qué no decirlo, un tanto dramática; había optado por un texto mucho más ligero, hablando de la plácida rutina del día a día, que no iba más allá de estudiar, tocar la guitarra, fumar porros y ver la tele. Mucho más prosaico que la leucemia de su hermano, dónde va a parar. Así que dentro del sobre que Raquel abriría cuarenta y ocho horas después, encontraría unos folios cuadriculados doblados de forma meticulosa por la mitad más un cuarto, en los que se leía:

Barcelona, 25 de septiembre de 1999

Querida Raquel,

no sabía cómo empezar esto… ¿Querida?, ¿estimada?, ¿hola chati? Tú dime cómo te gusta más que empiece, y tomo nota para la siguiente, je je je. Solo hace unas horas que nos hemos despedido, pero quería decirte que el fin de semana ha sido un pasote. He estado de puta madre contigo, súper a gusto tía, como hacía mucho tiempo. Una pena que se haya acabado y

tengamos que volver a nuestras rutinas diarias después de estar en una nube estos días.

Mañana tengo que acompañar a mi hermano a una prueba importante en el hospital, nada serio, pero me toca madrugar. Así que me voy a acostar prontito. Cuando pueda sigo con la carta, a ver si te la puedo enviar mañana.

Hola otra vez. No es el día siguiente, no, han pasado dos días y de hecho acabamos de hablar por teléfono. Qué guay escucharte. Me he reído un rato con el canteo de la marihuana de la hippie esa del autobús. Oye, ¿y no te lo habrás imaginado y los porros que dices te los has fumado tú sola? Ja ja ja. Tendría sentido. Lo que no me explico es cómo no os echaron del autocar. Vaya tela. ¡¿Te imaginas que el conductor para en mitad de la provincia de Zaragoza y os deja ahí tiradas?! En plan «Miedo y Asco en Las Vegas», ahí, las dos puestas hasta el culo en medio de un páramo. ¿La has visto? Johnny Depp está superguay.

Cambiando de tema, me voy a ir ahora a la biblio un rato a estudiar. Tengo el examen el viernes y me da puto asco pensar que me quede para el año que viene, pagar un pastizal para volver a verle la cara al subnormal ese que da marketing… Menudo flipao tía. ¿Tú tienes ya la nota de biología molecular? Buah, me suena a chino ja ja ja. Con lo de letras que soy yo. ¡Alucino contigo, empollona!

Ayer por la tarde estuve tocando la guitarra superinspirado, he empezado a componer un tema que pinta muy bien. A ver si después del examen me vuelve la inspiración y la termino. Un día de estos grabaré una maqueta con mis canciones, y te la mando, ¡claro! Aún no tengo nombre artístico. Arnau Gómez de las Casas no me puedo llamar, no me iban a comprar discos ni los pijos del barrio de Salamanca. Es de Salamanca, ¿no? Bueno, lo dicho. A ver si podemos repetir pronto lo del pasado finde. Nos hablamos y nos leemos en breve. Un beso muy fuerte y ¡cuídate mucho!

Arnau.

13
Segundo martes

Volvía de bajar al perro a mediodía cuando me dio por abrir el buzón de casa. Junto a un montón de publicidad y varias cartas del banco dirigidas a mi padre, ahí estaba la suya. Mi nombre y dirección venían escritos en bolígrafo negro, con una letra grande y angulosa que dejaba entrever una exhaustiva práctica de la caligrafía en la infancia, con las vocales y consonantes unidas en un solo trazo. No era bonita si nos referimos a los cánones de belleza caligráfica, pero tenía personalidad y se notaba que su autor era una persona meticulosa. Todo esto pensé mirando el sobre mientras el ascensor iba ascendiendo pisos. Y no me lo había inventado, me gustaba mucho la grafología y había leído algunos libros sobre el tema.

Al entrar en casa corrí a mi habitación sin decir ni «hola» a mi hermana, que estaba en el salón cosiendo los bajos a unos vaqueros.

—Raquel, estos ni se te ocurra estrenármelos que te estrangulo…

¿Mi hermana ha dicho "estrangulo"? Qué barbaridad, cuánta inquina. Pensé de pasada, sin pararme a contestar. Tenía algo mucho más importante que hacer.

Sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, le di la vuelta al sobre.

Don Arnau Gómez de las Casas

Avinguda de Sarrià, 80, 5º primera

08017 Barcelona

¿Don?, ¿había escrito Don? Me dio la risa floja imaginando que alguien tratase de «Don» a Arnau, con su metro setenta, sus poco más de sesenta kilos, su voz de chaval y su cara de colgao. Con que «Don Arnau». Esa se la iba a devolver, me lo había puesto a huevo. Por fin me decidí a abrir el sobre y saqué de su interior dos folios doblados de una forma muy extraña, por la mitad más un cuarto —si no, no le habrían cabido en un sobre cuadrado, claro—. La fecha escrita arriba a la derecha y un formal "Querida Raquel" encabezaban la carta. *¡Hay que ver lo serio que es en el fondo este chico!*

Leí la carta doscientas veces de principio a fin a lo largo de todo el día. Analizando cada frase, el posible doble sentido de cada palabra. Su forma de expresarse, la manera de decir cosas sin decirlas. La sencillez de una narrativa que podría formar parte de mi propia vida, de la que podría ser protagonista. Solo si quería. Él me lo estaba poniendo en bandeja, únicamente tenía que dejarme llevar. Aquella relación parecía entonces tan fácil… ¿Pero qué ocurriría al cabo de los meses? ¿Cómo llevaríamos la distancia? ¿Me seguiría gustando tanto cuando le conociera mejor? ¿Y yo a él? Pero, lo que más me preocupaba de todo: ¿y si no funcionaba y era ya

demasiado tarde para recuperar a Gabriel? «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer», solía decir mi madre.

¿Y si lo malo conocido es lo único conocido? Las raíces que me anclaban al suelo que él pisaba eran fuertes y profundas. Cortarlas dolería.

Era viernes. Gabriel me llamó para salir, pero le dije que no me apetecía. No insistió —respetar mis tiempos formaba parte de su plan—. Marian también me llamó y le conté que Arnau me había escrito. *¿Escribe bien?*, me preguntó. *Sí, escribe bien*. Contesté. *Entonces ya tiene unos cuantos puntos ganados.* A Marian le obsesiona la ortografía y la gramática, no soporta que alguien no sepa poner acentos. *¿Acentúa las palabras?* Así es ella, no estoy exagerando. *Joder, María Antonia, sí. Todas.* Solo la llamaba por su nombre completo para fastidiarle cuando me tocaba mucho las narices.

Hablamos un rato de las cosas que me decía en la carta, y de la conversación telefónica del martes. *Olvídate de Gabriel*, me dijo tajante, antes de colgar. Que no le gustaba era más que evidente, no hacía falta ser muy lista para darse cuenta. Como tampoco para saber que era mutuo, y a mí, que estaba en medio, a menudo me ponía en una situación muy incómoda. Así que me quedé dándole vueltas a ese pensamiento —«olvídate de Gabriel»—, mientras todas las canciones que sonaban en mi reproductor de CD me recordaban a él, todas las fotos que tenía colgadas en mi cuarto eran con él, todas las páginas de mis diarios hablaban de él.

Mierda. No va a ser tan fácil.

El Kathmandú era el mejor local de Madrid. Un antro pequeño, con poca ventilación y dudosas salidas de emergencia, en un sótano junto a la Plaza de la Villa. Su pista de baile minúscula tenía capacidad, a grosso modo, para treinta personas bien apretadas; pero la cercanía de la cabina del DJ, el ambiente familiar y, sobre

todo, el *funky* que allí se pinchaba lo convertían en mi discoteca predilecta.

Gabriel me había invitado a cenar sushi en un sitio carísimo por el Paseo de la Castellana. Disfrutamos mucho de la cena y de la compañía mutua. Era como volver a conocernos, solo que yo tenía veintiún años y no quince. Una ventaja considerable.

Después de un par de cervezas en una terraza de la Plaza de Santa Ana, nos dieron las dos de la mañana y decidimos acercarnos al Kathmandú. A mí me había sobrado media Toyota del finde en Barcelona. Él, por su parte, siempre estaba bien surtido. De modo que entramos en mi garito preferido con la intención de bailar hasta reventar la pista. La música nunca decepcionaba, como tampoco lo hacía el camarero, una figura mítica en el mundo de la noche madrileña, conocido por ponerte un vaso con hielo y la botella de whisky sobre la barra para que tú mismo te sirvieras. Y siempre era mejor, porque si le dejabas a él hacer el trabajo, te llenaba el vaso de tubo hasta el borde, aunque se lo hubieras pedido con coca-cola.

Si había algo que me gustaba de Gabriel era bailar con él. Tenía un *flow* que ni Michael Jackson, un ritmo y una soltura que le acababan convirtiendo en el rey de cualquier local. Todo el mundo quería bailar a su alrededor y hablar con él… Se parecía bastante a salir con una estrella de cine. Era guapo a rabiar y tenía carisma. Me sentía más afortunada que la mujer de Paul Newman. Aquella actriz menor, poquita cosa y con una belleza que no se ajustaba a los cánones hollywoodienses de la época, a pesar de lo cual compartía su vida desde hacía cuarenta años con el hombre más bello de la tierra. Ahí estaba yo, como Joanne Woodward en el centro de la pista del Kathmandú, siendo diseccionada con envidia por una decena de depredadores y depredadoras de la noche que se morían por acercarse a Gabriel, quien solo tenía ojos para mí. La sensación de superioridad era única. Bailamos y bebimos varias horas como solíamos hacer, era el mejor compañero de fiesta.

El amanecer nos pilló atravesando la Plaza de la Villa, con su cielo violeta a punto de desplomarse sobre nuestras cabezas, en aquel momento, líquidas. Lo miramos embelesados, de pie en el centro de la plaza, como si fuéramos testigos del Big Bang. Las nubes alargadas y efímeras se teñían de matices tonales que ni siquiera figuraban en la carta Pantone. Entrelazamos nuestras manos y estuvimos así hasta que la luz del alba nos cegó, colándose los rayos de sol por los recodos entre los edificios. La placidez y seguridad que me provocaba sentir sus dedos entre los míos no se parecía a nada que recordase. Nada malo podría sucederme si me mantenía a su lado. *¿Me lo decía mi cerebro intoxicado por las Toyota o era otra vez el síndrome de Estocolmo?*

—Venga, te invito a desayunar churros con chocolate —dijo Gabriel acortando la distancia entre su uno noventa y mi uno cincuenta y cinco, para besarme levemente en los labios.

—Buena idea —contesté agarrándome a su cuello, poniéndome de puntillas y besándole intensamente. Le había echado tanto de menos…

Tardé dos días en volver a casa. Los pasé prácticamente sin salir de su cama. Entre sábanas desordenadas, copas de vino resecas y chustas de porros. Fue un compás de espera en mi vida, una burbuja en el tiempo donde nadie podía entrar ni salir. En cuarenta y ocho horas recuperé el sabor de su piel, el olor de su aliento al despertar, el recuerdo de esas primeras caricias que atesoraba en mi interior desde niña. Gabriel era mi universo, el pequeño planeta alrededor del que orbitar. Lo era todo.

Y por eso, me olvidé de todo lo demás.

Al entrar por la puerta de casa, casi tres días después de haber salido el sábado, mi madre me regañó un poco. No demasiado, porque sabía que estaba con él y le servía lo de «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

—Te ibas a quedar a dormir un día y llevas dos, podías haber avisado.

—Ay, lo siento, mamá, pensaba que te había dicho dos… —dije sin levantar la mirada del suelo, tratando de escabullirme y que la bronca no fuera a más e incluyera a mi padre, mucho menos laxo en sus convicciones que ella; y mucho más reacio a mi relación con un hombre de treinta y seis años.

—Te ha llamado un chico esta mañana. Tenía acento catalán, pero no me ha dicho su nombre. ¿Desde cuándo tienes tú amigos catalanes?

Mierda.

—¿Qué día es hoy, mamá?

—¿Qué? Martes, anda que…

Mierda. Mierda. Mierda.

Podía haber corrido al teléfono a devolverle la llamada. Podía haberle dicho que estaba en la compra, o tomando algo con una amiga. O nada, porque Arnau no me iba a pedir explicaciones. Hubiera sido tan sencillo… Sin embargo, me sentí tremendamente culpable. Tanto, que no me atreví a llamarle. Ni ese día, ni ningún otro.

Había tomado una decisión. Quizás no la más acertada. Quizás no la que le hubiera gustado a Marian; pero estaba tomada.

Y ni siquiera me sorprendió entrar de nuevo en la órbita de Gabriel, atraída por esa fuerza centrípeta que todo lo fagocitaba. Había estado tan cerca de lograrlo… Una semana antes iniciaba una relación a distancia con un chico encantador de Barcelona, que me divertía, me había hecho sentir libre y, sobre todo, yo misma. Pero la ropa nueva nunca queda del todo bien en la primera puesta, y al final te acabas calzando los vaqueros desgastados que hace mucho que no lavas, porque se han adaptado a tu cuerpo como un guante y no te ves con nada más. Ni con nadie más. Así que aquel fue el último martes.

Y el árbitro pitó el final del partido: Real Madrid 1 - Barça 0.

14
Navidad

La primera carta de Raquel llegó el día que nevó en Barcelona. Y no sé cuántos martes después de que dejase de llamarla. La primera vez que no la pilló en casa apenas le dio importancia. Esperó que le devolviera la llamada y, como no lo hizo, siguió esperando. Hasta que pasó una semana, volvió a ser martes y Arnau la llamó de nuevo, apelando a esa complicidad que les había hecho decidir que ese era el día de la semana en que se iban a llamar. Porque sí, porque les había dado por ahí. Los martes, sin ninguna razón, era el día que habían escogido. Sin embargo, Raquel no estaba en casa ningún martes y tampoco le devolvía las llamadas. Así que Arnau se cansó de intentarlo.

Nevaba ese día. Fue un hecho insólito, justo antes de Navidad. El curso ya estaba avanzado y Arnau iba bastante liado entre las clases, la guitarra, su madre y Xavi. Como Raquel parecía haber descartado las llamadas telefónicas, empezó a esperar una carta. Él había escrito primero, merecía una respuesta.

Dos meses después de escribirle, ella se dignó a responder. Fue una carta fría como la nieve que caía y distante como nunca pensó que podría ser esa chavala pequeñita y dulce. No había en sus palabras ni rastro de la calidez de los días en Barcelona, ni un «te echo de menos», ni una explicación a tantas semanas de silencio. En su carta no decía nada; o precisamente por eso, lo decía todo. Claramente, Raquel había decidido dejar que lo que hubo un día entre ellos se enfriara de forma natural con el paso del tiempo.

La sacó del buzón a mediodía, pero no se atrevió a abrirla hasta bien entrada la noche. Comió con su hermano y su madre en casa, con la carta doblada por la mitad en el bolsillo del pantalón. Xavi había salido del hospital unos días antes para poder celebrar la Navidad en casa. Al parecer, los médicos pensaban que podrían ser las últimas, y le dieron un alta temporal, aún estando muy débil, con el compromiso de efectuar un seguimiento diario de su deteriorado estado de salud. A pesar de lo dramático de la situación, los tres estaban disfrutando de ese tiempo juntos.

Por la tarde tenían planeado ir a ver las luces navideñas de alguna de las grandes vías de la ciudad, como ya hicieran de pequeños cuando aún vivía su padre, el primer año de vida de Xavi. La madre de Arnau no quería sacar al chico a la calle con las bajas temperaturas ya que, según decían los médicos, un constipado podía matarle. *Se va a morir de todas formas*, le había dicho Arnau. *Al menos lo hará con un bonito recuerdo.* Había abrazado a su madre en la cocina, mientras en el salón Xavi se partía de risa con el programa especial de Nochevieja de `Martes y Trece´ del 89, en VHS. Era desternillante, nunca se cansaban de verlo.

Y gracias al humor, como tantas otras veces en la vida de Arnau, la intensidad del momento se diluyó en las risas de Xavi repitiendo «¡ay qué potito!» y otras frases míticas de su infancia. Al mismo tiempo, su madre se secaba las lágrimas con el dorso de la mano, se erguía y, cual Escarlata O'Hara, decía con la cabeza bien alta:

—A tomar por culo los médicos. Esta tarde nos vamos a ver las luces.

Y se fueron a ver las luces. Tomaron el 7 en Avinguda de Sarrià con Diagonal, se bajaron en Balmes y caminaron despacio hasta el Passeig de Gràcia. Despacio, porque Xavi no estaba para hacer grandes esfuerzos aunque intentara aparentar lo contrario. Se fatigaba y a cada rato tenían que parar para que recuperase el resuello, pero los tres sabían que merecía la pena haber llegado hasta allí. El frío era intenso y la humedad que empezaba a subir a esa hora de la tarde, ya noche cerrada, les helaba los huesos. Xavi era el que más tiritaba de los tres, pero lo disimulaba frotándose compulsivamente las manos forradas con unos gruesos mitones de lana, tejidos a mano sin mucha gracia por su madre, en los ratos muertos de hospital. A Xavi le encantaban, a pesar de que picaban y eran un poco amorfos.

—Mamá, igual no ha sido tan buena idea… —dijo Arnau, impotente al ver a su hermano aterido de frío.

—Tonterías, claro que ha sido buena idea. Mirad qué bonito, hombre.

Parados en mitad de la calle, lo que quedaba de aquella familia triste, y pese a todo, unida, miró hacia arriba para encontrarse con unas cascadas de luz que caían del cielo tan delgadas como la estela que dejan los fuegos artificiales. Mientras, mariposas violeta sobrevolaban sus cabezas y la casa Batlló les saludaba con los balcones iluminados, como si fueran las velas encendidas de esa tarta de cumpleaños que era la calle entera. Los escaparates de las firmas de lujo se sumaban al espectáculo en una avenida tan elegante y señorial, que daba apuro no pasearla vestido con un traje de Armani. No era el caso, pero nadie iba a decirles nada aquella tarde por ir abrigados con un plumas más propio de una pista de esquí, que de una ciudad mediterránea.

Cuando ya nadie la esperaba, la nieve comenzó a precipitarse de nuevo tras una tregua que había durado casi el día entero. Aunque no llegara a cuajar, una finísima capa color blanco inmaculado cubrió por instantes la acera, y Arnau aprovechó la nieve acumulada a su alrededor para formar una pequeña bola y lanzársela a su madre por la espalda.

—¿Pero qué coño…?

Y antes de que terminase la frase, la bola que Xavi también había hecho a traición se estampó en sus gafas. *Ha estado rápido el pequeñajo.* Pensó Arnau.

—¡Sois unos desgraciados! —gritaba la madre corriendo alrededor de los chicos, tratando de atraparles hasta que, en un requiebro de Arnau, se resbaló y cayó al suelo de culo. Los dos hermanos se quedaron petrificados unas décimas de segundo sin tener ni idea de cómo reaccionar. Se miraron un instante e inmediatamente acudieron a socorrer a su madre quien, al agarrar las manos de ambos, tiró de ellos hacia sí logrando que acabaran como ella, con las nalgas en el suelo.

—Ahora ya podéis decir que tenéis el culo `pelao´ —reía a carcajadas—¡Niñatos!

Así fue como aquella familia triste, y pese a todo, unida, terminó en la acera del Passeig de Gràcia el primer día que nevaba en Barcelona después de veinte años.

Arnau se dio cuenta de que llevaba la carta de Raquel en el bolsillo trasero del pantalón, que ahora estaba empapado. La sacó disimuladamente y se la metió dentro del plumas. Xavi se dio cuenta y encontró la excusa perfecta para meterle un poco de caña.

—¿Qué es eso, hermanito? ¿La carta a los Reyes Magos? ¡Venga, va, enséñanosla!

—No, Xavi, es una cosa personal. No es nada, en realidad.

—Sí que es… es de la tía de los martes, ¿a que sí? La que nunca está en casa. Venga, ¡cuéntanoslo! Si ya más bajo de lo que estás

no vas a caer.

Su madre volvió a irrumpir en carcajadas y los contagió a los dos. Hacía años que no reían juntos así de a gusto. «Dejadme en paz, pesaos. De verdad que no es nada», dijo, levantándose y alargando las manos a su madre y su hermano para ayudarles. «Mamá, creo que ya hemos tenido suficientes luces por estas navidades».

Ya en casa, después de cenar, se pusieron los tres a ver *Con faldas y a lo loco*, que la ponían en La 2, y Xavi no llegó ni a ver a Jack Lemmon y Tony Curtis disfrazados de mujer. Se quedó frito tumbado en el sofá y tapado con ochenta mantas. Hacía mucho frío en aquel piso mediterráneo, en absoluto preparado para soportar temperaturas bajo cero. A su madre le supo mal llevarle a la cama, cuyas sábanas estarían heladas, así que se quedó montando guardia en el sofá de al lado. Acostumbrada como estaba a la butaca del hospital, ese sofá era un hotel de cinco estrellas.

Cuando Marilyn besa a Curtis por primera vez, Arnau decidió que ya era hora de leer la carta de Raquel. Dijo que tenía sueño, y se marchó a su habitación. Le dio al play del reproductor de CD con el que había dejado dentro por la mañana. Era el *Microscopic Movies* de Love of Lesbian, un grupo de Barcelona que acababa de descubrir y que le sonaba muy bien. Con manos temblorosas y una ilusión fundada en falsas esperanzas, abrió el sobre con su dirección emborronada por la nieve de la acera, y la frialdad de la carta fue tal que sintió que la nieve se había metido dentro del folio, conservándose intacta.

Madrid, 21 de diciembre de 1999

Hola, Arnau:

¿Qué tal? Por aquí bien, sin demasiada novedad. Hace mucho que no sé de ti, espero que te vaya todo bien con la carrera y la vida. Yo bastante liada intentando compaginar estudios y trabajo, y buscar unas prácticas en alguna

clínica, aunque sea sin cobrar, para coger un poco de rodaje. La verdad es que no tengo mucho tiempo libre últimamente.

Además, a mi perro le han diagnosticado unas cataratas degenerativas, por la edad, y se está quedando ciego. Cierto es que tiene quince años. No creo que le quede mucho. Y los caniches son muy propensos a las cataratas. Está bastante demacrado y anda muy despistado. Es una pena. Me han propuesto operarle, pero la verdad, ¿para qué? Igual dura un año más o dos, y ni siquiera tienen claro que sobreviva a la anestesia, así que tú me dirás.

Bueno, ¿y tú qué tal? En tu carta decías que estabas componiendo canciones, ¿has grabado algo? Ahora me ha dado por escuchar mucho a Sidonie. Decías que te gustaban, ¿no? No me convence demasiado lo de escuchar grupos españoles cantando en inglés, desde Australian Blonde me pasa, ¡pero se ve que está de moda! ¿Tú cantas en español? ¿En catalán?

Bueno, te voy a dejar que se me hace tarde para ir al trabajo, entro en la hamburguesería en media hora y hoy viene el supervisor de área… ¡Uuuh!, a supervisar, me imagino. ¡Jajaja! Escríbeme cuando quieras, seguimos en contacto.

Un abrazo,

Raquel

«¿Sidonie? ¿Desde cuándo le gustaban a él los putos Sidonie?» Arnau dobló por la mitad el único folio que ocupaba la carta y se dijo a sí mismo que aquello ya no merecía la pena. «Media carta hablando de su perro y la otra media diciendo chorradas. Venga, coño. Para eso, mejor que no hubiera escrito». Estaba seguro de que evitaba contarle lo importante, como por ejemplo, por qué hacía meses que no le devolvía las llamadas. «¿De qué vas, Raquel?»

Llegó el cambio de milenio, y a Arnau le pilló celebrándolo —qué paradoja— en el Vall d'Hebron. No hubo Efecto 2000, no se apagó ninguna de las máquinas que mantenían con vida a los enfermos

terminales de la planta de oncología. «Estaría bien, en realidad. A más de uno le harían un favor». Pero no, la tecnología no se rebeló, los ordenadores no se volvieron locos. No pasó nada.

En un alarde de optimismo ridículo, su madre les había obligado a colocarse en la cabeza gorritos de cartón en punta con una borla hecha de serpentinas, y un collar hawaiano. No es que fuera una mujer muy dada a ese tipo de gilipolleces, pero los caminos de la desesperación de una madre son inescrutables. Arnau la odió por ello. Sentía que estaban celebrando una fiesta de Nochevieja que solo ellos entendían, en una planta de hospital con gente muy muy enferma. Como su hermano. Gente que no iba a llegar viva a primavera. También como su hermano. Y a pesar de todo, Xavi trataba de sonreír por debajo de los tubos. Porque, ante todo, él era un buen hijo y quería ver feliz a su madre. Aunque fuera regalándole la última sonrisa del payaso triste al abandonar la pista de circo, cubierto por la tarta que le acababan de estampar en la cara.

Eran las once de la noche y Arnau no sabía si estrangular a su madre con el collar hawaiano, o salir de allí por patas y llamar a algún colega con el que drogarse hasta perder el conocimiento. Pero tampoco se le ocurría a quién llamar porque últimamente la empatía brillaba por su ausencia en su entorno cercano. Finalmente, cuando el ambiente claustrofóbico de la habitación pudo con sus nervios, y contar hasta seis ya no hacía efecto, decidió salir a tomar el aire.

—Bajo a fumarme un cigarro.

—Que no sea un porro, Arnau —dijo su madre, con cara de madre desconfiada, cuando él cruzaba la puerta de la doscientos cuarenta y siete.

«Joder. Encima con exigencias. ¿Acaso él le decía cuántos *diazepames* debía tomarse al día? Joder con la aceptación de las drogas farmacológicas». Fingió no haberla escuchado. Salió a la calle y sacó un porro a medio fumar del paquete de Lucky. La primera

calada le supo a chusta quemada. La segunda le bajó las pulsaciones. La tercera le calmó la ansiedad.

A la cuarta, decidió felicitarle el año a Raquel.

15
El Efecto 2000

«De momento abril», La Bien Querida

Mi abuela se estaba durmiendo sobre el plato de salmón ahumado con huevo hilado. Una pena, porque estaba buenísimo.

Probablemente mi madre se había pasado esa noche con las gotas tranquilizantes que le echaba en el agua, por prescripción médica, por supuesto. Con lo que no contaba el médico era con que mi madre todo lo medía a ojo de buen cubero. O lo que es lo mismo, calculaba las dosis a su puta bola.

Mi hermana y yo le hacíamos bromas a mi padre y le pedíamos que nos contara anécdotas de cuando era joven, que tenía miles, disfrutando de una cena de Nochevieja en familia distendida y normal. Porque si algo éramos nosotros, era normales. Eso si no tenías en cuenta a la nonagenaria colocadísima que presidía un extremo de la mesa. Minucias. Todo muy normal.

Eran las once y cuarto cuando empezó a sonar el teléfono. En la tele gritaban Los Morancos con su insoportable acento sevillano en el enésimo y patético *sketch* sobre el Efecto 2000. Descolgué el auricular rezando por que no fuera la clásica llamada para felicitar el año del tío José Luis. Una de esas personas que nunca ven el momento de terminar una conversación, por más que su interlocutor bostece en su cara.

—¿Diga?

—¿Está Raquel, por favor?

Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

—Soy yo. Qué sorpresa, ¿cómo estás? —traté de ocultar el torrente de emociones que me invadió, con la voz tan neutra que fui capaz de poner. Él estaba al otro lado del teléfono.

—No muy bien, en realidad. Bastante mal, si quieres que te diga la verdad. No sé para qué te he llamado. Para felicitarte el año, supongo.

—Pues feliz año a ti también. ¿Qué te cuentas? —La respuesta a esta pregunta, dado lo que me estaba diciendo, no iba a ser muy agradable. No me había llamado porque sí. No hablábamos desde el mes de septiembre y yo no había sido capaz de contarle que estaba de nuevo con Gabriel, ni siquiera por carta. Mi última —y única— carta la había escrito pocos días antes, y estaba llena de cobardía. Supuse que ya la habría leído.

—Me llegó tu carta hace una semana. ¿Cómo está tu perro?

—Ciego.

—Bueno, pues no le deis tanta marihuana. —Me reí, las bromas tontas de Arnau me hacían reír.

—¿Tú qué tal llevas ese tema?

—Lo gestiono con dignidad. O sea, fumando mucho.

—Arnau, no me has llamado para preguntar por mi perro…

—No. Es para felicitarte el año, y para escuchar una voz que me haga sentir bien, si es que la tuya tiene esa capacidad. Quería comprobarlo.

—¿Y la tiene?

—Algo. Sí.

—¿Qué planes tienes para esta noche?

Arnau soltó una carcajada sarcástica al otro lado de la línea.

—Llevo un gorro de cartón, un collar hawaiano y un matasuegras.

—¡Uuuh! Suena a cotillón de hotel de Benidorm, ¿y eso?

—Estoy en el Hospital Vall d'Hebron. Mi hermano se está muriendo. Los médicos dicen que le quedan pocos meses. Entre tres y seis. Yo creo que no llega a Carnaval. Así que a mi madre se le ha ocurrido celebrar aquí la Nochevieja con él, por eso el *atrezzo.*

No supe qué decir. ¿De qué narices me estaba hablando? Estuve en silencio unos segundos eternos. Arnau también. ¿Cómo esperaba que reaccionase ante semejante revelación? Era Nochevieja, joder. ¿De qué iba todo aquello?

—Arnau, no tengo ni idea de qué me estás hablando.

—Pues te lo he dicho muy claro, tía. Mi hermano está muy enfermo y estamos celebrando la Nochevieja con él en el hospital. Eso son mis planes para esta noche.

En su voz había rencor. Ira y desazón. Pero yo no tenía la culpa.

—Lo siento mucho… No sabía nada —*¿Qué iba a saber yo, si nunca me lo había contado?*

—No es tu culpa. Debí decírtelo antes.

—¿En septiembre ya estaba…?

—Sí.

—Joder, Arnau. Eso explica muchas cosas.

—Puede. Pero no explica otras.

No. No explicaba por qué yo no le había vuelto a llamar ningún martes, ni por qué me las ingeniaba para no estar en casa cuando él

llamaba. Tenía razón. Yo también tenía muchas cosas que explicarle. Así que lo hice. Era lo justo.

—He vuelto con mi novio.

—Qué novedad… ¿Es así como tienes pensado animarme? Una idea genial.

—Ya que estamos de confesiones, aprovecho.

—Ya. ¿Y cómo se llama? Nunca me lo has dicho.

—Gabriel.

—Pues enhorabuena al arcángel, seguro que es un angelito. Imagino que tu plan de Nochevieja pinta mucho mejor que el mío.

A partir de ahí ya no supe cómo reconducir la conversación. Así que me quedé callada, esperando que él la diera por terminada de una vez. Pero no lo hizo.

—¿Y desde cuándo estás otra vez con él?

—Desde hace bastante, no recuerdo el día —mentí.

—Es igual, no me debes ninguna explicación.

—Siento lo de tu hermano, de verdad. Si necesitas hablar o desahogarte, puedes contar conmigo. Llámame, escríbeme o lo que quieras.

No sé por qué le dije eso, pero lo sentía en ese momento. Quizás fue la culpa. Su tristeza era descorazonadora. Me hubiera encantado estar cerca para darle un abrazo.

—Bueno, ya veremos. Pásalo bien esta noche.

—Gracias. Y tú dale duro al matasuegras —le sentí sonreír al otro lado de la línea. —Hablamos, ¿vale?

—Un beso, Raquel. Cuídate.

—Tú también.

Y así fue como el devastador Efecto 2000 me alcanzó la Nochevieja de 1999. Comimos las uvas, brindamos, nos besamos y tiramos petardos con mi padre por el balcón, como cada año; mientras el corazón se me encogía hasta casi desaparecer, y un nudo crecía en mi garganta como si me hubiera tragado una pelota

de tenis. A seiscientos kilómetros un chico estupendo lo estaba pasando muy mal y yo no había sabido verlo.

Me arreglé con mi hermana en el baño. Ella, con la ilusión de ponerse un modelazo. Yo, sobrepasada por una tristeza inmensa que no me dejó disfrutar como todos los años de ese momento tan especial juntas. Y entonces, Gabriel llamó a la puerta. *Tierra, trágame.*

Así que aquella noche que prometía máxima diversión, para mí no fue nada de lo esperado. Fuimos al apartamento de una pareja de amigos de Gabriel que, afortunadamente, me caían muy bien. Era un piso minúsculo pero reformado con mucho gusto, en una típica corrala de Lavapiés. Teníamos música, alcohol y cocaína de la buena, recién llegada de Colombia. Para eso los amigos de Gabriel no escatimaban en gastos, siempre compraban el mejor producto del mercado.

A la fiesta se unieron algunos vecinos, convirtiendo el pisito en el camarote de los hermanos Marx. Y tuvimos que salir a la corrala porque no cabíamos. Gabriel iba muy borracho y muy colocado. Yo no dejaba de pensar en Arnau. En cómo me sentiría si mi única hermana tuviese una enfermedad terminal y ya me hubieran dado su sentencia de muerte. Empaticé tanto con él, que aquella noche yo también estaba de luto.

Por suerte Gabriel no se me había acercado demasiado en la fiesta. Se ve que el conflicto de Kosovo era mucho más interesante que mi estado de ánimo. Así que le di las gracias a los genocidas serbios porque mi novio no se enterase de lo que me había pasado esa noche.

Cuando cruzábamos el umbral de su casa en La Latina, pasadas las nueve de la mañana, Gabriel me empotró contra la pared intentando ponerme cachonda. Lo normal es que le funcionase *ipso facto*. Pero no ese día. Como yo no respondía a sus impulsos, y

rindiéndose a su propia incapacidad por la borrachera que arrastraba, se limitó a abrazarse a mí y hablarme al oído.

—Cuánto te quiero, Raquel, te quiero más que a mi vida. Quédate aquí a vivir conmigo. Vamos a vivir juntos. Venga, dime que sí.

—Gabriel estás muy pedo, anda vamos a la cama. Ya hablaremos de esto.

—Por favor, Raquel, quiero que nos vayamos a vivir juntos. Aquí o donde tú quieras.

—Lo tengo que pensar un poco. Es muy precipitado y estás muy borracho.

Le empujé a la cama, lo desvestí y le ayudé a acostarse. Me quité el vestido y me metí en bragas bajo el carísimo edredón de plumón de pato. Le abracé por detrás y acompasé mi respiración a la suya hasta que nos dormimos. El desconsuelo no me abandonó con la llegada del sueño. Empezar el milenio triste y sumergida en un mar de dudas no era mi idea de una Nochevieja exitosa, pero al menos yo no la había pasado en un hospital.

16
Primavera

Pasó Carnaval, y afortunadamente a su madre no se le ocurrió disfrazarles en el hospital. Xavi seguía ingresado, pero había sobrevivido a la llegada de la primavera. Una primavera, como todas en Barcelona, luminosa y templada. Acompañada del despertar de las flores que adornaban la ciudad, y de las personas que la habitaban. Las calles eran un hervidero de turistas, de jóvenes pasando el rato en los parques y las avenidas, de bicicletas y motos en las calzadas.

De gente feliz.

Para Arnau la primavera de dos mil estaba siendo extraña. Otros años solía pasar las horas libres entre clase y clase en alguna explanada de césped del campus, con amigos, fumando y hablando de tonterías. Sin embargo, los últimos meses del invierno se había recluido a solas consigo mismo en un piso alquilado. Huyendo de la melancolía del hogar familiar, se mudó a un apartamento destartalado en el Born con su miserable sueldo de becario en una

agencia de publicidad. Con un poco de ayuda de su madre y unos «tuppers» a la semana, sobrevivía. Lo poco que le sobraba al mes, se lo gastaba en hierba.

Llegó la primavera y Arnau no la olió como otras veces, las persianas bajadas de su casa no se lo permitían. La música de Manta Ray y otras bandas *bajoneras* era su única compañía en las horas que perdía en la oscuridad de un salón embotado por el humo espeso de la marihuana. Fumaba, leía, veía capítulos antiguos de *Friends* y *Doctor en Alaska*, y apenas recibía visitas.

No fue así al principio. Cuando se mudó en febrero, su piso se convirtió en la sensación del momento: en pleno centro de Barcelona, ubicado en un barrio que empezaba a ponerse de moda pero al que la gentrificación aún no había llegado, su telefonillo no paraba de sonar. Solo al principio. Se ve que a la gente no le atraía demasiado la compañía de un ser taciturno y lúgubre como él. Así que pronto se quedó solo.

Y en una de esas tardes muertas, en las que el ruido de su cabeza no le dejaba pensar y el leve zumbido de una mosca le resultaba insoportable, Arnau decidió escribir a Raquel. Tres meses habían pasado desde la llamada de Nochevieja, pero la pulsión fue la misma. La necesidad de escuchar una voz que le reconfortara o, en este caso, el consuelo de saber que leería su carta y sentiría compasión, o algo, por él. No quiso ponerse muy dramático, así que adoptó el tono más alegre que fue capaz, y la pluma de su padre trazó esas palabras cordiales y llenas de confianza que dan comienzo a una carta. Pero la carta, al final, no quedó como esperaba.

Barcelona, 12 de abril de 2000

Hola, ¿cómo estás?

Supongo que bien, seguirás feliz con tu novio Gabriel y esas cosas. Yo sigo aquí, jodido pero contento. Perdona la ironía, ya cambio el tono, sorry. No

quería sonar rencoroso.

Hace más de dos meses que hablamos y te he tomado la palabra. Me dijiste que te escribiera o te llamara si lo necesitaba. Pues bien, lo necesito. No es que mi vida haya ido a peor. Más bien se ha estancado. Contra mi pronóstico, mi hermano sobrevivió a Carnaval y, pese a las previsiones de los médicos, aún sigue vivo. Si es que se le puede llamar vivir a lo que él hace. En fin.

Yo me fui a vivir solo en febrero a un piso monísimo en el Born, no sé si lo conoces, es tipo el Raval pero está llenándose de tiendas modernas y de pijos. Lo de monísimo es ironía también. ¡Es una puta mierda! Jajaja. Pero es barato y con vistas a un patio interior húmedo y oscuro que comparto con una familia de magrebíes, unos ecuatorianos y un par de yonquis. Es perfecto para mí, ¿no crees?

En diciembre empecé de becario en una agencia, trabajo solo hasta las dos así que no está mal. Por las tardes podría ir a clase, pero prefiero hincharme a porros en casa y, a veces, quedo con Maca para salir alguna noche como antes. Pero salvo por la marihuana, casi no me drogo. No me sienta muy bien últimamente.

Espero de verdad que te vaya bien. No me importaría nada volver a verte si pasas por Barna alguna vez, en serio, Raquel. Siento la llamada de Nochevieja. No estuve muy simpático. Estaba jodido de verdad y te lo comiste tú. No fui justo.

Bueno, tampoco me quiero enrollar demasiado contándote penurias. Creo que las cosas mejorarán pronto, cuando ocurra lo que tiene que ocurrir y todos lo superemos. Este impasse es realmente desasosegante. Mi madre y yo vivimos en un estado de alerta que apenas nos deja dormir por las noches. Estoy deseando que termine, y al mismo tiempo me siento culpable por desearlo. Es muy complicado de explicar. Preferiría hacerlo delante de una cerveza. No dejes de llamarme si vienes a Barcelona.

Gracias por los buenos ratos. Un beso, cuídate mucho. Y que te cuiden.

Once años después, firmando los documentos de mi separación frente al que desde ese mismo instante sería mi exmarido, recordaría la última frase de la carta de Arnau.

Cuídate mucho. Y que te cuiden.

Gabriel no me había cuidado. Nunca. Porque el hombre del ego gigantesco solo cuidaba de sí mismo. ¿Quería a las niñas? Sin duda. ¿Me quería a mí? A su manera, claro que sí.

Pero no nos quería tanto como a su reflejo en el espejo.

La frase me vino a la mente de pronto, cuando yo apenas guardaba recuerdos del fin de semana de la Mercè. Había llovido mucho desde aquella extraña primavera de dos mil en la que decidí irme a vivir con Gabriel. Entonces aún no era capaz de desprenderme del síndrome de Estocolmo que pesaba sobre mis hombros, encorvando mi espalda igual que el complejo por tener mucho pecho desde los doce.

Sin embargo, a pesar del peso, la primavera de dos mil volví a Barcelona.

La carta de Arnau me había conmovido, para qué nos vamos a engañar. Fue como la continuación de la serie que ya me había cautivado en Nochevieja y cuyo segundo capítulo esperaba desde entonces. La serie sobre su desgraciada vida, secreta para mí hasta ese día. Lo que quise encerrar bajo llave en mi cerebro la noche del Kathmandú seguía estando ahí, tan latente y doloroso como un herpes zóster.

En lo más profundo de mi ser, sabía que meses antes no me había atrevido a tomar la hiriente decisión de cortar las raíces de mi relación con Gabriel. Marian me lo había dicho, la vida misma me lo estaba diciendo, pero yo no quise escuchar. Lo que ocurre es que a veces, cuando todo te empuja a seguir la corriente del río y tú te agarras a una piedra y no la sigues, te quedas parada en medio,

estancada, y la corriente sigue y sigue hasta que al final, por más que luches, se te acaba llevando. El eco de aquel «olvídate de Gabriel» que me dijo Marian resonaba en mis oídos desde entonces, creciendo en mi pensamiento despacio, igual que la semilla de una planta. Primero un pequeño brote emergiendo de la tierra; luego un finísimo tallo que parece troncharse con el viento, y sin embargo, se fortalece con el paso de los días para acabar finalmente floreciendo en primavera.

Arnau y su pelo áspero, desordenado y amarillo chillón. Arnau, su sentido del humor y su calma ante la vida, habían plantado una semilla en mí que no paraba de crecer.

Por eso fui al concierto de Hole en la antigua sala Zeleste, que ese mismo año había cambiado de nombre. Marian tuvo la culpa. Era tan fan de Courtney Love que se compró la entrada seis meses antes, sin sospechar que la ley de Murphy le iba a romper una pierna patinando a dos semanas del concierto.

17
Barcelona, otra vez

Mi madre suele decir que «quien evita la ocasión, evita el peligro». Digamos que ni evité la ocasión, ni evité el peligro. Se lo debía a Arnau. Y me lo debía a mí.

Aquella mañana de mayo el cielo de Madrid era todo lo azul que podía llegar a ser. De ese azul intenso, sin rastro de nubes, que no se ve en ningún otro lugar y que solo los madrileños reconocemos. Salí a pasear al perro con una libreta de espiral y un boli. Me senté en un banco del parque de San Isidro y empecé a escribirle una carta. Podría haberle llamado, pero no quería enfrentarme al riesgo de escuchar su voz. Una carta me comprometería menos, a mi modo cobarde de ver las cosas.

Había pasado algo más de un mes desde que recibiera su última misiva en la que me hablaba desde lo más profundo de su corazón. Yo no iba a ser tan profunda, pero traía buenas noticias. Fui breve y directa. Solo escribía para decirle que iba al concierto de Hole el dos

de junio, que pasaría el fin de semana en casa de Juan y Enric en Tallers, cinco. Y que si le apetecía que nos viéramos.

No tardó en contestar, tan solo tres o cuatro días, con inusitado entusiasmo. Inusitado porque en los últimos meses el optimismo no parecía entrar en sus rutinas de ánimo. Me sorprendió su respuesta alegre y sus ganas de verme. Sin romanticismo ni palabras de amor —hacía mucho que no nos comunicábamos en esos términos—; sino como un amigo contento realmente de reencontrarse con alguien a quien tiene cariño. Eso me servía. De momento.

Cargando una mochila con apenas un par de bragas, una camiseta de repuesto y una sudadera por si refrescaba; volví a subirme a un autobús de línea. Esta vez de día y con el tiempo justo para llegar a ver a Hole, probablemente perdiéndome a los teloneros. Y mientras el autocar dejaba atrás las calles de Madrid, pasando por delante de su insólita mezquita para tomar la carretera de Barcelona, en mi walkman sonaba una vez más el *Siamese Dream* de Smashing Pumpkins, algo que ya se había convertido en una reconfortante tradición.

En mi bandolera estilo bolsa de azafata de los setenta, de color azul como el cielo madrileño, portaba mi primer teléfono móvil. Un Nokia 3210 último modelo que compartía con mi madre, y en cuya agenda había guardado el número de móvil que Arnau me había dado en su última carta. Se acabaron los martes y las epístolas manuscritas con el sobre lacrado. *Bienvenida al futuro,* me había dicho Marian, *ya podéis enviaros "sms" como hace la gente en el siglo XXI.*

Me bajé del metro en Marina a las diez de la noche y recorrí el carrer Almogàvers lo más deprisa que pude. Haciendo un *sprint* y sudando a mares llegué a la puerta de la antigua sala Zeleste cuando Courtney Love, efectista como ella era, se arremangaba un salto de cama de raso plateado para subir el pie descalzo al amplificador, mientras arrancaba notas discordantes a su guitarra

eléctrica. Estaba espectacular con esa actitud de «me la suda lo que penséis de mí, soy una diosa». Marian lo hubiera flipado. Pero no estaba para ver a su grupo favorito. En su lugar estaba yo con sus amigos, saltando eufórica en la tercera fila. Cualquiera que me conociese bien se preguntaría qué narices hacía en ese concierto, si nunca le perdoné a Courtney lo de Kurt. En realidad me parecía una bruja. Para colmo, en mi mente solo había una escena: el momento de reencontrarme con Arnau al día siguiente en Tallers, cinco, a las seis de la tarde, como habíamos quedado mediante un sms. ¿Cómo me sentiría? ¿En qué plan vendría él? ¿Sería el día siguiente una catarsis en mi vida? La película que me monté durante el concierto de Hole podría haber ganado diez Oscars. Por lo menos.

18
Renton y Diane

Estuvo cerca de una hora frente al espejo repleto de manchas resecas, en el baño de su piso del Born. Había perdido la noción del tiempo ensayando un discurso. El resumen del invierno pasado en el que le contaría a Raquel lo solo y desgraciado que se sentía, y lo mucho que había necesitado un soporte emocional para aguantar el peso de la tristeza de su madre, y la suya propia. También, quizás, le confesaría las ganas que tenía de tener pareja para no volver a sentir la soledad en el silencio de las noches frías de su piso.

Y si le echaba un poco de valentía al asunto, le diría cuánto le hubiera gustado que esa persona fuese ella.

Escudriñó la imagen que le devolvía el espejo de baño ovalado, con el marco de un dorado largo tiempo tan oxidado como su corazón, y lo que vio le dio algo de lástima. Cuando conoció a Raquel en septiembre, estaba delgado de tanto quemar grasa en las pistas de baile, dormir poco y abusar de las drogas sintéticas. Ahora la delgadez se debía más al insomnio y lo mal que comía,

acentuándose por las ojeras y los pómulos hundidos que se le estaban quedando como a Xavi. *Delgadez extrema contagiada por capilaridad.* Se sonrió a sí mismo celebrando la ocurrencia, para después mirar su reloj de pulsera. Debía salir en diez minutos si quería llegar a Tallers, cinco a la hora convenida. Y no tenía nada definitivo preparado para decirle. Todo lo que se le ocurría sonaba a reproche. En realidad, había unos cuantos reproches que podría hacerle, pero qué derecho tenía. Total, tan solo la conocía de un fin de semana nueve meses atrás. *Cómo flipas, Arnau.*

Al salir del piso empezó a caer una lluvia intensa de esas que le calan a uno los huesos en diez segundos. Resignado a empaparse, arrancó la Vespa mientras recordaba la última vez que había inspirado y expirado en seis tiempos con Raquel de paquete, la noche que la llevó al autobús de vuelta a Madrid. Le pareció que había pasado una eternidad, y ya ni siquiera contaba hasta seis porque no le funcionaba. Su nivel de ansiedad estaba mucho más allá del cuarto chakra, ese que se relaciona con el corazón y el amor, y que se sitúa en el centro del pecho, cerca del esternón. En unos minutos volvería a encontrarse con ella y, por más que se intentaba convencer de que un rollo de fin de semana no podía significar tanto, de alguna forma sí significaba. Porque sus circunstancias vitales habían hecho que significara. O porque era la mujer de su vida, ¿quién sabe? Ella le había buscado, había vuelto para verle. Eso forzosamente tenía que significar algo.

Aparcó delante del portal de Tallers, cinco, en el mismo aparcamiento para motos que la noche del Apolo. Se quitó el casco y se recolocó el pelo corto despeinado en todas direcciones, ahora ya de su color castaño natural. Corrió a refugiarse en el portal y sacó el paquete de Lucky Strikes para encenderse un cigarro antes de subir, pero se lo pensó mejor y lo volvió a guardar. *Venga, no es tan difícil. Subes, charlas un rato, os contáis vuestras vidas como viejos amigos y a casa.* En la calle seguía jarreando cuando pulsó el botón de la

puerta seis y el pitido se repitió una… dos… tres veces… *Joder, qué nervios…* Hasta que la voz de Juan resonó, metálica, en el interfono.

—Qui és?

—Hola, soy Arnau, había quedado con Raquel.

—Ha bajado a por cervezas y vuelve enseguida. Sube, anda.

La puerta del portal hizo «clac» cuando la empujó con el trasero y se giró para entrar. Solo que en lugar de atravesarlo, se chocó contra un bulto que salía a toda prisa sin mirar por dónde pisaba. Casi le mata del susto, y del pisotón que le dejó dolorido el dedo gordo del pie izquierdo.

—¡Ey! ¿Tú has visto cómo me has dejado el pie? ¡A ver si miramos por dónde vamos! —increpó al bulto plantado de pie a su lado, mientras se agachaba para masajearse la dolorida falange.

—Ay Arnau, tío… Quería comprar unas birras en el badulake y volver antes de que llegaras, lo siento… —dijo el bulto.

Levantó la vista y recorrió su cuerpo despacio: desde las zapatillas grises tipo New Balance, los vaqueros acampanados con los bajos deshilachados arrastrando por el suelo y la camiseta de Nirvana; hasta el pelo ondulado recogido en un moño bajo del que se escapaban mil mechones desordenados. Debía de parecer idiota ahí en cuclillas mirándola desde el suelo, pero no era capaz de moverse, y además, se había quedado mudo. Ella sonrió, parando el reloj de pulsera de Arnau a las seis y cinco.

—Levanta y dame un abrazo por lo menos, ¿no?

La voz de Raquel le despertó de un sueño del que nunca hubiera querido despertar. Un sueño dentro de un sueño donde tenía la sensación de que si participaba conscientemente, podía quedarse atrapado toda la noche. No le pareció una mala idea.

—Estás preciosa —ostras, ¿de dónde había salido aquello?

—Gracias, hombre. Tenía ganas de verte. Tú en cambio no tienes muy buena pinta…

Entonces, sin vacilar, le cogió de la mano para ayudarle a levantarse, atraerle hacia su cuerpo y darle un cálido y fuerte abrazo. Tan reconfortante que Arnau se percató de que era la primera vez en meses que relajaba músculos que ni siquiera sabía que existían.

Dejándose caer un poco sobre el hombro de ella, comenzó a sollozar. Y cuanto más lloraba, ella más fuerte le abrazaba. Era tan fácil sentirse bien sumergido en ese abrazo eterno, que daba vértigo. Exactamente así le gustaría abrazar a su hermano para evitar que se fuese, ahora que el cuerpo de Xavi estaba convirtiéndose, como su madre, en la carcasa hueca de una larva dentro de la cual, en muy poco tiempo, no quedaría nada. Arnau pensó que quizás, si le abrazaba con la firmeza con que ahora Raquel lo abrazaba a él, podría salvarle de la muerte.

Levantó la cabeza de la camiseta de ella, empapada por sus lágrimas tanto tiempo contenidas, y la miró a los ojos. El pelo mojado se le pegaba a la frente mezclándose las gotas de agua con las lágrimas.

—Estoy hecho una mierda, tía.

—Y hueles a perro mojado.

Raquel le secó el rostro con el talón de la mano. Ascendieron por la escalera cogidos de las manos hasta el tercer piso, habiéndose olvidado de las cervezas frías que iban a tomarse, sin necesitar decirse ni una palabra. Arnau se dejó llevar por ella, desmadejado como un muñeco de trapo. Raquel actuaba con decisión. Ahora sabía para qué había vuelto a Barcelona.

Entraron en el piso de Juan y fueron directos a la habitación del fondo, una suerte de trastero que hacía las veces de cuarto de invitados, donde ella estaba quedándose ese fin de semana. Juan los vio pasar desde el salón, fue a decir algo, pero le calló la puerta del cuarto al cerrarse tras Arnau. Tardaron más de cinco horas en volver a salir.

19
Ese algo entre tú y yo

«Segundo asalto», Love of Lesbian

El polvo no fue nada del otro mundo. No estallamos en un orgasmo compartido de fuegos artificiales como en las películas. Fue atropellado, torpe y urgente. En mi cabeza lo había vivido mil veces, desde la noche que me hizo la cobra después del Apolo hasta muchas otras veces después, ya estando con Gabriel. En esos nueve meses había imaginado cómo sería acostarme con él y ninguna de mis fantasías se parecía lo más mínimo a lo que vivimos esa tarde.

Era mi primer polvo con otra persona que no fuese Gabriel, y estaba acojonada. No tenía ni idea de qué hacer, pero actué con una fingida determinación como si hiciera aquello todos los días. Y funcionó. La vulnerabilidad que mostraba él en el portal se tornó prisa y avidez por poseerme a toda costa, como si el mundo fuese a terminar al segundo siguiente. Luego he leído que este tipo de sexo es habitual cuando sucede la pérdida de un ser querido, como una

forma de aferrarse a la vida. ¿Y qué hay mejor en esta vida que un polvo?

Arnau desnudo estaba muy delgado. Me recordó a Renton cuando conoce a Diane en *Trainspotting*. Sí, se parecía a Renton en muchos aspectos, pero no se lo dije. Por muy guapo que sea Ewan McGregor, que te comparen con un yonqui cuando se está muriendo tu hermano no es el mejor de los cumplidos. Tampoco me importó demasiado su aspecto porque la conexión con él era la misma, y la necesidad de ambos de volver a encontrarnos y cerrar ese capítulo de nuestras vidas, demasiado acuciante.

Mientras nos besábamos antes de quitarnos la ropa le pedí encarecidamente que no me hiciera preguntas. No estaba preparada para responderlas, solo quería vivir el momento sin pensar en lo que haría después. Sin embargo, él no fue capaz de contener sus malditas dudas y me bombardeó en cuanto nos separamos del abrazo que nos unía.

—¿Y tu novio? —No se anduvo por las ramas.

—Mi novio, ¿qué?, en Madrid estará.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Arnau, te he dicho que no iba a responder a preguntas.

—Es tarde, ya has empezado a hacerlo.

—Joder. Pues no sé qué voy a hacer, no lo sé, coño. Estoy aquí, ahora, ¿no?

—Sí, pero yo necesito saber… No lo estoy pasando bien… No quiero que me marees, Raquel, no estoy para juegos.

—Pues hace un momento sí que estabas para juegos. Ya sabes lo que hay, tío. Lo sabes.

—No. No lo sé. ¿Para qué has venido?

—Gabriel me ha pedido que vivamos juntos, y me voy a ir a vivir con él. Posiblemente en un par de años nos casemos, cuando yo acabe la carrera. Ése es el plan.

—No me has respondido. ¿Yo qué pinto en todo esto?

—Esto es algo entre tú y yo. Tú no tienes nada que ver con él. Mi relación contigo es solo un paréntesis que no tiene nada que ver con él.

No podía explicárselo mejor. No supe cómo decirle que necesitaba ese momento juntos porque me lo debía. Pero que aquello no era para siempre, que estaba atada a Gabriel y no había conseguido cortar esas raíces. Que desde que le conocí tenía miedo de iniciar algo nuevo. Que tenía síndrome de Estocolmo. No me atreví, así que me limité a hacerme la interesante. *Un paréntesis…* Menuda gilipollas. Arnau no me preguntó nada más. Tomó la decisión de disfrutar del momento él también y me atrajo a su regazo de nuevo, sentándome sobre él.

Estuvimos follando hasta bien entrada la noche. Elevando aquel encuentro sexual en cada caricia, en cada beso, en cada suspiro. Se nos pasó la urgencia y saboreamos los segundos sabiendo que serían los últimos, que aquello no tenía solución de continuidad. Y a los dos esa tarde en Tallers, cinco se nos quedaría grabada en lo más hondo de nuestro ser por mucho tiempo.

El reloj de IKEA de la cocina marcaba la medianoche cuando nos despedimos en la puerta. De nuevo, fue una despedida sin dramatismos, cotidiana.

—Mañana te recojo a las diez para llevarte a la estación.

—Mejor ven a las nueve y desayunamos juntos por ahí.

—Vale. Te traeré una maqueta que he grabado con unas canciones, para que te acuerdes un poco de mí.

Me dio un beso en la mejilla y se fue escaleras abajo sin mirar atrás.

—Adeu —dije a su espalda, pero no obtuve respuesta.

El cuatro de junio de dos mil cogí de nuevo un autobús en Barcelona, y llegué sola en un taxi a la estación del Norte porque Arnau no apareció. Me había levantado pronto, me duché y tomé un café en la cocina de Juan, esperando a que él tocase al telefonillo.

Nunca lo hizo. Juan se había ido pronto a la biblioteca y yo casi pierdo el bus por esperar a Arnau hasta el último minuto, con la esperanza de que se le hubiera averiado la moto o cualquier otro imprevisto ajeno a su voluntad. Pero nada de eso pasó. Esperé hasta que me dolieron los ojos de mirar la pantalla del Nokia 3210. No entró ni una llamada, ni un sms.

Cuando el autocar comenzó el viaje a Madrid conmigo dentro, sola y desconcertada, ya tenía asumido que no volvería a saber de él. Como en *Trainspotting*, Renton me la había jugado.

...

Una semana después de estar con Raquel, Arnau y su madre incineraban a Xavi en el tanatorio de Les Corts. Él no quería ser enterrado, prefería que tirasen sus cenizas en el Parque Natural de Collserola. A la íntima ceremonia de despedida no acudió mucha gente, tenían poca familia. Sus tíos y su prima, un par de amigos del colegio, amigas de su madre y por parte de Arnau, solo Maca.

Respecto a Raquel, no quiso volver a hablar con ella. Ya le dejó muy claro que después de la tarde en Tallers su relación no continuaría; así que en el último momento, cuando a las ocho de la mañana, antes de subirse a la moto, guardó en el bolsillo del pantalón la cinta de casete con la maqueta grabada que iba a darle, respiró hondo y se dijo que para qué iba a ir a despedirse. Guardó el casco, dio media vuelta y volvió al piso del Born con el corazón encogido y sin el coraje suficiente para decirle que se olvidase de él para siempre. La felicidad le dolía tanto que ni siquiera fue capaz de enviarle un sms.

Después, se murió Xavi y los sentimientos de Raquel no podían importarle menos. Tras el funeral, Arnau se encerró en su piso, bajó las persianas, y durante un año solo salió a lo estrictamente necesario.

20
Vacas felices

(Madrid, 2014)

Ya repuesta del shock de haber visto a un Arnau con treinta y ocho años tocando una canción que hablaba de lo nuestro, tomé dos decisiones precipitadas: una, encontrarle a toda costa y hablar con él. La otra, volver a Barcelona. Había cumplido los treinta y seis y en mi vida habían pasado quince años, un divorcio y dos hijas. En la suya, no tenía la más mínima idea. Como no tenía nada que perder, encendí el ordenador y tecleé en Google el nombre de su grupo. Por supuesto en seguida apareció la dirección de su página web: un Wordpress sencillo, diseñado con buen gusto y las secciones necesarias para conocer al grupo, que en realidad era él y dos acompañantes ocasionales. Pinché en la sección de contacto. Ahí estaba: «contratación: Arnau Gómez de las Casas, 656 345 756».

Su aristocrático nombre me puso el corazón a mil latidos por minuto. A falta de los porros que ya apenas tenía ocasión de fumar,

me encendí un cigarro para sobreponerme de la impresión. Su contacto estaba ahí a mi alcance, había estado allí seguramente desde los tiempos de Myspace. La verdad es que no se me había ocurrido buscarle en redes sociales, al principio porque en los albores del año 2000 nadie teníamos redes sociales; y después, porque podría decirse que me olvidé de él paulatinamente. Luego nacieron las niñas siendo yo aún muy joven y, como nos ocurre a todas las madres, dije adiós a mi pasado como individuo.

Irene acudió corriendo a la primera bocanada de humo que se estrelló contra su cara, «¡Mamá, dentro de casa no se fuma!», estaba enfadadísima. La miré, apagué el cigarro frustrada y le di un beso y un abrazo. «Ve a hacer las paces con Eva, preciosa, que tú eres la mayor, va». Y mientras se abrazaban y empezaban a jugar como si nunca hubiera pasado nada, cogí el móvil y marqué un número.

—Bon dia, Raquel, ¿qué te cuentas? —Marian contestó a mi llamada con voz aún de dormida. No era muy dada a madrugar, no tener hijos se lo facilitaba. O quizás había tenido guardia esa noche en el hospital de urgencias veterinarias donde trabajaba. El caso es que se acababa de despertar.

—Nada, tía, tengo que pedirte un favor. Bueno, aún no lo sé seguro, vale, pero igual me tengo que quedar en tu casa el finde que viene. Hay un congreso de Vacas Felices y me han invitado…

—¿Vacas qué? Perdona que estoy un poco sobada, ¿un congreso de qué?

—Nada, un congreso veterinario de esos de granjas sin maltrato, piensos saludables, tratamientos sin antibióticos… Rollos de esos en los que estoy metida.

—Vacas Felices… Joder, tía, ¿has vuelto a hacerte ketamina?

—Qué burra eres, Marian.

—¿Esa gente sabe que fuiste la encargada del McDonald’s?

—No era un McDonald’s, y déjame vivir, anda.

—Vale, vale… Oye que no hay problema. Elena ese finde estará fuera, voy a estar sola y aburrida así que vente, claro.

—Bueno pues luego te confirmo, que tengo que ver si Gabriel se queda con las niñas, que me tocaban a mí. —La sentí torcer el gesto a seiscientos kilómetros. Seguía teniéndole la misma manía de siempre.

—Pues ándate con ojo, que igual te jode el congreso.

—Va, Maria Antonia… Después hablamos. Un beso.

Colgó sin despedirse. Quince años atrás, cuando decidí irme a vivir con Gabriel, perdimos el contacto. Marian nunca me perdonó que no tuviera el valor de dejarle. Pasaron más de diez años hasta que volvimos a hablar, cuando me separé. La llamé una mañana y le dije sin más: «Te voy a dar una buena noticia, me separo de Gabriel». A lo que ella contestó que ya era hora y que qué tonta fui de no dejarle después de las fiestas de la Mercè. «Tonta, más que tonta». Le dije que no se pasara, que tenía dos hijas con él. «Pues las hubieras tenido igual, pero con otro». A bruta diciendo verdades no la ganaba nadie, pero lo cierto es que retomamos el contacto, aunque ella ya vivía en Barcelona. Me apoyó mucho y aún hoy sigue estando a mi lado, así que no me voy a quejar. La segunda parte de mi plan estaba llevándose a cabo sin problemas. Ahora solo me faltaba la primera.

Antes de enfrentarme a Arnau, llamé a Gabriel. Supongo que el secreto que llevaba años guardando me hacía sentirme un poco culpable, a pesar de no estar juntos hacía mucho. Y esa fue la sensación que tuve cuando le pedí por favor que me cambiara los días de custodia que teníamos asignados por el juez. Me dijo que le venía fatal, que tenía planeado irse a no sé qué hotel rural con Ariadna. «Pues te las llevas, finde familiar, mira qué bien». No podía evitar el sarcasmo cuando se trataba de su nueva novia, la tercera veinteañera en su currículum desde que nos divorciamos. A sus cincuenta largos seguía estando muy bueno, y se llevaba a las

jovencitas de calle, sobre todo desde que empezó a trabajar de profesor de Historia del Arte Antiguo en aquella universidad privada. «Los cojones me las voy a llevar, te tocaban a ti todas las vacaciones de Navidad». Me abrumó tanto amor por sus hijas. Apelando a su paternalismo condescendiente, le expliqué que el congreso era una oportunidad profesional muy buena, bla bla bla… Le regalé los oídos un poco y el paternalismo afloró como siempre que me trataba como si tuviera otra vez quince años. «Gilipollas…»

Finalmente accedió, dándome vía libre para la parte más difícil de todas: llamar a Arnau y lograr que quisiera verme.

21
Sarrià

«Mariposas», Zahara

El café estaba frío aquella mañana. Le gustaba desayunar en esa terraza de Sarrià porque desde allí se veía la sierra de Collserola. Era como ir con Xavi de niños al Tibidabo, así que lo había tomado por costumbre una vez por semana en homenaje a su hermano. Se sentaba solo, con el periódico debajo del brazo —poca gente lleva hoy en día el periódico debajo del brazo— y pedía un cruasán a la plancha y un café con leche bien caliente. Sin embargo, el camarero era nuevo y lo de «bien caliente» se ve que no lo había escuchado. Estaba a punto de llamar su atención para que se lo cambiase, cuando le vibró el móvil en el bolsillo del pantalón. *Qué raro, un martes por la mañana*. Era el teléfono que utilizaba para contratar bolos, y no acostumbraba a sonar entre semana. El número en pantalla también le pareció raro, pero cuando se trataba de la música, tenía la máxima de responder siempre.

—¿Sí? —aunque notaba la presencia de alguien, nadie contestaba —. ¿Hola?

—¿Arnau? ¿Eres tú?

Joder.

Joder, joder.

No podía ser ella, ¿por qué le llamaba ahora? *No, no, no, me estoy confundiendo de voz, será la promotora de una sala…*

—Hola sí, soy yo, ¿quién eres?

—Raquel, de Madrid.

—Hostia puta, ya sé que eres de Madrid, no conozco otra Raquel.

—Bueno, no sé, podrías conocer más.

—Pues no —su tono sonaba seco, *¿por qué pretendo sonar así de seco?*

—¿Cómo te va la vida? —Ella intentaba mantener una conversación normal. Después de quince años.

—Bien. Madre mía, Raquel, ¿qué quieres que te cuente, por dónde empiezo?

—Ya… Han pasado muchos años. Es que te he visto en los conciertos de Radio 3 tocando esa canción y, joder, me ha removido mucho.

Ostras, esa canción. Se preguntó por qué demonios la había compuesto. Estaba claro que tarde o temprano ella podría escucharla. *¿O quizás siempre he querido que ella la escuchara?*

—Pues tiene algunos años pero es muy chula, sí, estoy muy orgulloso de ella, la verdad, ¿te ha gustado?

—Me ha encantado.

—Bueno, estoy componiendo mucho últimamente, cuando el trabajo me deja.

—¿Trabajas mucho?

—Bastante, les llevo la comunicación estratégica a un par de clientes gordos, soy autónomo. ¡Tengo una salud de hierro, ya sabes!

—¿No tienes niños?

—No. ¿Y tú?

—Sí, dos chicas, de nueve y seis años.

—Caray, te has dado prisa.

—Es que, ya sabes, Gabriel es mucho mayor que yo y le urgía un poco.

—Ahhh claro… Gabriel. Oye Raquel, ¿me puedes explicar por qué siempre acabamos hablando de esa persona? Si vas a seguir por ahí, no me apetece…

—Estamos separados hace tres años.

Arnau se quedó callado. No sabía si pedir perdón o cambiar de tema. Ella le había llamado y estaba separada. Eso cambiaba sustancialmente las cosas.

—¿Te acuerdas de la hippie que conocí en el autobús, la que me invitó a fumar maría todo el viaje?

—Joder… vagamente… Ha pasado mucho tiempo —Se acordaba perfectamente de aquello.

—Pues estoy segura de que me lo inventé todo, nunca existió esa tía.

—¿Y cómo lo explicas?

—Nos metimos de todo ese fin de semana, yo creo que tuve una alucinación, un brote psicótico… Llámalo como quieras. Mi terapeuta opina igual que yo.

—¿Vas al terapeuta?

—A la terapeuta, pero ya no. Estuve yendo para superar mi síndrome de Estocolmo en el ámbito de la pareja. Tranquilo, ya estoy mejor.

—Yo también estuve yendo un tiempo, unos años después de fallecer mi hermano. Me ayudó bastante. ¡Fíjate que ya no me drogo! Bueno, solo bebo, pero eso lo hacemos todos.

—Sin duda. Oye Arnau, llevo años preguntándome una cosa, supongo que te imaginas el qué.

—Sí, pero dispara.

—¿Por qué no te presentaste al día siguiente? ¿Por qué no me llamaste ni me dijiste nada? Lo hubiera entendido.

Inspira uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… Espira uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…

—Mira, hay muchas cosas que entonces no te conté. Desde pequeño sé que siempre que soy feliz, después duele mucho, Raquel. No podía permitirme esperar algo de ti cuando tenías tan claro que te ibas a vivir con el famoso Gabriel. Tuve miedo de luchar por lo nuestro, fuera lo que fuese. Tuve miedo de que doliera, así que corté por lo sano. ¿Te vale la respuesta?

—Coño, sí que me vale. Gracias. Te has vuelto muy elocuente.

—¿Sigues en Madrid? —decidió que era mejor cambiar de tema.

—Sí, pero he vuelto a Barna alguna vez, Marian vive allí, igual la has visto.

—No, qué va. Ya no me junto con Maca y esta gente. Necesitaba cambiar de compañías. Ahora soy un tío muy sano, ¿no te lo estoy diciendo?

—Pues yo echo de menos salir como antes y eso… Pero claro, con las niñas…

—Ja ja ja, no tienes remedio… Este finde me han dicho que hacen una fiesta «revival» de los noventa en el Apolo. Los noventa, tía… Están de moda, ¿tú has visto cómo van vestidos los chavales?

—Buah, ya ves, pero es todo *postureo*. ¿El Apolo? No jodas. ¿Qué planes tienes para el finde? ¡Yo lo tengo libre!

—Sí, ¿no? Ahora me dirás que vas a venir. Escucha, Raquel, muy bonito todo esto de retomar el contacto y tal… Pero vas un poco rápido. Dime la verdad, ¿por qué me has llamado?

—¿Qué día es hoy?

—¿Qué? ¿Qué día? Martes.

—Pues por eso. Hoy es martes.

Arnau se quedó mudo mirando a la Collserola, justo a la altura del Tibidabo, y vio cómo un niño de ocho años sentía de nuevo mariposas en el estómago antes de elegir la cesta roja en la cola de la noria.

Volvía a ser martes.

SEGUNDA PARTE

1
Pezones del tamaño de un CD

(Madrid, 2023)

Un tema de los Chemical Brothers retumba ahogado tras la puerta del lavabo de señoras, cuando me limpio con el dorso de la mano el pintalabios rojo esparcido por la comisura de la boca. Bajo la luz fría y brillante del baño, me miro en el espejo los pechos sin sujetador y los noto flácidos. Los he logrado embutir en un vestido cruzado con un pronunciado escote en pico, pero no sé en qué momento me pareció una buena idea prescindir del sostén. Y digo sostén, así en plan antiguo, porque mis tetas no caben en nada con un nombre menos rimbombante. Las intento abarcar con ambas manos. No puedo. Son descomunales y la carne se desborda, desparramada, por los bordes de mis palmas, entre mis dedos, como un «blandiblub». Mientras, trato de comprender por qué me acaba de besar, por qué ahora después de tantos años. Recuerdo sus manos grandes, en las que sí cabían mis tetas, la primera vez que lo

hicimos. Él era mayor; yo, una niña. Siempre me gustaron los chicos mayores porque las tetas me hicieron crecer deprisa. De cría veía los pechos de mi madre y me parecían dos montañas de carne y piel mullida en las que me gustaba recostarme e imaginar que, de mayor, yo también tendría unas iguales. Sin embargo, cuando me salieron casi de golpe de la noche a la mañana, era demasiado pronto para que supiera gestionarlas. Apenas las puedo gestionar ahora mientras sopeso las decisiones que he tomado con respecto a mi *look* para esta noche. Hace tanto que no salgo que me he venido arriba; pero mis tetas, que han amamantado a dos hijas y son demasiado grandes y viejas para sostenerse a sí mismas, cuelgan como sacos de patatas.

El primer chico al que besé me pidió rollo en una discoteca de mala muerte, solo para poder tocarme las tetas y contárselo después a todos sus amigos, que hicieron cola para invitarme al cine a ver si ellos también podían llevarse un restregón. Salí con muchos de ellos, los que me gustaban, y me dejaba tocar las tetas porque eso también me gustaba. Luego iban hablando por ahí de lo que habían hecho conmigo, y la fama de mis enormes pechos me precedía cuando entraba en una habitación. *Están duros y huelen a rosas*, *son blanditos como cojines, tiene los pezones del tamaño de un CD…* A mis oídos llegaban comentarios de lo más variopintos, pero no me importaba demasiado. *Solo son tetas,* les decía a mis amigas cuando las veía consternadas por las habladurías. *Si a los chicos les gustan, ¿qué le voy a hacer?*

Así crecí acostumbrada a las miradas: las de deseo, las de envidia, las de asco, las injustas, las que me juzgaban por cosas que nunca hice. Preguntándome, siempre, cómo era posible que dos pedazos de carne pegados a mi torso pudieran causar tanto furor. *Son solo tetas*, me repito mirándolas al espejo. *Mis tetas*.

Saco del bolso el pintalabios más rojo que he encontrado en la droguería y me vuelvo a pintar los morros en tecnicolor. Estoy

confusa y las dos rayas de cocaína que he esnifado en la última hora no ayudan.

El corazón me palpita al ritmo del subidón de los Chemical que en ese mismo instante provoca saltos y silbidos fuera del baño, en la pista. Cierro los ojos unos segundos para rememorar el beso que me ha plantado en una esquina oscura junto a los baños. Ha sido voraz y húmedo como darle un mordisco a una hamburguesa, bastante parecido a mi primer rollo de discoteca. Estábamos hablando de los viejos tiempos. De los buenos, si es que los hubo, y de pronto nos hemos visto recordando una noche lejana en la que vimos amanecer en la Plaza de la Villa empastillados hasta las orejas. ¿Qué ha pasado después? Alguien borracho le ha empujado en su camino al váter y lo ha lanzado sin querer contra mi cuerpo, empotrándome en la pared. Saboreo su lengua con la mente abierta y los ojos cerrados, respiro hondo y cuento hasta diez, tratando de decidir el paso que voy a dar a continuación. ¿Salgo y le empotro yo a él? ¿Cojo el bolso y me largo sin mirar atrás? Observo la pantalla iluminada de mi móvil que ha vibrado segundos antes.

«Mamá, ¿dónde andas?»

Es Irene y me está buscando por la fiesta. En el momento en que me dispongo a responder al mensaje, la puerta del lavabo de señoras del Círculo de Bellas Artes se abre a mi espalda. Gabriel me mira con expresión traviesa desde el umbral, llevándose el dedo índice a sus labios carnosos para hacerme la señal de «silencio». Yo no digo nada. Apoyada en la pila del lavabo, le miro a través del espejo. La camisa blanca entallada —desabrochada los botones justos— le sienta como un guante. También el pelo algo crecido, aunque menos abundante de lo que recordaba, peinado hacia atrás; y la perilla canosa cubriendo su perfecta mandíbula ancha. Pequeñas arrugas le adornan el extremo de los párpados, las ojeras y la frente. El pantalón del traje negro de Dior que lleva esta noche se le ajusta a la cadera marcando todo lo que un hombre puede marcar ahí

abajo. Aunque le veo un poco más delgado, como si hubiera perdido músculo, el muy desgraciado no puede estar más bueno.

Mientras pienso esto, él recorre los escasos dos metros que nos separan para pegarse a mí, despacio, sin rastro de la prisa un tanto torpe con la que me ha besado minutos antes. Sus manos estrechan mi cintura y siento el calor de su aliento en el cuello, subiendo hasta mi oreja. Joder, me va a matar de gusto. Me quita suavemente el pendiente de aro grande que llevo y comienza a lamerme con la punta de la lengua el lóbulo, lo mordisquea con parsimonia como una gominola que no quiere que se acabe; al tiempo que sus manos ascienden hasta mis enormes pechos, que ahora parecen haber subido dos pisos en un ascensor invisible. Yo sigo mirándole desde el espejo, cuando la palma de sus manos, que los abarcan enteros, roza mis pezones de punta con dolorosa lentitud. Me sorprende que no sienta como yo la flacidez de la carne y pienso que, quizás, me estoy viendo con demasiada crueldad. *Tienes las tetas más turgentes que he tocado en mi vida, Raquelita*, me susurra al oído. Será cabrón. Tiendo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y me estremezco. Me abandono. Creo que he empezado a gemir bajito. De pronto me acuerdo del mensaje de mi hija. *Gabriel, las niñas…* le digo en un suspiro entrecortado. *Ya se han marchado, les he dado dinero para el taxi*, contesta mientras desliza una de sus manos por la apertura del vestido cruzado, justo a la altura de mi entrepierna. Pienso que me estoy metiendo en la boca del lobo, y que me encanta lo húmeda y cálida que es esa cavidad. Sé que no voy a poder pararlo, que no quiero pararlo. Sus dedos hábiles sortean mis bragas para introducirse en mí, que a esas alturas soy una cascada de flujo. Y le dejo metérmelos. Porque hace mucho que nadie me toca así, porque necesito sentirme deseada como si tuviera veinte años. Porque voy drogada y porque… Porque siempre será el jodido Gabriel.

2
«¿Quién inventó la mierda esa del brunch?»

¡Beep Beep Beep Beep Beep Beep! *Otra vez ese sonido infernal*, piensa Irene mientras se frota los ojos con los dedos índice y corazón. Legañas pegadas no le faltan, y un poco de jaqueca al tratar de elevar la cabeza de la almohada, tampoco. No debió aceptar el último chupito de tequila que le ofreció su primo anoche. Y eso que se fue pronto porque hoy tenía que madrugar. O lo que para una chica de dieciocho años es madrugar un sábado: levantarse a las once de la mañana. El despertador sigue sonando e Irene no lo puede parar porque de un manotazo lo ha lanzado al suelo y, sin las gafas puestas, por más que tantee, no lo encuentra. *¡Mierda de despertador de los 80!* grita tan alto como puede para que lo escuche su padre. Hace exactamente dos meses —no puede evitar hacer una muesca mental en la pared por cada día que pasa— que le han prohibido tener el móvil en la habitación por las noches.

La psicóloga dice que su cerebro necesita desconectar para descansar. Su madre, que si las radiaciones provocan daños en el sistema nervioso central, *o no sé qué*, y también que si cáncer. Su padre dice que lo que diga mamá va a misa. Así que hace dos meses sacó del trastero un despertador muy *vintage* que a ella, al principio, le pareció que quedaría genial con el *look* de su habitación y le daría rollazo a las fotos del *insta*. Pero la primera mañana que sonó, quiso lanzarlo por la ventana cerrada.

Lo de no abrir el *Whatsapp* y el *Instagram* antes de poner un pie en el suelo ya lo lleva mejor. Ahora sube la persiana, mira los árboles de la plaza, observa el color del cielo y a veces abre un poco la ventana para que el aire la despeje. No está mal del todo, aunque prefiere los *likes*.

Cuando por fin encuentra el despertador rojo, rectangular, de plástico duro y números grandes, ve que son las 11:15. *Mal, maaaaal.* Ha quedado con el agente literario a las doce del mediodía en Malasaña. Ducharse, vestirse, maquillarse, de desayunar pasa, un transbordo de metro… No va a llegar. *¿A quién se le ocurre quedar para el* brunch*? Ya total, ¿qué más da quedar un poco más tarde a comer? ¿Quién inventó la mierda esa del* brunch*?* Aunque, pensándolo bien, le apetece hacer una foto al *brunch* del local donde han quedado. Quizás podría hacer una *story* con eso, el manuscrito de su libro y un «se vienen cositas…». A Irene ya no le parece tan mal lo de quedar a las doce, solo que tendrá que volar para ser puntual. Y eso sí que lo tiene claro: no piensa llegar tarde a la primera reunión con un agente de su vida.

La puerta de la habitación se abre despacio y su padre, extrañamente alegre para ser la mañana siguiente de una cogorza histórica, le regala una sonrisa de oreja a oreja. Ella piensa en lo guapo que es su padre, que a su edad provoca silbidos hasta de sus amigas de la facultad. Anoche celebró su sesenta cumpleaños con

un fiestón épico. Pero no se le nota la resaca. *¿Será la crema esa carísima con cafeína que se pone para las ojeras?*

Le mira con los ojos muy abiertos, sentada en la cama con las piernas cruzadas, abrazando el dragón de peluche de *Juego de Tronos* que le trajeron los Reyes Magos con trece años.

—¿Qué onda, papá? Qué escándalo la «fies» de anoche. ¡El sitio era tope de gama! —A veces, Irene habla como los «reguetoneros» de su edad solo para jorobar a su padre.

—¿Tú no habías quedado esta mañana para algo importante?

—Sí, claro, ya me voy a la ducha.

—Pues tira, que no llegas. Y vístete un poco seria, que vas a hacer negocios. —Esto lo dice mirando el montón de ropa diseminada por el suelo de toda la semana, en el que resulta imposible distinguir lo limpio de lo sucio. Irene solo es ordenada para ciertas cosas, y el armario no está entre ellas. Sin embargo, el escritorio lo mantiene impoluto. Sus libretas colocadas por tamaños, un carrito con libros al lado perfectamente clasificados por colores —«mi carrito de pendientes», como dicen los «bookstagrammers»—, listos para recibir el objetivo de su iPhone último modelo; pósits y rotuladores fluorescentes, el portátil *gold rose* a juego con la carcasa del móvil…

Gabriel piensa que a Raquel le daría un parraque si viera toda esa ropa tirada. Por suerte no suele pasar nunca de la puerta de su casa, como mucho pisa el salón. Y a él poco le importa que el cuarto parezca una leonera. Mientras su hija sea feliz y no le dé mucho por saco, le basta. Está más que satisfecho con haber superado los años más duros de la adolescencia saliendo indemne.

Irene pega un salto y le da un puñetazo fingido en el hombro a su padre al pasar. *Aparta, viejo, deja sitio a las nuevas generaciones*, dice sacándole la lengua. Él a cambio le propina una palmada en el trasero. A veces se hablan así, pero siempre de broma. A los dos les encanta sacar a relucir la complicidad que tienen y esa confianza

forjada a base del roce de la convivencia. Irene sabe que su padre está orgulloso de haberlas criado prácticamente solo los últimos años. A su madre no le hace tanta gracia. Le viene de pronto a la cabeza el olor a mar del aire de Barcelona en verano, y siente una punzada de nostalgia, *¿o es culpa?*, nunca está muy segura de sus sentimientos cuando se trata de su madre. *Barna* es muy *cool*, pero a ella le gusta Madrid. En Madrid pasa todo. El meollo está en Madrid. Así que se mete en la ducha borrando con el agua templada todo rastro de remordimientos y empieza a concentrarse en su reunión con el agente.

No le ha visto nunca la cara, solo han intercambiado correos, audios y un par de llamadas telefónicas. Algo que a Irene le dice que aquel agente seguramente supera la treintena, porque la gente joven ya no se llama por teléfono. Han quedado porque él quería ofrecerle un contrato con alguna editorial para publicar la novela del concurso. Irene está hecha un lío con ese tema. Su ascenso en Fantastic Reads había sido meteórico. Como buena friqui de la literatura juvenil fantástica, tenía perfil en la red social desde hacía años. Empezó publicando relatos y poco a poco fue interactuando cada vez más con la comunidad. Al tiempo que su cuenta de *bookstagrammer* de Instagram crecía en seguidores. A la gente le gustaba lo que escribía, sus *reels* alcanzaban altas cotas de visionados, los *likes* le llegaban a capazos y los mensajes privados en Fantastic Reads se amontonaban en su bandeja de no leídos.

Había pasado un año y algo de todo aquello. Irene tenía que estudiar para el examen de la EvAU, pero entonces solo pensaba en terminar una novela de aventuras y romance distópico que le rondaba desde los quince años. Siempre ha sido muy precoz con el tema de la literatura. Como su padre no le ponía cortapisas, aún estaba en la ESO cuando leyó la saga completa de George R. R. Martin. Los de Tolkien ya los había devorado en primaria. Y escribía mucho, pasaba horas metida en su habitación desde que tenía uso

de razón. Empezó al poco de separarse sus padres, a los ocho o nueve años, cuando aún no distinguía las bes de las uves. Aunque no se considera una superdotada. Solo una chica con muchos pájaros en la cabeza aleteando y piando todos a la vez por salir. A veces la abruma tanto ruido. Y únicamente puede pararlo dejándolos volar por las páginas de sus libretas. No es que escriba novelas a mano, no está tan loca, pero sí llena cuadernos de ideas, nombres y lugares imaginarios.

De una de aquellas libretas salió la novela del concurso. Era un certamen de Fantastic Reads en el que votaban los lectores de la red. Y lo acababa de ganar. Por un lado la red social tenía su propia editorial y era el camino más corto para que su historia se convirtiera en una serie de Netflix, que después se doblaría a otros idiomas y se distribuiría por todo el mundo. Conclusión: en poco tiempo Irene podría empapelar su habitación con billetes de quinientos euros y sería una *celebrity*. Igual hasta la invitaban a la gala de los Emmy.

La opción B estaba a punto de descubrirla en el *brunch* con el agente. Probablemente le publicarían la novela en una editorial convencional, le llevarían toda la promoción y la distribución, se convertiría en una promesa de la literatura juvenil y quizás, en unos años, fuese la J. K. Rowling española. Esta alternativa era la que ella siempre había soñado. Porque quería ser una escritora seria, no una niñata encasillada en novelas sobre relaciones tóxicas en Wattpad. Ni siquiera le gustan las series de Netflix.

Total, que está hecha un lío. Sus padres, que opinan de manera completamente opuesta entre sí, no ayudan. Mientras su madre la empuja a seguir con la carrera de Filología Inglesa para después estudiar una oposición y ser profesora de secundaria el resto de su vida; su padre le dice siempre que ante todo debe hacer lo que más le guste y cumplir sus sueños, dejarse llevar por su instinto. Así que no le queda más remedio que confiar en el dictamen de sus vísceras,

porque los pájaros de su cabeza no van a ponerse de acuerdo, como tampoco lo han hecho nunca sus padres.

Cuando sale de la ducha envuelta en un albornoz rosa con unicornios —sí, le siguen encantando los unicornios—, encuentra la habitación recogida y un conjunto preparado sobre la cama.

Vaqueros pitillo tobilleros llenos de rotos, un *tank top* blanco de algodón, *blazer* negro *oversize* y All Stars blancas con un poco de plataforma. Algo sencillo pero elegante, informal pero cuidado. Lo suficientemente serio como para dar una imagen de profesional sin dejar de lado que solo tiene dieciocho años. Su padre es un puñetero crack a la hora de elegir ropa, para él y para los demás. Irene le busca por el piso dando saltitos de alegría para agradecérselo, pero no le encuentra.

—Ha salido a por churros —farfulla Eva desde la cama.

—¿Qué? Habla más alto, tía, que parece que estás en una cueva.

—Que ha salido a por chuuuuurros. Que a ver si me saca de la cama, dice.

—Muy bien, no tengo tiempo de quedarme a desayunar. Dile que gracias por el *outfit*.

—Lo que tú digas, jefa.

Decide no alisarse el pelo, no tiene tiempo que perder. Retira la humedad con un poco de secador y se peina el flequillo recto justo por encima de las cejas. Últimamente le ha dado por dejarse la melena oscura suelta, con sus ondas naturales. Se pone las lentillas, se pinta la raya del ojo negra, solo la de abajo y por dentro, para destacar sus ojos verde agua; y aplica un poco de rímel a las pestañas. Nada más, a esa hora de la mañana no le parece adecuado pintarse los labios de rojo. El *blazer* era de su madre y le queda de miedo, por no hablar del tipazo que le hacen los vaqueros de cintura alta. ¿Está demasiado sexy para una cita de trabajo? No querría que parezca que va a seducir al agente. ¿Lo habría pensado

bien su padre al elegir la ropa? Antes de cruzar el umbral de su casa, vuelve a asomarse a la habitación de su hermana.

—Eva, ¿voy demasiado *sex bomb*?

—Tú eres *sex bomb* hasta dentro de un saco de patatas, bonita. Demasiado, dice, joróbate.

—Valeeee, graciaaas…

No le da más vueltas, tampoco puede entretenerse más. Ya son las doce y quince cuando corre acera arriba hacia el metro.

3
Por Dios, que le lluevan las ofertas

La terraza del Pepe Botella estaba tan abarrotada que, de cuando en cuando, alguien empujaba sin querer su silla al pasar. Ya le habían robado todas las de la mesa menos la que había reservado para Irene Alonso. La chica se retrasaba más de lo que un profesional es capaz de tolerar, aunque con los escritores siempre pasa lo mismo, viven en su propio universo donde el tiempo es relativo. Su móvil emitió un par de «beeps» en la mesa para decirle lo que ya sabía, que Irene llegaba tarde. «Un poco tarde», había escrito. Soltó una carcajada para sus adentros. *Un poco más y llega al café*. Sin embargo, no estaba molesto. Román tenía una mano izquierda especialmente diseñada para lidiar con artistas. Paciencia infinita, empatía y asertividad eran sus mejores cualidades. Sus *soft skills*, como pone en su perfil de Linkedin. Así que se pidió un segundo cortado y se dedicó a observar a la fauna malasañera mientras

esperaba a aquella chica tan joven cuya pluma prometía tanto que merecía la pena perder por ella una mañana de sábado.

Aunque por teléfono le había dicho que tenía una oferta que hacerle, no era del todo cierto. Oferta de publicación como tal, de alguna editorial, no tenía. Pero quería representarla a toda costa. Su instinto editor le decía que fenómenos como Irene Alonso se daban una vez cada veinte años. Escritora precoz, entre sus letras se atisbaba un mundo interior capaz de generar *bestsellers* de los que alcanzan las siete cifras en ventas. Millones de lectores entre los catorce y los treinta años se rendirían a sus pies. Y eso solo si se dedicaba a la literatura juvenil, porque este tipo de escritoras podían narrar lo que quisieran. Tenían ese potencial. Irene Alonso lo tenía, y Román necesitaba ser su agente.

La vio caminando desde el fondo de la calle San Andrés, se habría bajado en Tribunal y apuraba el paso —qué detalle— porque llegaba escandalosamente tarde para una primera cita de trabajo. Pisaba fuerte, como Godzilla en aquella película, pero sin ser Godzilla. Román no entendió por qué acababa de pensar en un monstruo de treinta metros de altura cuando la persona con la que había quedado era una joven menuda y de movimientos gráciles. Pero esa forma de caminar marcando cada paso como un pura sangre, mirando a su alrededor altiva, sin vergüenza, no le pareció propia de su edad, ni del perfil de escritor de fantasía. Había imaginado a alguien más… ¿Friki? De pronto sus prejuicios le hicieron sonrojarse. En su mente era una chica más bien rellenita, con gafas de culo de vaso, bigote y pelo grasiento. Alguien con cero habilidades sociales, insegura fuera de su universo imaginario, de las cuatro paredes de su habitación forrada con pósteres del buenorro de la serie *The Witcher*. Y sin embargo… Hostión en toda la cara, Irene Alonso era un pibón. Se reprendió a sí mismo por pensar así. Primero porque era una niña, y segundo porque no se permitía pensamientos tan machistas como aquel. La cara de bobo que debía de tener cuando

ella llegó a la mesa merecía un tortazo con el guante, a lo Gilda. ¡Zasca!

—Hola, soy Irene. Perdona el retraso, no me ha sonado esta mañana el despertador y…

—Hola, Román Gálvez, encantado —se levantó torpemente arrastrando la silla metálica de terraza con un desagradable chirrido y le tendió la mano, que ella estrechó con firmeza. *Bien, bien, un buen apretón siempre es un comienzo excelente.*—Siéntate, supongo que a estas horas el *brunch* ya no te apetecerá…

—No gracias, un Nestea está bien. En realidad, Irene se moría de hambre, pero le dio vergüenza confesar que se había levantado tarde, con resaca, y que no había desayunado. Qué pena no haber pillado a su padre en la escalera de vuelta de comprar churros, le habría robado un par para el camino.

—No te preocupes por el retraso, es comprensible un sábado, igual saliste anoche y te he hecho madrugar.

Irene bajó la cabeza con las mejillas arreboladas. *Touché*. Román Gálvez era cercano, de conversación fluida y trato agradable. Un chico más joven de lo que ella esperaba y bastante majo, lo que consiguió que se sacase el palo del culo con el que había llegado.

—Mi padre cumplió ayer sesenta, celebró una fiesta multitudinaria en el Círculo de Bellas Artes a la que vino un montón de gente, conoce a muchos artistas. Estuvo bien… Y me acosté un poco tarde. Gracias por ser tan comprensivo. No me volverá a pasar.

Esto último lo dijo mostrando su mejor sonrisa, *y joder, qué pedazo de sonrisa*.

Cogió de la mesa el Nestea que le acababa de traer el camarero y le dio un trago largo, limpiándose una gota de la comisura de su boca. Román seguía con interés sus movimientos. No recordaba conocer a ninguna chica de su edad con tanta confianza en sí misma.

—Bueno, tú dirás qué quieres de mí. Soy toda oídos.

Guau, empieza fuerte. Aunque Román no quería quedar como un capullo que la había citado un sábado para hacerle perder el tiempo, la realidad era que no tenía nada tangible que proponerle. Ella parecía esperar que sacase un contrato con una editorial del maletín, ese que por cierto no llevaba, para la que escribiría en exclusiva durante los próximos cinco años, a cambio de unas regalías dignas de un Premio Nobel. Exactamente esa era la actitud de Irene Alonso. El problema es que Román la necesitaba porque, ¿quién compra libros en 2023? La agencia tenía escritores de éxito, pero él no los representaba. Estaban los autores y las autoras de *thriller*, que vendían como churros sin apenas promoción. A esa gente la representaba su jefa. Luego estaban también las de novela romántica y erótica, *influencers* y *youtubers* que se daban a la literatura con mayor o menor éxito y más menor que mayor calidad. A esas tampoco las representaba él. Como el novato que había llegado el último, le tocaban los desarrapados. Y entre ellos los había buenos, sin duda, pero no vendían al nivel que reclamaba la letra de su hipoteca cada mes. Irene Alonso era la gran esperanza que le sacaría del hoyo, antes de verse abocado a dedicarse a otra cosa. Podría quedarse con la ferretería de su padre, un negocio de barrio que no daba pérdidas. Pero, *joder*, a él le gustaban los libros, no los tornillos.

—Bien, supongo que conoces mi agencia, y cómo funcionamos los agentes literarios —se le ocurrió que hacer un resumen de su trabajo era una buena forma de evitar ir al meollo de la cuestión.

—Sí, he estudiado un poco el tema antes de venir.

—Vale, entonces nos saltamos esa parte y hablamos de tu libro —sonrió al decir esto esperando que ella entendiera esa referencia, hasta que se dio cuenta de lo antigua que era para alguien nacida en… ¿2005? Ni siquiera él era lo suficientemente mayor como para conocerla de primera mano, pero se usaba mucho entre los editores con el fin de romper el hielo.

—¿Lo has leído?

—Pues claro que lo he leído, ¿qué clase de agente crees que soy? Lo he leído yo y también mi jefa, y nos parece que tienes un potencial escribiendo que puede llevarte muy lejos. Podrías vivir de ello, y vivir bien. ¿Esto lo has pensado en serio?

—Es el sueño de mi vida.

—Entonces tendrás claro que quizás debas dejar cualquier otra cosa que estés haciendo para dedicarte a escribir jornada completa. De 9 a 5, como un trabajo de oficina. Y muchas veces harás horas extra. Esto no es sentarte a esperar que te visiten las musas. El oficio de escritor, en este caso de escritora, requiere esfuerzo, trabajo, constancia, paciencia y dedicación. Te digo todo esto porque aún eres muy joven y quizás no lo hayas sopesado. No es un camino de rosas. Pero tienes lo necesario para atravesarlo sin clavarte ninguna espina.

A Irene le gustó la metáfora de las rosas, y le gustó cómo hablaba Román Gálvez. Su voz grave, la forma de arrastrar la última sílaba de cada palabra, la cadencia de ese discurso que parecía ensayado pero al mismo tiempo sonaba natural. Le daba confianza.

—Estoy estudiando la carrera, quizás lo pueda compaginar. Mis padres no querrán que lo deje.

—Y lo entiendo, quizás puedas compaginarlo, o quizás no. Eso ya depende de tu capacidad. Yo solo te advierto de que si firmas un contrato tienes que respetar los plazos de entrega, y tienes que cumplir lo que has firmado. Quienes no lo hacen no cobran, y además se ganan muy mala fama en el mundillo.

—Vale. Pues creo que mi mejor respuesta es que sí, que quiero ser escritora. Y ahora dime, ¿hay alguna editorial interesada en publicar mi libro?

—Como te digo, la novela que has escrito tiene mucho potencial. Habrá que pulirla, puede que haya que cambiar algunas partes, y puede que eso no te guste. Sin embargo, te aseguro que después de

pasar por un buen editor, tendrá tanto brillo que no podrás leer ni la primera línea sin apartar la vista deslumbrada.

—Sí, sí, lo sé. Sé lo que hace un editor. Pero en serio, ¿hay o no hay editorial?

La insistencia de Irene le estaba desinflando. Todo su *speech* paternalista no servía para nada con aquella chica forjada en hierro fundido. *Joder, es dura.* Podía decirle la verdad, soltarle de golpe la necesidad que tenía él de representarla, antes del segundo Nestea. O podía ser vago. Se decantó por lo segundo.

—Estamos en negociaciones con dos editoriales especializadas en novela juvenil y fantasía, cuyos nombres aún no puedo desvelar. Una es de culto, la otra bastante nueva. No hemos concretado nada aún pero necesitarás que alguien te represente. Este mundo es un río lleno de pirañas y los agentes literarios somos como un tiburón blanco, no se nos escapa una presa y sabemos cómo defendernos. Todos los asuntos legales, la propiedad intelectual, la promoción, las firmas, las entrevistas, los eventos con los fans, gestionar las ofertas que te lluevan, porque te van a llover… Irene créeme, me necesitas. Mi trabajo es hacer que te profesionalices como escritora, lo entiendes, ¿verdad?

Lo entendía a la perfección. Ese montón de metáforas que usaba Román Gálvez sonaban estupendamente, y ella tenía tanta, pero tanta ilusión contenida que sentía que iba a estallar en cualquier momento. Se vio a sí misma dando un salto de la silla para plantarle un beso en los morros y subirse acto seguido a la mesa a hacer alguna clase de baile tonto de la victoria. «Te van a llover ofertas…», «las firmas, las entrevistas…», «podrías vivir de ello…» Por muy manidas que fueran esas frases, ella se las estaba creyendo todas. Por muy cantamañanas que ese tío le hubiera parecido a su padre si estuviera allí, Irene ya había empezado a confiar en Román. Y eso es la base de una relación entre un agente y un autor. *Ya está*, pensó él, *ya la tengo*. *Por Dios, que le lluevan las ofertas.*

4
¿Qué hiciste anoche?

«Where is my mind», Pixies

El café empieza a salir despacio por los dos orificios de la cafetera italiana, como si fuera una fuente de oro líquido que borbotea mientras el aroma amargo inunda la cocina de mi hermana. Sentada en la isla que hay en el centro, donde se ubican los fogones enormes, de cocina profesional como se llevan ahora, observo ensimismada la cafetera. Me encanta el tono marrón dorado del café humeante y es en lo que pienso porque prefiero no pensar en otra cosa. Me duele la cabeza, bastante. Pero más me duele la zona del cuerpo que alberga mi dignidad, sea cual sea. En 2023 las mujeres ya no nos juzgamos a nosotras mismas ni a las demás. Nos aceptamos, nos respetamos, hacemos lo que nos viene en gana. De esto va el feminismo, ¿no?

Y aún con eso, no puedo evitar imaginar con sentimiento de culpabilidad lo que dirían de mí si me hubieran visto anoche mi

hermana, mi madre, Marian, Arnau. Sobre todo, Arnau. Como tampoco puedo evitar sentir una punzada de placer, un escalofrío que me recorre de pies a cabeza y me eriza el vello de los brazos cuando recuerdo sus manos tocándome de esa forma.

—¡Empanada! Apaga el fuego que se te quema el café. —Mi hermana ha aparecido en la cocina y no sé cuánto tiempo lleva aquí mirándome con los ojos como platos. Espero no haber hablado sola. Como no le contesto, ella misma retira la cafetera del fogón y lo apaga.

—En serio, Raquel hija, estás para volverte a la cama. ¿Qué hicisteis anoche?

Que qué hicimos anoche… Drogarnos, bailar *techno* de los 90, beber tequila, enrollarme otra vez con el padre de mis hijas del que llevo más de diez años separada y al que me costó superar un ojo de la cara en terapia. *Bien Raquel, bien*…

—Bebimos un poco más de la cuenta. No sé, había mucha gente que no veía hace años, fue un bonito *revival*, pero tengo una resaca que me muero. —Y también tengo el morro de llamarlo "bonito *revival*" a lo del baño del Círculo de Bellas Artes.

—Pues te has quedao tonta guapa, casi me quemas la cocina. —Y diciendo esto, se va a la ducha. Yo permanezco ahí sentada un rato más, hasta que decido que si no me doy prisa el café se va a enfriar y no me veo capaz de preparar otro sin provocar un accidente. Desactivo el modo avión del móvil. Es la una del mediodía cuando se enciende la pantalla y empiezan a entrar notificaciones. Marian; un cliente irlandés muy pesado que se empeña en llamarme los sábados; Arnau. Tres llamadas perdidas de Arnau. No suele ser muy insistente con el móvil cuando viajo, no me llama nunca demasiado. Así que supongo que necesita algo urgente y que debo devolverle la llamada. *Ni putas ganas*. Le pongo al café cuatro cucharadas de panela. Un exceso, o no, porque esa mierda que compra mi hermana no endulza nada. En la nevera solo hay leche de arroz.

Puaj. Remuevo unas quince veces el café solo antes de darle un trago largo, como si me estuviera bebiendo un chupito de tequila de los de anoche, y dejo que la cafeína entre en mi cuerpo, me reconforte el alma y me ayude a aclarar las ideas. Decido no llamar a Arnau. Si doy un paso en falso ahora puedo mandar mi vida a tomar por culo. Así de fácil, un error más y envío mi vida a orbitar alrededor de la Tierra.

Mi hermana me ha copiado el corte de pelo. Hasta ahora no me había fijado. Es como el mío pero en versión alisado-impecable-una-hora-con-la-plancha. Ha salido de la ducha arreglada, no demasiado. Lo normal en ella cuando va a alguna parte que no sea el supermercado, que ya es más de lo que yo me arreglo para salir de cena. La observo mientras se mete por dentro de los vaqueros una camisa blanca masculina y pienso que posee una elegancia natural que le da un aire distinguido de señora de la alta sociedad. Se le da muy bien ocultar sus orígenes de barrio obrero de Madrid.

—Elvira, ¿cuándo te has cortado el pelo? —Ella me mira como si le hubiera preguntado por el origen del universo.

—En el cumpleaños de mamá ya lo llevaba corto. ¿Qué narices te pasa a ti hoy?

—Te queda muy bien. Se parece mucho al mío, no es muy tu estilo pero te queda bien.

Jamás la hubiese imaginado haciéndose un corte *pixie* con lo clásica que es, y además a su marido le gusta la melena larga, es casi una religión para él. No es que me moleste que me haya copiado el corte, más bien me parece hilarante que ella me copie a mí en algo. Doña perfecta, la que nunca se equivoca, la que toma las decisiones adecuadas. Mi antítesis, vaya.

—Sí, bueno —se revuelve un poco el flequillo nerviosa—, se lo vi a la presentadora del telediario de la noche, ya sabes, la de los ojitos tristones y el mohín encantador en los labios.

—Ah, qué bien. —No tengo ni idea de quién me habla pero parecen palabras salidas directamente de la boca de su marido, que seguro que se pone palote con la presentadora del telediario. Prefiero cambiar de tema antes de decir una burrada.

—¿Vas a salir?

—Sí, he quedado con Laura y Lola para comer, estamos las tres de Rodríguez. Los chicos se han ido al basket así que vas a tener que comer sola si no tienes plan. ¿A qué hora sale el tren?

—A las seis y media. Pero no te preocupes, creo que iré a ver a mamá.

—Ah, perfecto, porque a las cuatro tiene cita en el médico. ¿La puedes acompañar y le ordenas las pastillas del blíster de la semana que viene, ya que vas?

—Claro. Saluda a tus amigas de mi parte. A la próxima nos vemos un rato más largo, ¿vale? Te meto las sábanas en la lavadora.

—Tampoco hace falta, para el poco rato que las has usado…

Nos damos un abrazo y dos besos antes de sumirme de nuevo en el silencio de la cocina. Es un silencio reconfortante que me envuelve y me rebaja el ritmo cardíaco. Llevo cardíaca perdida desde que he abierto un ojo. No sé si habrá sido el efecto de la visión perfecta de mi hermana "la infalible", pero he tomado la determinación de no volver a equivocarme, que casi la lío parda. Le echo mentalmente la culpa a la cocaína y a la crisis de los cuarenta, y me dispongo a vestirme y preparar la bolsa de viaje.

Desde el piso de mi hermana a mi destino hay apenas veinte minutos caminando cuesta abajo. Normalmente andar por Madrid en esta época del año me encanta pero voy cargada, a esas horas el calor aprieta y por la calle hay pocas sombras. Me gusta Barcelona porque las aceras del centro están llenas de árboles frondosos, no como aquí. Cambio la ruta por otra un poco más larga pero también más sombreada, y saco del bolso el móvil para marcar el número de Arnau. Contesta al primer tono.

—¿Digamelón?

—Melón.

—¿Qué pasa, Melona? Buenos días tenga usted.

—No me hables…, de buenos no tienen nada. Me muero de resaca y el futón de invitados de mi hermana es peor que la cama de un faquir.

—Estos *hípsters* madrileños…

—Uy *hípster*, qué antiguo.

—Uy, futón, menudo invento del siglo XXI, creí que dejaron de estar de moda en el 99.

Reímos los dos unos segundos. La risa abierta y franca de Arnau me refresca por dentro y por fuera. Nadie me hace reír como él. Rezo porque no huela el miedo que me congela la sangre mientras hablamos.

—Te he estado llamando esta mañana porque tenemos una emergencia en casa. Espero no haberte despertado.

—¿Tenemos? ¿Tú y quién más?

—La Mahou, que está pachucha y sin mi veterinaria de cabecera soy un cero a la izquierda. —Mahou es nuestra gata, la tenemos desde que me mudé con él a Barcelona. Solía sentarse al sol en el alféizar de nuestra ventana, y si la acariciabas siempre decía: «maou». Nos hizo gracia el juego de palabras con mi cerveza favorita, y con Mahou se quedó. Y ella con nosotros, porque a las pocas semanas acabamos por dejarla entrar en casa, de donde nunca más salió. Según mis cálculos basados en el aspecto de sus dientes, tendrá ahora unos catorce años. La tercera edad de un gato.

—¿Qué *la* pasa?

—¿«La pasa», Raquel? Hija, cómo se te nota que estás en tu tierra. Que vomita, ha estado toda la noche vomitando.

—¿Bolas de pelo?

—No, no, bilis amarilla y eso.

—Uf, pinta mal, Arnau… Intenta *enchufarla* una jeringuilla de Primperan, por favor, que no vomite más. Y a ver si bebe algo, con jeringuilla también. Mira a ver si tolera suero. Esta tarde, si no, la acerco a la clínica de Marian.

—La puedo acercar yo, Melona. ¿De dónde saco el suero?

—Baja a la farmacia y pides cualquier suero infantil. Observa cómo evoluciona y si ves que no va bien, la llevas. ¿Ahora lo he dicho bien?

—Ok, jefa, sí… La llevas está bien dicho. Probablemente me va a decir que me meta la jeringuilla por donde tú sabes, después de dejarme la cara hecha un cristo a arañazos. ¿Y tú anoche qué tal?

Terror, el terror en mi rictus, en mis manos temblorosas sujetando el móvil, en mi voz impostada para ocultar la mentira. Nunca antes había mentido a Arnau, bueno sí, pero hace veinte años y no era mi pareja. Me salgo por la tangente.

—Bien, divertido. Me reencontré con viejos amigos, aunque son una panda de carcamales, todos baboseando a Irene, no te lo imaginas…

—Irene es que es mucha Irene.

—Sí, y borracha más.

—Mujer, es mayor de edad, yo creo que sabe lo que hace.

—O se cree que lo sabe… Oye, te cuelgo que estoy llegando a casa de mi madre, como aquí, la acompaño al médico y luego ya me voy a Atocha. Llego a las nueve y media, ¿me recoges?

—Pues claro, guapa. Y te preparo una cenita rica.

—Eres el mejor.

—Y tú una pelota, *adeeeu*.

—*Byyye*.

Cuelgo a Arnau y camino solo unos metros más. Evidentemente, no he ido andando desde La Latina a casa de mi madre, que vive en Opañel; sino a un lugar que me remueve la conciencia mucho más, y está en la Plaza de Peñuelas.

5
El cielo en la tierra

—Si no has probado las jarras heladas del Abuelo, aún no conoces el cielo.

—Contigo ya he subido al cielo muchas veces, cariño, no es ninguna novedad.

—Eso ya lo sé, Raquelita, que yo también estaba allí… Me refiero al cielo de la cerveza, donde las nubes son de espuma recién tirada y los dioses beben oro líquido. —Pasó el brazo por encima de mis hombros con grandilocuencia.

—Ah, ¿ese? No, no tengo el gusto —me reí.

Entramos en un bar con puertas de carpintería de madera pintada en rojo y paredes recubiertas de azulejos antiguos en su interior. Al fondo, tras una barra de metal de las de taberna castiza, un camarero con rastas nos sirvió, a la señal universal de «dos cañas» que le hizo Gabriel, dos jarras de cerveza que sacó del congelador y llenó con el tirador de Mahou con extrema maestría. Él levantó la suya para brindar conmigo figuradamente, sumergir su labio superior

en la espuma cremosa y dar un trago largo que dejó un surco perfecto en la jarra. Me miró sonriente con el bigote blanco, antes de lamérselo en uno de esos gestos tremendamente sexis que reservaba para mí. De fondo sonaba aquella canción tan pegadiza de Chambao.

—Lo ves, ¿Raquelita? El puto cielo en la tierra.

Corría el año 2002 y veníamos de visitar un piso en la Plaza de Peñuelas. Alto, grande, luminoso, todo exterior. Con suelo de parquet y una terraza con vistas a la calle de Embajadores en la que cabían una mesa y dos sillas. Estábamos buscando algo de alquiler más amplio que el apartamento de una habitación y cocina americana que Gabriel tenía en propiedad en la Calle del Almendro. Llevábamos unos meses viviendo juntos y se nos estaba quedando pequeño. Con la ilusión de dos recién casados, nos dedicábamos a visitar pisos los viernes por la tarde, con la costumbre ineludible de tomar unas cañas después por el mismo barrio. Él siempre sabía dónde las tiraban mejor, y aquel bar del Paseo de la Esperanza ganó por goleada a todos los demás. Con el tiempo, bromeábamos sobre si nos habíamos quedado el piso solo por las cañas. Yo era muy joven y entonces me sentía muy madura jugando a las casitas con Gabriel.

Y de nuevo estoy en ese mismo lugar, frente al portal de nuestra antigua casa en la Plaza de Peñuelas. Donde nacieron mis dos hijas, en la que convivimos con más o menos éxito para acabar sintiéndome secuestrada en una burbuja con dos niñas pequeñas y ninguna esperanza. La nube negra de los recuerdos funestos cae sobre mi cabeza, mientras miro los números del telefonillo del portal, sin atreverme a llamar. ¿Para qué he ido hasta allí? ¿Qué espero encontrar? Los últimos años solo pisaba esa casa para recoger o devolver a Irene y Eva, cuando aún no podían viajar solas a Barcelona. Me daba repelús que me sonriera y me revolvía las tripas atravesar el pasillo hasta el salón, por eso siempre intentaba

quedarme en la puerta. Mi fortaleza dependía de cuán lejos de mí lograse mantenerle. Mi terapeuta me lo había avisado muchas veces. La clave residía en no dejarle penetrar en mi inconsciente para tocar esa tecla que me hacía reaccionar como los invitados de un espectáculo de hipnosis. Si Gabriel me lo pedía, era capaz de ponerme a ladrar a cuatro patas.

Armándome del valor que me confieren mis cuarenta y cinco años y una vida feliz a seiscientos kilómetros de él, me lanzo al vacío con la firme intención de dejarle claro que lo de anoche no le da ningún derecho sobre mí. A nada. Ni a iniciar un acercamiento, ni a ser simpático, ni a darme dos besos al verme. Que se olvide. No voy a concederle ni siquiera la satisfacción de saber que en realidad me gustó y que no me lo quito de la cabeza. Mi conciencia casi está gritando: *Raquel, déjalo, estos pensamientos no te ayudan en absoluto. Sube y que vea que no puede volver a tomarse esas confianzas jamás.*

—¿Te has vuelto a dejar las llaves? —Su voz grave y socarrona me produce un escalofrío que no mitiga ni el sonido metálico del telefonillo.

—¿Qué llaves? Soy Raquel.

Se lo digo con toda la determinación que hallo en mi interior, y sé que la sorpresa de mi visita ha surtido efecto, porque tarda quince segundos en abrir la puerta sin contestar.

Subo por las escaleras hasta el cuarto piso, para ganar tiempo. Tiempo que es sinónimo de seguridad en mí misma a cada peldaño que piso. Tensa como la cuerda de un tendedero, me planto delante de la puerta blindada revestida de contrachapado blanco, la misma que atravesamos hace años cargados de cajas e ilusión, y presiono el interruptor del timbre. También es el mismo, cuya aguda campanita nunca soporté. Gabriel abre la puerta y se queda apoyado en ella cruzando un pie por delante del otro con chulería. Lleva una camiseta de algodón de manga corta blanca y pantalones de lino

caídos de estilo ibicenco. Va descalzo. Pero no es solo calzarse lo que se le ha olvidado. En los segundos que dura este instante, me da tiempo a darle un repaso de la cabeza a los pies, deteniéndome sin querer en su entrepierna abultada sin calzoncillos. *Pero qué coño haces, Raquel…*

—¿Qué pasa, preciosa, te quedaste ayer con hambre?

—Pero qué desgraciado eres. Cállate, que te van a oír las chicas y no me apetece que se enteren de lo pedo que iban ayer sus padres.

—Tranquila, que no están —y lo dice entornando los ojos con una sonrisa de medio lado, mientras se echa el pelo hacia atrás con la mano que no sujeta la puerta. *Una palabra más y me desarma. No le dejes decir una palabra más.*

—Gabriel, no te confundas. No he venido a verte, sino a aclarar las cosas contigo. Hace diez años que no pruebo ni un porro, apenas bebo nada que no sea cerveza y casi no salgo de noche. No estoy habituada a pillarme ciegos como el de ayer. La de anoche no era yo…

—¿Tú crees que no eras tú? Pues yo creo que eras muy tú. Te conozco como la palma de mi mano, Raquelita, tú no has venido solo a hablar, aunque aún ni siquiera lo sepas.

La tecla no, la tecla no…

—Venga, tonta, mírame a los ojos y dime que no te encantó lo que te hice.

—No pienso mirarte a los ojos.

—Pues deja al menos de mirarme el paquete.

—No te estoy mirando…

—¿Quieres pasar y lo hablamos tranquilamente?

—No, no voy a pasar. —Con los pies clavados en el suelo, me meto las manos en los bolsillos para ocultar su leve temblor. *Mierda, no sé lo qué estoy haciendo.*

—¿Quieres irte?

—Tampoco quiero irme, Gabriel, joder…

Sigo sin saber lo que estoy haciendo. Miro al suelo y siento sus manos en mis tetas, su aliento susurrándome al oído cuánto me deseaba, sus dedos dentro de mis bragas húmedas… Recordarlo me está quemando por dentro y solo hay una forma de apagar ese fuego. Por eso soy yo quien empieza, porque la tecla no la ha tenido que tocar ahora. Ya la tocó anoche.

Sin pensar en las consecuencias, y con estas ganas que me van a incendiar a lo bonzo de un momento a otro, me abalanzo sobre él y le meto la lengua hasta la tráquea. De una patada cierro la puerta que sus manos ya no sujetan porque se han ido directas a mi culo, y chocamos contra la pared. Le quito la camiseta en dos tirones tan violentos que casi me la cargo. *Raquelita, que es de Gucci*, le oigo protestar como en otra dimensión. Le callo con mi boca y el beso es más controlado y húmedo. Me quito la blusa sin desabrochar, sacándola como puedo por la cabeza. Saltan por los aires los pendientes de aro, saltan mis pulseras de plata con un tintineo en cascada, y le agarro el trasero donde no encuentro otra barrera que la fina tela de lino. *¿Cómo lo hace para tenerlo tan duro con sesenta tacos?* No sé cuándo me ha desabrochado los vaqueros pero sus dedos ya me están masturbando con mucha más avidez que anoche, me fallan las piernas cuando su mano me penetra y aún estamos solo en el pasillo. Y como anoche, sé que no quiero pararlo. ¿Por qué iba a querer si lo he empezado yo?, si es lo que venía deseando desde que me ha despertado esta necesidad de él que guardaba dormida en lo más profundo de mi subconsciente. Donde nadie llega. Solo Gabriel.

Me asaltan pensamientos fugaces en forma de fogonazos: la terapeuta abroncándome. Arnau. Mis hijas. Como cuando medito, los dejo pasar. Ahora no, ahora no pienso, solo siento con los cinco sentidos, donde la razón no puede tener cabida. El tacto, el olfato, el oído, la vista, el gusto cuando muerdo sus labios. *Oooommm*…

—Joder, Gabriel…

—Eso ya lo has dicho —gime. Yo también gimo. Fuerte, resoplo, me parto en dos cuando él me levanta aún con la mano metida en mis pantalones y me lleva en volandas hasta el sofá. Que ya no es nuestro sofá. Me fijo de refilón en que lo ha cambiado, y pienso que se lo voy a manchar en tres, dos, uno… No parece importarle. Me está sacando los pantalones y las bragas como puede. Sorpresa, él ya no los lleva. Tanto tiempo sin verle desnudo y no ha perdido una pizca de atractivo. Sé de buena tinta que se machaca en el gimnasio y pienso que se le ha ido un poco de las manos la dieta, porque, efectivamente, está más flaco. De pronto siento un poco de vergüenza por los michelines de mi estómago y percibo que aún no me ha quitado el sujetador. Él también se ha dado cuenta de que echa algo de menos en mi anatomía, porque se va directo a desabrocharlo —con dos dedos, es el Spiderman de los amantes—. Le ayudo a retirarlo por mis brazos mientras me besa y lame cada resquicio de piel que va quedándose libre. Y al llegar a los pechos se afana un buen rato en mis pezones, luego hunde la cabeza entre las carnes esponjosas de mis tetas y las muerde hasta hacerme un poco de daño. Para entonces yo ya estoy en trance, en un trance en el que solo existimos él, yo y un sofá nuevo de terciopelo azul petróleo. Reconociéndose nuestros cuerpos en la penumbra de las persianas bajadas para no dejar entrar el calor de mediodía, como es costumbre en Madrid. Y en el momento en que Gabriel se arrodilla y me abre las piernas para beberse mi jugo como siempre ha sabido hacerlo, me vienen de golpe a la cabeza las veces que he discutido con Arnau por su manía de abrirlo todo de par en par en las horas centrales del día para que entre la brisa del mar, cuando yo me empeñaba en cerrar a cal y canto. *Joder, Arnau.*

Aparto la cabeza de Gabriel con todas mis fuerzas y cierro las piernas como un resorte.

—¿Qué pasa? Casi me partes el cuello, chica.

¿Estás bien?

—No, no estoy bien. No puede ser. Esto no está bien y los dos lo sabemos.

Me pongo en pie y me visto atropelladamente sin mirarle. Las bragas y los vaqueros todo junto, las sandalias planas sin cerrar, el sujetador… Como no atino a abrocharlo, se ofrece voluntario pero le arreo un manotazo airada. *Raquelita, qué carácter…* Le escucho a mi espalda. Me meto la blusa por la cabeza y apuro el paso hasta la entrada, donde he dejado tirada mi bolsa de viaje y el bolso bandolera al entrar como un tren de mercancías. Gabriel me ha seguido sin decir nada. Antes de que se acerque un milímetro más, recojo mis cosas del suelo y salgo dándole un portazo en la cara. No me importa lo que piense de mí, solo quiero salir de allí cuanto antes. Al atravesar el portal rompo a llorar a lágrima viva con la sensación bastante obvia, por otra parte, de que la he vuelto a cagar. Y otra vez por él. Mi talón de Aquiles. Mi criptonita. Mi puto síndrome de Estocolmo.

En Santa María de la Cabeza cojo un taxi a casa de mi madre. Necesito saber qué hora es como si se me fuera la vida en ello. Solo me faltaba perder el tren. Y justo cuando el vehículo cruza el puente de Toledo me miro el reloj de pulsera. Pero no está. El jodido reloj de pulsera de la madre de Arnau no está en mi muñeca. *De Guatemala a Guatapeor, Raquel…*

6
¿Sabes qué es un meme?

Arnau está sirviendo en dos platos las albóndigas con tomate y el arroz a la cubana que acaba de preparar en la cocina de casa de su madre. Montse espera sentada plácidamente en la butaca del salón haciendo punto, con el *runrun* del telediario de fondo, al que nunca presta demasiada atención. Solo muestra interés, y es un interés desorbitado, cuando hablan de la independencia de Cataluña. Las albóndigas le han quedado con una textura exquisita. Las coloca junto a un flan de arroz blanco, reparte la salsa de tomate por el plato y, como guinda, lo corona todo cuidadosamente con un huevo a la plancha. Finge dar las gracias a una audiencia invisible que le ovaciona y lleva los dos platos al comedor, donde un mantel horroroso y con más años que Tutankamon tapa la mesa de cristal ahumado estilo setentero que está ahí desde que tiene uso de razón.

—¿Has hablado ya con Raquel?

—Sí, mamá, hace un rato. Venga, te ayudo a levantarte, que se nos ha hecho muy tarde y me muero de hambre.

—Sigo sin entender qué pintaba ella en esa fiesta.

—¿Qué fiesta? —dice mientras pasa un brazo por debajo de la axila de Montse y posiciona el andador frente a ella con los frenos activados. La levanta a la cuenta de tres.

—Hijo, la fiesta de su exmarido. En mis tiempos esas cosas no las hacíamos.

—De tus tiempos hace más de cuarenta años, mamá.

—Es que no me fío de esos libertinajes, hijo.

—Libertinajes dice… El padre de sus hijas cumplía sesenta años y sus seres queridos le han preparado un homenaje. ¿A ti no te hubiera gustado algo así?

—Su exmujer no figura entre sus seres queridos. Ahora es tu mujer. Bueno, mira, ni eso es.

—Voy a cambiar de tema porque me estás tocando los huevos ya, mamá.

—No seas soez, Arnau.

Arnau cierra la boca y en los siguientes minutos solo la abre para ingerir albóndigas. Montse ve la tele. Con la mirada sumergida en el plato, recuerda la primera vez que se vieron su madre y Raquel. Entonces ella aún caminaba con la ayuda de un bastón de caoba y era una mujer muy elegante. Imponía más que ahora. Le parece estar viendo a Raquel, hecha un manojo de nervios, sentada en esa misma mesa de cristal retorciendo la servilleta de tela con las manos. *No sé lo que le hiciste, hija mía, pero se quedó colado por ti años y años,* le decía su madre a Raquel. En realidad, Montse no quería saber nada de la madrileña que salía con su hijo, y se mostró francamente hostil en esa primera comida. Él tampoco podía reprocharle que estuviera amargada, con la mierda de vida que le había tocado llevar a la pobre mujer. Así que no intervino demasiado en aquella conversación que terminó tan mal como había empezado.

No toda España somos el canal Intereconomía… Arnau se había llevado las manos a la cabeza, literalmente, cuando Raquel tomó ese

camino… *Yo, sin ir más lejos, me estoy mudando a Barcelona… No veo ese odio del que habláis… Y no entiendo cómo no os dais cuenta del globo sonda que os han lanzado para tapar los veinte años de corrupción de Pujol… Están jugando con los sentimientos de un pueblo.* Madre mía. Al recordarlo ahora se siente orgulloso de los ovarios que le echó su chica. Pero ese día se echó a temblar. Rebatirle a su madre la Diada de Artur Mas. Dios, los tenía cuadrados.

Cuando se quiere dar cuenta, se está riendo en voz baja.

—¿Y tú de qué te ríes ahora?

—De nada, me he acordado de un meme que me han enviado esta mañana. Sabes qué es un meme, ¿no?

—Sí, memo.

—*Hòstia, mare*.

—¡Esa boca! Oye, las albóndigas están buenísimas, mira que te das maña con la cocina.

Comen en silencio y después su madre se ofrece a hacer el café. Arnau le dice que ya lo hace él, pero ella se empeña en estirar las piernas y se levanta sola de la silla para dirigirse a la cocina. Cuando se pone cabezona siempre es mejor no discutir. La deja hacer y se recuesta en el sofá, preocupado por la gata a la que ha dejado sola tras conseguir meterle una jeringa de Primperan entre los dientes, con el casco de la moto puesto para que no le arañase la cara. Menudo cuadro. Se imagina contándoselo a Raquel en la cena. Se le ha ocurrido cocinar pizza casera, y recuerda que primero tiene que pasar por el horno a por un kilo de harina y algo de levadura.

Montse vuelve apoyando en su andador con ruedas una bandeja en la que dos tazas de porcelana china con horrorosas flores, y sus correspondientes platos a juego, tintinean chocando unos con otros peligrosamente. Arnau odia ese juego de café que debió de pertenecer a su tatarabuela. Pero se lo calla.

—Mamá, por favor, que lo vas a tirar.

—Anda, calla y alcánzame el azucarero de la alhacena, que no llego.

—¿Que no llegas? ¿Y por qué guardas el azúcar tan alto? *La mare que et va parir*…

—¡Arnau!

Tu madre me odia, esto no va a salir bien… Le había dicho Raquel ocho años atrás saliendo del mismo portal en la Avinguda de Les Corts. Él se rió y la tomó de la cintura por detrás para besarla en el cuello.

Es un hueso duro de roer, pero te va a adorar. Y se lo había susurrado al oído, porque con ella había aprendido que las cosas dichas al oído llegaban más dentro.

Son las cinco de la tarde cuando le envía a Raquel un guasap:

«Mi madre dice que eres una libertina por lo de la fiesta de ayer. Y eso que no te conoció a los veinte».

Y lo acompaña del *emoji* de la flamenca y del de la capsulita, un guiño a las drogas de las que abusaban entonces. Se pone el casco, esta vez para usarlo como dispositivo de seguridad vial, no doméstico, y arranca la Vespa. Esa que tanto le gusta a Raquel y que es más antigua que el toser. Indestructible. Como su amor. Se pone un poco tonto pensando en el reencuentro con ella en la estación esta tarde. Y se le dibuja por detrás de la pantalla del casco una sonrisa de media luna.

7
De perdidos al río

(Barcelona, 2014)

«Everlong», Foo Fighters

Qué frío hacía la tarde que Raquel llegó a Barcelona-Sants. El reloj de la estación marcaba las seis. El termómetro, ocho grados. Pero ocho grados de los que parecen diez bajo cero. O eso le pareció al salir a la calle para fumarse un cigarro y llamar a Arnau. Se suponía que iba primero a casa de Marian, donde tenía previsto pasar el fin de semana con la excusa de un congreso de granjas sin maltrato al que la habían invitado como ponente en una mesa de debate. Mentira. Raquel estaba en Barcelona porque tenía algo mucho más importante que hacer. Algo que pondría de una vez por todas el punto final a una historia inacabada que le quemaba las entrañas desde que volvió a ver a Arnau en la tele tocando su guitarra, tan solo unos días antes. Hace quince años se despidieron en la puerta

del piso del Carrer Tallers, donde vivía su amigo Juan, para no volver a verse nunca. Quince años sin saber de él porque él fue quien quiso desaparecer. ¿O quizás no?

Raquel ya no fumaba casi nunca. Lo dejó durante el primer embarazo, volvió a los pocos meses; lo dejó de nuevo en el segundo y ahora que Eva, la pequeña, tenía seis años, había vuelto al tabaco como fumadora social y para calmar la ansiedad. El motivo de aquel cigarro en la puerta de la estación pertenecía, obviamente, al segundo grupo de razones. En realidad, no había planeado nada su llegada. Habló con Arnau por teléfono, le dijo que tenía pensado ir a Barna a ver a Marian y que… Bueno, que si le apetecía tomarse una cerveza con ella. Se lo soltó así, a bocajarro, después de quince años. Ese día también necesitó un par de cigarros; sin embargo, Arnau no colgó el teléfono ni la mandó a la mierda. Le dijo que sí. Con eso le había bastado a Raquel para comprarse un billete de AVE de ida y vuelta para pasar un fin de semana en casa de su amiga, y escaparse para quedar con Arnau en secreto. ¿Por qué en secreto? Eso tampoco lo tenía muy claro, no había ninguna razón para no decirle la verdad a Marian, la única persona con la que mantenía contacto que supiera lo que había ocurrido entre ellos tanto tiempo atrás.

A las niñas las había llevado esa misma mañana a casa de Gabriel, a pesar de que esas vacaciones de Navidad le tocaban todas a ella. A su ex no le pareció ninguna buena idea porque tenía planes con una de sus jovencísimas ligues, pero le debía más de un par de favores. Y toda su juventud, *qué cojones.* Así que mantuvo con él la misma mentira del congreso, para no hacerle más largas las patas, y le encasquetó a sus hijas sin apenas darle tiempo a preguntar, ni a ellas a despedirse. Si se quedaba un minuto más de lo necesario, estaba segura de que se arrepentiría de estar haciendo aquella locura.

—*Digi?* —contestó Arnau al cuarto tono. Raquel expulsó el humo de una calada haciendo con él tres aros perfectos antes de hablar.

—Hola, soy Raquel y estoy en Barcelona.

—Joder, qué manera de soltar la bomba, te iba a explotar en las manos, ¿eh?

—No me lo hagas más difícil. Te dije que iba a venir y he venido. ¿Te apetece que nos veamos?

—Sin preámbulos. ¡Vas a saco tía!

—Te juro que si no lo hago así, ahora mismo me doy media vuelta y me cojo el AVE a Madrid. ¿Me vas a decir que sí o qué?

—Sí. Ahora puedo. ¿Te viene bien?

—¿Ahora? ¿Así por las buenas?

—O por las malas, tú verás —se rió a carcajadas. Estaba disfrutando de lo lindo.

—Venga, pues ahora, pero voy a dejar primero la maleta en casa de Marian…

—Raquel, Marian vive en la otra punta de la ciudad, te van a dar las mil. Vente para mi casa, dejas la maleta y nos vamos a tomar algo. Luego te llevo yo con la moto. —A Raquel tanta determinación la dejó descolocada. *¿Su casa?* Sin embargo, no tenía muchas opciones y verle era la única razón del viaje. Él era rápido y ella no tenía nada que perder.

—Vale, tú ganas. *Espero que esto merezca quince años de espera,* dijo para sus adentros.

—Te mando ahora mismo la ubicación, te coges cercanías hasta Plaça Catalunya y luego en Urquinaona la línea cuatro de metro. En veinte minutos estás aquí. Te iría a buscar pero estoy en el estudio en medio de un *brainstorming* para un cliente nuevo y nos queda poco para terminar. Para cuando llegues soy todo tuyo.

Qué profesional le sonó a Raquel todo eso, teniendo en cuenta que lo que ella había conocido era un chaval que estudiaba Publicidad y fumaba más porros al día de los que caben en un

paquete de tabaco. *El tiempo pasa para todos*, se dijo. Lo de coger el cercanías y luego el metro arrastrando su *trolley* por todo Barcelona ya le apeteció menos. *Tú haces brainstormings y yo me he aburguesado.*

—Uy, cuántas cosas, qué pereza. Me pillo un taxi y listo.

—Venga, adeeeu.

El taxi tardó menos de lo que ella hubiera deseado. No le dio tiempo a pensar en lo que le iba a decir, prepararse mentalmente para el reencuentro o maquillarse un poco usando la cámara *selfie* del móvil como espejo. Nada. Llegó a la Plaza Joanic en quince minutos con la típica pinta de haber estado tres horas metida en un tren. Despeinada y con ojeras. Antes de tocar al timbre del estudio de Arnau —una puerta a pie de calle de cristal ahumado que impedía ver el interior—, le envió un mensaje a Marian:

> «Ya estoy por aquí pero voy a ver a una amiga de Madrid que lleva poco tiempo en Barcelona y me ha pedido vernos. Igual ceno con ella, te voy diciendo»

El mensaje olía a la legua a trola total.

Raquel lo sabía, pero no se le ocurría nada mejor. Ya se lo explicaría todo después, según cómo fueran las cosas y si había algo interesante que contar.

Buscó una papelera para tirar el chicle de menta que venía masticando para quitarse el sabor a tabaco de la boca, se atusó un poco la media melena devolviéndole volumen al rizo, que se le había quedado aplastado por el asiento del tren; y llamó al timbre de la puerta de cristal. Una chica preciosa con aspecto de moderna de Barcelona abrió con una gran sonrisa.

—¡Hola!, Raquel, ¿no? Pasa, pasa. Nos quedan cinco minutos, ya estamos acabando. —Hablaba como si la estuvieran esperando todos, no solo Arnau, y le dio muchísima vergüenza no saber qué les

habría contado a sus compañeros, socios, o lo que fuera aquella gente. —¡Arnau! —gritó dirigiéndose al fondo del pasillo donde varias personas estaban reunidas en torno a una mesa grande y redonda. Sobre ella, Raquel alcanzó a ver muchos móviles, un portátil, papeles garabateados y detrás de todo una pizarra blanca llena de palabras y símbolos en diferentes tonos de rotulador. —¡Ha llegado Raquel!

Se sentó en un sillón de diseño, rojo y mullidito, que había en el pequeño espacio que hacía las veces de *hall*. Parecía un estudio tipo *coworking*, de estilo industrial, con vigas de hierro y alguna pared de ladrillo visto. El suelo era de microcemento gris y el espacio, diáfano y repleto de mesas y sillas de trabajo cada una de su padre y de su madre. Raquel lo miraba todo con detenimiento para evitar ponerse más nerviosa de lo que ya estaba. Le temblaba todo el cuerpo como si tiritase de frío. Pero allí dentro la calefacción permitía estar en camiseta, y ella no se había quitado ni el abrigo. *Mierda, qué raro es todo.* Se miraba las zapatillas New Balance azules cuando Arnau entró de pronto en su campo de visión. Le delataron unas Adidas Gazelle verdes. *Dios, es un nostálgico.* Raquel fue recorriéndole despacio con la mirada —los vaqueros desgastados, el jersey de rayas…— hasta toparse con sus alegres ojos castaños. No se lo podía creer. Después de todo lo vivido, tenía delante al mismo Arnau que besó por primera vez en la Sala Apolo, solo que con menos pelo y más carne. Era incapaz de articular palabra.

—Levántate y dame un abrazo, por lo menos, ¿no?

—Ay sí, joder, perdona. Es que no me lo creo. —dijo ella aún mirando hacia arriba como una cría.

—Pues créetelo ya, que me van a fallar las piernas a mí también.

Arnau le tendió una mano que Raquel agarró con firmeza, la ayudó a levantarse y la atrajo hacia sí con decisión para darle uno de esos abrazos largos y apretados que se le meten a uno dentro. Ella, tiritando hasta castañear los dientes. Él, medio mareado por la

flojera que le entró al sentir el cuerpo pequeño de Raquel hundiéndose en el suyo. Embriagado por el olor de su pelo que, aunque ya no olía a vainilla y coco como cuando la conoció, desprendía un aroma igual de delicioso. Era curioso que aún atesorara aquel olor dulcísimo, a pesar de haberlo percibido solo un par de veces en su vida. Raquel se abandonó apoyando la cabeza en su pecho para sentir el latido desbocado de su corazón. Y el calor que desprendía él, la respiración acelerada, el olor a suavizante de su jersey… La hicieron sentirse en casa. Quince años sin saber nada el uno del otro. Se preguntó cómo habían podido dejar pasar tanto tiempo. Aquello forzosamente tenía que significar algo.

El abrazo duró hasta que Arnau la separó suavemente al darse cuenta de que todos sus compañeros les observaban con cara de idiotas desde el fondo del estudio. Raquel se quedó mirando extrañada su rostro enrojecido por la vergüenza. *Ahora, ¿qué pasa?* Y justo cuando giró la cabeza hacia donde miraba Arnau, la chica guapa que le había abierto la puerta empezó a aplaudir. Un aplauso espontáneo que siguieron los demás hasta convertirlo en una auténtica ovación. Eso sí que no se lo esperaba. El reencuentro apenas acababa de empezar y ya estaba superando todas las expectativas de Raquel. *¿Por qué no? De perdidos al río.*

Arnau vivía a un par de manzanas del estudio, en una de esas callejuelas estrechas y empinadas del barrio de Gràcia. Era un primer piso en una finca sin ascensor de más de un siglo de antigüedad. Recordaba a los edificios de Malasaña, con sus balconcitos donde cabe poco más que una silla y una maceta, pero que tienen tanto encanto. Raquel imaginó cómo se sentiría desde una planta tan baja el hervidero que era aquel barrio, como si fuera una casa de pueblo. El piso estaba decorado con mucho estilo, aparentemente desintencionado. El orden era un tanto caótico y en el pequeño salón —donde había tres balcones— se mezclaban libros, CDs —*sí, CDs*— y vinilos descolocados en las estanterías, una guitarra

acústica, una española, un amplificador y un escritorio *art decó* de caoba con un potente ordenador de sobremesa. Sobre la mesita de centro, una taza de café con el poso reseco junto a una cafetera moka Bialetti roja, preciosa. El sofá era un *chester* marrón chocolate con la piel muy desgastada y pinta de incómodo, pero estéticamente delicioso. Y en la pared de enfrente, un cartel de cine de *La naranja mecánica* mostraba a Malcolm McDowell blandiendo un cuchillo con su mano emergiendo de un triángulo.

Arnau la invitó a sentarse en una silla de mimbre bajita que había delante de uno de los balcones.

—Es el mejor sitio de la casa, en invierno da el sol un rato por la mañana.

Aún con el abrigo puesto, Raquel se sentó y respiró hondo. Un poco para calmar los nervios y mitigar la tiritona que le duraba, pero también para identificar y guardar en su interior el olor de la casa de Arnau. Olía a especias e incienso. A persona que no comparte su vida con nadie pero que disfruta cocinando. A tabaco de liar con un sutil fondo de marihuana. A soledad; pero también a hogar.

—Esta calle debe de estar preciosa en las fiestas de Gràcia.

—¡No lo sabes bien! Los vecinos se lo curran un montón, el año pasado les ayudé a hacer un *kraken* azul de papel maché. Le pusimos hasta una bombilla dentro y se iluminaba por la noche. El del bajo es DJ y saca el equipo a la calle todas las noches. Las señoras de enfrente preparan limonadas y todos salimos con las sillas a la fresca. Tienes que venir un año, es una caña.

—Me encanta como suena. Oye, ¿y estos muebles? ¿Te los has encontrado en la calle o te ha dado por coleccionar antigüedades?

—Esta casa era de mi abuela paterna, cuando se murió me mudé aquí y decidí quedarme con la mayoría de los muebles. Molan, ¿eh? En teoría la iba a compartir con mi hermano pero… Ya sabes.

La sombra de lo que le ocurrió a su hermano planeó sobre ellos, ensombreciendo la conversación. Raquel no quiso seguir por ese

camino y deseó salir de la casa cuanto antes, para no ahondar en temas que pudieran causar dolor y romper la cuerda floja sobre la que ambos transitaban en un incierto equilibrio. Arnau, por su parte, no quería hacerla sentirse incómoda por estar en su casa. Todo era demasiado íntimo y las cosas estaban fluyendo tan bien que temía forzar la situación y que ella se asustara y saliera corriendo.

—Si quieres deja aquí tus cosas y nos vamos a tomar un vermú.

Raquel agradeció el cambio de tercio con una de sus enormes e irresistibles sonrisas. El reloj de péndulo de la abuela, que colgaba de la pared, se paró a las siete y media de la tarde. Fue una cuestión de segundos, algo apenas imperceptible que solo notó Arnau, a quien un escalofrío le recorrió el espinazo como una descarga eléctrica.

—Un vermú… —dijo ella, aún sonriendo—. Tan *vintage* como tu casa.

Para cuando él se recobró del latigazo, las centenarias escaleras de madera del edificio crujían bajo sus pies bajando a la calle.

Caminaron hasta una plazoleta donde había una bodega antigua llena de gente. Era un viernes de Navidad y se notaba ambiente de «tardeo» bastante festivo. El local se parecía a uno bien conocido por Raquel, donde iba con Gabriel a tomar cervezas cuando se fueron a vivir juntos. Pero este estaba algo más arreglado. Las mesas altas con pie de hierro, las banquetas metálicas tipo industrial que estaban de moda y la iluminación tenue y fría a la vez, denotaban esa preocupación por la estética tan de Barcelona. La taberna de Madrid estaba más destartalada, y ahí residía su encanto. Raquel no la pisaba desde que se separó de Gabriel tres años antes. *Gabriel.* Se obligó a borrarle de un plumazo de su mente. *Ahora no, Raquel.* Arnau le indicó que se sentara en una de las mesas más cercanas a la puerta y le preguntó si le gustaba el vermú de grifo.

—En realidad no es la hora de tomarlo, pero es lo mejor que tiene este sitio.

—Pues que sean dos.

Volvió con dos vasos de caña llenos hasta arriba de un líquido color ámbar oscuro, con una rodaja de limón y un hielo. Raquel se llevó el suyo a los labios paladeando su contenido y le devolvió otra de sus gigantescas sonrisas.

—Este sabor me recuerda a mi abuela.

—Vaya, gracias por la parte que me toca.

—Lo digo en el buen sentido, tío, me trae buenos recuerdos. Y estoy muy contenta de haber venido.

—Yo también me alegro de verte. Estás genial.

Ella soltó una carcajada sarcástica que Arnau no entendió.

—Sí, genial… Estoy de puta madre. —dijo escupiendo las palabras con rabia. Arnau anotó mentalmente no hablar de su estado emocional y decidió sacar un tema más prosaico.

—No me has contado en qué trabajas exactamente. ¿Eres de las que les toman la temperatura a los perros por el culo?

—Joder, nunca lo había visto así. La verdad es que sí, ¡a los perros y a todos los animales! A las personas también habría que ponerles el termómetro en el culo.

—A algunas, bien dentro, ja ja ja.

—No, en serio, es el lugar del cuerpo donde la temperatura se acerca más a la real.

—Me está encantando esta conversación.

—A ver, te cuento. Estuve muchos años trabajando en una clínica. De jovencita bañaba perros, trabajaba de sol a sol, como una mula. Eso no está pagado, te lo digo.

—¿Y después?

—Después acabé la carrera, y empecé a hacer turnos en la misma clínica, pero ya como veterinaria. Hasta que me ofrecieron representar a una empresa farmacéutica que fabrica medicamentos para animales de granja, y cambié de registro.

—Y ahora el termómetro se lo metes por el culo a las vacas.

—Y a los cerdos, las ovejas, las cabras…

—Eso sí que es un trabajo gratificante.

Les entró un agradable ataque de risa que relajó el ambiente, y envalentonados también por el alcohol que empezaba ya a correr por sus venas, pasaron a temas más peliagudos. Empezó Raquel, lanzándose de cabeza a la piscina de la vida amorosa, porque se moría de curiosidad y se empezaba a sentir algo coqueta.

—¿Y tú no estás con nadie?

—Ahora no.

—Pero has estado.

—Bueno, con alguien y con nadie a la vez. Relaciones serias, ninguna.

—¿Y eso?

—Ni idea. No me funcionan, no me aguanta nadie, no las aguanto yo a ellas o, simplemente, me gusta estar solo.

—A nadie le gusta estar solo.

—No te niego que de vez en cuando me gustaría tener compañía, alguien con quien dormir abrazado, con quien desayunar al sol junto al balcón. Alguien especial a quien cocinarle cosas ricas… ¿Por qué no? Pero a la larga todo tiende a estropearse, a hacer daño, a doler. ¿Para qué llegar a eso?

—Para crear una familia, compartir la vida… No sé, llámame loca.

—Pues a ti no te ha ido muy bien ese plan, ¿no? —Arnau se estaba poniendo a la defensiva ante semejante interrogatorio, pero era tarde para echarse atrás, Raquel ya se había metido en el fango hasta la cintura.

—No, muy bien no. Pero no descarto que me salga bien en otro momento de mi vida con otra persona. No me doy por vencida. Joder, solo tengo treinta y seis años.

Se miraron a los ojos en silencio, serios. Y durante unos segundos eternos se mantuvieron una mirada cargada de emociones: algunos reproches, muchos recuerdos y lo que se acercaba bastante a una

pizca de esperanza. Arnau pensó que los ojos grises de Raquel se habían vuelto más duros y tristes. A ella le pareció que el marrón avellana de él había perdido viveza. *El tiempo pasa para todos.*

—¿Por qué te separaste?

Raquel apartó la mirada de él, resopló y se bebió de un trago lo que le quedaba de vermú.

—¿Quieres otro? No te muevas, que ya voy yo.

8
Demasiado machista para la generación zeta

(Madrid, 2023)

Lo que más le gustó a Irene de Román fue su mirada. Pero no se dio cuenta enseguida. Al principio le pareció solo físicamente agradable, quizás demasiado pijo vistiendo para su gusto. Aunque cabía la posibilidad de que lo de llevar camisa y pantalón de pinzas fuese solo un uniforme de trabajo. Por eso, mientras él le hablaba de lo difícil que era la profesión de escritor —un rollazo de machito paternalista al que no prestó mucha atención—, Irene lo imaginaba en vaqueros, con unos pitillo de cintura caída, una camiseta negra y unas Nike. Y lo cierto es que vestido así en su imaginación, de chico normal un sábado por la mañana, Román se le antojó muy atractivo. Entonces todavía no se había fijado en sus ojos.

En vista de que Irene llegó tarde a la cita para tomar el *brunch*; que eran las dos de la tarde y que ella no había probado bocado desde la noche anterior, en su mente solo cabía una cosa: comer. Así que después de aceptar la propuesta de Román de ser su agente —un acuerdo que sellaron con un apretón de manos y la promesa de firmar un contrato el siguiente lunes en su oficina—, Irene le confesó que estaba hambrienta. Él empezaba a mostrarse más relajado que al inicio de la conversación, transmitiendo una sensación de alivio como el que lleva mucho tiempo conteniendo el aire en sus pulmones y por fin puede soltarlo. Al verle así, cercano, menos estirado y más parecido a lo que ella podría considerar un amigo, se atrevió a invitarle a comer. Una comida informal, no de trabajo. Irene estaba muy contenta de iniciar en serio su carrera de escritora y no tenía ni idea de si esas cosas las hacen los agentes con sus clientes o estaba sobrepasando alguna clase de línea roja. Pero ella tampoco era muy dada a los convencionalismos, por lo que no le preocupó saltarse el protocolo.

Román aceptó por algo más que educación. Por las razones que fuera, estaba especialmente alegre y se tomó la comida como una celebración.

—Me parece perfecto, así celebramos el comienzo de esta bonita amistad. Pero invito yo y elijo el sitio. —Ella hizo una mueca de hastío y puso los ojos en blanco.

—Por si aún no te has dado cuenta, no me va nada el rollito caballeroso. Espero que no vayas por ahí.

—¿Perdona? Estoy intentando enseñarte un sitio que no has conocido ni en tus mejores sueños gastronómicos, y me ofrezco a pagar porque quiero empezar con buen pie la relación agente-cliente. Discúlpame si soy demasiado machista para la generación zeta.

—¿Qué generación zeta?, ¿de qué hablas? ¿Pero y tú de cuál eres?

—Mmmm, creo que *millenial*.

Irene se echó a reír porque aquello de las generaciones le sonaba muy a señor mayor. Y si «este señor» decía que era *millenial*, eso es que rozaba la treintena. Le había hecho más joven. *Bueno, cuanta más experiencia, mejor agente literario será,* se dijo. Y lo de ligar con él pasó a un segundo plano. Era un tema inherente a Irene. Consciente del efecto que causaba en las personas, no podía evitar coquetear con todo bicho viviente. Cosas de estar muy buena, ser muy inteligente y tener la insolencia de los dieciocho años.

Fueron a un restaurante japonés muy pequeñito y escondido en una callejuela cerca de allí, que Irene desconocía. Y no les sirvieron los típicos makis de garrafón, que da igual que los haya cocinado un chino que un coreano que un granadino. No. Allí los platos eran muy finos, originales y con una exquisita fusión de sabores que la dejaron con el paladar desorientado. Los tres chupitos de sake que tomaron con el postre —unas deliciosas bolitas de pasta de arroz con helado de fresa dentro— contribuyeron a la sensación de nebulosa en la que se encontraba al acabar la comida. Román le habló de muchas cosas personales que quizás no venían a cuento en el contexto profesional, pero que le apeteció contarle porque Irene era una chica que sabía escuchar. Y Román necesitaba desahogarse. Le habló de su infancia en Aluche, de lo duras que eran las calles del barrio en los noventa. De los atracos que había sufrido su padre en la ferretería, un negocio familiar que a la hora del cierre siempre tenía la caja llena y ninguna seguridad. Y de cómo sentía la decepción de su progenitor al no poder delegar en ninguno de sus hijos la tienda que había sido toda su vida. *No tienes pinta de ferretero*, le dijo Irene. *Ni tú de escritora de fantasía*, había contestado él mirándola intensamente a los ojos. A esos ojos de gata que daban un poco de miedo. Y fue en ese instante, a mitad del segundo sake, cuando Irene reparó en la mirada de Román, en el color ébano casi negro de su iris, en la forma ligeramente rasgada

que hacía que parecieran más pequeños de lo que realmente eran. Pero, sobre todo, se fijó en su calidez, en la dulzura que transmitían. Y vio en su interior a un buen chico de barrio que quería contentar a su padre y no sabía cómo. Instintivamente, le tomó de la mano.

—Mi madre tampoco quiere que sea escritora, ni que cometa errores de ninguna clase. Tiene miedo de que me equivoque en la vida como le pasó a ella. Es una obsesa de la perfección. Y yo tampoco le he perdonado ciertas cosas. Así que no te preocupes, todos cargamos con una mochila llena de piedras.

A Román los ojos le brillaron como si un par de lágrimas estuvieran a punto de resbalar hacia sus mejillas. Probablemente también era un efecto del sake. O del *wasabi*, a saber.

Olvidándose de que aquella mañana habían quedado para hablar exclusivamente de la novela de Irene, y de las siguientes que vendrían; salieron del restaurante alegres y compenetrados como si se conocieran desde hace mucho tiempo. Román quiso batirse en retirada, pero Irene se agarró a su brazo como la que va al baile del pueblo a echar unos pasodobles, y le dijo:

—A casa no se va nadie. Ahora mismo nos vamos tú y yo a ahogar nuestras miserias en un par de cubatas.

—Pero si son las cuatro de la tarde, no va a haber nada abierto.

—¿Que no? ¿Tú no has estado nunca de cañeo en La Latina?

Así era Irene Alonso, una polvorilla, que hubiera dicho su padre. No era Román un chico muy de salir. Disfrutaba de una buena cena, una copa después en un sitio tranquilo o un concierto íntimo de jazz en el Café Central de Santa Ana. Al fin y al cabo, él era un intelectual y sus novias siempre pertenecían a esa clase de chicas que se arreglan para ir al teatro como si fueran de boda. Nada que ver con lo que su acompañante improvisada y algo canalla le tenía preparado.

El local estaba en la calle de la Paloma y tenía el nombre escrito en neón sobre la puerta metálica. Cuando entraron, de repente fue

como si su reloj marcase de golpe las tres de la madrugada. Pero a las cuatro y media de la tarde. La música era electrónica y atronadora; la iluminación en su interior, la de un *night club*. Y el ambiente, huelga decirlo, era de todo menos tranquilo. Sin embargo, Román no quería quedar como un panoli al lado de una chica a la que sacaba más de diez años y su mejor cliente hasta el momento, para más inri. Así que fingió ir a ese tipo de locales cada fin de semana, poniendo la típica cara de tipo duro que baila con solo mover la mandíbula. Pero no coló.

—¡Te noto un poco tenso! —gritaba Irene para hacerse oír a pesar de los decibelios.

—¡Qué va! ¡Me encanta este tema! —decía Román sacudiendo la cabeza y los brazos al mismo tiempo en una suerte de baile forzado y ridículo.

Irene se partía de la risa mientras tiraba de él hacia el fondo del garito, donde estaba la barra.

—¡Dos güisquis con Redbull! —pidió a un camarero cachas como recién salido de un *reality* de televisión.

—¡Irene, yo no bebo güisqui, y mucho menos Redbull!

—Calla y déjate llevar, hombre. Un día es un día.

Así fue como Román, que solo bebía vino con la comida y un gintonic de vez en cuando, se dejó llevar por Irene y acabó con una cogorza monumental a base de mezclar licores con bebidas energéticas a la hora del café. Cayeron varios más antes de que perdiera del todo la vergüenza, y un poco la dignidad, en la pista de aquel bar de copas minúsculo y atestado de modernos desfasados, que probablemente llevaban de fiesta desde el día anterior.

Eran las nueve de la noche cuando lograron llegar al portal de Irene en la Plaza de Peñuelas. Bajaron caminando, o más bien rodando, desde La Latina, mientras bailaban sincopados una música imaginaria que ellos mismos remataban con sonidos como «puchim, puchim, puchim» y «mcha, mcha, mcha». Román se sentía flotar a

cada paso sobre una nube de algodón de azúcar que seguramente era rosa, como en las ferias. Porque estar con Irene se parecía bastante a ir a la feria de niño. Su compañía se resumía en luces de colores, ruido atronador, mucha ilusión y, por supuesto, diversión asegurada.

—Eres una bomba de relojería, chata, recuérdame que en lo sucesivo me ciña a lo estrictamente literario entre nosotros —le decía mientras la agarraba por la cintura caminando para que no se cayera al suelo.

—Y tú una mosquita muerta deseando que la saquen a volar un poco. Dentro de ese corpachón de buenazo que te gastas hay un tío que ha nacido para romper pistas de baile.

—No te burles, joder, ya sé que tengo dos pies izquierdos, razón de más para no ir nunca a ese tipo de bares. Lo mío es más la charla intelectual.

—La chapa intelectual dirás. Oye, para ser tan educado, ¿no dices mucho «joder»? No te pega nada…

—Es el espíritu de Aluche, que me posee.

Los dos rieron. Lo cierto es que la situación se les había ido de las manos hacía varias horas. Y a ambos les había pillado completamente por sorpresa. Una conversación agradable, mucho *feeling* y bastantes cosas en común les estaban llevando más lejos de lo que un agente y su escritor deberían ir. Pero entrando en esa fase de la borrachera conocida como «negación de la evidencia», aún no querían darse cuenta.

Ya en el portal de su casa, Irene volcó, literalmente, su bolso en el suelo para encontrar las llaves que llevaba un rato buscando infructuosamente. Román se echó las manos a la cabeza flipando en colores, y se agachó con ella a recoger el contenido desparramado por la acera. Un pintalabios rojo (que no la había visto ponerse en todo el día), la cartera, el iPhone con la carcasa *gold rose*, una funda de gafas, un *eyeliner*, *kleenex*, dos condones (que le dejó a ella

recoger, todo azorado), una libreta Moleskine pequeña y un boli Bic dorado, un par de pendientes… De todo menos las llaves.

—¿Te has dado cuenta de que aquí no están las llaves que buscamos como dos idiotas?

—¡No me digas! —exclamó ella fingiendo sorpresa mientras devolvía al bolso los últimos objetos.

Román la cogió del brazo para ayudarla a levantarse y, en los segundos que duró el trayecto del suelo a la posición erguida, estuvieron a punto de besarse. Pero esto tampoco lo reconocerían ninguno de los dos ante un tribunal. En su lugar, ella se recompuso el *blazer*, se colocó el bolso en el hombro y le dijo:

—Me tengo que ir, me lo he pasado genial. ¿Nos vemos el lunes en la oficina?

—Yo también lo he pasado bien. Demasiado. —E hizo una pausa que a ella le pareció una mezcla entre incómoda, misteriosa y sexi, pero no supo interpretar—. Nos vemos el lunes, pero nada de Redbull, ¿vale?

—Trato hecho, Román Gálvez. —Irene fue a darle la mano, pero él le tomó la cabeza entre las suyas y rozó su frente suavemente con los labios. El gesto, sumamente íntimo, les dejó a ambos más avergonzados que si se hubieran dado un beso de tornillo.

—Hasta el lunes, Irene Alonso —dijo Román alejándose de espaldas mientras agitaba la mano como un niño saludando a sus padres desde el tiovivo.

Irene tocó el telefonillo, que enseguida dejó salir un chasquido y después la voz de su hermana.

—Dime que no te has vuelto a dejar las llaves…

Subió en ascensor, más que nada por no matarse por las escaleras, y encontró la puerta de casa entreabierta, desde la que se percibían las voces de su padre y de Eva cenando distendidamente en el salón. Olía bien, pero Irene no tenía el estómago muy predispuesto a ingerir alimentos sólidos. Ambos se la quedaron

mirando cuando entró y se sentó en el sofá de terciopelo azul sin siquiera quitarse el bolso y con la risa floja.

—¿Estás bien? ¿Quieres cenar?

—Sí, sí, papá, bien. No tengo hambre, gracias. —Si intentaba que su padre no se diera cuenta del pedo que llevaba, iba lista. Ese hombre tenía un puñetero radar para detectar drogas y alcohol.

—Anda que…, la que llevas encima, chata. —Era la segunda vez en una hora que la llamaban chata. Curiosamente, dos hombres bastante mayores que ella—. ¿Comes algo para empapar todo ese alcohol o te vas directa a la cama?

—Dicen que las magdalenas empapan bien —añadió Eva, sumándose a la juerga.

—Venga, va, tened un poco de piedad. —Y en la última palabra las sílabas tuvieron que reptar por su lengua para que se la entendiera. Evitando que además le vieran la cara desencajada, Irene miraba el cojín del sofá nuevo que había comprado su padre hacía poco por una cantidad bastante escandalosa de euros, cuando vio el cerco de una mancha relativamente grande que no recordaba. Le pareció una buena forma de dejar de ser el centro de atención.

—Papá, ¿ya se te ha jodido el sofá nuevo?, ¿y esta mancha?

—¿Mancha? ¿Qué mancha? —Gabriel se mostró repentinamente turbado, algo que jamás se permitía delante de sus hijas, pero reaccionó rápido—. Ah, sí. Esta mañana se me ha caído zumo de piña. Un vaso entero.

—Pero si hemos desayunado chocolate caliente, y en la mesa —dijo Eva extrañada.

—Después, Eva, ha sido después. ¿Pero de qué vais las dos? Ala, Irene, cámbiate y métete en la cama, que apestas a güisqui con Redbull.

—Papi, ¿no quieres que te cuente lo de la agencia?

—Sí, pero como no eres capaz de articular tres palabras seguidas, mejor lo dejamos para mañana, que menudo fin de semana llevas.

La inercia la llevó arrastrando los pies hasta su cuarto, previo paso por el baño a echar la potada de su vida. Después se sintió algo mejor, se lavó los dientes y se acostó con la misma camiseta que llevaba y tres almohadas bajo la cabeza para que la habitación no diera vueltas tan rápido. Logró dormirse a la media hora, pensando en su prometedor futuro como escritora y, sobre todo, en la también prometedora relación con su nuevo agente literario. Algo con lo que veinticuatro horas antes no contaba, y que ahora le despertaba sensaciones nuevas y un leve cosquilleo en los dedos de los pies. Mal asunto cuando a Irene Alonso le cosquilleaban los dedos de los pies.

9
Hordas de ancianos dopados

Ese señor del bastón es el que nos arreglaba el calentador a todo el barrio, me dice señalando al anciano inquieto que recorre la sala de punta a punta. Lleva tirantes y camina muy erguido, un poco con cara de susto. *Imagínatelo con treinta años menos, a ver si te acuerdas de él, venía siempre. Qué pena, está viejísimo.* Él y todos los demás, pienso, es ley de vida, ¿no?

Acompañando a mi madre al médico, como me ha pedido Elvira, me he dado cuenta de que el barrio ha envejecido mucho en los últimos años y verlo día a día no debe de ser muy agradable. Ella mientras tanto se abanica con el volante del médico y se queja de la espera. Se ha vuelto muy impaciente y lo quiere todo ahora, ya, como una adolescente. Hace un momento ha venido a saludarnos la vecina del primero con su nieta, que tendrá unos doce años y nos escudriña con unos enormes ojos negros como los de su abuela. *Esta es la mayor de Cristina*, ha dicho, y yo me he intentado acordar de la última vez que vi a Cristina, que es de la edad de mi hermana,

con un carrito de bebé. Ella pone cara de pena, suspira y le explica a la vecina lo del dolor que tiene en las piernas, que se lo están mirando los médicos, que la está matando, que para estar así de mal prefiere morirse. De la depresión que la carcome desde la muerte de papá no le dice nada.

De vuelta a casa parece que no va a poder caminar pero, alentada por la seguridad de mi brazo, se acelera para que la calle no se le haga tan larga, como si tuviera una prisa tremenda por llegar a alguna parte. Comenta apesadumbrada que en los análisis le va a salir de todo: azúcar alto, colesterol, ácido úrico… *Hija, voy a tener de todo, ya verás*. Y qué quieres, me digo, con ochenta años qué quieres. Aparentemente no tiene muchas más dolencias de las que ella misma ha enumerado, pero se le hace un mundo. De la depresión sigue sin decir nada. En el portal nos encontramos a la peluquera, que la anima a bajar a peinarse, *Ay chica, si yo pudiera…* Y en el ascensor coincidimos con la señora del sexto, que nunca he sabido cómo se llama pero tenía muchos hijos todos ellos muy altos y desgarbados. Parece mucho mayor que mi madre, aunque no lo es. Nos mira preocupada y le dice que después le hará una visita. *No mujer, no te preocupes, si me voy directa a la cama*. Y se va, nada más entrar por la puerta. Aprovecho para prepararle el blíster de la semana: una coqueta funda de cuero que alberga siete cajitas con los días de la semana escritos en la tapa, divididas en cuatro compartimentos cada una, llenas todas ellas de al menos ocho o nueve pastillas de diferentes colores y tamaños. *Jesús, cuánta droga junta*. Me imagino al médico del centro de salud soltando una carcajada maligna como una suerte de doctor Frankenstein, mientras reparte pastillas a todos los viejos del barrio para mantenerlos en ese precario estado de supervivencia artificial. Juro que este humor negro que me gasto es cosa de Arnau.

Dejo la funda bien a la vista sobre la mesa del salón y entro de nuevo en su habitación arrugando la nariz. Me despido con un beso

y arropo sus carnes enjutas y ajadas, dejando la casa en penumbra sin poder evitar que el olor rancio a vieja me acompañe un buen rato instalado en mis fosas nasales. Anoto mentalmente decirle a mi hermana que llame a la señora de la limpieza para que se pase un día más a la semana.

Caminando a solas con el silencio de la sobremesa estival en este barrio cada vez más envejecido, que un día fue el mío, me pregunto qué se siente al perder la ilusión por todo aquello que te rodea. Que la energía te abandone y el cuerpo no responda a ninguno de tus propósitos, aunque sean tan poco ambiciosos como ponerte un calcetín.

Apuro el paso al acercarme al metro. De repente me atormenta la idea de que hordas de ancianos dopados me persigan hasta darme caza y devorar mi cerebro. El móvil vibra de pronto en el bolsillo de mi pantalón y pego tal salto del susto que el aparato cae violentamente al suelo. *Joder.* Dos grietas con muy mal pronóstico atraviesan la pantalla cuando contesto. *He pasado a verla y se ha caído de camino al baño. Yo sola no puedo levantarla*, dice una voz rasposa al otro lado. Es la vecina del sexto. *¿Puedes venir a ayudarme si no estás muy lejos?* Contesto que sí, que claro, que voy volando. Maldiciendo la pantalla del móvil por haberse roto, desando el camino a paso ligero de vuelta a casa de mi madre, al tiempo que rezo por que no sea una trampa de la señora para comerse mis sesos. Mierda, a este paso voy a perder el tren.

10
La moto azul de Arnau

El viaje en AVE no ha sido fácil. Y no porque no sea el mejor medio de transporte que ha inventado el ser humano, y que he logrado coger de milagro tras ayudar a mi madre a levantarse, comprobar que no se había roto nada y localizar a mi hermana para que se hiciera cargo ella; sino porque me ha dado tiempo a revivir, en menos de tres horas, nueve años de relación con Arnau. Que se dice pronto. Mi vida es una sucesión de relaciones largas que se entrecruzan continuamente. A decir verdad, tengo una vida amorosa tremendamente limitada, por no decir endogámica. Y cíclica, también.

Es verdad que la visita al viejo barrio y el accidente de mamá han sido como un bálsamo para la herida abierta que traía cuando me bajé del taxi este mediodía. Que más que una herida era una quemadura. De tercer grado. Ahora ya solo queda el dolor latente después de curarla. Y ya se sabe que las quemaduras duelen

mucho; mucho tiempo. Pero no puedo culpar a nadie sino a mí misma. Porque me he inmolado, esa es la única verdad.

Y más me vale apechugar con las consecuencias y decidir qué voy a hacer antes de que Arnau aparezca con su Vespa centenaria de un momento a otro. O no. O también puedo improvisar, ver cómo se suceden los acontecimientos, valorar cómo me siento a su lado y si soy capaz de enterrar toda esta mierda y seguir con nuestras vidas como si nada hubiera ocurrido. Porque a ver, ¿qué gano yo contándole que anoche mi ex me hizo un dedo y que esta mañana casi me lo tiro en el recibidor de su casa? Ganaría su confianza por no haberle mentido; ganaría, quizás, su perdón. O lo perdería todo. Porque claro, si mi ex fuera otro ex y no el puto Brad Pitt que me robó el corazón y mucho más que eso a los quince años… Pero mi ex es el que es y con Arnau pasó lo que pasó.

Definitivamente no se lo puedo contar. Miro el móvil en vista de que se está retrasando, y vuelvo a maldecir a la pantalla resquebrajada mientras sigo pensando en lo bonita que es nuestra historia, que ha sobrevivido a más de veinte años de vaivenes desde que le conocí en el año noventa y nueve. Esa historia inacabada que nos dejó tanta huella que, cuando mi vida tomó otros derroteros, le busqué y le encontré. Porque Arnau siempre había estado allí, aunque suene egoísta, esperándome. Y ahora voy yo y le clavo un puñal por la espalda.

Fue tan bonito nuestro reencuentro en Barcelona hace nueve años, cuando yo estaba como un elefante en una cacharrería, sin saber qué hacer con mi vida. Enclaustrada en mi jaula de papel con dos niñas pequeñas, mientras todas mis amigas aún seguían saliendo de fiesta y ligando con alguien nuevo cada fin de semana. Superando una ruptura que no se limitaba a la relación en sí, sino que cortaba las raíces que anclaban mi existencia a este mundo. Las raíces de mi realidad. Y tuve que cortarlas con mis propias manos

para no soportar más humillaciones que nunca merecí. *Ay, Gabriel, qué hijo de la gran puta has sido siempre.*

La moto azul de Arnau dobla la esquina de la calle justo a tiempo de ahorrarme pensar demasiado en lo mucho que se parece mi hija a su padre, y lo difícil que es para mí quererla con lo que le odio a él. La Vespa es la misma en la que me paseaba por Barcelona tanto tiempo atrás, qué barbaridad, lo que ha llovido. No sé cómo no se le ha caído a cachos toda la pintura celeste de los años noventa.

Él viene sonriendo. No veo su boca a través del casco pero sí veo sus ojos, que siempre sonríen. Cuando llega a mi altura frena la moto y, sin parar el motor, apoya un pie en el suelo y se quita el casco para atraerme hacia él y pegarme a su pierna. Me da un beso largo cargado de anhelo y me abraza mientras me revuelve el pelo corto.

—Te he echado de menos, Melona. ¿Qué tal está tu madre?

11
Y el destino, ¿qué?

(Barcelona, 2014)

'Lust for life', Iggy Pop

El segundo vermú le supo aún mejor que el primero. Y sí, le recordaba a los domingos cuando venía su abuela a comer a casa y su madre preparaba un vermú rojo con sifón para cada una. Si hacía buen tiempo, lo tomaban de aperitivo en la terraza acompañado de unas patatas recién fritas en la churrería de su calle. A veces, dejaban a Raquel ir sola a la churrería con un par de monedas, y lo que sobraba de las patatas se lo gastaba en regalices rojos para su hermana y para ella. De pequeña, la abuela siempre la dejaba mojarse los labios en el vermú, que le sabía amargo y dulce a la vez, y le calentaba la garganta.

Arnau la estaba observando expectante mientras ella saboreaba el primer trago del vaso lleno que acababa de traer a la mesa y que él

no había tocado aún. Raquel se tomó su tiempo antes de romper el silencio, como si necesitase pensar bien lo que iba a decir o, más bien, cómo lo iba a decir. Chasqueó la lengua, se mordió el labio inferior y tragó saliva para tomar carrerilla.

—Al principio eran solo reuniones con alumnas de doctorado. Algo inocente. Dirigía tesis de Historia del Arte y siempre andaba quedando para corregir textos, normalmente en la universidad. Luego empezó a quedar a horas más intempestivas, con la misma excusa, pero fuera de las aulas. Lo demás, te lo puedes imaginar.

—¿Y cuándo empezó eso?

—Después de nacer Eva. Con Irene de bebé se implicó mucho y se metió en su papel de hombre de familia durante un tiempo. Pero con Eva ya… Pasaba de todo como si hubiera cumplido con su parte; mientras yo me recuperaba del parto y cuidaba a la vez de la mayor, que no levantaba tres palmos del suelo. Estaba hecha un asco, había engordado veinte kilos entre los dos embarazos, no me reconocía a mí misma, me pasaba los días llorando por las esquinas… Mi vida era una mierda.

—Menuda joya. —Arnau no pudo guardarse su opinión, por indiscreto que fuese. Ese tío le había dado mala espina desde el principio de los tiempos.

—Siempre fue una joyita, pero enganchaba más que las pipas, Arnau. Es algo muy personal que no te puedo explicar así en un minuto, ¿vale? Me ha llevado mucho tiempo superar la separación y aún no sé qué hacer con mi vida. Es como si hubiera perdido el norte, mi brújula.

—Tu brújula que se dedicaba a buscar el norte en las bragas de todas sus alumnas, tía, por favor… ¿No te tenía un poco sorbido el seso?

—Todo eso ya lo sé, no hace falta que me lo digas. En los últimos años me lo ha dicho tanta gente que ya no sé si repito un discurso

aprendido o lo pienso de verdad. Hace demasiado tiempo que la gente se dedica a opinar de mi vida más de la cuenta.

—Gente que te quiere, Raquel, estoy seguro.

—Escucha, con quince años empecé a salir con un tipo que me doblaba la edad, ¿vale? Por más que lo intentes, no puedes ponerte en mi piel ni opinar sobre ello. Esa relación me ha dado tantas satisfacciones como disgustos. Me hice pedazos para después recomponerlos sin un modelo que seguir, como ese puzzle viejo al que le has perdido la caja, ¿lo entiendes? Él dirigió mi vida durante tantos años que sola no sé ni quién soy ni adónde voy. Y lo peor de todo es que no le puedo olvidar y hacer como si se hubiera muerto, porque es el padre de mis hijas y ellas le adoran. Fin de la historia. —Bebió otro trago con más rabia que sed y dejó el vaso en la mesa de madera tan fuerte que Arnau pensó que lo iba a hacer añicos como un cosaco ruso—. Te toca.

—¿Me toca, el qué?

—Contarme qué has andado haciendo los últimos quince años. Yo ya te he hecho un breve resumen.

—Si vamos a seguir en plan intensitos, voy a necesitar algo más fuerte.

—Pues pide dos gintonics. Comprenderás que no he venido a hablar del tiempo.

Un rato después Arnau se liaba un cigarro en la puerta del bar cuando Raquel volvió de la barra con los dos gintonics. Pese a parecer una taberna castiza, tenían un gusto refinado preparándolos. En un sitio así en Madrid les hubieran puesto dos vasos de tubo con una rodaja de limón y a correr. Estos eran en copa balón, y por supuesto llevaban dentro más *toppings* que un helado de franquicia. Acercándose con las copas, a Raquel le resultó muy sexi su forma de repartir el tabaco por el papel y, sobre todo, cómo lo lamía despacio para pegarlo convirtiéndolo en un cilindro perfecto. No era la primera vez que le veía hacer aquello, pero

parecían haber pasado siglos. Le echó una mirada de arriba abajo que no pasó desapercibida. Tampoco lo pretendía. Estaba aprovechando para observar en él el paso del tiempo, descubrir si la vida le había marcado tanto como a ella y, ya que estamos, buscar en ese chico de casi cuarenta años lo que tanto le gustó a los veintiuno. Cuando hubo terminado de repasarle, Arnau le preguntó:

—¿Ya has encontrado lo que buscabas?

Ella le miró desafiante con esos ojos grises suyos que podían helarle a uno la sangre o volverle loco de pasión, según el momento; y no se dejó intimidar. Acababa de empezar un juego del que no iba a salir indemne. *Quien no arriesga, no gana.*

—He encontrado al mismo Arnau que conocí, sí. Pero me he dado cuenta de que en realidad no le conozco de nada.

—Eso es cierto. Yo a ti tampoco. —Y le devolvió la misma mirada inquisitiva recorriendo su cuerpo con cierta picardía y encontrando de nuevo a una chica que le encantaba. Que siempre le había encantado a pesar de saber, en realidad, tan poco de ella.

—¿En qué basamos entonces lo que pasó entre nosotros? ¿Cómo lo explicas?

Raquel se estaba adentrando en terreno peligroso. Arnau pensó que, para estar tan desorientada y deprimida, iba bastante rápido y tenía muy claro lo que quería de él. Lo cual no terminó de gustarle porque aún no se fiaba de ella. Decidió que lo mejor era ponerse una buena armadura.

—Son casualidades, Raquel. Nos encontramos en un momento en que ambos nos necesitábamos y, sin embargo, nos perdimos antes de que lo nuestro se convirtiera en algo importante. Ya sabes: muere joven y deja un bonito cadáver. Por eso lo hemos idealizado durante años. —Ella pareció molesta con su respuesta.

—Esperaba algo más romántico y menos pragmático. Y el destino, ¿qué?

—¿Y el destino qué de qué?

—No sé, Arnau. Tú no me has olvidado y yo a ti tampoco. Y un día te veo por la tele cantando una canción que habla de una historia que, según me dices ahora, ¿no fue tan importante? Pues qué chasco.

—Yo qué sé, tía. Creo que vas muy rápido. Lo pienso desde tu llamada y esas ansias por venir a Barcelona. No sé lo que quieres de mí, pero ponernos en plan "y si tal o cual" no ayuda. Estoy encantado de estar contigo ahora mismo. En el ahora, ¿me explico? Y no puedo volver atrás porque ya no soy el que era. Y menos mal, de otro modo no habría sobrevivido.

—¿Me lías uno de esos?

—Claro, guapa.

Sonrió y le brillaron los ojos alegrándose del cambio de tercio. Raquel también sonrió y paró todos los relojes de la calle. En el fondo Arnau no se creía lo que acababa de decir. Desde que la conoció, nunca había visto a nadie con tanta luz. Eso era una evidencia que se le había clavado en el alma a los veintitrés y ahora, con treinta y ocho y ella delante, se daba cuenta de que ese sentimiento no era un espejismo. Raquel, por su parte, se dio por satisfecha con la respuesta. ¿Para qué seguir hurgando en la llaga de lo que pudo pasar hacía quince años? Estaban juntos, solteros y disfrutando de una tarde de copas como dos adultos curtidos por la vida, *¿qué más quería?*

El tema de conversación saltó a las redes sociales y la estupidez humana. Cuestiones en las que no podían estar más de acuerdo. Pusieron verdes a todos sus amigos que eran capaces de interrumpir una cena para hacerse una foto con el maldito plato; o de ver un festival entero a través de la pantalla de su móvil mientras grababan videos para colgar en Instagram. Los dos renegaban de las relaciones virtuales y las aplicaciones para ligar. Echaban de menos cosas del siglo XX como las cartas manuscritas y las llamadas largas a través de un teléfono cuyo cable siempre estaba enredado.

Hablaron de todas las series que habían visto los últimos años, que curiosamente eran las mismas. De su empatía con Tony Soprano, de la traición de Adriana LaCerva y de la muerte de Christopher Moltisanti. Definitivamente, soltar lastre y decirse cuatro verdades al principio les había convertido en dos viejos amigos pasando una tarde de risas. En realidad eran dos desconocidos que antes de aquello compartieron más piel que afinidades, y ahora se empezaban a conocer de verdad.

—Adriana no se merecía lo que le pasó. Yo pensaba que Tony la perdonaría…

—¿Pero qué dices, alma de cántaro? Por supuesto que se lo merecía, desde el minuto uno.

—Pero Tony la quería, yo tenía esperanza, llámame ingenua.

—Pues sí, muy ingenua. Son la puta mafia, Raquel, hay un código de honor inquebrantable. Los guionistas lo dejan claro a lo largo de toda la serie. No van a hacer una excepción con Adriana, hombre.

—¿Y qué me dices de Carmela y Furio?

—Va, no me digas que creías que esa historia iba a alguna parte.

—Pues pensaba que sí, mira tú. También Carmela tiene derecho a echar una cana al aire. Además se enamoran de verdad.

—Eres una romántica, ¡no tienes remedio! Las historias de amor imposibles no pueden triunfar en una serie sobre la mafia.

—Pero en la vida real, a veces sí. —Raquel le miró intensamente como si le fuera a atravesar al hacer un comentario que a él le sonó demasiado obvio. Por más que el alcohol que llevaban ingerido le calentara lo suficiente el cuerpo como para desearla con todas sus fuerzas en aquel instante, Arnau no quería ir más allá. No todavía. Todo era demasiado efímero.

—Raquel, por amor de Dios…

—Vale, vale. Ya lo sé, voy muy rápido. Pero chaval, tenemos una edad, me están saliendo telarañas en el coño y ya te he dicho que

no he venido a hablar del tiempo. Permíteme al menos que te tire un poco los trastos.

—Tú tírame lo que quieras, pero te vas a quedar con las ganas, por lista. —Y lo dijo con su mejor sonrisa.

Eran más de las nueve cuando abandonaban la taberna y, tambaleándose levemente, haciéndose bromas sobre la edad y riéndose desinhibidos, se dirigieron a casa de Arnau a recoger la maleta de Raquel. Ella le dijo que en ese estado no iba a permitir que cogiese la moto para acompañarla al piso de Marian. Él le confesó que no tenía ganas de despedirse todavía y la invitó a subir. Y aunque todo apuntaba a que ya había llegado el momento de dejarse llevar y dar rienda suelta a lo que dejaron a medias quince años atrás, lo que pasó en aquel primero de una callejuela del barrio de Gràcia no tuvo nada que ver con el sexo. Aunque ellos todavía no lo sospecharan.

—¿Te apetece comer algo?

—Hombre, pues ahora que lo dices… No pruebo bocado desde un sándwich chungo que he comido en el tren, con un café aún más chungo.

—Ah, el maravilloso menú *gourmet* de Renfe, ¡qué envidia! En serio, ¿preparo algo?

—Déjalo, pedimos chino o pizza, no te molestes.

—Venga… No tengo muchas oportunidades de cocinar para nadie en mi casa, me hace ilusión.

Raquel se encogió de hombros con un *si insistes…* Y mientras le escuchaba trajinar en la cocina, se quitó el abrigo y lo dejó colgado en un perchero de pared como el de los Eames que supuso sería una imitación. Se acercó a la estantería de libros y vinilos, leyó los títulos de los primeros y miró las portadas de los segundos. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, donde descansaban las dos guitarras, y se colocó la española en el regazo en posición de tocarla. No sabía tocar ningún instrumento, pero le fascinaba la

gente que sí lo hacía. Marian, sin ir más lejos, tocaba el piano desde pequeña y ella no podía evitar acariciar las teclas siempre que iba a su casa, aunque no fuese capaz de arrancarle dos notas seguidas.

Deslizó los dedos por las cuerdas y rozó con cariño la madera como probablemente lo haría él cuando la tocase en la soledad de su pequeño y acogedor hogar. Le imaginó recordando tiempos pasados, dejando volar sus anhelos, construyendo historias que se transformaban en melodías por arte de magia. E instintivamente empezó a puntear con los dedos los acordes de una canción, la única que conocía, fruto de unas clases extraescolares de guitarra que dio en el instituto. Y acompañó la música con la voz queda para que él no la escuchase.

When the night has come

and the land is dark,

and the moon is the only light we'll see.

No I won't be afraid No, I won't be afraid

Just as long as you stand, stand by me

Arnau la oyó cantar desde la cocina sin atreverse a decir nada que rompiera el encanto del momento. No tenía ni idea de que Raquel supiera tocar la guitarra, y mucho menos cantar. Y aunque aquella fuese la canción más fácil de tocar con una guitarra del universo, disfrutó de su voz algo rota y de esa espontaneidad que no se esperaba. Aguantó en silencio hasta que no pudo más y apareció en el quicio de la puerta con una cuchara de madera por micrófono, avanzando hacia ella y uniéndose al recital con más pasión que técnica.

And darling, darling

stand… By me, oh stand byyyy me! Oh stand by…

Stand by me Stand by me

En cuestión de segundos ya estaba sentado a su lado con la guitarra acústica formando un dudoso dúo de cuerda. En el siguiente estribillo ambos se dejaron la piel, despertando a todos los gatos de la calle mientras se miraban a los ojos como si nada más existiera. Solo la melodía de Ben E. King raspando sus cuerdas vocales al atravesar sus gargantas. *Stand by me*. Como una premonición que a la vez era una promesa. Pero esto tampoco lo sospechaban aún.

Al acabar las últimas estrofas Arnau vio que Raquel estaba a punto de llorar, y lo cierto es que a él la emoción que le estaban poniendo a la canción, y todo lo que significaba para ellos aquella letra, le había tocado también la fibra. Así que, sin pensárselo dos veces, dejó la guitarra en el suelo, tomó con suavidad la de Raquel para colocarla junto a la otra y, arrodillado frente a ella como estaba, la abrazó fuerte permitiendo que apoyara la cabeza en su hombro.

Consciente de la debilidad que estaba mostrando y de la inesperada intimidad del momento, Raquel se tragó las lágrimas, se sorbió los mocos y, quitándole hierro al asunto, susurró:

—Nunca me ha gustado que acabe en *fade-out*. Odio las canciones que acaban en *fade-out*.

Arnau echó la cabeza hacia atrás en una sonora carcajada. *¿Estás tirando por tierra un clasicazo porque acaba en fade-out?* le recriminó entre espasmos, *qué capacidad de enfriar el ambiente, menuda romántica de pacotilla estás hecha.* La risa rompió el abrazo y Arnau dijo que la cena estaba lista. Se sentaron en torno a una mesa camilla; sí, una auténtica mesa camilla con mantel de tela bordada en punto de cruz de su abuela, literalmente. Arnau trajo de la cocina los platos, cubiertos, dos copas y una tortilla perfecta en todos los sentidos: en forma, color, textura y sabor. De berenjenas y

ajos tiernos. Para acompañar, un plato de queso de oveja curado en aceite con una pintaza de chuparse los dedos. Se disculpó por no cocinar algo más elaborado, pero lo compensó con un vino tinto Ribera del Duero que, sorpresa, era el favorito de ella. Bebieron y comieron con voracidad. Charlaron de música, gastronomía y vinos. Raquel no recordaba haber estado en una cita tan perfecta en años. Ese chico estaba cocinando su corazón a fuego lento y por un momento temió que se lo comiera con el mismo apetito que la tortilla. Podría haber sido un fiasco, como cuando una amiga te apaña una cita a ciegas con alguien de su trabajo. Raquel había tenido varias de esas en los últimos años. Todas un desastre. Sin embargo, con Arnau fue diferente; con él siempre era diferente.

¿Te quedas a ver una peli? La miraba intensamente a los ojos al terminar el postre a base de fresas con mucha nata montada. Perdida en la calidez de sus ojos castaños, de golpe Raquel se acordó de Marian y no le pareció adecuado tomar una decisión sin avisarla. Buscó el móvil dentro del bolso y se percató de que desde el tren lo llevaba sin sonido. El reloj marcaba las doce de la noche y en la nube de notificaciones que aparecía en pantalla había un guasap de su amiga.

> Ya veo que te has liado.
>
> No te preocupes por la hora,
>
> esta noche estoy de guardia
>
> estaré pendiente por si llamas a la puerta

Marian era la mejor, y ella no sabía qué contestar. Empezó escribiendo que estaba con su amiga aún y que llegaría en media hora. Lo borró.

Comenzó otro mensaje diciendo que se iba a una discoteca con su amiga y se le haría tarde. Lo borró también. Y al tercer intento de mensaje, un aroma conocido inundó sus fosas nasales. Arnau entró en su campo de visión ofreciéndole un porro de marihuana recién encendido. Raquel le miró con fingida desconfianza y dejó el móvil sobre la mesa.

—¿No decías que ya no fumabas?

—Solo de vez en cuando, en ocasiones especiales.

—Yo hace siglos que no fumo.

—Entonces lo pasaremos bien.

Sujetó el canuto entre el dedo índice y el corazón, rozando sutilmente la mano de él al hacerlo. A Arnau la levedad de aquel contacto le provocó un placentero escalofrío. Se sentaron en el *chester* de piel y, después de revolverse unos segundos, Raquel decidió descalzarse para subir los pies y sentarse de lado, mirándole.

—Mierda de sofá, tío, no hay forma de pillar una postura cómoda. —Él la observaba divertido, con los ojillos alegres achinados por la marihuana.

Le dio una calada profunda, más de lo que le hubiera gustado —por la falta de costumbre— y se puso de perfil para no echarle el humo en la cara. Hizo tres aros perfectos mientras lo expulsaba y sintió un mareo bastante potente que la hizo agarrarse al respaldo del sofá. *Joder, si me desmayo llama a mis padres,* suplicó. Arnau se había levantado y reía mientras buscaba una película entre una colección de DVD que guardaba en un cajón. En vista de lo bien que iba la noche, le parecía una buena idea ver una película juntos y alargarla un poco más. Acostumbrado como estaba a la soledad, aquello era una novedad de lo más agradable. Además, ¿a quién quería engañar?, Raquel le gustaba mucho. Muchísimo.

—¿Cómo hacíamos antes para drogarnos tanto y salir indemnes? —preguntó ella fumando una segunda calada, esta vez con más control.

—Indemnes, indemnes, tampoco. Te recuerdo que yo pesaba como veinte kilos menos.

—Eso es verdad… Estabas muy demacrado.

—Te iban los muertos vivientes, ¿eh?

—No, idiota, hablo en serio. ¿Te acuerdas del finde que fui al concierto de Hole?

—Vagamente.

—Los cojones, vagamente.

—Vale, sí, me acuerdo.

—Cuando te vi desnudo me recordaste a Ewan McGregor en *Trainspotting*.

—*Guau*. Tú siempre tuviste un aire a la chica, ¿cómo se llamaba?

—Kelly McDonald.

—No, el personaje.

—Ay, no me acuerdo… Pero me gusta mucho esa actriz, es tan pequeñita y adorable… ¿Sabes que le pone la voz en inglés a «Brave»?

—¿Brave?

—La de animación.

—Ah, la de Disney.

—Pixar, perdona. Es Disney-Pixar.

—¡Te la has estudiado bien!

—La he visto doscientas veces, es la favorita de mis hijas.

Un silencio tenso les envolvió por unos segundos. Era la primera vez que hablaban de las niñas de Raquel como algo real y tangible, como seres vivos que respiran, comen, duermen, gritan y molestan como niñas que son. Raquel creyó que había estropeado el momento con su comentario. Arnau simplemente pensaba en la obviedad de que ya no tenían veinte años, pero se moría de ganas de volver a tenerlos aunque fuese por un día.

—¿La vemos?

—¿*Brave* o *Trainspotting*?

—*Trainspotting*, coño.

—¿La tienes?

—¿Que si la tengo? Y en Blue-Ray.

Raquel le lanzó a la cabeza un cojín que le dio de pleno, tirándole las gafas de pasta que llevaba puestas para poder leer los títulos de las películas. *¿Quién narices tiene en su casa Blue-Rays?* Arnau se recompuso las lentes y, tras sacar y meter un par de carátulas del cajón, volvió al sofá con *Trainspotting* original en Blue-Ray.

—Ahora que la Play Station esta del Pleistoceno quiera leer el disco. —dijo socarrón.

Le quitó a ella de las manos el porro y metió el disco en la videoconsola, encendiendo una tele que resultaba demasiado grande para el tamaño de aquel salón—. Diane. El personaje, se llamaba Diane.

En menos de un minuto el ritmo de *Lust for life* del comienzo de *Trainspotting* les invadió al mismo tiempo que la nostalgia; y el vino hizo el resto. Así que para cuando Renton decía aquello de «Yo elegí no elegir la vida. Yo elegí otra cosa», Raquel se dejaba ir apoyando su cabeza en el regazo de Arnau, que la recibió tomándose la libertad de acariciarle las ondas de su media melena. Enredando y desenredando mechones entre sus dedos, provocaba que a ella se le escaparan ronroneos de gata casi sin darse cuenta.

—Raquel…

—¿Qué?

—Siento haber desaparecido.

—Y yo… ser… una egoísta.

—Me alegro de que hayas venido.

—Siii… Em…

Poco más les dio tiempo a hacer antes de que la venciera el sueño y la película siguiera corriendo en la pantalla. Aquella tarde los dos habían vuelto a sentir esa vieja conocida conexión. Ese flechazo. El tipo de cosas que uno sabe que pueden no repetirse con otra

persona en lo que le queda de vida. La clase de conversaciones cotidianas, triviales, que a veces son capaces de unir dos almas solitarias en el momento adecuado. Y aquel lo era.

Mientras ella cerraba los ojos, Arnau notó una leve punzada en el pecho. Era la antigua flecha clavándose más dentro. *¿Qué podía salir mal?*

Cuando Raquel despertó, un edredón nórdico sin funda la cubría hasta las orejas, su cabeza descansaba en un cojín que no recordaba haber visto antes y un rayo de sol se colaba por la ventana en el ángulo perfecto para hacerle apretar los párpados con todas sus fuerzas. Arnau no estaba a su lado. Se desperezó tratando de recordar cómo había podido acabar allí y dónde se había metido él. Instintivamente, miró dentro del edredón para comprobar que tenía toda la ropa puesta. Sus zapatillas descansaban en el suelo perfectamente colocadas en paralelo. Todo era demasiado aséptico para haber pasado por una noche de pasión. Además, no habían bebido tanto como para no recordarlo. Se levantó con la intención de ir al baño con bastante urgencia y, de camino, atisbó la cama de Arnau en la habitación contigua. También estaba vestido y dormía como un bebé sobre la colcha. El frío que se notaba en el piso a esa hora le hacía encogerse en postura fetal, así que cogió el nórdico del sofá y le tapó amorosamente. Observó su rostro tranquilo, rendido a la paz del sueño profundo, y pensó que no le importaría nada ver esa imagen cada mañana. Se agachó para darle un beso en la mejilla sin despertarle, pero se hacía demasiado pis, con lo que tuvo que correr al baño antes de mearse encima —cosas de haber parido dos veces—.

Sentada en la taza mientras miraba la pila del lavabo antigua y los grifos dorados originales de la abuela de Arnau, que por cierto estaban tan de moda, le vino a la cabeza Marian. Y recordó que no había contestado a su último mensaje de la noche.

Dio un salto subiéndose las bragas y los vaqueros todo de una y voló al salón sin volver a pararse en la habitación de él, que seguía dormido como una piedra.

Marian se habría quedado esperándola en casa porque ella le dijo que iría a dormir allí. Ni siquiera le había dicho dónde estaba ni con quién exactamente. En su delirio la imaginó recorriendo los hospitales de la ciudad buscándola, llamando a la policía o, lo que es peor, a su madre. El reloj de péndulo marcaba las ocho y media en el momento en que se escurrió por la puerta con sus cosas, dejando como único rastro el dulce aroma a melón de su perfume en el aire.

Un taxi y veinte minutos después aporreaba la puerta de Marian.

—No debería volver a dirigirte la palabra, *hijadeputa*. —Fue lo primero que le dijo al abrir, apoyada en el quicio de la puerta con un café humeante mientras la escudriñaba, pensándose si dejarla entrar o no.

—Creo que te debo una explicación, y de las gordas…

—No he pegado ojo, Raquel. Joder, ¿el móvil para qué lo tienes, tía? Te he mandado doscientos mensajes y como cincuenta audios. Tendrás unas quinientas llamadas mías… ¿Se puede saber de qué vas?

—No exageres, que no serán tantos…

—No me hagas bromas ahora que estoy que trino. Hostia, he dormido sentada en el sofá esperando a que sonara el timbre, tía. Toda la puta noche.

—¿Pero me vas a dejar pasar o me voy por donde he venido?

Marian la agarró de la mano tirando de ella hacia dentro de la casa, le dio un portazo a la puerta y seguidamente, un puntapié cariñoso en el culo a ella.

—No vuelvas a hacerme nada parecido. En tu puta vida.

Raquel la miraba con ojos de cordero degollado y la cabeza gacha. *¿Me pones un café, porfa?* Se atrevió a susurrar. Ambas se dirigieron a la cocina. Raquel se quitó el abrigo y las zapatillas y

estiró la espalda, que crujió un par de veces a cada lado. *Maldito chester.*

Le gustaba la cocina de Marian. Tenía un gran ventanal que la iluminaba toda y en el centro, una mesa cuadrada de madera maciza de roble muy antigua a juego con cuatro sillas. Se sentó en una de ellas y tomó con ambas manos para calentárselas la taza que su amiga le tendió. Marian se quedó de pie apoyada en la encimera, mirándola inquisitiva con cara de pocos amigos. Raquel se tomó su tiempo antes de empezar a hablar. Sabía que no estaba bien no avisar a una amiga de que no vas a dormir cuando te está esperando. Pero también sabía que la noticia que iba a darle borraría esa expresión de Doberman de las SS con que la atravesaba. Así que decidió no andarse por las ramas.

—Vengo de casa de Arnau.

La taza de Marian resbaló de sus manos a cámara lenta, o al menos así lo percibió ella, al tiempo que abría mucho la boca sin emitir ningún sonido. En su trayectoria hasta el suelo vio el café suspenderse en el aire unos segundos en forma de gotas marrón dorado, hasta que el estruendo de la loza saltando en múltiples pedazos irregulares rompió el silencio. En cuestión de segundos casi pudo escuchar sus pensamientos agolpándose y chocando desesperados contra las paredes de su cráneo. Ninguna de las dos conocía a otro Arnau y, aunque no hablaban de él desde hacía años, no había lugar a dudas.

—Joder, Marian, no pensaba que te iba a afectar tanto. —Entonces su amiga, que normalmente era un torrente de palabras, recuperó su estado natural y empezó a hacer preguntas como una ametralladora. Escupiendo sus pensamientos sin coherencia ninguna. Tanto que Raquel pensó que le iba a dar una embolia.

—Pero, ¿cómo? ¿Te lo has encontrado por casualidad? ¿Habéis hablado antes? ¿Por qué estabas en su casa? ¿Te lo has tirado? ¿Cuánto tiempo hace que te lo estás tirando? ¿Te vas a venir a vivir

a *Barna*? ¿Y las niñas? ¿Y por qué no me lo has contado? ¿Está guapo? ¿Ha engordado? ¿Está calvo?

—¿Lleva gafas? ¿Usa sombrero?, tía, esto parece el Quién Es Quién… ¡Para el carro!

Marian le regaló una amplia sonrisa que escondía muchas cosas: alivio, alegría, suspicacia, picardía y, sobre todo, autosatisfacción.

—Lo sabía. —Dijo—Sabía que acabarías volviendo a encontrarte con él; algún día, de alguna forma, Arnau volvería a tu vida. Es tu karma. Ya sabes que pienso que debiste hacerlo hace mucho.

—Marian. Solo hemos tomado unos vermús y hemos cenado juntos. No me lo he tirado.

—¿Que no te lo has…? ¿Y por qué vienes de su casa a las ocho de la mañana? ¡Mira que os gusta hacer siempre lo mismo! ¿Qué sois, mormones o algo?

—No se ha dado, tía, nos quedamos dormidos viendo una peli y me he despertado sola en el sofá tapada con un edredón y vestida. Un *chester* precioso superincómodo, por cierto.

—¿Tiene un *chester*? ¿Auténtico? Qué buen gusto ha tenido siempre el *jodío*. ¿Vestida? Entonces seguro que no… ¿Ni un beso? ¿Ibas muy pedo? ¿Te dio de fumar?

—No empieces otra vez con la metralleta. Sí, auténtico, de su abuela. Sí, vestida de pies a cabeza. No, ni un beso. Bebimos y fumamos, pero no para perder la cabeza.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Supongo que le mandaré un mensaje para decirle que lo he pasado muy bien y tal… —De pronto se percató de que había salido de su casa poco menos que huyendo, sin dejar ni siquiera una nota. Es posible que él ya se hubiera despertado y estaría intentando encajar lo sucedido. Después de la estupenda cita que habían tenido, marcharse así… Se levantó para coger su bolso y buscar dentro el móvil como una posesa.

—Tengo que decirle algo ya, Marian, he salido corriendo sin despedirme.

—Pues llámale, no seas lerda.

Asintiendo con la cabeza compulsivamente como el perro de la parte de atrás de un coche, Raquel se desesperó rebuscando en el bolso, abrió la maleta, revisó los bolsillos del abrigo…

—No puedo llamarle, tía, ¡Me he dejado el móvil allí!

—Si va a ser verdad que eres un poco lerda. Vas a tener que volver a su casa. No te queda otra.

—Ya tía, pero me da un palo… Todo… Haber intimado tanto, haberme ido corriendo hace un rato… Estaba tan preocupada por ti que ni lo he pensado.

—¡Pues menos mal que estabas preocupada por mí!

Un torrente de emociones encontradas asaltaban a Raquel sin que le diera tiempo a ordenarlas. Estaba en Barcelona, había tenido un reencuentro más que perfecto con Arnau y todo parecía funcionar entre ellos. La vida le estaba brindando una segunda oportunidad para sanar heridas e iniciar una nueva vida quizás junto a un chico al que, un día, soñó que podría querer. Necesitaba dar los pasos adecuados y no cometer más errores.

Bastantes había cometido ya y bastante le pesaba la culpa, sin ir más lejos, cuando miraba a sus hijas. Marian lo sabía y por eso no quiso insistir.

—Vamos a salir a desayunar en condiciones. Yo invito, hay una *granja* por aquí cerca que te va a encantar. El paseo te despejará y luego ya verás qué haces para recuperar el móvil. Aunque, sin querer aguarte la fiesta, a Madrid sin móvil no te vas a volver.

Así que salieron dejando allí los trastos de Raquel, que solo agarró el abrigo y una goma con la que recogerse el pelo en una coleta pequeñita. Marian le sugirió cortarse el pelo corto, a lo chico, porque tenía una cara preciosa. No como ella, *que parecía una yegua*, dijo. A ella su amiga siempre le había resultado de un atractivo fuera de

lo común, alta y esbelta, de hombros anchos como una nadadora olímpica y un estilo a lo Diane Keaton que no pasaba desapercibido. Lástima que Marian no se viera igual. Afortunadamente su chica, Elena, sabía apreciar la bondad que albergaba ese cuerpo andrógino lleno de aristas. Hacían una buena pareja que se quería y respetaba. De todo eso que a Raquel siempre le había faltado.

Se pegaron un desayuno de los que quitan las ganas de comer a mediodía. No faltaron las tostadas con jamón, los cruasanes rellenos de mermelada, el capuchino y el zumo de pomelo rosa.

—Bueno, ya ahora si ves que tal, me cuentas qué hacías en casa de Arnau.

Raquel empezó por el principio, por la mañana en que lo vio en la tele cantando en los conciertos de Radio 3. Le explicó que la canción hablaba de ella, que había flipado tanto que no se lo pensó dos veces y decidió buscarle por Internet. Marian la miraba como quien ve el final de su serie favorita, interrumpiendo de vez en cuando para aclarar algún detalle o comentar algo de aquella época de veinteañeras que se le hubiera olvidado. Y entonces le relató la cita de cabo a rabo, desde el abrazo sentido con ovación hasta los vermús con conversaciones amargas y el dúo de guitarra.

—Ha sido todo muy real. Intenso. No sé qué pensar, no creo en el destino ni esas cosas, pero esto que está pasando son demasiadas casualidades para no significar algo. Siento que si lo dejo pasar, perderé para siempre la oportunidad de recolocarme en el mundo, de reencontrarme con quien quiero ser. Con quien quería ser hace quince años.

—Pero la solución no puede ser un tío, Raquel. Otro tío.

—Arnau no es solo un tío. Es un amigo que me respeta, alguien que me querría bien, que me ayudaría a despegar. Lo presiento. Entonces y ahora es un revulsivo.

—No sé si a él le haría mucha gracia ese calificativo…

—Ya me entiendes, mujer.

Por supuesto que la entendía, y quería verla feliz, centrada, siendo ella misma. Aquella chica luminosa que por momentos mostraba breves destellos mientras estaba con Gabriel. La que se había perdido en un pantano de tristeza y trataba de mantenerse a flote tomando su mano. La mano que Marian le tendió para ayudarla a superar su separación y que Raquel no había soltado en tres años. Para eso están las buenas amigas, ¿no?

Mientras volvían caminando, redondas como bolas de billar satisfechas, una Vespa azul arrancó calle arriba. Ninguna de las dos le dio mayor importancia hasta que, al abrir el buzón, encontraron estupefactas el móvil de Raquel dentro de un sobre acolchado con su nombre al dorso. Ella no tardó ni un segundo en atar cabos.

—Mierda, Marian. La moto era él.

—¿Qué moto? Yo no he visto ninguna moto.

—Hace un segundo, antes de entrar en el portal, una Vespa que se estaba marchando. Era él, estoy segura.

Tampoco había que ser muy inteligente para sumar dos y dos. Marian vivía en esa casa desde principios de 2000, él había estado allí varias veces, cuando formaban parte de la misma pandilla de fiesteros politoxicómanos que se dedicaban a quemar la noche barcelonesa. Y mientras decidía si le llamaba con el teléfono de Marian o volvía a Gràcia a dar la cara, Arnau había decidido por los dos.

El móvil no tenía batería, por lo que tuvo que esperar un buen rato mordiéndose las uñas a que cargara un poco para poder encenderlo. Y al hacerlo, el icono del telefonito de guasap se encendió en la parte superior de la pantalla. Raquel lo abrió y lo primero que leyó fue un mensaje de Arnau, escueto y conciso:

Llámame cuando leas esto

Suspiró, puso los ojos en blanco por ser tan imbécil y le hizo a Marian una señal con la mano para indicarle que iba a otra

habitación a hablar por teléfono. Como él la acostumbraría más tarde, no se demoró más de tres tonos en contestar.

12
Solo las hembras pueden ser tricolor

(Madrid, 2023)

Cuando entramos en casa el cuerpo de la gata descansa de lado sobre el suelo del salón, jadeando como un náufrago varado en una playa al que apenas le llega el aire a los pulmones encharcados. Arnau corre asustado a tomarla entre sus brazos, pero le digo que mejor la deje donde está y que no la mueva. Me hace caso, la profesional soy yo. No pinta bien, pero no quiero alarmarle más. Hace veinte años vi a mi perro morir de la misma forma. Apagarse poco a poco hasta que lo llevamos a sacrificar. Puede ser un problema de hígado, los pulmones o un tumor que se haya ido haciendo más y más grande en algún órgano interno. Es lo que tiene el cáncer en los animales, antes no les hacíamos pruebas y resulta que es una causa de muerte muy común en las mascotas

envejecidas. Es una muerte silenciosa que se esconde precisamente detrás de eso, de la vejez. Yo estoy acostumbrada a este tipo de cosas y, aunque siento una pena honda por la Mahou y reconozco que la echaré de menos, no deja de ser un animal de compañía al que, no está de más decirlo, le hemos dado una buena vida.

Sé que Arnau no se lo va a tomar con la misma entereza. Para él lidiar con la muerte —con cualquier tipo de muerte— es un trauma. Una herida abierta que aún sangra cuando se le levanta la costra. Porque las heridas de Arnau se han ido tapando con costras sobre costras formando una gruesa capa protectora sobre su epidermis, que en estos momentos se le está cayendo a pedazos. Ojalá pudiera ahorrarle este mal trago. Decirle que solo es una gata, que ha sido muy feliz a nuestro lado, que nos tenemos el uno al otro y tenemos a mis hijas, que tiene una familia. Pienso en Irene, en lo bien que se entiende con él. Y en Eva, con la que nunca se cansaba de jugar a la Oca de pequeña, dejándose ganar todas las veces. Somos su familia, y la familia está para sostener a sus miembros o ayudarles a levantarse si hace falta.

Sentado en el sofá, Arnau se sujeta la cabeza con ambas manos. Sé lo que está pensando. No puede pensar en otra cosa. Es el elefante en la habitación que arrastramos los dos y hemos convertido en un tema tabú que se esconde en los muros de nuestra casa, rezumando por las paredes un dolor no atendido, como si nos fuera a envolver el día menos pensado en forma de masa viscosa reclamando su lugar. Pero también piensa en el accidente de su padre y en su hermano agonizando durante meses en una cama de hospital siendo tan joven. En eso, también piensa. Todos se fueron y él se quedó, echándose encima de golpe cuarenta años y toda la culpa del mundo. Como si no tuviera derecho a vivir, como si su propia existencia justificase la muerte de los otros y le hiciera sentirse tan miserable. Envejeciendo su niño interior hasta jubilarlo.

—Por favor, Raquel, vamos a llevarla a que le pongan la inyección ya. Yo no la puedo ver así.

—Me doy cuenta de que habla de Mahou, pero no habla de Mahou. En realidad se refiere a su hermano, al que le hubiera puesto esa misma inyección sin dudarlo. No voy a llevarle la contraria. Lo más probable es que la gata no sobreviva más de uno o dos días, y en un estado deplorable. No merece una muerte dolorosa.

Miro el reloj de péndulo de su abuela, que sigue en el mismo lugar que la primera vez que pisé esa casa y jamás se ha retrasado ni un minuto. Aún estará abierta la clínica de Marian. Y si no, que la abra para nosotros, es una emergencia. Así que envuelvo a nuestra gata en la toalla del lavabo y acaricio su barriga blanca y sedosa para hacerle saber que estoy aquí, acompañándola.

«Es chica», le dije a Arnau la primera vez que se sentó en el alféizar de la ventana a tomar el sol, luciendo su inmaculado pelaje brillante regado con manchas naranjas y negras. «¿Cómo lo sabes?», me preguntó. «Porque tiene tres colores. Solo las hembras pueden ser tricolor».

Pillamos un taxi al vuelo. Ni se nos pasa por la cabeza llevar a una gata moribunda en una Vespa de los noventa, y no tenemos coche. Casi nadie tiene en Barcelona. Por el camino llamo a Marian, que está recogiendo para cerrar la clínica aunque, por supuesto, nos espera. Vamos a darle a Mahou la despedida que merece; y a Arnau la redención que necesita. Pienso en el fin de semana de mierda que llevo y en la cantidad de emociones que me va a tocar gestionar los próximos días. La culpa. La muerte. El deseo. El desprecio por mí misma. La compasión. La impotencia. Y otra vez, la culpa.

Arnau acaricia la cabeza de Mahou mecánicamente mientras posa en mí una mirada suplicante, llena de preguntas que no puedo responder. Sus ojos están inundados de lágrimas a punto de rebasar el borde de su rostro. Apoyo la cabeza en su pecho y noto que está

respirando profundo, inhalando y exhalando al tiempo que cuenta en bajito: «uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…»

13
Un salto al vacío

¡Beep beep beep beep beep! Aún no ha salido el sol y el despertador de Irene ya está bramando como una suerte de tortura digna de Guantánamo. Tantea con la mano la mesilla de noche, consigue pararlo y, de paso, coger sus gafas. Suele ser lo primero que hace por las mañanas antes incluso de lavarse la cara: ponerse las gafas. Así puede mirar la hora que marca el aparato del demonio. Son las siete y media y es lunes. Hoy ha quedado con Román Gálvez, en adelante «su agente», para firmar el contrato con la agencia de representación de escritores en su oficina. Desde que el sábado se despidieron en su portal no ha dejado de pensar en él, y no precisamente como profesional. Irene Alonso es la nueva promesa de la literatura juvenil fantástica, o eso dicen las reseñas de sus seguidores en Fantastic Reads, que desde que ganó el premio son cada vez más numerosas. Irene Alonso va a firmar un contrato con una agencia, y pronto esa agencia le buscará editoriales, firmas y bolos. Porque hoy en día las jóvenes escritoras son como estrellas

del rock, aunque a ella lo que más le interesa de todo esto es seguir escribiendo y que le paguen por ello. Lo de ser famosa nunca estuvo en su agenda. Lo de colgarse de su agente de treinta años vestido de traje, tampoco.

En la mesilla hay una nota escrita con una letra inclinada y preciosa que reconoce enseguida como la de su padre, que hasta la letra la tiene perfecta. «Cómetelos con patatas, nena», dice el papel. Por la hora sabe que ya se ha marchado a la universidad y que probablemente Eva esté encerrada en el único baño de la casa. Como siempre, le va a tocar correr si no quiere llegar tarde, y eso que se había propuesto madrugar. Cuando se pone en plan «padre guay», Gabriel la llama nena. A Irene le parece trasnochado y machista, como también se lo parece el apelativo con que se refiere en ocasiones a su madre: Raquelita. Pero son defectos que le perdona, al fin y al cabo es un señor de sesenta años intentando hacerse el enrollado. Sonríe y mete la nota en un cajón.

Anoche se preparó la ropa. De hecho, estuvo una hora delante del armario probándose modelitos para decantarse finalmente por un vestido de canalé negro, ceñido y por debajo de la rodilla, y unas sandalias romanas planas. Dedicó tiempo a pintarse las uñas de los pies de rojo y depilarse las piernas a conciencia, dado que el calor había llegado de golpe y la había pillado desprevenida para ponerse falda. Porque Irene es muy normativa en el sentido estético: alta, esbelta, guapa de narices, inequívocamente heterosexual y depilada como una diosa de marfil. La adolescente que habita la habitación contigua representa el perfil meridianamente opuesto. Eva no se depila ninguna parte de su cuerpo y hace de su vello una bandera. Es bajita como su madre, algo más rellena y con una nariz demasiado grande en proporción al resto de su rostro, que luce orgullosa sin complejos. Pasa de identidades, no le gusta etiquetarse, se siente un alma libre. Dos hermanas, dos universos que, sin embargo, convergen en un punto fundamental: el

desarraigo causado por la separación de sus padres que no ha hecho sino unirlas más. Al levantarse, Irene encuentra a Eva tomando un colacao con cereales en la minúscula mesa de la cocina. A las dos les encanta desayunar en esa mesita donde de pequeñas pintaban y hacían plastilina. Eva no lo recuerda porque apenas tenía dos años, pero para ella esa casa, y esa cocina donde le hacía compañía a mamá, son pilares de su infancia.

—Me voy volando a la ducha que voy a firmar el contrato con la agencia ¡y no quiero que me quites el baño!

—A vender tu alma al diablo, dirás. —Ironiza Eva.

Ella es su fan número uno, su lectora *beta*, la voz de su conciencia cuando escribe. Sin su hermana sería menos escritora.

—Enhorabuena, tía, lo vas a petar. ¡Orgullo de hermana! —dice golpeándose el pecho sobreactuada.

El portal de Almagro donde tiene su oficina la agencia de Román Gálvez es de los más bonitos de la calle. El zaguán invita a bailar un vals con una pareja imaginaria bajo su lámpara de lágrimas de cristal. Cierra los ojos y se imagina ataviada con el vestido que el hada madrina le regala a Cenicienta en la peli de Disney. Hasta que el conserje la saca a puñetazos de su ensoñación con una desagradable voz de pito.

«¿A qué piso va usted?»

La pregunta, como no puede ser de otra manera, entraña un poco de cotilleo y otro poco de desempeño profesional.

«A la agencia literaria de la tercera planta.»

El buen señor no contesta, le da la espalda por toda respuesta y vuelve a su garita para continuar leyendo el *Marca*. Irene toma nota mentalmente de ese personaje para introducirlo en alguna novela en el futuro. Del lado de los malos, claro está.

Tras subir andando tres pisos —no se fía mucho del ascensor, de esos antiguos y chirriantes donde se ve la cabina desnuda a través de una rejilla de hierro—, llama al timbre de una puerta de caoba de

casi tres metros que tarda segundos en abrirse. Irene se mete el pelo detrás de las orejas antes de saludar dando los buenos días a una mujer casi tan alta como la puerta. Rubia, elegante, de mediana edad bien disimulada. Tintinean multitud de pulseras en su muñeca al moverse mientras la hace pasar al despacho de Román Gálvez. Se ha presentado como la CEO de la agencia, y le ha dicho que con Román está en buenas manos y que *esperan grandes cosas de ella*. Carece de expresividad —cosas del bótox— y sus rasgos son tan duros que dan miedo. La última frase, además, le suena como una amenaza de la mafia italiana. ¿No la habrá escuchado en alguna de las partes de *El Padrino*? Irene asiente tímidamente, le da las gracias y entra en una habitación pequeña, algo claustrofóbica pero con un enorme ventanal a la calle. De detrás de una mesa, bajo una montaña de libros, emerge Román. Sus ojos rasgados, casi negros, son lo primero que ve Irene, justo antes de sentir un cosquilleo en los dedos de los pies que le eriza hasta la punta de las uñas pintadas de rojo. Lleva una camisa azul marino que le da un aire sofisticado, con las mangas remangadas a la altura del codo, dejando a la vista unos antebrazos fuertes con el vello justo. Y sorpresa, se ha puesto vaqueros. Se acerca a ella, pasa a su lado rozándola —imposible no hacerlo en un espacio tan pequeño— y cierra la puerta a su espalda.

—Señora Alonso, bienvenida a mi humilde morada. —Hace una ridícula reverencia gracias a la que ella consigue ocultar el arrebol de sus mejillas unas décimas de segundo. Hasta que él se yergue de nuevo y le sostiene la mirada. Sin poder evitar pensar en la intimidad compartida unos días antes, y comprobar que la atracción que siente por su agente no eran imaginaciones suyas, Irene hace bailar sus ojos por diferentes puntos, evitando posarse demasiado tiempo en los de él. Piensa en algo ingenioso que decir, algo que corte como un cuchillo el aire espeso pero, *joder*, no se le ocurre nada.

—Veo que ya has conocido a Cruella de Vil. —Irene está tan ensimismada en su propia vergüenza, como una chiquilla de doce años a la que le dirige la palabra el guapo de la clase, que no entiende la broma. Le mira con extrañeza.

—Mi jefa —insiste él, llevándose el dedo índice a la boca y susurrando—. La señora del abrigo de piel de dálmata de ahí fuera.

Cuando por fin lo pilla, suelta una carcajada tan sonora que Román tiene que taparle la boca para que baje la voz. Su mano huele a jabón y *aftershave*. Irene tiene ganas de lamérsela de lo bien que huele. Aspira profundamente el aroma de esa piel algo rugosa instantes antes de que él la retire, quien es perfectamente consciente de lo que pasa por su cabeza. Tanto es así que no vacila cuando, al ir a darle dos besos a modo de saludo formal, gira sutilmente su rostro para rozar la comisura de los labios de ella, que no se aparta ni un milímetro. Le comería toda la boca ahí mismo si Cruella de Vil no estuviera al otro lado del pasillo. Irene, por su parte, responde a este gesto con un suspiro profundo, permitiendo que el aire expulsado acaricie los labios de él al alejarse de su cara. Es como un baile de cortejo entre dos aves exóticas que se saben hermosas y son conocedoras de la mutua atracción. Reconoce que el viaje que ha emprendido sin valorar los riesgos no tiene billete de vuelta. Román rompe el silencio, pero apenas se separa de ella un palmo al hablarle.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho.

—¿Solo por la firma?

—¿Tú qué crees?

—No lo estés —y ella sabe que no se refiere a la firma del contrato.

—Es la primera vez que hago esto —y Román también sabe que Irene no habla de la firma.

—Déjate llevar. En la vida hay que asumir riesgos. Te lo dije el otro día.

—El otro día dijiste… Dijimos, muchas cosas. Eso no quiere decir que no me sienta a punto de dar un salto al vacío. Pero no temas, lo voy a dar sin dudar. —Esto último se lo susurra tan cerca de la oreja que se le pone de gallina la piel de los antebrazos.

—Joder, Irene.

—¡¿Qué?!

—Déjalo ya, que estoy dejando de pensar con el cerebro, chata.

—No me llames chata, que me recuerdas a mi padre.

—¡Irene! ¿No te sientas? —Román le tiende la mano desde detrás de su escritorio señalando la silla que tiene delante. Ella se ha quedado pasmada en la puerta ni sabe cuánto tiempo sumida en su ensoñación, imaginando toda aquella escena como los absurdos preliminares en una película porno. Y se siente un poco gilipollas, mientras disimula mirando los títulos que descansan en una librería junto a la mesa, antes de tomar asiento. Román Gálvez saca unos papeles del cajón al tiempo que aparta de la mesa una pila de manuscritos encuadernados en canutillo. La mira profundo a los ojos, su mirada oscura como un tizón la penetra de una forma intimidante y provocadora a la vez. Esto sí que no se lo está imaginando.

—Doña Irene Alonso, ¿desea proceder a la lectura de su contrato de representación? —Contradiciendo a sus ojos, su tono es más socarrón que formal, algo queda de la otra tarde en La Latina.

Él tiene una voz grave preciosa y a ella se le ha dormido el dedo gordo del pie izquierdo de tanto cosquilleo.

—Procedamos.

14
La absurda idea de Irene desnudándose

Hay una imagen que Román no puede sacarse de la cabeza desde que vio a Irene de pie en su despacho, con aquel vestido tan ajustado que dejaba poco lugar a la imaginación. Es una imagen que le tortura antes de irse a dormir y también al despertar, que se cuela en sus sueños y en sus ensimismamientos. Irene desnudándose ante él, bajándose lentamente los tirantes de ese mismo vestido y dejando al descubierto dos pechos perfectos, redondos, respingones como un desafío a la humanidad y a la ley de la gravedad. Tiene la piel dorada, tersa y suave como solo puede ser la de una chica de dieciocho años. Y es justo en ese punto cuando la imagen se hace añicos en su mente, cuando Irene se transforma en trocitos de papel que caen al suelo con ligereza, mientras Román vuelve en sí recordándose que ella tiene solo dieciocho años; y no puede evitar sentirse un viejo verde que le da auténtico asco.

Román no se entiende. Nunca se ha fijado en chicas menores de… ¿veintiocho? Es más, su tipo suelen ser tías maduras, en ocasiones algo mayores que él, incluso divorciadas con hijos. En su historial hay un par de esas. Pero Irene… ¿Qué tiene esa muchacha para hacerle perder la razón? La otra mañana, en su despacho, caliente por el recuerdo de la borrachera temprana que se habían agarrado juntos en la Latina, rememorando los bailes, las risas y el leve contacto físico que había tenido con ella y que tanto le había perturbado; tuvo el breve impulso de besarla, de girar la cara a mitad del saludo formal de los dos besos para encontrarse con su boca, que parecía una fresa madura recién lavada. *Dios, ¿en qué estaba pensando?* Con su jefa al otro lado de la puerta —probablemente espiando—, habría sido un suicidio profesional. Irene era tremendamente sexi, y por una décima de segundo, le pareció que ella también deseaba besarle. Paranoias de viejo verde nauseabundo. A menudo se decía que si fuera ferretero como su padre, la vida no se le complicaría tanto. Pero a él le gustaban los libros, no los tornillos. *Y también las chicas guapas, talentosas y empoderadas.* Esto último lo decía cierta parte de su cuerpo con una vida propia que él nunca le había otorgado.

15
Yo soy esa persona

La muerte de Mahou nos ha dejado muy tocados a los dos. Como un punto de inflexión, un detonante que ha hecho explotar nuestra —falsamente— tranquila convivencia que desde hace semanas ya no lo es. Por dentro no, una calma tensa deja entrever que algo se ha roto. O que se rompió hace tiempo y no lo queríamos reconocer.

Ha pasado un mes desde entonces y no puedo explicar con palabras cómo me siento. Arnau tampoco lo hace. De hecho, apenas hablamos si no es para hacernos reproches. Los reproches más tontos que van desde la taza del váter levantada hasta los pelos en la ducha. Reproches que duelen por lo que esconde el tono en que se dicen. De esos que uno no se atreve a hacerle a su pareja en voz alta pero que hablan por sí solos: *esto no va bien. Se está yendo a la mierda. Tenemos que sentarnos a hablar o todo va a saltar por los aires.* Sentarnos a hablar. Contarle que pienso en Gabriel cuando hacemos el amor. Que no consigo llegar al orgasmo si no recuerdo las manos de mi ex recorriendo mi cuerpo. Que no estoy en

Barcelona con él, sino que vago por el universo de las fantasías sexuales más perversas y dañinas. Que esa persona soy yo.

Y de todos modos, ¿qué le ocurre a él? No resulta nada normal que haya dejado de hacer bromas tontas cada cinco minutos. Que últimamente no toque la guitarra por las tardes junto al balcón, que se vaya a la cama pronto sin ver un solo capítulo de una serie conmigo. Dice que está cansado, les han entrado unos clientes nuevos que están metiendo mucha presión con los *deadlines* y tiene el cerebro frito a las diez de la noche. Pero yo sé que hay algo más. ¿Está así por cómo estoy yo, o yo estoy así porque él se ha distanciado? ¿Qué ha sido antes, el huevo o la gallina?

Para colmo, Gabriel me llamó ayer. Las últimas semanas se ha dejado caer con algún que otro guasap lúbrico que me ha hecho sonrojarme y cabrearme a partes iguales. He vaciado varias veces el chat porque tengo miedo de que Arnau lo vea, aunque sé que él jamás de los jamases miraría mi móvil, ni siquiera de reojo.

Ayer me llamó. Dice que haciendo limpieza general ha encontrado un reloj de pulsera debajo del sofá y, palabras textuales, «a pesar de la cantidad de tías que pasan por aquí, por cómo huele creo que es tuyo». Y tanto que lo es. Por suerte no hemos ido a comer con la madre de Arnau los últimos fines de semana porque ha venido a visitarla un sobrino de Madrid. Si llega a verme sin el reloj, me habría preguntado seguro. Menuda es la Montse. Arnau ni se ha fijado, no suele reparar en esos detalles como tampoco me obliga a lucir el regalo de su madre como a ella le gustaría. Lo cierto es que es un Pathek Philipe precioso de mujer, antiguo, pequeñito y de cuerda que llevo puesto siempre. Pero estos días no he tenido tiempo de echarlo de menos.

He traspasado una frontera imaginaria, el muro de tres metros de altura que yo misma construí al separarnos ha caído como un castillo de naipes, de un soplido. Y lo ha cambiado todo. Porque ya no soy la misma persona que se fue a Barcelona a emprender con mi Arnau

una nueva vida, la que nos habíamos negado quince años atrás. No. Ahora soy otra persona. Vil. Miserable y mentirosa. Que se traiciona a sí misma. Yo soy esa persona y dudo mucho que Arnau sea capaz de quererme así.

Por eso no le reprocho que haya vuelto a fumar marihuana a diario y en cantidades ingentes, cuando ya solo lo hacíamos en ocasiones especiales. Y sé que no se ha lanzado a los brazos de la noche y las drogas sintéticas porque está mayor para hacer lo que hacía con veinte. Porque la noche barcelonesa no es lo que era, ni en los clubes pinchan la música que pinchaban ni, no nos engañemos, te cruzas con tipos de cuarenta y siete años en esa clase de ambientes que ya no son los nuestros. De no ser así, hace tiempo que se hubiera sumido en el pozo del olvido que es empalmar la noche con el día hasta arriba de éxtasis. ¡Ni siquiera sé si la gente joven sigue tomando éxtasis! ¿Y no es eso lo que me sucede a mí, que siento la juventud escaparse entre mis dedos? ¿Será una crisis existencial? ¿La premenopausia?

¿Será que puedo esconderme detrás de una revolución de hormonas? *Raquel, eres una jodida cobarde, qué culpa tendrán tus pobres hormonas.*

Hoy es sábado y hemos discutido en la comida. Ha sido una discusión fuerte y amarga sin venir a cuento. Todo ha empezado con la polémica del Ministro de Consumo y sus declaraciones sobre la escasa calidad de la carne en España. Estoy indignada porque en este país no se puedan decir las cosas claras y las verdades sean siempre a medias. Que la carne es de mala calidad a mí no hace falta que nadie me lo explique, que trabajo medicando cerdos día sí, día también. Y con todo tipo de sustancias que se venderían a precio de oro en una discoteca de los noventa. No, en serio. *La carne que comemos lleva mucha mierda*, le he dicho a Arnau. Él opinaba que el ministro, que es de eso que llaman la «izquierda radical», ha meado fuera del tiesto, que ha hecho un brindis al sol, que se ha pasado

tres pueblos y que «es un niñato que se cree que sigue en la universidad». *Bueeeeno… bueno*. Le ha quedado tan facha el comentario que me he encendido como un personaje de los Looney Tunes. Me ha petado la cabeza. Y le he dicho que con la edad se estaba volviendo un poquito de derechas y que no me gustaba. Le he atacado por mil motivos que, en realidad, no son ciertos. Proyectando mi propia frustración con mi trabajo, que no me gusta. Que muchas veces va contra mis principios, pero me da de comer y paga los estudios de mis hijas. *Mierda*. Como si él tuviera la culpa de no sentirme realizada con mi trabajo… Ni con mi vida. Haciéndole responsable de mi felicidad. A él, que siempre ha estado ahí para lo que necesitase, sin inmiscuirse en mis problemas con Gabriel, sin sentirse celoso nunca, ayudándome con las niñas cuando las cosas se pusieron feas en Barcelona. Los seres humanos somos así de despreciables: cuando la mierda nos rebosa, se la lanzamos al que más nos quiere para que la limpie.

Después de comer me he encerrado en la habitación con la excusa de echarme la siesta, mientras Arnau se quedaba en el salón fumando y escuchando un viejo vinilo de los Beach Boys que se acaba de comprar. Ahora le ha dado por coleccionar vinilos y el suelo está repleto de discos desordenados cogiendo polvo. Dice que le gusta tenerlos a mano. Yo pienso que estarían mejor en una estantería. Eva e Irene siempre se ríen de nosotros cuando nos ven discutir por los vinilos.

En este instante la puerta de la habitación se abre suavemente para dejar pasar a Arnau que, de puntillas, se desliza en la cama a mi lado y se abraza a mi espalda. Yo me hago la dormida.

—Siento haberme vuelto un puto facha.

No contesto.

—No sabía que te gustase tanto ese ministro, si quieres mañana le invitamos a comer y saco el Pago de Carraovejas. —Dice socarrón.

—Deja el Pago de Carraovejas para cuando lo necesitemos nosotros, capullo.

—¿Estás despierta, entonces?

—No, soy Alexa, que te contesta.

—¿Puedo arrimarme un poco más?

Me pide permiso como si no nos conociéramos de nada, como si no hubiera notado su sexo duro pegado a mi culo mil mañanas y mil noches. Como si se sintiera avergonzado por desearme. *Mierda Arnau, así no.* No sé por qué —o lo sé perfectamente— ya no me sirve que sea educado y respetuoso. Como no me respeto a mí misma, no me pone que lo haga él y, de pronto, me apetece que me agarre del pelo y me diga guarradas al oído. Que me folle duro sin mediar palabra, que se salte todos esos preámbulos de buen chico que le hacen tan aburrido a mis ojos ahora mismo.

—Sí que puedes, idiota, no preguntes y hazlo. —Le espeto.

Pero él no es ese tipo de hombre. Él no es un macho alfa que solo se preocupa de satisfacer su placer y su ego. Arnau es… Suave, encantador, reconfortante. Y, lo siento mucho, yo ahora solo quiero que me echen un polvo salvaje de los que te ponen las cuencas de los ojos del revés. Así que empiezo a mover mi trasero arriba y abajo incrementando el ritmo y la intensidad, apretándolo contra él mientras pienso: *no hay cojones.*

—Tienes la polla muy dura. —Le animo sin dejar de frotarme, y de golpe descubro que he despertado en él al actor porno que nunca he conocido.

—Te vas a enterar de lo que es una polla dura, zorrita. —Me dice al tiempo que una de sus manos me agarra el pubis —entero— con firmeza, apretándome el clítoris; mientras la otra se desliza por debajo de mi fina camiseta de verano para pellizcarme un pezón con tanta fuerza que no sé si correrme o gritar de dolor. *¿Quién es este tío?* Doy un respingo de la impresión y él para en seco. El espejismo del empotrador se desinfla en décimas de segundo.

—Hostia, perdona, ¿te he hecho daño?

—No, joder, es que no me lo esperaba de ti…

—¿Ah no? ¿Y de quién si no?

¿De quién si no? ¿A qué ha venido eso? Entro literalmente en pánico y no sé cómo disimularlo. No es una pregunta al azar. Y mi comentario también ha sido de traca. Como cuando de pequeña escuchas decir que se ha roto el jarrón de la abuela y te apresuras a delatarte con un «¡yo no he sido!». Tal cual.

—De tu madre, tío. No me lo esperaba y punto. ¿A qué vienen esas preguntas?

—¿Y esa hostilidad?

—Arnau, solo estaba intentando ponerme un poco guarra y ya está. Ya sabes, rollo pasivo-agresivo.

—Pues me desconcierta.

—¿Pero te gusta? —le digo dándome la vuelta e introduciendo una pierna entre los dos para rozarle la polla con el muslo en plan gata en celo.

—Me confunde. Las discusiones, los silencios, el mal rollo que se respira en el aire… Y ahora, esto. No soy ningún gilipollas, Raquel. Me ocultas tus sentimientos desde hace mucho y no voy a presionarte para que te abras, pero que sepas que tu hermetismo está jodiéndonos a los dos.

Agacho la cabeza y me quedo en silencio. Qué razón tiene cuando tiene razón.

—Si me necesitas, aquí estoy. Si quieres que te apoye, te reconforte, te dé algún consejo… Lo que sea, sabes que me tienes. Pero no me maltrates, Melona. No me lo merezco. Estaba intentando seguirte el rollo y pasar un buen rato. Pero, ni tú quieres hacerlo de verdad, ni a mí me sale fingir esta mierda. Me siento ridículo.

Se separa de mí tan despacio que me duele y se levanta sin mirarme, dejándome cachonda y sola tumbada de lado en la cama.

Desde la puerta, con los ojos fijos en el dibujo geométrico de las baldosas hidráulicas, dice:

—Mañana vamos a comer con mi madre.

Guárdate la hostilidad para discutir con ella de la independencia de Cataluña.

Se da media vuelta y entorna la puerta para dejarla como estaba antes de entrar. Me sale una sonrisa triste al darme cuenta de que por mucho que le esté puteando no ha perdido ese sentido del humor ácido que siempre me ha hecho reír. Hundo la nariz en su lado de la cama y me da por pensar que los olores que nos enamoran del otro, aquellos que al principio nos aceleraban el pulso con solo percibirlos de lejos, con el tiempo se vuelven algo rancios. Rancios a la vez que familiares, como la mezcla de olor a sudor, tabaco y alcohol de los padres de mi generación cuando volvían del trabajo a horas intempestivas. Los olores corporales cambian con la edad, y nosotros ya tenemos una edad. Por eso me sorprendo aspirando con deleite el aroma de la piel de Arnau en nuestra cama, a pesar de que se ha vuelto más agrio, más viejo, menos dulce que hace diez años. Y pienso que es un tío de puta madre y yo una cabrona que nunca ha sabido lo que quiere.

Un rato después me pongo unos *shorts*, unas chanclas y salgo al salón, donde encuentro a Arnau frente a mí mirando la tele. Por el reflejo verde césped en sus gafas sé que está viendo un partido de fútbol. O de tenis. *Arnau*, le digo. *¿Arnau?* Como no contesta a la segunda, deduzco que es fútbol. Nunca escucha cuando está viendo fútbol, especialmente si juega el Barça se queda completamente hipnotizado; aunque esta vez me temo que solo está fingiendo. En ocasiones, resulta difícil quererle. Siempre espero, como si fuera la primera vez que ocurre, que se ablande, que me permita darle un abrazo o me lo dé él a mí. Tomo carrerilla para atravesar el muro que ha levantado entre los dos y ¡boom!, me lo como. Vuelvo a coger carrerilla y ¡boom!, me golpeo de nuevo en toda la cara contra

la pared de hielo tras la que se refugia. A veces —las menos— resulta difícil quererle.

—Arnau, voy a salir a dar un paseo, ¿me escuchas?

Gira la cabeza hacia mí unos segundos y asiente.

—Vuelvo enseguida, ¿quieres algo de la calle?

—Está lloviendo, coge un paraguas.

—No me hace falta.

Vuelve la mirada de nuevo a la tele y en sus lentes se reflejan jugadores blaugrana minúsculos, corriendo de un lado a otro del cristal de hipermétrope. Salgo de casa en silencio, echando a andar cuesta abajo mientras gruesas gotas de lluvia fresca empapan mi rostro y pegan mechones de pelo a mi frente. Las tormentas de verano hacen que me sienta viva. Esta, además, me va a empujar a poner fin al culebrón de sobremesa que yo sola me he montado. Por eso me paro debajo de un portal, me enciendo un cigarro y marco el número de Gabriel. Contesta ipso facto.

—Raquelita, ya era hora de que llamaras. Tenemos un asunto familiar entre manos que deberíamos hablar. ¿Cuándo vienes a Madrid? —me dice del tirón sin dejarme espacio ni para saludar. Tanto interés me desconcierta y empiezo a pensar que no quiere verme solo por el sexo. Lo cual me decepciona, por un lado, y me alivia por el otro. Tengo un buen cacao mental.

—¿Quiénes "tenemos" un asunto familiar entre manos, si se puede saber? —me pongo sarcástica a ver si me sigue el rollo, pero le oigo respirar profundo y sonoro, y le imagino apretando los párpados antes de contestar en ese gesto tan suyo de coger fuerza para soltar una bomba. De pronto sé que no está jugando.

—Las niñas, tú y yo. Tenemos que hablar.

16
Una amputación de cerebro

«Somebody», Depeche Mode

La muerte de Mahou nos ha dejado muy tocados a los dos. Como un punto de inflexión, un detonante que ha hecho explotar nuestra tranquila convivencia que, en realidad, hace años que no lo es. Es posible que se rompiera en *aquel* momento. Puede que la muñeca de porcelana que lleva bajo la piel se resquebrajara un poco la primera vez que ocurrió. Y quizás lo que en un principio fue una grieta, se hizo añicos la segunda vez que no pudo ser. Porque la segunda fue la que lo cambió todo. Pero eso es otra historia.

Yo la quiero con toda mi alma. Es la compañera que siempre quise tener, cuando me engulló la muerte de mi hermano y la soledad se apoderó de cada esquina de mi cuerpo, tejiendo telarañas cuya urdimbre, poco a poco, se iba haciendo más prieta, conformando una capa protectora para los únicos huecos por los que

podía colarse un rayo de sol, una muestra de amor o una sonrisa de Raquel de las que paran relojes.

Y, sin embargo, se coló. Porque bajé la guardia y me quedé con el culo al aire. Nueve años después aquí sigo, con los pantalones bajados lamiendo el suelo que ella pisa. Pero me estoy cansando. De la distancia, de los desplantes, de que me insulte —porque ahora hasta me insulta, la muy cabrona—. Y yo mientras enamorado hasta las trancas de ese aroma suyo a melón que tengo grabado a fuego en el córtex. Una amputación de cerebro iba a necesitar para olvidarla. Incluso aunque nuestra relación a lo largo de los años haya sido de todo menos convencional. Las niñas y su ex lo complicaron todo bastante. No es que no las quiera, ojo, que las adoro como si fueran mis propias hijas. Pero no entraba en mis planes entonces convertirme en el padrastro de Blancanieves de la noche a la mañana. Fue culpa nuestra que lo precipitamos todo. Nos volvimos muy locos de tantas ganas contenidas que nos teníamos y ella se mudó a Barcelona enseguida. Pensando solo en sí misma, sin plantearse si les iba a joder la vida a sus hijas. Pero, qué narices, ya le tocaba pensar en sí misma, ¿no?

Lo que no sé es en quién piensa ahora. En mí no, desde luego. Hace más de un mes que su cuerpo vacío se pasea por la casa, me acompaña a tiendas de discos y va conmigo a conciertos. El resto de ella, no sé dónde está. Que me oculta algo es obvio; aunque respeto que lo haga, es un acuerdo tácito entre nosotros. Nuestra relación se basa en el respeto por la intimidad del otro, en no forzar las cosas, en la confianza y el mantenimiento de esas parcelas umbrías, donde la luz de nuestro mutuo amor no llega. Todos tenemos luces y sombras, ¿no? Pues nosotros decidimos compartir solo las luces y hasta ahora nos había funcionado.

Ya no estoy tan seguro.

17
Popero llorica

(Madrid, 2015)

Las calles de Madrid eran lo más parecido a Reikiavik a finales de aquel mes de enero. No es que el sol no saliera, que lo hacía, dejando un cielo despejado de un azul intensísimo que deslumbraba incluso al que llevase las gafas polarizadas más caras del mercado. El problema es que no calentaba nada.

Como una chimenea de esas decorativas con fuego falso. Y la gente iba abrigada hasta las cejas, con abrigos de pelo y gorros de lana con borlas, caminando inseguros sobre la poca nieve que cuajaba en esta ciudad los dos o tres días al año que le daba por nevar. En esto pensaba Raquel de camino a la estación de Atocha, donde se reuniría con Arnau en uno de esos escasos días.

Decidió ir andando porque desde su piso en Pacífico no se tardaba demasiado y el paseo se le antojó agradable a esa hora de la tarde. Ahora no lo tenía tan claro, como tampoco lo de llevar medias y no

pantalones. Pero la coquetería la había vencido y, con la ilusión de una adolescente, se había puesto una minifalda vaquera, un jersey negro de cuello chimenea y unas botas Dr. Martens que guardaba al fondo del armario desde la universidad. Ya apenas se las ponía, pero se resistía a tirarlas porque estaban cargadas de recuerdos no ligados a Gabriel, sino a su despertar como ser humano con entidad propia. Y por esa razón las llevaba aquella mañana de sábado en que recogería a Arnau para pasar con él el fin de semana. La hacían sentirse segura e independiente. Le recordaban a Marian y a todo lo bueno que le habían aportado aquellos años, cuando también conoció a Arnau en las fiestas de la Mercè. Llevaba la media melena suelta con las ondas naturales que le quedaban preciosas casi sin necesidad de peinarse, y se había puesto una bonita boina de lana roja, a juego con los labios. Una licencia nada habitual en ella si no tenía un evento o una reunión de trabajo en la oficina, claro está, a las granjas no iba maquillada. Se le ocurrió que seguro que los cerdos apreciarían más su belleza que muchos tíos que había conocido en los últimos años, y le pareció una broma muy del estilo de Arnau. Así atravesó las puertas de Atocha, con una sonrisa que dejó suspendidos todos los relojes de la estación para el desconcierto de los viajeros, durante unos segundos.

Para cuando las manecillas volvieron a moverse, le divisó entre la gente, al fondo del andén, con una mochila Eastpack colgada de un solo hombro. Un chico cercano a los cuarenta, con entradas considerables, unos kilillos de más y gafas de pasta negras, a juego con el cliché barcelonés. A los veinte a Raquel le gustaban los tíos buenos, los titanes como Gabriel. O al menos eso se había hecho creer a sí misma a fuerza de no probar otra cosa.

Cuando conoció a Arnau, tan pequeño, tan delgado, tan crío… No entendió cómo pudo engancharse tanto en tan poco tiempo. Esa mañana de enero, viéndole caminar con sus andares arrastrados y las manos en los bolsillos, mirando distraídamente al suelo; todo

encajó. Arnau vivía la vida con despreocupación, según venían las cosas. Entonces y ahora se mostraba tal y como era, sin poses forzadas, con una imagen de sí mismo quizás muy por debajo de lo que su autoestima reclamaba, hecho que suplía con una naturalidad que lo convertía en un ser especial lleno de bondad y de luz. De luces con sus sombras porque, si rascabas un poco, Arnau era un tipo triste. Un chico que cargaba con una tristeza honda disfrazada de chistes fáciles, capaces de llenar de brillo una tarde de lluvia.

Así era Arnau. O así lo veía Raquel un mes después de su reencuentro en Barcelona. Ninguno de los dos tenía nada que perder y sí muchas ganas de darse un respiro a sí mismos, o unas vacaciones, según se mire. Así que, ¿por qué no quedar en Madrid un finde? Dicho y hecho. Raquel no tenía a las niñas, el piso contaba con camas extra y ellos nunca habían estado en Madrid juntos. *Será divertido*, se habían dicho por teléfono la mañana que él le devolvió el móvil en un sobre. *¿Qué puede salir mal?*, le preguntó Raquel, *como mucho tendrás un motivo más para odiar a los madrileños*. Si se estaban precipitando, si las cosas iban demasiado rápido, si podían pegarse un batacazo… Fueron cuestiones que prefirieron obviar porque todo estaba saliendo tan bien que en su cabeza solo podría ir a mejor.

Distraída haciendo planes, el cálido abrazo que le dio la pilló por sorpresa. *Rediós, cómo abrazaba este chico*. Raquel se sonrojó como una niña vergonzosa y a él las comisuras de la boca le llegaron casi a los ojos, achinados como siempre. Se hablaron frente a frente sin soltarse de las manos. Las suyas sudaban ligeramente.

—Bueno, pues ya estoy aquí. —Fue lo primero que dijo.

—Ya estás aquí.

—¿Sabes que esto tendría que haberlo hecho hace muchos años?

—Lo sé.

—Vale, ¿y qué has pensado que haríamos si hubiera venido entonces a verte?

—¿Entonces? Llevarte a mis lugares preferidos de Madrid, pasear… Y seguramente comerte a besos en cada esquina.

—¡Joder, tenía que haber venido antes!

—Has venido justo a tiempo.

—Habría venido el martes, pero trabajaba. —Se atravesaron con una de esas miradas cargadas de palabras nunca pronunciadas, antes de cogerse de una sola mano para salir de la estación. Pero de la mano entrelazando todos los dedos, como los novios, como la primera vez que paseamos con alguien después de pedirle una cita.

El piso de Raquel era una cuarta planta sin ascensor en una finca de los años cincuenta. No tenía ni de lejos el rollo del de Arnau en Gràcia, pero aun así era bonito y acogedor. La configuración de las habitaciones —dos— se parecía bastante a aquel, pero carecía de la personalidad que confieren los muebles antiguos. Raquel lo había amueblado de Ikea, salvo alguna cosa que se había llevado del hogar que compartió con Gabriel. Se notaba, no obstante, la mano femenina. Algo imposible de ocultar en una vivienda que actualmente ocupaban solo tres mujeres. Arnau pensaba en esto mientras apartaba una camiseta rosa del sofá donde se sentó para reponerse de la subida por la escalera, y aspiraba el aire perfumado de vainilla por las varillas del incienso favorito de Raquel. Era una mezcla de incienso dulce y suavizante para la ropa con aroma a jabón de Marsella. *Olor a limpio y a chicas*, pensó Arnau.

—La ropa es de Irene, ayer haciendo la maleta desparramó todas sus cosas por el piso. Como puedes ver, no pone mucho interés en eso de recoger.

—¿Irene es la mayor?

—Sí, tiene diez. Y se prueba todo el armario antes de decidirse por un conjunto hasta para bajar la basura. Es agotadora.

El tema tabú de las niñas había dejado de ser el elefante en la habitación. Arnau sabía que dormiría en el cuarto de ellas, así que

no había por qué seguir evitando nombrarlas. Existían, vivían en esa casa y formaban parte del mundo de ella.

—¿Hace mucho que vivís aquí?

—Unos tres años. Yo no quería saber nada de nuestro antiguo piso y además, sola no hubiera podido pagarlo; así que me mudé.

Busqué en muchos barrios, no es que este me entusiasme, no creas, pero no sabes cómo está la vivienda en Madrid. Mucha gente de nuestra edad sigue compartiendo piso.

—Como en Barna, es una locura.

—Pacífico no está mal del todo. Muy cerca del centro en metro y a dos pasos del Puente de Vallecas y de Entrevías. Si necesito una papelina de caballo a cualquier hora del día o de la noche, sé dónde encontrarla. —Y esto lo dijo sacándole la lengua y guiñando un ojo al mismo tiempo como un emoticono. Aunque no descifró muy bien a qué se refería porque apenas conocía Madrid, le hizo gracia el comentario. *Qué bruta eres, tía*, dijo. Los dos rieron terminando de romper la fina capa de hielo que les separaba. No es que no estuvieran a gusto, sino que el aire se había enrarecido desde que entraron en casa de Raquel. De repente la idea de venirse a Madrid a pasar el fin de semana en casa de ella, a Arnau ya no le resultaba tan lógica. No eran exactamente amigos, ni siquiera se habían besado e iban a compartir techo cuarenta y ocho horas.

Raquel, mientras tanto, estaba demasiado preocupada por parecer natural y resuelta aunque se muriese de miedo. Era la primera vez que un chico atravesaba esa puerta y se sentaba en ese sofá. Definitivamente, estaba aterrada. En Barcelona representar un papel había sido fácil. Ella fue quien le buscó, le llamó y se empeñó en reencontrarse. No se arrepentía de haber tomado la iniciativa; pero ahora en su propia ciudad, donde todo eran recuerdos e inseguridades, no engañaba a nadie con esa actitud de *femme fatale* que exhibió en la taberna de Gràcia un mes antes.

—He pensado que podríamos salir a cenar, tomar una copa y luego ir a algún sitio a bailar, ¿te apetece? —propuso atropelladamente.

—¿A bailar? ¡Empiezas fuerte el finde!

—No te rías, hace mucho que no salgo en ese plan, me hacía ilusión. Me han hablado de una sala a la que yo solía ir que han reabierto y está muy de moda. Aunque bueno, para mí nuevo es prácticamente todo, estoy fuera de circulación. —Seguía hablando como si hubiera doblado la velocidad de un audio de guasap.

—Me parece bien, Raquel, pero son las cinco de la tarde. —Dijo con una sonrisa que la desarmó. Le divertía verla tan nerviosa. Ella pensaba que la noche fuera de casa en plan cita sería más fácil, sin tener en cuenta las horas que les quedaban por delante.

—Ay, tienes razón, perdona, ¿quieres un café? Voy a prepararlo, pon música si quieres, ahí tienes el portátil. Supongo que encontrarás algo que te guste. —Tenía el rostro encendido por la vergüenza.

Deseando desaparecer de la escena, se dirigió a la cocina quitándose las botas Dr. Martens por el camino, que dejó diseminadas por el suelo. Caminando casi de puntillas, pasó por delante de Arnau, que no pudo evitar recorrer con la mirada sus piernas embutidas en unas gruesas medias negras. Ni demasiado largas, ni demasiado cortas; ni tampoco demasiado finas. Fuertes y torneadas, le recordaron a las de Steffi Graf cuando era número uno.

—¿Corres? —le preguntó cuando la hubo perdido de vista.

—¿Qué? —y él no sabía si es que no le había oído, o la pregunta la había desconcertado. Probablemente lo segundo.

—Que si eres *runner* de esos. —Ella asomó la cabeza por la puerta del pasillo.

—Sí, ¿por?

—Por nada, por preguntar algo. —Y supo enseguida que él se había fijado en sus piernas. Se contoneó al darse la vuelta, sabiendo

también que le miraría el culo del que tan orgullosa estaba. No se equivocó.

Poco tiempo después de separarse de Gabriel, cuando ya vivía en Pacífico, una farmacéutica más joven que ella y muy simpática que trabajaba en la empresa que Raquel representaba, le propuso salir a correr juntas. Hablaban cuando coincidían en la oficina y la chica estaba al tanto de su situación. Se caían bien y eran casi vecinas. *Venga, yo corro por el Retiro todas las mañanas. Te sentará bien.* Le había dicho aquella mujer con un tipazo de infarto y menos de treinta años. *No he corrido en mi vida, ni tengo zapatillas adecuadas.* Pero le respondió que eso podía solucionarse sin gastar mucho dinero. E incluso la acompañó a una gran superficie especializada en ropa deportiva para ayudarle a escoger las más acordes a su presupuesto y nivel. *Si en un mes ves que no te convence no habrás hecho una gran inversión, pero al menos inténtalo.* Y la convenció. Así que desde hacía cerca de dos años Raquel salía a correr por el Retiro con su compañera todas las mañanas después de dejar a sus hijas en el autobús que las llevaba al colegio. Corrían un rato y una hora más tarde se veían en la oficina duchadas y cambiadas como si no hubiera pasado nada. Era lo más parecido a una amiga que tenía en el trabajo. Al principio Raquel echaba el hígado los cinco primeros minutos, pero una vez superada esta barrera todo mejoraba y comenzaba a sentirse mejor. Pronto su cuerpo, ya de por sí atlético, respondió al trabajo físico y se le pusieron unas piernas que ni Steffi Graf. Y ya no lo pudo dejar. Se alegró de que Arnau lo hubiera notado porque sí, en aquel momento se consideraba una *runner*.

Arnau aún estaba husmeando en las carpetas de música del portátil cuando Raquel apareció en el salón con el café. *Yo lo tomo con leche y tres cucharadas de azúcar*. Dijo él. Ella le miró con las cejas enarcadas. *¡Y yo!* Esa ingente cantidad de edulcorante en un bar significaba utilizar un sobrecito y medio, por lo que a ambos les

sobraba medio sobre con el que nunca sabían qué hacer. *Siempre busco con quién compartir el medio sobre cuando quedo con alguien para tomar café,* confesó Arnau. *Pues ya lo has encontrado,* respondió Raquel. Era estúpido, mucho; sin embargo, en aquel momento les pareció una señal de que estaban hechos el uno para el otro y de que todo iba a ir de perlas entre ellos. Les centellearon los ojos y cayeron rendidos a la magia del sobrecito de azúcar. Hasta que Raquel dijo:

—Gabriel tomaba el otro medio sobre.

—Vaya, pues siento habértelo recordado.

—Es igual, mientras no me llames Raquelita. Jamás, en tu vida. ¿Lo prometes?

—Que me caiga un rayo si incumplo mi promesa. —Se agarraron de los dedos meñiques haciendo la señal del juramento y Arnau por fin encontró algo que poner. En los altavoces empezó a escucharse el sonido naif de una guitarra pop, acompañada de las voces lánguidas de los componentes de Belle&Sebastian.

I could watch the dreams flicker in your eyes

lying here asleep on a sunbeam

i wonder if you realize you fascinate me so (...)

—Esta canción es de mis favoritas de ellos.

—*Asleep on a sunbeam*. Da calorcito solo de leer el título.

—Calorcito del bueno, del que te hace falta cuando te sientes solo, cuando van mal las cosas.

—Cuando se muere tu hermano.

Mierda, pensó Raquel. Ella solita había sacado el otro tema tabú de su reencuentro. A ver ahora cómo salía del hoyo. Recordaba como si fuera ayer la Nochevieja que Arnau la llamó desde el hospital y le contó que su hermano estaba muy enfermo y que se

estaba muriendo. Nunca olvidaría la desazón que la acompañó a lo largo de toda la noche. Lo cerca que estaba de él a pesar de estar tan lejos. Lo mucho que lo sintió. Lo mucho que seguía sintiendo no haber estado a su lado.

—¿Le echas de menos? —se atrevió a preguntar tímidamente.

—Cada puto día de mi vida.

—¿Cómo era?

—Era el tío más guay del universo. No exagero. Era divertido. Ácido, audaz, resolutivo. Más optimista que nadie. Capaz de darle la vuelta a un problema hasta convertirlo en una ventaja. Joder, se hubiera comido el mundo, Raquel.

—Hacen falta más personas así. —Dijo ella porque no sabía qué decir.

—Le llevaba siete años a Xavi y aun así él iba muy por delante de mí en casi todo. Me daba consejos, ayudaba a mi madre en casa, iba bien en los estudios, nunca le vi una mala cara. Es que ni agonizando en una cama de hospital era capaz de poner una puta mala cara, el tío.

—Cuánto lo siento.

—Es inútil sentirlo. Asumo que la vida sin él es otra cosa diferente. Hay que vivirla y no está mal; pero con él simplemente era mejor. Eso es un hecho. Como el chocolate con almendras de marca blanca: vale, no está mal y te lo puedes comer a gusto, pero donde esté una tableta de Lindt…

El siguiente tema del disco de Belle & Sebastian no era tan bueno, así que fue Raquel quien se levantó esta vez para cambiar de música. Puso el álbum con *La chica de Ipanema* que grabaron juntos Stan Getz y João Gilberto. No es que fuese muy fanática de la bossa nova, pero era perfecto para dar ambiente. Y a la melancolía de Arnau le venía que ni pintado. Sintió unas ganas tremendas de besarle. En la boca pero también en la frente y en los párpados, de

tomar su cara entre las manos y cubrirla de besos. Tanta era la ternura que le producía su historia.

—¿Me estoy poniendo muy intenso? —preguntó de pronto Arnau.

—Qué va, solo eres un popero llorica. —Raquel decidió volver a las bromas temiendo que si la conversación seguía por ese camino, le iba a tocar a ella hablar de su libro.

—¿Y a ti qué tal te sienta ser madre?

Toma preguntita, se dijo Raquel. La pregunta del millón, la pregunta que ninguna madre quiere realmente contestar diciendo completamente la verdad. La que todas evitan. Porque si una madre dice: «Maravillosamente bien, la maternidad es la experiencia más hermosa de mi vida», nadie la creería. Sin embargo, si se le ocurre afirmar que ser madre es, casi todo el tiempo, abrumador, solitario, ingrato y decepcionante; se la tacha de mala madre. Por eso Raquel no sabía qué contestar. Optó por ser sincera.

—Pues es un marrón muy grande —alcanzó a decir mirando hacia el suelo—. Una responsabilidad que nunca termina, una demanda que nunca se acaba. Es alienante y te deja exhausta. Creo que no está hecho para mí. Tarde, ¿verdad?

—Igual las tuviste muy joven, no estabas preparada…

—Nadie está preparada. Nadie. Ninguna lo estamos. Y lo peor es que no se pasa cuando dejan de ser bebés, no. Luego es peor si cabe.

—Raquel, algo bueno tendrá…

—Muchas cosas buenas, claro que las tiene. Pero las malas son tantas y tan pesadas… No sé qué decirte. Si me preguntas si hubiera preferido no tener hijos, a día de hoy y sabiendo lo que sé, te digo que sí. Lo hubiera preferido.

—Jopé. O sea que más no piensas tener.

—Ni borracha. ¿Y tú?

—Depende, quizás con la persona adecuada… Aunque sea un poco abuelo ya, nunca lo he descartado del todo.

—Pues suerte con eso.

Arnau sintió una pequeña punzada de decepción. No es que se viera ya formando una familia con Raquel, pero no la esperaba tan radical al respecto. Imaginó que su separación no había ayudado y, en aquel preciso instante, decidió que iba a hacer todo lo posible por ayudarla a que la crianza de sus hijas le fuera más llevadera. Ni siquiera sabía cómo. Digamos que solo lo decidió.

Pasaron un par de horas más escuchando música y charlando. Contándose anécdotas divertidas de esas vidas que se habían perdido el uno del otro; hablando de sus respectivos trabajos y de los sueños por cumplir. Se relataron viajes y fiestas, películas y series que el otro no había visto, e imaginaron cómo habían sido conciertos a los que ninguno pudo asistir. Y la noche se cerró sobre el piso de Pacífico con la promesa de una cita para cenar y salir a bailar, como le apetecía a Raquel.

—¿Te acuerdas de mi primera tarde en el piso de Tallers? ¿Cuando fui a cambiarme a la habitación? No pensaba cambiarme de ropa hasta que te vi. Lo decidí sobre la marcha. —Arnau recordaba como si fuera ayer la falda de tubo negra con bolsillos y, sobre todo, el culo que le hacía.

—Te quedaba muy bien esa falda negra.

—Se la robé a mi hermana del armario. Me odió por ello unos meses. Hoy tampoco iba a cambiarme. Pero he decidido que sí.

Y desapareció dejándole solo en el salón. Se acomodó en el sofá, se encendió un cigarro de liar y puso un tema alegre de The Cure. Uno de los pocos que tienen. Le encantaba la idea de que Raquel fuese a arreglarse para salir con él. Se sintió importante, merecedor de todo aquello que años atrás había imaginado que podría tener con ella. La vida le sonreía. Xavi le sonreía desde allí arriba. Levantó hacia el techo la copa de pacharán que se estaba tomando y brindó con su hermano allá en las estrellas. *Ya te dije que era una tía de puta madre,* susurró.

18
¿Te pones ese pijama siempre que ligas?

«Dame estrellas o limones», Family

Raquel y Arnau lo dieron todo en la pista bailando aquella noche una música que ya no reconocían como suya, en un club que tampoco se parecía a nada con lo que se identificaran. Y aun así, bailaron hasta reventar. Porque Raquel se moría de ganas y a él no se le daba nada mal. El ambiente del local tampoco era ya el suyo. La gente a su alrededor vestía extremadamente arreglada, con mucha preparación. Raquel, que hacía cinco años o más que no pisaba una discoteca, observaba a las chicas luciendo palmito con *looks* muy pensados, haciéndose *selfies* imposibles con las amigas y sin soltar el móvil en ningún momento. Nadie fumaba, claro, ya no se podía fumar en interiores.

Y ella, que al bailar pegaba saltitos sin parar, pensó que de haber tenido el móvil en la mano ya habría salido volando para acabar pisoteado por ese montón de gente guapa. La verdad es que daban bastante el cante, pero poco les importaba. Estaban exultantes. La confianza que habían ido generando en las sucesivas conversaciones que fueron teniendo se terminó de fraguar en aquella pista, convirtiéndose el baile de una música electrónica que no conocían en una catarsis de sus vidas. Vidas separadas, paralelas, llenas ambas de momentos difíciles, tristes y solitarios. Vidas que, a pesar de todo, los dos tenían ganas de vivir. Y por fin, después de mucho tiempo sin estar juntos, preguntándose qué habría sido de ellos si no hubieran seguido caminos diferentes; encontraron la respuesta. Se gustaban, se compenetraban y se entendían como no se habían entendido con nadie. Y eso significaba mucho. Significaba todo. Y daba vértigo.

Volvieron a casa bien entrada la madrugada, antes del amanecer. Cansados, algo borrachos —no demasiado—, y con una sensación muy similar a la felicidad y al subidón que de jóvenes alcanzaban con las drogas y que juntos también habían sentido sin ellas. El de las mariposas que cosquillean en el estómago, aleteando como locas.

—¡Estoy molida! Arnau, ve tú primero al baño si quieres y yo me cambio en la habitación. —dijo ella nada más entrar en el piso.

—¿Y eso?

—¿Y eso, qué? No querrás perderte la sorpresa de mi pijama de franela con estampado de unicornios. Te aseguro que es impactante.

Arnau soltó una carcajada que debió de despertar a todos los vecinos de la finca, mientras Raquel, envalentonada por las endorfinas, la oxitocina o la mierda que fuera que le estaba inundando el cerebro, le dijo:

—O si quieres me lo quito todo y me meto a esperarte entre mis sábanas de satén.

La miró abriendo mucho los ojos como quien ve un extraterrestre llamando a su puerta con el periódico debajo del brazo. Sabía que a Madrid había ido a jugar, pero no esperaba que a ella se le diera tan bien.

—Joder, si vas a ir tan a saco, me quedo con el pijama de franela.

—Pues el de franela entonces. —dijo sin parar de reír mientras le daba la espalda y se dirigía a la habitación.

Arnau no entró en el baño porque no pensaba ponerse ningún pijama. Dormía en calzoncillos y camiseta, como el noventa por ciento de los tíos del universo. Así que se quedó en el salón, se descalzó y se hizo un porro que no encendió, sino que dejó preparado en la mesa mientras la esperaba. A los pocos minutos ella apareció con un pijama muy gracioso de unicornios rosas. Pero no era de franela, eran solo unos leggings y una camiseta ajustada con tres botones en el escote, que ella se había encargado de desabrochar estratégicamente. No llevaba sujetador y ese pijama se le ajustaba escandalosamente a los pechos desnudos. *Vaya con los unicornios*, pensó Arnau al tiempo que cruzaba las piernas para disimular una incipiente erección.

—¿Nos fumamos uno antes de dormir? —preguntó señalando el porro de la mesa con un movimiento de cabeza. Raquel se había desmaquillado y así, con la cara lavada y la media melena despeinada, estaba preciosa. Era preciosa.

—¿En tu cama o en la mía? —contestó ella.

—Ah, no sé, ¿cuál es la mía?

Porque a Madrid había ido a jugar.

—La de Irene, la litera de abajo.

—¿Tu hija pequeña duerme en la de arriba? ¿Y no se cae?

Raquel se encogió de hombros.

—Eva es muy echada para alante.

—Pero los dos en una litera… No cabremos. —se aventuró Arnau entrando al trapo.

—Claro, por eso decía yo lo de las sábanas de satén. Anda, vente a la mía un rato.

Acojonado estaba Arnau cuando la siguió hasta su habitación y se sentó sobre la cama sin deshacer, nervioso y algo incómodo. *¿No te has traído pijama?*, le preguntó. *No duermo con pijama*, dijo él. *Ah, es verdad, que duermes vestido*, se rió Raquel al recordar la primera noche en su casa de Barcelona un mes antes. Y para demostrarle que no dormía vestido y que no estaba tan asustado, se quitó los pantalones, los calcetines y el jersey, quedándose solo con la camiseta y los calzoncillos, unos bóxer estampados con el plátano de la Velvet Underground. *Para plátano el que se me marca…* Pensaba.

—Ahora sí, ¿ves? —dijo Raquel, pasándole el porro.

—¿Te pones ese pijama siempre que ligas?

—¿Y quién te ha dicho que he ligado? Estamos charlando castamente sobre las sábanas mientras fumamos. —Y se acercó un poco más a él, sin dejar que el aire corriera entre los dos, rozándole el brazo con un pecho en un gesto que despertó la imaginación de Arnau hasta el punto de que no podía pensar en nada más que en quitarle la parte de arriba del pijama. La miró meneando la cabeza de lado a lado.

—Tía, vas muy rápido.

—Hemos venido a jugar, ¿no?

Arnau contestó a la última insinuación rodeándola con su brazo para que apoyase la cabeza en su pecho. Habían apagado todas las luces salvo una lámpara de sal que iluminaba sensualmente su rostro. La respiración de Raquel era tan agitada que pensó que le había sentado mal fumar.

—¿Estás bien? ¿No te estará dando un amarillo?

Raquel negó con la cabeza sin levantar la vista, e intentó controlar los latidos desbocados de su corazón. Arnau olía tan bien que no podía resistirse a hundir su nariz en el pecho de él, aún con camiseta. Una mezcla de colonia fresca con notas cítricas, sudor y

piel la embriagaba. Era la misma camiseta que había llevado todo el día y, a pesar de ello, desprendía aroma a limpio. Inspiró profundamente para que ese olor tan rico le infundiera valor, y se lo soltó de golpe:

—Si no me besas ahora mismo se me va a salir el corazón por la boca.

—Ya será menos… Ven aquí, Melona. —Acercó su cara a la de ella, tomándola por la barbilla con una mano. La miraba a los ojos.

—¿Melona, por qué?

—Porque hueles a melón. Y eres una melona.

—Y tú hueles a casa.

La besó. Rozó sus labios levemente como en un suspiro, la miró a los ojos de nuevo y entonces fue ella la que se incorporó y agarró su cara para besarle con ganas, fuerte y profundo. Arnau la retuvo como pudo. No quería correr tanto. Raquel era impulsiva, eso ya lo sabía, y no deseaba dejarse llevar por ese caballo salvaje que ella llevaba dentro. Prefería saborearlo. Así que le pidió que el beso fuera más lento, sin decir una palabra. Se lo pidió variando el ritmo de sus labios, ralentizando el movimiento de su lengua dentro de ella, suavizando las caricias. Hasta que Raquel captó las intenciones y se separó lentamente de él.

—Eres un romántico, Arnau Gómez de las Casas.

—Y tú una cabra loca. No tengas prisa.

Tenemos toda la vida por delan…

La frase acabó en un gemido cuando Raquel apretó la mano contra su erección bajo el bóxer de plátanos. Y Arnau perdió el control, los papeles y la vergüenza. Y todo él se convirtió en caricias impúdicas y lengüetazos aquí y allá. No recuerda cuándo le quitó la camiseta y hundió la cara entre sus enormes pechos, porque Raquel tenía las tetas enormes, eso sí que lo recordaba. La piel jugosa en las redondeces de su cuerpo, sus pezones rosados… Eso también lo recordaba, que eran de color de rosa. Y ahora sabían a melón.

Raquel mientras tanto se frotaba contra su sexo subida a horcajadas sobre él, aún con los pantalones puestos. Le sacó la camiseta en dos tirones y le abrazó con fuerza, sin dejar de frotarse con él, para sentir el calor que desprendía su torso, la levedad del cosquilleo del vello masculino rozando sus pechos. En esos quince años Arnau se había vuelto más hombre, desprendía más testosterona que a los veinte y sus caricias eran más hábiles. Cuando quiso darse cuenta, él le había quitado el pantalón del pijama con la rapidez de un ninja.

—Se ve que has practicado mucho estos años…

—Serás cabrona…

—Y tú un *calientacoños*…

Los jadeos se tragaron las palabras cuando él cayó sobre ella en un vuelco inesperado. Sus dedos jugaban con la tira del tanga de Raquel —que nunca usaba tanga porque le resultaban muy incómodos pero, mira por dónde, esa noche se había puesto uno negro—, mientras bajaba poco a poco recorriéndola con la lengua puntiaguda hasta alcanzar la fina tela y rozarle el clítoris con la nariz. El tanga estaba tan empapado como recién salido de una lavadora sin centrifugar y ella, a esas alturas, se había abandonado tanto al placer que sus gemidos se intensificaban en cantidad y decibelios. *Menos mal que no están tus hijas…* reía él. *No me cortes el rollo…* alcanzaba a articular ella. Arnau le sacó el tanga por las piernas con auténtica maestría, y ella se arqueó buscando su boca con el pubis. Y eso que el sexo oral siempre le había dado un poco de vergüenza con Gabriel. A decir verdad, Gabriel era la única persona que le había practicado sexo oral, y no pudo evitar pensarlo en aquel momento. Pensarlo y compararlo, una malísima costumbre del ser humano. Por eso el orgasmo no llegó tan fácilmente como ella esperaba, porque lo de que te coman el coño siempre da un poco de palo hasta cuando lo hace tu marido. Así que siendo un semidesconocido, mucho peor. Y no es que Arnau no se lo currase, ni porque Raquel no estuviera excitadísima. Simplemente, aquello le

costaba un poco. Y el listón de Gabriel estaba muy alto, también era eso.

Así que antes de que su mente volviera a llevarla a terrenos que no quería transitar, tomó a Arnau de la cabeza para incorporarlo y besarle con ansia, mordiéndole el labio inferior hasta casi hacerle sangre para borrar todo pensamiento que no fuera el aquí y ahora. Saboreó su saliva mezclada con el flujo que inundaba la boca de él y le bajó los calzoncillos mientras su mano exploraba un pene que aunque había tocado antes, no recordaba demasiado. Y aún así, el tacto de la caricia le resultó familiar, y la reacción de él la animó a tumbarse encima y empapar su erección con la humedad de su sexo.

Arnau buscaba su mirada, anhelante, la miraba muy dentro de una forma que a Raquel le resultaba tan intensa que tenía que desviar la vista hacia otro lado para no abrasarse por dentro. El incendio en los cálidos ojos castaños de él hablaba de muchas cosas, pero, por encima de todas, hablaba de amor. Estaban follando y en sus ojos había amor. *Mierda*, se dijo Raquel. *Mierda, mierda, mierda.* Sin embargo, para cuando se quiso dar cuenta ya era tarde, él ya estaba dentro de ella. Y ella de él. Y llegó el orgasmo y fue largo, sostenido… Y liberador. Y no el único. Hacía mucho que Raquel no se sentía amada de esa forma. Fue así como se sintió: amada.

—Joder Arnau, ya era hora.

—¡Si no he tardado tanto!

—Idiota…

Y siguieron amándose hasta que la luna decidió marcharse del todo y el tímido sol de invierno empezó a colarse por las hendiduras de la persiana bajada. Siguieron amándose hasta que les venció el sueño, desnudos bajo el carísimo edredón de plumón de pato que no siempre había sido de Raquel, entrelazados y cubiertos de fluidos. De los que se ven pero también de los invisibles, esos que son más peligrosos porque te atan sin que te des cuenta. Para

entonces las endorfinas, la dopamina, la oxitocina y toda esa mierda buena que inundaba sus cerebros ya había hecho el resto. ¿Qué podía salir mal?

19
Traes cara de vinagre

(Madrid, 2023)

Irene tiene la piel suave y el ánimo áspero cuando entra en los jardines de la Casa de América, el antiguo Palacio de Linares donde los madrileños dicen que hay fantasmas. Y fantasmas en aquella fiesta los había a capazos. Se hizo una limpieza de cutis para la ocasión por recomendación de su madre, que últimamente estaba muy metida en eso de los tratamientos de belleza. Se suponía que le iba a quedar una piel radiante, pero en su lugar está llena de marcas de apretarle las espinillas y los puntos negros. Eso sí, suave la tiene un rato. Y menos mal, porque es lo único que tiene suave esta noche. «Encuentro de jóvenes escritoras de habla hispana», se llama el evento. Uno de esos bolos que le conseguía Román y a los que ella acudía por exigencias del guion y para pasar un rato con él fuera de la rigidez de la oficina. Con un par de cervezas Román se relaja y se vuelve tremendamente carismático y divertido. A Irene cada día

le gusta más, por no hablar de lo encantada que está con su nueva vida. En septiembre empezaría a escribir una nueva novela mientras que la anterior, publicada por la editorial líder especializada en literatura fantástica juvenil, iba ya por la segunda edición. Las firmas los últimos meses habían sido una locura, con colas que ella no había visto ni en conciertos de One Direction. Sin embargo, los eventos como el Encuentro de jóvenes escritoras de habla hispana solían poner a Irene de mal humor. A ellos acudían *influencers* con menos luces que un patinete eléctrico, hordas de chicas que solo querían la foto con ella para subirla a las redes con algún comentario que odiaría. Tías que solo vivían para los *likes*. Es decir, exactamente lo que era ella antes de ganar el concurso de Fantastic Reads: una *bookstagrammer* que recomendaba novedades sin control de calidad ninguno; que se hacía fotos con su iPhone gold rose y una estantería repleta de *best sellers* detrás con cara de buenorra intelectual; la chica a la que su madre le había quitado el móvil por las noches para que no se las pasara comprobando los «me gusta» cada diez minutos.

No, esas tías le daban grima, pero tenía que ponerles buena cara. Al fin y al cabo, son las que le hacen la promoción más barata. O eso le decía siempre Román. E Irene a él no le discute casi nada. Hablando del rey de Roma…

—Traes cara de vinagre. —Le espeta nada más verla—. Pero estás deslumbrante.

—«Deslumbrante», mira que eres antiguo hablando, parece que te ha poseído un personaje de *Orgullo y prejuicio*. El señor Darcy por lo menos.

—Para prejuicios los tuyos, chata, que ya veo por dónde van esos humos. Anda, relájate y siéntete privilegiada, que estas fiestas no se las hacen a cualquiera.

—¿Cuántas cervezas te has tomado? Te veo muy suelto…

Por respuesta Román le asesta un pellizco en la cintura que a Irene le sabe a gloria, y juntos se pierden entre una multitud de jóvenes con el móvil en la mano que no paran de disparar fotos. Irene se traga la bilis y le agarra del brazo para no vomitar.

—A ver si se buscan una vida estas pavas. —Le dice al oído, más que nada con la intención de aspirar el aroma a madera y cítricos de su perfume—. Qué bien hueles hoy —añade.

—Irene…

—¿Qué?

—Si te muerdes la lengua te envenenas.

—¿Por lo del perfume?

—Nooo, y no seas descarada.

La reprende como a una niña y a ella le da la risa al escuchar otra vez ese lenguaje de señor mayor que a veces utiliza Román Gálvez. Gracias a él ya está un poco de mejor humor. El Palacio de Linares luce imponente por la noche y los canapés del catering son exquisitos. Además, hay un montón de escritoras tan interesantes como ella de países no menos interesantes. Irene se propone meterse en el bolsillo el mohín de niñata con el que ha llegado y disfrutar de la fiesta. Sonríe a un Román que la mira con un fingido gesto torcido, antes de sumergirse juntos en un baño de masas.

Una hora después se ha hecho amiga de una joven salvadoreña cuya autobiografía, publicada por una editorial independiente muy moderna, se ve en todas partes últimamente. La chica tiene su misma edad pero tal periplo a sus espaldas que habla como una sabia anciana. Su libro cuenta cómo consiguió llegar a España huyendo de la miseria de su país y de los abusos de su padre alcohólico. Cómo pasó primero por Italia, donde los abusos continuaron en diferentes sentidos, hasta que fue acogida en Madrid por una familia bienintencionada y a partir de entonces su vida cambió para bien. Irene se hace pequeñita escuchándola. A su lado solo es una niña mimada que tiene buena pluma y grandes dosis de

descaro. Román, a su lado, enseguida lo detecta y espera a quedarse a solas con ella para animarla.

—Irene, cada escritor cuenta su historia. La propia o la que inventa, de una forma diferente que le hace singular. Tú eres singular por unas razones, ella por otras.

—Ya, Román, pero lo que yo cuento son dramas del primer mundo. Chorradas.

—Tus chorradas, esas que nadie cuenta igual que tú. No lo olvides. Y ahí fuera hay lectores dispuestos a identificarse con ellas. Como otros se identificarán más con otros libros. Así es la vida, no puedes gustar a todo el mundo.

—Pero, ¿y si mi segunda novela es un truño? ¿Y si no le gusta a nadie?

Instintivamente, Román la rodea con un brazo por los hombros y la besa en el pelo. Aspira su aroma unos segundos mientras ella se deja arrullar. Frecuentemente tiene gestos con ella de ese tipo. Le nacen. Irene le despierta ternura por su juventud y dulzura. Suele decirse a sí mismo que le ha cogido cariño.

A ella esos gestos un tanto paternalistas le sientan bien. Al principio se hizo la dura haciéndole creer que no necesitaba a nadie para moverse como pez en el agua en el océano del negocio literario, pero pronto se percató de que con su agente todo era más fácil, más agradable, más bonito. Levanta la cabeza y le sonríe. Una calurosa sonrisa de agradecimiento que es solo para él y le hace estremecerse.

—Gracias —le dice.

Y sin saber por qué, a pesar de haber tenido esa clase de gestos con ella otras veces, Román se sonroja al tiempo que sus labios dibujan una media sonrisa de vergüenza que le baja la mirada al suelo. Los ojos de gata de Irene son demasiado potentes para sostenerlos y él, que se cree un tipo muy profesional, no puede dejarse llevar por lo que está sintiendo en ese instante. Algo que

sabe no es nuevo. Hace dos meses que se conocen y desde el minuto uno Román notó que esa chica despertaba en él su lado más temerario. Y muchas veces se ha repetido mentalmente que tiene treinta y dos años y ella acababa de cumplir diecinueve. Muchas. Demasiadas. A ella nada parece importarle, permitiéndose coquetear abiertamente con una naturalidad pasmosa. Y en más de una ocasión, como aquella, Román ha reprimido las ganas de besarla y no precisamente como lo haría un hermano mayor.

Irene continúa buscando su mirada aunque él ya no la sostiene con su brazo. *Quiero irme de esta fiesta,* susurra. Es al mismo tiempo una súplica y una provocación en la que Román sabe que no debe caer. Y aún con todo, lo que más le apetece en el mundo es irse con ella de esa fiesta. Ya se han hecho las presentaciones de los libros de cada invitada, Irene ya ha subido a un pequeño escenario improvisado para leer un fragmento de su novela con unas dotes de actriz que ni Meryl Streep, y las bandejas del catering hace rato que han dejado de pasar. Así que Román decide que es el momento de abandonar la Casa de América.

—Está bien. Vamos a despedirnos de la gente de la organización y nos marchamos, pero, vayamos donde vayamos, nada de güisqui con Redbull.

—Hecho. —Irene extiende su mano y se la estrecha sellando el acuerdo mientras piensa que Román solo ha hablado de bebidas, pero no del resto de miles de cosas que le gustaría hacer con él.

Como no se quieren ir muy lejos y los dos han llegado a la Casa de América por su propio pie, deciden tomar una copa en una terraza del Paseo de Recoletos. Uno de esos locales que solo frecuenta la gente muy pija de Madrid, o los guiris. Cuando sale con Román, siempre paga él. *Gastos de representación*, lo llama. Es verdad que Irene ha empezado a ver algo de dinero de su primera novela, pero con diecinueve años tampoco es que nade en la abundancia y sigue dependiendo económicamente de sus padres.

En junio decidió que continuaría estudiando, pero a un ritmo más lento, precisamente para no hacerles a sus padres perder dinero con matrículas mal aprovechadas. La universidad no está hoy en día para malgastarla.

Por eso en septiembre, además de empezar a escribir su segunda novela, Irene irá también a algunas clases de segundo de filología inglesa, y por las tardes se dedicará a escribir. Así lo ha acordado con su padre pero, sobre todo, con su madre. Raquel se muestra siempre extremadamente protectora con ella. La saca de quicio. Con cuatro años menos, Eva tiene mucha más libertad. No sabe por qué, es así desde que tiene uso de razón. De esto le está hablando a Román cuando el camarero, vestido como esos camareros antiguos de las películas, con camisa blanca y pajarita, les trae las bebidas. Barceló con limón para Irene, Seagrams con tónica para Román. *¿Qué ha sido del Redbull?*, pregunta él. *Lo reservo para las ocasiones especiales*, contesta ella, socarrona, aunque sabe que la ocasión merecería Redbull y Don Perignon si hiciera falta. Cualquier rato con Román es para ella una fiesta. Las conversaciones íntimas surgen a menudo desde que se conocieron. A los dos les resulta fácil y casi una necesidad hablar sin tapujos de sus pequeños dramas familiares. Se dan consejos y se escuchan como lo harían dos buenos amigos. Eso es algo que a Irene le fascina de su agente: la capacidad que tiene de ser transparente y mostrar su vulnerabilidad, pero al mismo tiempo esa firmeza que demuestra a la hora de confortarla. Nunca había conocido a un chico que la hiciera sentirse tan segura a su lado, a la vez que empoderada. Sabe que si Román la impulsa, llegará donde quiera. Sencillamente, lo siente en la boca del estómago y en las puntas de los dedos de los pies, que le hacen cosquillas mientras le escucha contar historias de su padre, de quien parece haber heredado la valentía y la lealtad. Porque Román Gálvez es un tipo leal con los demás y fiel a sí mismo. Y esa integridad no la tienen los chavales de su edad, piensa Irene.

No es tarde cuando se levantan de la mesa. Esta vez no van a bailar a un garito de mala muerte ni piensan llegar rodando hasta el portal de Irene. Sin embargo, les cuesta separarse tras dar un paseo hasta el piso de él, en Fernando VI. El agente es perfectamente consciente de que entre los dos hay una química ineludible. Lo percibe en las entrañas como algo visceral, incontrolable. Y a Román Gálvez no le gusta perder el control. Ella le mira a los ojos con esa mirada verde fondo de mar que le pone los pelos como escarpias. Están cerca, muy cerca, a punto de darse dos besos para despedirse. Pero él no quiere darle ni siquiera un beso en la frente ni un apretón de manos. Cualquier contacto con su piel supone un riesgo grave de no poder volver a separarse de ella, de perder el control del todo. Irene es muy joven y él jamás pensó enamorarse de una chica así.

—Román… Yo… —Empieza a hablar poniéndose de puntillas y acercando sus labios peligrosamente a los de él.— Tú y yo… —No puede permitírselo, se está acercando tanto que el agente entra en pánico y su única reacción posible resulta ser la más inesperada. Se da la vuelta, introduce la llave en la cerradura y se escabulle dentro del portal murmurando un «ya hablamos, Irene, me tengo que ir».

Irene se queda petrificada cuando le ve largarse con esa frialdad tan ajena a lo que es él, a lo que son juntos. No comprende el cambio de actitud y no sabe cómo reaccionar. Finge un «hasta luego» todo lo neutro que puede, pero se le encienden las mejillas de pura rabia antes de darse la vuelta despechada y alejarse calle abajo. Él prefiere no volver la vista atrás. Ella ha captado el mensaje.

Al atravesar el umbral de su apartamento alquilado, Román lamenta haber llegado tan lejos. Se sienta en el sofá de IKEA que compró hace un año por cuatrocientos euros, junto con el resto de muebles del salón y que es probablemente lo más valioso de toda la casa, y se sujeta la cabeza con ambas manos. Está mareado pero no

es por el alcohol. El alcohol le marea de otra forma, no le nubla la razón como le ocurre ahora. Sabe que Irene se ha marchado decepcionada, pero no solo por no haber dado un paso más en su relación, como hubiera sido lo natural; sino decepcionada como amiga. Porque en estos meses han intimado como amigos, tanto que Román le ha contado cosas que nunca había compartido con sus novias en el pasado. Y ahora, de golpe, pretende cortar esa intimidad por lo sano como si nunca hubiera existido, para que no se vuelva más densa y les envuelva a los dos como una masa informe con textura de *blandiblub—o de slime, para que Irene lo entienda,* piensa—. Para que las palabras *somos* y *juntos* desaparezcan de su cabeza. Y le duele. *Joder*, que si le duele.

En la cocina se prepara un pacharán con hielo mientras se le ocurre el poco glamour que tiene el pacharán para ahogar las penas. Pero es que no le gusta el güisqui ni tampoco tiene un mueble-bar con cubitera y vasos de vidrio grueso tallado. Solo tiene una cocina *office* impersonal y una cubitera de plástico duro azul en el congelador. Los hielos chocan entre sí dentro del vaso, emitiendo un agradable sonido que rompe el silencio del piso. Medio en penumbra, con la bombillita del extractor de humos como única iluminación, se toma el pacharán prácticamente de un trago de pie en la cocina, tratando de convencerse de que ha hecho lo correcto. Luego se quita las zapatillas, los pantalones y la camisa para darse una ducha, pero de camino al baño unos golpecitos en la puerta le sobresaltan. No es una hora normal para que llamen a tu puerta, lo sabe de sobra. Aun así, evita pensar ni por un momento en quién se va a encontrar al otro lado, y va a abrir en calzoncillos.

—No me creo que seas de los que duermen con calcetines.

Irene Alonso está plantada en el descansillo de su casa, con los ojos enrojecidos por haber estado llorando y media sonrisa torcida. Le mira desde abajo con ojos de perro pachón, al tiempo que se

muerde un poco el labio inferior antes de volver a hablar. Román se ha quedado mudo.

—¿Me vas a dejar entrar?

Y es en ese preciso instante cuando la razón abandona el cerebro de Román, que ahora solo sirve para dar órdenes a los distintos miembros de su cuerpo: *extiende los brazos, tómala por la cintura, atráela hacia ti, baja la cabeza, pega tus labios a los suyos, bésala muy dentro y elévala. Coloca sus piernas alrededor de tu cuerpo mientras la agarras del trasero y te la llevas a la cama.* Y él, obediente y rendido por completo a los dictados de la piel, hace lo que su cerebro embriagado de deseo le ordena.

Segundos antes de besarla recuerda aquella escena de *El hombre tranquilo* en la que John Wayne besa a Maureen O'Hara en la puerta de una cabaña en medio de la tormenta. *A la mierda*, se dice un instante antes de introducir la lengua en su boca, que ella recibe con un gemido casi de alivio. De golpe, las palabras *somos* y *juntos* cobran más sentido que nunca.

—Tu madre te va a matar —le dice Román antes de lanzarse enredados sobre la cama.

—No, Román… —gime ella—, mi madre te va a matar.

Un café humeante reposa en el regazo de Irene, que acaba de sentarse con las piernas cruzadas sobre el sofá de IKEA vestida con la camisa de Román como única prenda. Él estaba aún dormido cuando se ha levantado, y le ha dejado en la cama porque le apetecía ese momento a solas. Echarse su camisa blanca sobre los hombros como ha visto en tantas películas románticas, prepararse un café y disfrutar cotilleando la casa de ese chico encantador que le tiene robado el corazón. No puede estar más feliz. Está tan contenta que ni siquiera le molesta que su padre la llame a esas horas para preguntarle dónde ha pasado la noche. Mantiene una breve conversación con él, susurrando para no despertar a Román, tan solo para decirle que está bien y que no se preocupe, que está en

casa de un «amigo». Sabe que su padre no la va a juzgar, y también que es capaz de detectar a una legua de distancia esa felicidad postcoital que ella emana. No le importa, con su padre no le importa.

Román aparece en el umbral de la habitación en calzoncillos e Irene le mira embelesada por lo bien que le sienta la luz de la mañana a su piel. Anoche no tuvo tiempo de verle bien en la penumbra, así que se recrea en su torso, que es de esos en los que dan ganas de quedarse a vivir. En sus piernas delgadas y torneadas, más peludas de lo que esperaba, pero estupendas en cualquier caso. Él se agacha y la besa despacio, introduciendo una mano en la camisa semiabierta para agarrarle la cintura y rozarle sutilmente el pecho desnudo. *Me pones cardíaco perdido*, le dice. *Buenos días*, contesta ella. Él se percata de que está a punto de derramar el café que ella sostiene, y que está ardiendo, así que se separa.

—¿Queda un poco de eso para mí?

—Claro, pero huevos revueltos no te he preparado. Ni tortitas, no flipes que esto no es *Love Actually*.

—No hace falta, con la camisa ya has suplido todas mis fantasías más oscuras a lo *Pretty Woman*.

—¡Ey! No te pases, ¡que soy pequeña pero sé que Julia Roberts era puta!

Román se va a la cocina carcajeándose al tiempo que ella se pone de pie y se pasea por el salón para pararse en una estantería repleta de libros. Ejemplares de autores que conoce pero que nunca ha leído. Y piensa que ese tío cada vez le gusta más, cuando él aparta su larga melena negra para abrazarla por la cintura a su espalda y darle pequeños besos en el cuello.

¿Los has leído todos?, le pregunta Irene. *Por supuesto, ¿y tú?* A Irene le da vergüenza confesar que no ha leído ninguno. *Alguno sí*, miente. Román la mira con fingida desconfianza tratando de levantar una ceja en una mueca tan ridícula que les da la risa a los dos. Se

acerca a la estantería y empieza a escoger libros al azar, que va colocando en las manos de ella formando una montaña. De pronto, el peso de Jean Paul Sartre, Albert Camus, Boris Vian y hasta Marcel Proust le encorva la espalda.

—Vale, lo he captado, vamos a hacer un club de lectura de literatura francesa del siglo XX.

—Exactamente. Chata, no sabes dónde te metes.

—Menudo elenco, ¿te falta alguien?

—Pues si nos vamos un poco más atrás, podías leer a Zola, Flaubert, Stendhal… ¿Te gusta la poesía?

—Bueno.

—Pues entonces Baudelaire y Rimbaud también.

—¡Prepárame una carretilla! ¡Póngame tres kilos y medio de franceses! ¿Y no hay mujeres?

—Hay, hay… ¿Te pongo a Beauvoir?

—Si no es molestia…

20
Con un solo dedo

La Plaza de Peñuelas es una parrilla lista para freír huevos en el asfalto cuando me bajo del taxi que me ha llevado desde Atocha. Sé que la distancia a recorrer a pie es ridícula, nunca tomo taxis al aliguí, pero estoy nerviosa y hace mucho calor. Desde que Gabriel me convocase a una reunión familiar, no he sido capaz de dormir tres horas seguidas. Arnau no ha ayudado, no. Se cerró en banda tras una discusión que tuvimos, como solo él sabe encerrarse entre muros de hielo, al más puro estilo *Frozen*. Si no estuviera tan cabreado le cantaría eso de «suéltalo, suéltalo…» Pero es que lo de Gabriel ha sido la gota que ha colmado el vaso.

¿Qué quiere ahora ese gilipollas? me dijo cuando le conté que tenía que ir urgentemente a Madrid. *Te vas diez días de viaje el lunes, ¿y vas a pasar el fin de semana con tu ex? ¿Sabiendo que no estamos bien?* Es cierto, me marcho diez días a Escocia a trabajar en varias granjas. No estamos bien y solo se me ocurre largarme a toda prisa a casa de mi exmarido, con el que, por otra parte, fantaseo

sexualmente desde hace tiempo. Bien, bien, no está, lo reconozco. Pero no puedo parar esto, solo estoy dejándome llevar por una corriente tan fuerte que me arrastra hacia él irremediablemente, hacia un desenlace tan incierto como mi relación con Arnau, que hace aguas por todas partes. De todas formas este año ni siquiera hemos planeado las vacaciones juntos. No tenemos ningún plan. *¿Qué nos ha pasado? ¿Y qué le pasa a Gabriel?*

He llegado pronto a la cita. Parada en el portal de mi antigua casa, miro el reloj para asegurarme de que pasan los segundos. Pero claro, el reloj no está en mi muñeca, está en casa de Gabriel. *Mierda*. Entonces, recuerdo nuestro encuentro fugaz, tan atropellado y excitante que no tuve tiempo de pensar dónde me metía. El encuentro con el que sueño a veces y me despierto sudorosa y húmeda en mitad de la noche. Con Arnau inocentemente durmiendo a mi lado. Es una obsesión. Sin embargo, no estoy aquí por eso. No me ha llamado para recuperar el reloj ni para echar un polvo. Están implicadas mis hijas también y la duda me reconcome por dentro. Los segundos parecen eternos cuando decido pulsar el telefonillo ya sin importarme la hora. Se me queda pegado el dedo índice al botón plateado hasta que Irene contesta. *Hola, mamá, sube*. Me dice muy seria.

En el velatorio de mi padre el año pasado había más buen rollo que en ese salón. La primera persona que veo nada más entrar es a Eva.

Se hace un ovillo en una esquina del sofá de terciopelo, como si quisiera desaparecer, con la cara hundida entre las rodillas creyéndose que así no la veremos en el juego del escondite. Pero no está jugando. Emite un sollozo quedo. Verla así me parte un poco el corazón. Miro a mi izquierda y encuentro a Irene sentada en la alfombra con las piernas cruzadas mirando al infinito. Su expresión es la del desconcierto de alguien que acaba de despertar de un coma profundo y no reconoce a su familia. Parece preguntarse qué

hace aquí mientras su mente está en cualquier otra parte. Por último, frente a mí, fumando un cigarrillo y con la mirada perdida en sus pies descalzos está Gabriel. Siempre me ha gustado su forma de agarrar el cigarro con la mano cerrada y todos los dedos juntos, como tapándose la boca cada vez que da una calada. Resulta muy sexi. Al expulsar el humo, hace aritos, los mismos que años atrás me enseñó a hacer a mí, poniendo una boquita de piñón del todo irresistible. Parece más delgado y se ha cortado el pelo, lo lleva rapado bastante apurado, y está guapísimo así.

No puedo evitar fijarme en estos detalles a pesar de lo espeso y enrarecido que se respira el aire de la habitación. Los sollozos de Eva se confunden con el zumbido del ventilador de techo dando vueltas. Nadie dice nada. *¿Qué está pasando aquí?*

—Raquelita, siéntate anda. —Gabriel levanta la vista y me penetra con su mirada verde agua.

—No quiero sentarme, ¿vais a decirme qué ocurre?

—Siéntate, por favor mujer. ¿Quieres una cerveza fresquita? Se te ve acalorada.

—Hace como cuarenta y cinco grados ahí fuera. Por amor de Dios, ¿qué está pasando? ¿Es Eva? Eva hija, ¿no estarás…?

Al escucharme dirigirme a ella, Eva deja de sollozar y empieza a llorar a lágrima viva, desconsolada. Irene no llora. Sigue con la mirada perdida, como si no fuera con ella. Me acurruco al lado de mi hija pequeña y la abrazo, en vista de que nadie parece tener intención de hacerlo.

—No, cariño. No es Eva.

—No me llames cariño, joder Gabriel, y suéltalo de una vez, coño.

—No es tan fácil, preferiría que no estuvieras tan alterada…

—Mierda, tío. Deja de jugar, ¿qué les has dicho? ¿Qué les pasa?

Gabriel se levanta y comienza a dar vueltas por la habitación como un tigre enjaulado, realiza movimientos mecánicos, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, por lo menos durante

dos minutos que parecen horas. Finalmente, apaga el cigarro en la maceta de un ficus y se queda parado, mirándome. El tiempo se detiene de pronto y, como si pudiera leerlo en sus ojos, por un instante sé lo que me va a decir antes de que ningún sonido salga de su boca. No sé cómo, pero lo sé. Y es lo último a lo que esperaba enfrentarme.

—Raquelita… Tengo cáncer.

—Ya me he dado cuenta, no sé cómo, pero me lo estaba imaginando… ¿Qué cáncer?

—De páncreas.

—¿Pan-cre-as? —contesto remarcando cada sílaba como si así pudiera masticarlas y tragarme la palabra hecha pedazos.

—No es muy frecuente y aún soy joven para que esté avanzado. La cosa se pone más fea si te lo detectan más mayor… O eso dicen.

Respiro profundo, pero el aire no llega del todo a mis pulmones. El corazón se me acelera.

—¿Y qué te van a hacer? ¿Cuál es el pronóstico?

Gabriel inspira hondo y aprieta los párpados antes de seguir hablando. *Mierda, no son buenas noticias*.

—En principio, estoy con un tratamiento nuevo de quimio que parece que va muy bien. La probabilidad de que sobreviva al menos cinco años es del cuarenta por ciento.

—Mierda.

—No está mal, Raquel. Eso quiere decir que de cada cien personas, cuarenta viven al menos cinco años.

—¿Y en el peor de los casos?

Eva, que se había tranquilizado un poco, vuelve a moverse espasmódicamente entre mis brazos y a soltar gemidos de dolor. Está claro que lo que va a decir Gabriel ya lo ha escuchado antes.

—Si el cáncer se ha diseminado a órganos o tejidos circundantes, la tasa de supervivencia a cinco años baja al trece por ciento.

—Hostia.

—Sí. Una hostia muy gorda. Pero es muy improbable porque me lo han cogido a tiempo —esboza una sonrisa forzada al decir esto, como si no se lo creyera ni él.

Busco con la mirada a Irene, que sigue sin decir nada ni mirarme siquiera. Deduzco que está en *shock*. Siempre ha estado mucho más unida a su padre que a mí. Intento entender lo que atraviesa su mente mientras yo misma me esfuerzo por digerir la noticia. Y por más que mi fría mentalidad de profesional de la salud pueda ayudarme en determinadas situaciones, esta vez no me sirve. Esta vez no es mi gata, es el padre de mis hijas y probablemente el hombre que más me ha marcado en mi vida quien se va a morir de cáncer. Porque se va a morir. Él lo sabe y ahora yo también. Y esa certeza hace que me empiece a costar respirar. Las paredes de la habitación se estrechan y esta comienza a menguar, como en aquella novela de Boris Vian que le gusta a Arnau. Se cierran a mi alrededor oprimiéndome el pecho, y lo único que puedo hacer es abrazarme a Eva y balancearme rítmicamente con ella como si estuviera en trance. ¿Por qué no recuerdo el título de esa maldita novela? Por un momento imagino que estamos meciéndonos por las olas en un velero en mitad del mar y, como siempre que monto en barco, empiezo a marearme. Cierro los ojos para no mirar a Gabriel, que parece el menos afectado de los cuatro.

Irene se levanta de un salto inesperado y empieza a gritar improperios contra el universo, aunque me da la sensación de que se dirige a su padre y a mí.

—¡¿Pero qué mierda es esta?! ¡Para una vez que empiezan a pasarme cosas buenas en la vida! Papá ya te vale… Ya podías haberte cuidado un poco más, hostia ya, ¡que tienes sesenta tacos y vas por la vida poniéndote hasta las patas de todo!

—Irene, para el carro, ¿qué estás diciendo, hija? —le espeto—. Ya eres mayor para reaccionar así, no seas egoísta. ¡Es tu padre el que está enfermo!

—Deja que lo suelte, Raquelita, déjala.

—¡Que no me tratéis como si fuera gilipollas! —Coge la puerta y se va a la calle. A los dos segundos vuelve a entrar, se mete un paquete de tabaco y un mechero en el bolsillo y se vuelve a marchar. Ni siquiera lleva zapatos.

—¿De qué está hablando esta niña? ¿Qué cosas buenas de su vida? ¿Estamos locos o qué? ¿Y desde cuándo fuma?

Gabriel se encoge de hombros. Al menos Eva ha dejado de llorar. Me revuelvo el flequillo compulsivamente, respiro hondo varias veces para calmarme pero solo consigo hiperventilar y que la ansiedad aumente.

No tengo ataques de ansiedad desde que nos separamos, pero el pánico me está emponzoñando el cerebro y mis pulsaciones parecen las de un corredor de los cien metros lisos en plenas olimpiadas. Me separo de Eva despacio ahora que siento que está más tranquila y me levanto hacia Gabriel decidida. Mis pasos me llevan hacia él como un imán y él, que no se lo espera, da un pequeño salto hacia atrás en un acto reflejo, temiendo que le vaya a soltar un sopapo o algo así. Pero no, me pongo de puntillas y me cuelgo de su cuello para abrazarle como cuando era una cría y él lo era todo. Solo que ahora el crío parece él, que se ha hecho pequeñito de repente.

—Lo siento tanto, tanto… —le susurro al oído.

Él hunde la cara en mi pelo y me aprieta contra sí.

—Tranquila, Raquelita, está todo bien. —Contesta.

Eva viene a unirse al abrazo y los tres nos quedamos enganchados unos segundos. Suspendidos, flotando en esa minúscula galaxia que somos. Familia. Y el odio, el resentimiento, el dolor, la ira; incluso el deseo que vengo sintiendo últimamente, dejan de existir. Porque a él le queda poco y yo soy una de las personas que más le ha querido en su vida.

—Qué pena que no está Irene —dice Eva.

—Déjala, cariño, esto no es lo que le toca vivir ahora. —Gabriel parece muy seguro de lo que dice.

Yo no tengo la menor idea de qué está hablando, pero sospecho que hay algo que él sabe y yo no. Con Irene hace tiempo que ando muy perdida. Solo espero que pase pronto la adolescencia tardía y vuelva a mí, como les suele ocurrir a todas las hijas y madres del mundo.

Eva se excusa un momento para ducharse porque va a salir a dar una vuelta con unas amigas, para despejarse, dice. Gabriel le pide dos cosas: que no hagan grafitis donde las puedan detener, y que no se emborrache. Le miro enarcando las cejas tanto que me llegan al nacimiento del pelo. *Genial, vaya tela con mis hijas.* Él me propone acompañarme al hotel dando un paseo. *Está casi en la acera de enfrente, Gabriel*, le digo. *Pues damos un paseo por Madrid Río, ¿te apetece?* Pregunta, no afirma. Raro en él. Pienso que no conozco a este hombre, no en estas circunstancias. Así que me voy con él. En la puerta veo las sandalias de Irene y recuerdo que se ha marchado descalza a la calle, y aún no ha vuelto cuando atravesamos el portal y una bocanada de aire caliente nos abrasa la cara.

—¿Estás seguro de que quieres pasear?

—Completamente seguro.

Buscamos la sombra hasta llegar a Madrid Río, donde se está mucho más fresco. *Bendita obra faraónica que los madrileños aún están pagando con sus impuestos*, pienso mientras observo a los niños jugar bajo los chorros de agua que hay en el parque. Paramos en un quiosco a comprarnos un helado. En todo el camino apenas hemos cruzado un par de palabras. Nos limitamos a andar, una al lado del otro en silenciosa compañía. Quizás es lo que él necesita ahora. Yo no sé lo que necesito, pero la cotidianidad de tomarme un helado una tarde de verano con Gabriel me tranquiliza. Y eso que hace más de diez años que no hacemos juntos nada parecido.

—Dicen los médicos que no hay una componente de genética en este cáncer, y que la diabetes no ayuda. —Gabriel me saca de golpe de mi falsa sensación de normalidad. Seguramente él no deja de pensar en el mismo tema día y noche.

—¿Qué diabetes?

—La mía.

—Si tú no has tenido diabetes en la vida.

—La tengo ahora.

—No sabía nada.

—¿Qué vas a saber? Si hace años que prácticamente no me diriges la palabra.

—Lo cual tú solo te ganaste a pulso, desgraciado.

—Raquelita, qué carácter, hija…

—Perdooona, ¿qué diabetes?

—Que me salió diabetes hace unos años. De tipo uno, de la de tomar pastillas. Pero para el cáncer de páncreas se ve que va genial… Bueno, eso y la mala vida, ya sabes.

—Sí que lo sé, sí. Pues vas a tener que empezar a cuidarte.

—¿Tú crees? ¿Para qué?

—Joder, Gabriel.

—¿Te acuerdas cuando decíamos que si nos diagnosticaban una enfermedad terminal nos daríamos al *caballo*?

—Hostia, no hablábamos en serio…

—Entre eso y el cóctel de venenos que llevo en el cuerpo no hay mucha diferencia: Gencitavina, Abraxane… ¿Sigo? Pasarme a la heroína no iba a ser mucho peor.

—Mierda, no me está gustando esta conversación. ¿Podemos hablar de algo más animado?

—¿Como qué?

—Yo qué sé, coño. Igual mejor estábamos callados.

—¿Volvemos?

—Vale.

Es tan extraño estar con él a solas como si nunca hubiera pasado nada, que empiezo a sentirme incómoda. Quizás lo mejor sea volverme al hotel y hacer planes con mi madre y mi hermana para esta noche. Quizás lo mejor sea tomar distancia, vivir esto como algo ajeno a mí aunque me afecte. Pero, ¿hasta qué punto me es ajeno? Lo cierto es que Gabriel y yo manteníamos una relación no fría, sino gélida, hasta el día de su fiesta de cumpleaños. Nunca fue su intención, pero sí la mía. Casi diría que por prescripción médica, mi mecanismo de defensa desde la separación ha sido no acercarme a él más de lo necesario. Porque corría —corro— el riesgo de volver a ser abducida, de entrar de nuevo en su órbita. Él siempre lo ha respetado. Hasta ahora. Hasta la fiesta en el Círculo de Bellas Artes. Hasta que nuestros cuerpos han vuelto a encontrarse, a reconocerse en la oscuridad como si nunca se hubieran separado. Y de pronto, empiezo a atar cabos. Todo cobra sentido y ya estamos en la puerta de mi habitación cuando me doy cuenta.

—Esto ya lo sabías. —Se lo digo a bocajarro.

—¿Esto? ¿El qué? ¿Cuándo?

—Que tenías cáncer. ¿Desde cuándo lo sabes?

—No sé… mes y medio creo.

—En tu cumpleaños. Lo sabías.

—Puede ser… Sí —titubea.

—Joder, Gabriel, cómo me la has jugado. —Le recrimino abriendo la puerta e invitándole a entrar.

Esta conversación no puede quedar así. Él atraviesa el umbral con la cabeza gacha, seguramente pensando en la explicación que me va a dar y sabiendo que, seguro, no me va a gustar. Lo primero que hace es encender el aire a diecinueve grados porque estamos achicharrados. Lo segundo, coger el vaso de cristal del baño y sacar del mueble bar una de esas botellitas de güisqui mini que hay en los hoteles. Sirve un dedo en el vaso y me lo alcanza; él se queda con la botellita y le da un trago a morro con esa determinación tan típica

de Gabriel. Acepto el vaso y me siento en la cama; se sienta a mi lado y me invita a brindar con lo poco que le queda al fondo del vidrio.

—Güisqui, ¿eh?

Como en los viejos tiempos, ¿y por qué narices brindamos?

—Por los reencuentros al filo de la muerte.

Un escalofrío me atraviesa el espinazo y es como si alguien me retorciese el corazón para escurrir la poca sangre que bombea en ese momento. Doy un sorbito al güisqui, le miro a los ojos con expresión de súplica y sin querer me pierdo nadando en sus aguas esmeralda. Me está matando lentamente.

—¿Por qué haces esto?

—Porque no sé cuánto tiempo me queda.

—Es muy egoísta. Yo tengo una vida, Gabriel.

—Si no quieres estar aquí conmigo, solo tienes que decirme que me vaya y me iré.

Le miro incrédula y cada vez más cabreada con su demagogia barata. Pero, *joder*, está tan guapo…

—Raquel, eras la persona más importante de mi vida y te dejé marchar. Digamos que gracias al cáncer estoy haciendo examen de conciencia. No te quiero lejos, y me arrepiento de muchas cosas.

—Puf, menudo cliché. Y eso, ¿en qué lugar me deja a mí?

—En el que tú quieras estar.

—Es que no sé si esperas que vuelva contigo corriendo para ser tu enfermera y estar a la vera de tu cama tus últimos días. —Le suelto, apretando los dientes. Y nada más decirlo, sé que me he pasado tres pueblos. —No es justo, Gabriel, yo he rehecho mi vida.

—Pero no estás contenta con ella.

—Vete a la mierda.

—Sabes que la pared que nos separaba se ha hecho pedazos. Tú misma la has derribado porque has querido.

—Porque ejerces un poder sobre mí que no es sano, Gabriel, desde que era una niña. Te estás aprovechando de mí para no estar solo en estos momentos, y me la has jugado. Tú sabías que esto iba a pasar, como siempre. Porque sabes que me puedes dominar con un solo dedo.

—Con un solo dedo… —dice con una sonrisa traviesa.

—Vete a la mierda.

Estoy furiosa, pero al mismo tiempo no soy capaz de echarle de mi habitación. Me toma la mano y acaricia suave la palma, como haciéndome cosquillas, y me gusta. Hay algo nuevo en este Gabriel que me gusta y que no se parece al de antes. Nunca le había visto vulnerable. Me pregunto si en realidad no era yo la fuerte, la que le sostenía, la que daba sentido a su vida. Siempre lo había visto a la inversa, rechazando esa dependencia tóxica que me ataba a él y que me llevó a pasar años sin atreverme a dejarle, tomando decisiones equivocadas como casarme y tener dos hijas juntos. Pero ahora, viéndolo todo con distancia y, sobre todo, viéndole como la persona que es en realidad, con sus inseguridades, sus miedos, su soledad; me siento más fuerte que nunca. Y noto una punzada de placer justo en el centro de mi autoestima. Gabriel me necesita y eso me sabe a triunfo. *Qué mezquina me estoy volviendo.*

Buscando alargar esa sensación de superioridad que nunca había tenido, tomo una decisión que aún no estoy calibrando lo cara que me va a costar. Porque en ese instante nada me importa. Es más que probable que en unos meses, con suerte unos años, él no esté en este mundo. Ese pensamiento me azota como un tsunami, me ahoga, nubla mi razón tanto que todo me da igual cuando tengo la certeza de que estoy a punto de entregarme a sus brazos con más ganas que nunca. Porque mi vida no es perfecta y hace mucho que nadie me toca del modo en que él lo hace; porque necesito sentirme deseada como si tuviera veinte años. Porque siempre será el jodido *cowboy* de *Thelma y Louise*. Y yo solo soy capaz de pensar en lo

mucho que le voy a echar de menos el día que ya no esté. Él se pasa la lengua por los incisivos como un vampiro afilando los colmillos. Siempre me puso a cien que hiciera eso.

—Maldita sea, Gabriel.

21
No es recomendable montar en ascensores descalza

Tras más de cuarenta minutos caminando sin descanso por el ardiente asfalto, los pies descalzos de Irene estaban encarnizados cuando se plantó en el portal de su agente. Había ido desde su casa sin zapatos, sin pararse a pensarlo. Poniendo el piloto automático y cuesta arriba, llorando a grito vivo, enajenada, recorrió los cuatro kilómetros que la separaban de él. La gente la miraba, algunos incluso le ofrecían su ayuda; pero Irene no podía contestar, solo caminar hasta Román. Es lo único que se le ocurrió al salir de casa así, en pleno ataque de histeria. Román es la única persona que pensó podía calmarla, hacer su magia y que todo pareciera mejor, más fácil, más llevadero. Como un ansiolítico en vena. *Román Trankilmazín*. Se reía sola como una enferma mental antes de entrar en el portal, que por el día estaba casi siempre abierto, y subir las escaleras andando —*no es recomendable montar en ascensores*

descalza, le decía Arnau de niña cuando iban de vacaciones a la playa; y justo ahora lo recordaba—.

Román no tenía en mente volver a verla hasta pasados unos días, todo había sido demasiado intenso y habían decidido que poner un poco de tierra de por medio deceleraría el ritmo frenético de su relación. Por eso cuando abrió la puerta lo primero que sintió fue sorpresa, pero de las agradables. Lo segundo, estupor al ver sus pies desnudos. Y lo tercero, una necesidad imperiosa de abrazarla, de recogerla y recomponerla como una muñeca de su hermana pequeña que hubiera perdido un brazo sin querer. Tiró de ella, suave pero con firmeza, y la metió en casa dando un portazo sin pretenderlo que les sobresaltó a los dos. Al entrar, Irene se desplomó en el suelo desmadejada, abrazándose las rodillas sobre las frescas baldosas de terrazo. Las plantas de sus pies estaban negras como un tizón y en los talones se adivinaba algún pequeño corte que sangraba. *¿De dónde coño venía?* Román la miraba desde arriba sin reaccionar, imaginando toda clase de atrocidades que podían haberle acontecido. Huelga decir que la palabra «violación» fue la primera en acudir a su mente a pesar de no atreverse a formular ninguna pregunta que pudiera aludir a algo tan horripilante. Cuando se decidió a hablar, su voz sonó más grave que de costumbre.

—Irene, por Dios, ¿qué te ha pasado? —pero solo obtuvo su mutismo por respuesta—. ¿Por qué… Por qué vas descalza? —Y sabía que si la habían violado esa no era la pregunta más relevante que debía hacerle—. ¿Irene? ¿Me vas a contar algo?

—Mi padre… —dijo de pronto con un hilo de voz—. Mi padre se va a morir.

Román cada vez entendía menos.

—¿Así, de repente?

—Es cáncer, Román, uno de los malos.

Con que era eso… Román casi suspiró de alivio, no sin sentir una pizca de culpa. Soltó todo el aire que contenía retenido en sus pulmones y sus hombros se destensaron.

Vale que si tu padre tiene cáncer es una putada muy gorda, de hecho, si fuera el suyo probablemente él mismo estaría roto. Pero verla llegar a su casa así, con los párpados inflamados por el llanto, los ojos enrojecidos, y los pies… Uno no se da cuenta de la importancia del calzado en su vida hasta que camina descalzo por la ciudad. ¿En qué coño estaba pensando? En ese momento se percató de que ella aún era prácticamente una niña. Una niña perdida y asustada.

—Levanta, anda, *hippie*, deja que te lave esos pies negros. —Torpemente, intentó darle un toque de humor a la situación. Irene no estaba ni de lejos para bromas.

—Vete a la mierda.

Hizo como que no la había oído. La levantó agarrándola de las dos axilas para obligarla a incorporarse y la condujo como pudo al baño, donde la sentó en un taburete y abrió el grifo del agua caliente de la bañera. Porque su piso era antiguo, de esos que aún tienen bañera grande y alicatado de los 70. Y así, dejándose hacer, Irene permitió que Román le lavase los pies con delicadeza, extendiendo el jabón con sus propias manos por los empeines, la planta y el talón. Primero uno y luego el otro, masajeando las partes más doloridas en las que ella hacía el amago de retirar el pie porque le escocía, entregado a su tarea como un padre baña a su bebé recién nacido. Cuidando de ella. Porque si había algo que Román Gálvez hacía bien era cuidar.

—No quería asustarte. —dijo sin reconocer su propia voz, que se escuchó como salida de las profundidades de un sueño.

—Pues lo has hecho, la verdad. ¿De dónde vienes descalza? —preguntó sin dejar de acariciarle los pies bajo el agua, aunque hacía rato que estaba tibia.

—De mi casa.

—¿De tu casa?… Pero si hay… Yo qué sé, ¡cuatro o cinco kilómetros!

—Pues mira, ya ves. He salido sin pensar. Pero el tabaco sí que he vuelto a entrar a cogerlo, fíjate.

—Irene…

Le miraba con ojitos de cordero degollado bajo ese flequillo negro y espeso que enmarcaba su hermosa cara. Qué guapa era y qué inmadura y vulnerable a la vez. Y cuánto miedo le daba tener tantas ganas de cuidarla. Se acercó a besarla en la frente, sin embargo ella le tomó las mejillas con ambas manos y le dio un beso en los labios, muy recatado al principio pero que se tornó anhelante enseguida. Le buscó con las manos, con la boca, con los pies. Hasta que Román perdió el equilibrio y los dos acabaron metidos en la bañera, vestidos y empapados.

—¿Y ahora qué? —dijo él.

—Habrá que quitarse toda esta ropa mojada. —contestó ella, que por momentos era una niña y por momentos otra cosa bien distinta. Como ir a la feria de pequeño, una puta montaña rusa. Todo eso era Irene Alonso. Por supuesto, Román no pudo resistirse a esa insinuación y lo que comenzó como un drama acabaría como su primera ducha juntos. Fuera lo que fuese que había entre ellos, aquello iba más rápido que un tren de alta velocidad.

Media hora después, Irene descansaba en el sofá envuelta en una escueta toalla con una tila en la mano. Román estaba enfrente, en *boxers*, con los pies cruzados y apoyado en su librería de clásicos de la literatura, bebiendo a morro de un botellín de Coca-Cola. Irene se deleitaba con las vistas. Le encantaba el torso de Román y observar cómo el líquido bajaba por su garganta mientras la nuez bailaba de arriba abajo al tragar. Cuando hubo apurado la última gota de refresco, a sabiendas de que ella no le quitaba ojo, le regaló una radiante sonrisa.

—Acábate eso, te vistes y te llevo a casa. Tu familia debe de estar muy preocupada. ¿Por qué no les llamas desde mi móvil?

—No te preocupes, no pasa nada. Mi padre ya me conoce y confía en mí.

—Te has ido sin zapatos hace casi tres horas, Irene…

—Te aseguro que tiene otras cosas de las que preocuparse ahora mismo.

Habían hablado un poco del cáncer de páncreas de Gabriel, y Román intentó infundirle ánimos para que no se pusiera en lo peor. Pero claro, lo peor era la posibilidad más certera. Al menos ella se había tranquilizado y empezaba a masticar la enfermedad de su padre como el niño que se come unas espinacas a disgusto, porque sabe que debe hacerlo para que no le castiguen sin postre. No tenía otra alternativa que asumirlo y no hundirse, ahora que le tocaba apoyarle. Todo esto le había dicho y parecía haber surtido efecto. Como siempre, las metáforas de Román le sonaban sensatas, lógicas dentro de lo ilógico que le parecía todo a su alrededor. Con sus palabras le pintaba un camino de baldosas amarillas para que supiera el camino que debía seguir.

—¿Por qué eres siempre tan bueno conmigo?

—Por el sexo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Román! Esto viene de antes, siempre me has cuidado.

Él se encogió de hombros como si su forma de ser no tuviese nada de particular. Le habían educado para ser empático y compasivo. Lo había visto siempre en su casa, el amor que su padre profesaba a su madre cuando enfermó iba unido a su ADN.

—Porque mi padre siempre dice que debemos tratar a los demás como nos gustaría que nos tratasen. Ya te he dicho que todo lo que sé de la vida me lo ha enseñado él. Es un buen tipo, supongo que será por eso. Cuido a la gente.

—Así que yo soy gente.

—Eres gente, sí, y una boba también. —Se sentó en el sofá de un salto a su lado para hacerle cosquillas. Irene perdió la toalla —y la vergüenza— por el camino y se dejó llevar, una vez más, por las aguas tranquilas de la piel de Román. Su agente, su amigo, su… ¿amante? Sonaba tan bien esa palabra para una chica de apenas diecinueve años… Sonaba tan madura…

—Ya sé lo que soy, soy tu amante.

—Lo que tú quieras, chata. —jadeó él, hundiendo la nariz entre sus senos para aspirar una vez más el dulce aroma que emanaba su desnudez.

22
No vamos a decírselo a mamá

Cuando quiere fumar en casa, Eva siempre va al cajón de la mesilla de su padre. Allí guarda el tabaco de liar que solo consume en raras ocasiones y siempre en la terraza, mayormente las noches de verano. Es consciente de que Gabriel sabe que fuma. Es un radar de la NASA para detectar tabaco, drogas o alcohol. Eva aún no ha cumplido los quince y no suele fumar, pero hoy está triste y piensa que un cigarro de liar la ayudará a desconectar de ese hondo pesar que la aplaca desde que su padre le ha dicho que tiene cáncer. El cigarro no va a hacerle nada, pero los adultos siempre fuman cuando están nerviosos, preocupados o tristes, se dice. Por algo será.

Ha estado con su amiga Marga practicando una nueva firma con los *sprays* que le regaló su padre por su cumpleaños en unos muros cerca de Madrid Río, pero hacía demasiado calor para estar en la calle y tampoco grafitear ha hecho el efecto analgésico que esperaba. Le sigue doliendo el alma igual.

Se recuesta en la hamaca de la terraza, esa que colocó su padre de lado a lado cuando eran pequeñas y le gustaba hacerse el hippie guay, y que ya está descolorida por el sol. Empieza a distribuir el tabaco por el papel, preguntándose dónde han ido sus padres juntos con lo mal que se llevan, y justo cuando lo lía y se lo enciende suena el timbre de la puerta. *Mierda.* Si es su madre, le va a caer una buena. Si su padre viene solo, no tanto, aunque ahora con lo del cáncer no sabe… Apaga el cigarro haciendo aspavientos con las manos para disipar el humo y corre a abrir, mirando primero por la mirilla. En el pequeño agujerito de la puerta ve las figuras deformadas de su hermana y un tipo mayor que no ha visto en su vida. Irene lleva unas chanclas que no son suyas. Eva abre.

—Hola hermana, ¿cómo estás?

—No mucho mejor que tú, cabrona, que has desaparecido hace tres horas en pleno marrón. Muchas gracias. ¿Y este quién es?

Joder, Eva, cuando quieres nadie te gana a desagradable, piensa Irene.

—Es Román Gálvez, mi agente.

Eva le pega un repaso de la cabeza a los pies con gesto de desaprobación. Le parece un viejo al lado de su hermana. Está bastante bueno, pero es un viejo. Sospecha que están liados, y también que a su madre no le va a hacer ninguna gracia.

—Hola Román, ¿te has encontrado deambulando descalza por la calle a esta chalada? Porque, que yo sepa, se ha ido sin sandalias y ahora vuelve con unas chanclas que le están enormes y no son suyas.

—Deambulando no. —contesta Román—, pero descalza sí que iba. Ahora está mejor. ¿Está tu padre? Me gustaría hablar con él.

Eva e Irene le miran al mismo tiempo como si pudieran atravesarle con un rayo láser en los ojos.

—¿Qué dices de hablar con mi padre? —le suelta Irene.

—Bueno… Quería que supiera que estabas conmigo, y en qué estado has llegado, Irene.

—Pues no me hace ninguna falta un niñero, Román. Si tengo algo que decirle a mi padre, ya lo haré yo.

—Bueno… Yo os dejo, que esta no es mi guerra. —dice Eva dándose la vuelta y volviendo a la terraza para seguir fumando el cigarro que ha dejado a medias. Irene y Román no pasan de la puerta.

—Creía que te gustaba que te cuidase…

—Así no, eso es ser un chivato, tío. No soy una niña.

Y como en eso tiene parte de razón, Román agacha la cabeza y calla. Si uno se pasa de paternalista y se lo dicen, lo asume y punto.

De pronto, el ascensor emite un chirrido agudo al parar en esa misma planta. Las puertas se abren y de él sale Gabriel, solo, pero luciendo una sonrisa en los labios que su hija no es capaz de descifrar. Se le borra de un plumazo al ver a Román en la puerta de su casa.

—Irene hija… ¿Cómo estás?

—Bien, papá, ¿y tú? ¿De dónde vienes tan contento?

—De dar una vuelta y despejarme las ideas.

—¿Y mamá?

—No sé… —titubea, francamente no se le da nada bien mentir a sus hijas—, la he dejado en su hotel hace ya rato. ¿No me presentas a tu amigo?

Irene se siente como cuando tenía siete años y le decía a la salida del colegio si no le presentaba a sus *amiguitos*. Se sonroja, desparrama la mirada por el descansillo sin saber qué hacer.

—Es Román Gálvez, mi agente. Román, mi padre, Gabriel.

Se estrechan la mano. Román tiene una forma firme de dar apretones de mano. Gabriel también. Se miden con la mirada mientras el aire se puede cortar con un cuchillo jamonero. Ella sabe que esta no es una situación normal. Su agente trayéndola a casa un

sábado, tres horas después de haber salido histérica y descalza. Muy normal, no es.

—Encantado. ¿Pasas o ya te ibas?

—No… No… Yo ya me iba. —Mira a Irene interrogante. Ella asiente despacio con la cabeza—. Me voy, sí. Solo he venido a acompañarla, estaba un poco afecta… Nerviosa… —No encuentra las palabras adecuadas, tartamudea—. Me voy ya, Irene, te veo el lunes en la oficina, acuérdate de que tenemos cita con la editora. Se despide seco y desaparece escaleras abajo. *Qué cagada*, piensa mientras sale del portal.

Irene y Gabriel entran en casa y su padre le pasa el brazo por los hombros. *¿Quieres una caipirinha fresquita?* Es el amo haciendo caipirinhas. *Joder, sí papá, qué guay.* Y cuando piensa que ya está libre de preguntas indiscretas, él se agacha un poco para decirle al oído: *¿Cuántos años tiene?* Su hija responde treinta y dos. *No vamos a decírselo a mamá, ¿vale?*, susurra. Y ella siente que tiene el mejor padre del mundo, mientras supura pena por todos los poros de la piel.

23
Cansada de cargar con esa mochila

Me he desvelado pensando en los mecanismos del deseo. Después de irse Gabriel, al que le pedí que me dejara sola y volviera a casa con nuestras hijas, me di una ducha purificante, dejando correr el agua tibia por todo mi cuerpo para eliminar todo rastro de él. Como si fuese a ver a mi marido después de hacer el amor con mi amante en una película de Hollywood.

Medio mojada y con la toalla del hotel enrollada, me tumbé en la cama y caí en un profundo sueño del que me he despertado, congelada por el aire acondicionado, a las cinco de la madrugada. Y pensando en el deseo. Tratando de entender cómo funciona y cuáles son sus resortes. Tengo cuarenta y cinco años y creí que ya no sería capaz de volver a desear como deseo a Gabriel. Mi cuerpo ha cambiado, mi relación con Arnau ha cambiado; yo he cambiado. Y no pasa nada, lo asumo. El deseo en las relaciones largas, y con la

edad, cambia. Pero no. Ahora me doy cuenta de que estaba equivocada porque mi deseo hacia Gabriel se mantiene intacto y tan vivo como a los veinticinco. Pero, *¿por qué?*

Como no iba a conseguir llegar a ninguna conclusión dando vueltas en una cama que aún olía a él, he decidido salir a correr antes de que amanezca, con la fresca. Así que me he calzado mis zapatillas de *running* último modelo carísimas de Nike —unas que Arnau me regaló en cuanto salieron al mercado y que tenían lista de espera y todo— y, vestida únicamente con un *top* y un *minishort* de tejido ultra transpirable, he salido del hotel de noche corriendo hacia Madrid Río.

Por un momento se me ha pasado por la cabeza llamar a la única amiga que tenía en el trabajo cuando vivía en Madrid después de separarme; pero seguramente esa chica ahora tenga niños pequeños y obligaciones que no le permitirán salir a correr de buena mañana.

Una hora después el sol ya empieza a calentarme el rostro cuando subo por Santa María de la Cabeza sintiendo la tentación de pasar por la Plaza de Peñuelas. Porque, de alguna forma bastante retorcida, mi deseo me empuja a volver a ver a Gabriel y ahora sé que no quiero solo hablar. Quiero que me acaricie otra vez, que me bese cada resquicio de piel con sus labios carnosos. Deseo apretar con mis manos sus nalgas duras y sentir sus embestidas al ritmo de mis caderas. Por más que lo piense, aunque creía que sí, no controlo los mecanismos del deseo.

Miro mi muñeca, y esta vez sí, ahí está el reloj de pulsera de Montse, la madre de Arnau. Gabriel me lo devolvió por la tarde. Son las siete de la mañana y me acabo de dar cuenta de que desde mediodía de ayer no he probado bocado, así que escojo uno de los mil bares que hay por la zona para tomar lo que más me apetece: un café con leche en vaso y unos churros en condiciones; no como los que hacen en Barcelona. Por lo visto el síndrome de Estocolmo me está calando hasta los huesos.

El churro empapado en café se reblandece en mi boca al mismo tiempo que mi cerebro. Porque desde hace casi veinticuatro horas no me importan las consecuencias de lo que me está pasando, a pesar del daño que sé que le voy a hacer a Arnau si se entera de todo esto. Y me engaño a mí misma como hacemos algunas mujeres siempre que somos infieles, diciéndome que esta historia no tiene nada que ver con Arnau, que es un tema mío, privado, que necesito resolver sola. Que no le va a afectar a él, que esto forma parte únicamente de mi vida. Pero no es así. Aunque sea como daño colateral, claro que le va a afectar. A veces nos engañamos pensando que nuestras acciones se encierran en burbujas estancas, cuando en realidad esas burbujas, volando por el aire, se encuentran, se juntan, se meten unas dentro de otras. Nunca, nunca, se mantienen estancas.

Aún no me he terminado el café cuando me vibra el móvil dentro de la riñonera. Pego un salto de la banqueta que me sostiene en la barra de este bar tan castizo, y el camarero me mira raro por encima de unas profundas ojeras. Cuando lo consigo sacar estoy aterrorizada pensando que va a ser Arnau, que me ha leído el pensamiento a seiscientos kilómetros de distancia. Y sabiendo que eso es imposible y menos un domingo a las siete y media de la mañana, miro la pantalla con los ojos entrecerrados por si acaso. La palabra que veo iluminada es casi peor que la otra opción. Es Gabriel. Contesto, cómo no hacerlo.

—Buenos días, ¿qué haces levantado a estas horas?

—¿Y tú?

—Me he desvelado y he salido a correr, ¿cómo estás?

—Con cáncer como ayer, pero bien.

—¿Qué quieres, Gabriel? —recupero la compostura y me pongo a la defensiva por si acaso.

—Quiero verte, para hablar de cómo vamos a gestionar todo esto, para contarte que Irene ayer…

—Hombre, Irene —le interrumpo—, la que se las da de adulta y en el peor momento decide comportarse como una niña de cinco años, ¿esa Irene?

—Raquelita, no seas tan dura con la chavala, lo está llevando muy mal.

—Lleva muchos años llevando muy mal muchas cosas, y yo ya estoy cansada de cargar con esa mochila, Gabriel, no puedo con más culpa, lo sabes.

—También podemos hablar de la relación que tienes con tu hija, si así lo deseas, pero ven a casa, por favor.

Ese «por favor», ese «ven a casa», solo implican dos cosas: una, él sabe que voy a ir solo con chasquear los dedos; y dos, lo más probable es que acabemos en la cama. Vale, bien. La mañana se está desarrollando justo como esperaba y el engranaje del deseo se ha vuelto a poner en marcha. Sin sorpresas.

—Ok, deja que pase por el hotel y me dé una ducha. Hago el *check-out* y voy para allá en un par de horas.

—Gracias, Raquel.

Cuelgo sin despedirme. Pago al camarero soñoliento y me voy directa a la ducha sin la esperanza de que el agua me aclare las ideas. Ya sé que con Gabriel el deseo no funciona así. No se frena cuando yo quiero, sino cuando se satisface.

24
You made me feel fucking alive

(Barcelona, 2015)

Un Dave Grohl madurito pero en plena forma destrozaba sus cuerdas vocales en el estribillo de *Hey, Johnny Park!* cuando la primera gota helada cayó sobre la nariz de Raquel. En pleno éxtasis como estaba, dando saltos como una rana y dejándose llevar por los empujones de la gente en la primera fila de aquel concierto de los Foo Fighters, pensó que, probablemente, era el sudor de alguien más alto que ella lo que le había salpicado. Así que siguió bailando, flanqueada por Marian y Arnau que hacían lo propio. La segunda gota fue más grande y se estampó en su frente; a esta la siguieron una tercera, una cuarta y doscientas gotas más en lo que se convirtió en un auténtico chaparrón.

Cuando se quiso dar cuenta, el pelo largo de Dave Grohl estaba empapado y se le pegaba a la cara mientras movía frenéticamente la cabeza de lado a lado. Raquel veía el escenario a través de una espesa cortina de agua y el estruendo de las guitarras se le antojaban los truenos de aquella tormenta. Por un momento pensó que se iban a electrocutar tocando esas guitarras eléctricas bajo la lluvia. Y ella misma sintió la electricidad recorriéndole el cuerpo mientras coreaba una de sus canciones favoritas. Miró a Arnau pensando que se estaba volviendo loca, que calarse hasta los huesos igual no era tan buena idea; pero encontró en él lo mismo que ella estaba sintiendo. Le vio expulsar el humo de su cigarro mientras cerraba los ojos balanceándose en trance y levantaba el rostro hacia el cielo para recibir aquella lluvia inoportuna, que no hacía sino intensificar las sensaciones, haciendo que el rock sonara más fuerte, más rabioso. Y se sintió tan viva que no quiso que aquel momento mágico acabase nunca.

El chaparrón duró lo que duró el concierto, ni un minuto más, ni un minuto menos. Como si estuviera programado, solo dejó de llover cuando Grohl alzó su guitarra por encima de la cabeza gritando «Gracias Barcelona», antes de abandonar definitivamente el escenario. Y fue justo en ese instante cuando Raquel notó que la mano de Arnau agarraba su cintura, pegándole a la piel la camiseta mojada, que estaba fría y caliente a la vez al contacto con su mano.

Le sonrió como solo ella sabía hacerlo, para parar los relojes de todos los asistentes al Primavera Sound. Los españoles, los ingleses, los franceses, los italianos; los relojes de todas y cada una de las personas congregadas bajo el escenario se congelaron a la 01:43 h. cuando Raquel abrazó a Arnau sin dejar de sonreír. Entonces, en el oído derecho, rozando el lóbulo con los labios, él le susurró unas palabras definitivas, las que lo precipitaron todo. Las que ninguno de los dos quiso ni supo evitar, guardadas tanto tiempo esperando a ser verbalizadas. *Te quiero, Melona*. La besó en la mejilla sin separarse y

añadió: *Nunca se lo había dicho a nadie. Y tengo treinta y nueve tacos…*

Raquel se derritió allí mismo, convirtiéndose en un charco que se confundía con los que la lluvia había dejado en el asfalto. Y no dudó, sino que confirmó lo que ya sabía, que quería vivir en Barcelona con Arnau. Pese a sus hijas, pese a todo. Raquel quería estar con él allí. Y mucho tiempo después, aún recordaría el segundo exacto en que decidió que haría de Barcelona su hogar. Que Arnau iba a ser su hogar.

—Hueles a perro mojado. —Dijo ella al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás en el ángulo perfecto para que él la besase en el cuello.

—¿Tú no tendrás por ahí un novio escondido, no?

—Sí, el exbatería de Nirvana, ¿no lo has visto?

La gente empezaba a moverse hacia otro escenario donde a esas horas ya tocaría algún grupo de música electrónica cuando Marian, que se había dispersado un poco entre la multitud, les interrumpió haciendo aspavientos con las manos mientras agitaba tres credenciales con sus correspondientes cintas para el cuello en las que se leía «crew», en unas, y «staff» en otra. Habían ido al festival porque ella, que tenía amigos hasta en el infierno, conocía a alguien de la organización. Y, ¡sorpresa!, acababa de conseguir tres pases para el *backstage* de los Foo Fighters. El sueño de cualquier fan del movimiento *grunge* de los noventa.

—¡Vamos, *empanaos*! ¡Antes de que se coman todo el catering!

—¿Vas a entrar al *backstage* de los Foo Fighters y lo que más te preocupa es el catering? Tía, no puedo contigo. Arnau, dile algo.

—Tengo hambre.

—¡A la mierda los dos, hombre, ya! Yo voy a entrar, pero a hablar con ellos como buena *grupie* que soy.

—No te vas a atrever. —Marian sabía del arranque de chulita madrileña de su amiga, como también sabía lo fácilmente que se

desinflaba.

—Porque tú lo digas.

—¿Qué te apuestas?

—La camiseta de Kurt Cobain con las gafas de sol blancas. Esa que te pones para dormir.

—No, tía, esa no…

—Esa.

Arnau presenciaba la escena divertido, sin querer intervenir. Tenían una relación tan bonita como hilarante.

—Venga, chicas, la camiseta de Kurt si Raquel se caga en los pantalones.

—¡Eh! Tú no metas baza también.

—Yo soy el observador internacional que atestigua que lo vais a cumplir.

Y entraron en el *backstage*, donde el catering, tenía razón Marian, era espectacular y ellos estaban hambrientos después de tanto salto bajo la lluvia. En el Primavera no se permitía entrar con comida y no habían tenido tiempo de esperar la cola de los perritos calientes entre concierto y concierto. Así que allí estaban los tres, arramplando con el jamón ibérico de los Foo Fighters cuando Dave Grohl se colocó justo en el punto de mira de Raquel. Le temblaron las piernas y se le desbocaron los latidos, pero la energía con que la había recargado el diluvio aún recorría sus terminaciones nerviosas, provocándole un subidón digno de las mejores pastillas de antaño. Por eso no dudó en acercarse decidida, blandiendo un *pa amb tomaca i pernill* mordido en una mano, y una cerveza en la otra, calada como estaba desde la cabeza hasta las zapatillas.

—Será chalada… Ya me he quedado sin mi camiseta de Kurt —le dijo Marian a Arnau dándole un codazo cuando la vieron alejarse.

Por suerte para su vergüenza, Grohl no tenía mucho mejor aspecto que ella. La camiseta y el pantalón negros parecían papel de fumar mojado, ciñéndose a un cuerpo que ya no era el de los

noventa. La melena enmarañada y ondulada por la humedad era una suerte de amasijo de pelo que se mezclaba con su perilla tapándole la cara a medias. De cerca era más alto de lo que imaginaba, pero lo que más la impactó fue ese «cuello toro» que se gastaba el vocalista, ese al que se le hinchaba la vena en los temas más cañeros. Ese tío era lo que quedaba en pie de Nirvana, *una puta leyenda con patas*, y ella lo tenía delante.

—*Hi!* —Le dijo Raquel al colocarse a su lado sonriendo forzada como una autómata.

—*Oh, hi!* —respondió él apartándose un mechón de pelo y limpiándose restos de sobrasada mallorquina de la comisura de los labios. Dubitativo, la miraba expectante como cualquier persona que inicia una conversación así, pero su interlocutora se había quedado paralizada. *Di algo más, Raquel, joder, es el líder de los Foo Fighters…* Detrás de ella Marian y Arnau parecían empujarla desde la distancia como si tuvieran los brazos del dibujo envoltorio del chicle Boomer. En vista de que no arrancaba y encogiéndose de hombros, Dave Grohl se dispuso a darse la vuelta de nuevo hacia la mesa del catering cuando, de golpe, a Raquel le salieron las palabras por la boca en cascada:

—*That was fucking amazing, man! The best concert in my whole life! The music, the guitars, the rain… You made me feel fucking alive!*

—*Woah, that's great, thank you very much, I'm so glad to hear that.*

Eso dijo Dave Grohl, que se alegraba del halago tan rematadamente estúpido que acababa de hacerle Raquel. Para acto seguido volver a dar cuenta de la sobrasada con pan payés. *No es tonto el tío, no…* Pensó, mientras giraba sobre sus talones y le daba otro bocado a la rebanada con tomate. Arnau y Marian saltaban a su alrededor cual chihuahuas cuando llegó hasta ellos.

—¡¿Qué le has dicho?! ¡¿Qué le has dicho?! —ladraban al unísono.

—Una gilipollez —y le dio un ataque de risa.

—Pero habéis hablado un poco… ¿Qué le has dicho?

—Que me había hecho sentir jodidamente viva.

—Hosti, Raquel, ni que te hubiera pegado un polvo, ¿a ti qué te ha dado?

—No sé, habrá sido la lluvia… —Mintió, atravesando a Arnau con una mirada que lo dijo todo. Y él no necesitó palabras para entender que tendría que hacer mucho hueco en los armarios del piso de Gràcia. Hacía apenas cinco meses que la vida la había vuelto a cruzar con él. Con toda su ropa mojada y sin nada seco que ponerse, Arnau empezó a temblar.

25
De la selva africana

(Tossa de Mar, 2015)

«Special cases», Massive Attack

—Irene, dile a Eva que salga del agua y venga, que no le he puesto crema.

La niña se levantó sacudiéndose la arena, no sin cierto fastidio por tener que abandonar la tarea de cavar un foso en la que se empleaba con Arnau desde que habían puesto los pies en la playa. Se acercó a la orilla y gritó a su hermana tan fuerte como pudo, colocando las manos a los lados de la boca para formar un megáfono con ellas. Eva no se dio por aludida. Irene volvió a gritar. Nada, seguía chapoteando haciéndose la sorda. Cada vez más fastidiada, Irene entró en el agua y agarró a su hermana del brazo, arrastrándola hasta la arena mientras la cría pataleaba tratando de resistirse. Arnau las interceptó de camino a la sombrilla, justo a

tiempo de parar lo que iba a acabar como una pelea a tortazo limpio. Raquel observaba la escena hastiada. Llevaban ya una semana en Tossa y las niñas discutían doscientas veces al día, de las cuales al menos en ciento ochenta ocasiones acababan llegando a las manos. Hacía días que su paciencia había tocado fondo. La de Arnau, por suerte, aún no.

El apartamento que habían alquilado estaba más viejo y descuidado de lo que les pareció en las fotos de Airbnb; pero en contrapartida tenía piscina, columpios y se podía bajar andando a la playa. Era justo lo que buscaban para pasar unas vacaciones en familia y urdir el plan que Arnau y Raquel se traían entre manos: venderles la moto a las niñas para que vieran con buenos ojos mudarse a Barcelona el siguiente curso. *A los niños les encanta la playa*, se habían dicho ilusionados, y con ese argumento estaban intentando comprarlas. Ese, y los helados en el paseo por las tardes, las atracciones de la feria por las noches y permitir que se quedaran jugando en el jardín de la urbanización hasta medianoche con los amigos de verano que ya habían hecho. Querían que fuera el mejor verano de sus vidas. Sin embargo, estaba siendo uno de los peores para Raquel. Al menos como madre.

Con once años, su hija mayor se adentraba lentamente en la preadolescencia, abandonando la dulce etapa de la niña que inventaba ciudades de *Pinypon*, para convertirse en una extraña que se encerraba durante horas a escribir cuentos en sus libretas de unicornios y empezaba a no comunicarse con su familia. Mientras, la pequeña estaba más cerca de la etapa de bebé de lo que a ella le apetecía soportar. Mucha gente le había dicho que Eva ya era mayor para tener esas rabietas, pero el caso es que las tenía y a ella bastante le costaba lidiar con su vida y los cambios radicales que se avecinaban en ella, como para tener la templanza de soportar pataletas mostrando empatía. Aun sabiendo que casi nunca lo hacía bien, acababa enfadada con la niña, gritando, y muchas veces

culpando a Irene por haberla provocado. Arnau se limitaba a imponer la paz y la cordura entre las paredes de un apartamento de paso que la estaba volviendo loca. Y todavía faltaba una semana para acabar las vacaciones.

—Melona, necesitas relajarte un poco. —le dijo Arnau aquella noche en la terraza del apartamento mientras le tendía un mojito de aspecto delicioso—. No está saliendo tan mal…

—Joder que no, tío. Están todo el día a la gresca y yo no puedo dejar de pensar que tengo la culpa de todo.

—Es que la tienes. —Se rió para distendir el ambiente.

—Pues es lo que hay. Está decidido y si no lo entienden ahora, ya lo entenderán cuando sean mayores.

—Yo creo que lo de la mudanza no tiene nada que ver, están en esa etapa… Todos los hermanos se pelean.

—No sé, Arnau, ¿tú te peleabas así con Xavi? —Al instante se arrepintió de haber preguntado, apenas le había hablado de su hermano un par de veces en los siete meses que llevaban juntos.

—No, porque nos llevábamos más años. Será que tú no te peleabas con Elvira.

—No me peleaba, directamente la odiaba y le hacía la puñeta todo cuanto podía para que siempre se llevara ella la bronca. Yo era la pequeña de la sonrisa encantadora.

—Qué *hijadeputa*, ¡jajajaja!

—Bueno, que mi hermana no era ninguna santa.

—Pues eso, que es normal, Melona.

Bebieron en silencio mientras Raquel se preguntaba si no estaría exagerando y era todo una paranoia suya. Las niñas estaban bien y se iban a adaptar perfectamente a Barcelona. Habían buscado un colegio público en el mismo barrio de Gràcia, con un proyecto educativo muy progre y alumnos de diferentes nacionalidades, porque tanto Gabriel como ella estaban de acuerdo en que las niñas se educaran en la diversidad. Curiosamente, su padre no había

puesto problemas con el cambio de ciudad. Gabriel estaba viviendo una segunda juventud desde su separación. Cambiando de novia cada dos meses, sus hijas no eran sino un impedimento para acostarse con toda la facultad de Historia. Prácticamente, le iba a hacer un favor.

—Lo del catalán me sigue preocupando.

—Porque eres madrileña y tienes prejuicios. Eso no va a ser un problema, los críos son esponjas, verás lo rápido que se sueltan en el cole.

—Si tú lo dices…

—Confía en mí, ese no será el problema. Son pequeñas aún, no les va a costar hacer amigos y la ciudad les va a encantar, como a ti.

—A mí me encanta desde siempre, ya lo sabes.

Estaban sentados en paralelo en dos butacas de mimbre de lo más setenteras, contemplando el mar iluminado por una luna en cuarto creciente que parecía la sonrisa del gato de Cheshire, cuando Arnau la atrajo a su silla para sentarla en su regazo. De fondo sonaba Massive Attack a un volumen suficiente para rebotar en el edificio de apartamentos de enfrente y devolverles un sonido envolvente y un tanto inquietante (nunca han sido la alegría de la huerta, los Massive Attack). Raquel solo llevaba puestas unas braguitas minúsculas y la ajada camiseta de Kurt Cobain que le ganó en una apuesta a Marian unos meses antes. La mano de Arnau se introducía sin dificultad bajo la camiseta, acariciándole la espalda desde la nuca hasta el punto donde esta pierde su nombre; y a Raquel se le puso la piel de gallina de todo el cuerpo. Siempre le ocurría. La besó en el cuello una vez, dos, tres, subió a su oreja, le lamió el lóbulo. Raquel ronroneaba como una gata. *¿Estás segura de que te mudas a Barcelona por la Sagrada Familia?*, le susurró al oído. *Qué idiota eres, me estás poniendo a mil.* Contestó ella, quitándose la camiseta. Arnau soltó un soplido que sonó parecido a un «¡uf!» al ver sus senos desnudos, como si fuera la primera vez

que los veía. Le volvían loco sus tetas. *Las niñas van a estar bien, Raquel, ya lo verás…* gimió, antes de quitarle las bragas en aquella terraza mirando al mar.

—¡Socorro! ¡Auxilio!

El grito de Eva les sobresaltó tanto que Raquel corrió a la habitación poniéndose la camiseta y olvidándose por completo de las bragas.

Arnau la seguía por el pasillo subiéndose el calzoncillo como podía.

—¡Mamá, mamá! ¡Vuela! ¡Socorro!

Irene se tapaba hasta la cabeza con la sábana mientras su hermana pequeña, mucho más valiente, intentaba atizarle un golpe con la almohada a un insecto de aspecto gigantesco que volaba enloquecido por la habitación.

—¡Eva! ¡Deja de gritar que me vas a volver loca! ¡Y para ya con la almohada o romperás la lámpara! —gritó a su vez Raquel esquivando con la cabeza a aquel bicho que seguramente estaba llevándose el susto de su vida.

—Pero, ¿qué es? ¡Decidme qué es! —decía Irene, aterrorizada debajo de la sábana.

Arnau contemplaba la dantesca escena desde el quicio de la puerta aguantándose la risa. Había vivido momentos parecidos en su casa de Barcelona más de una vez. A él también le producían repulsión las cucarachas americanas, ¿a quién no? Pero se ve que ellas no habían tenido nunca una tan cerca. Y ya es mala suerte que se hubiera puesto a volar por la habitación de las niñas. Porque lo de volar era, probablemente, lo que las hacía tan temibles.

—Es una cucaracha, chicas, apagad la luz y dejad de moveros así… —Arnau apenas podía retener las carcajadas.

—¿Una cucaracha? ¡Venga ya! Eso es un saltamontes gigante.

—Que no, Raquel, hazme caso que es una cucaracha.

—Joder, de la selva africana, por lo menos.

—Americana, pero sí, algo así.

Las niñas salieron de la habitación agachadas como si se estuviera desplomando el techo en medio de un terremoto; mientras Raquel iba rauda a la cocina a coger el matamoscas de plástico con el que intentaban matar por las noches a unos mosquitos también descomunales. De repente, el apartamento de Tossa de Mar se había convertido en un bungalow en medio del Amazonas. Cuando Arnau la vio con el matamoscas, el ataque de risa que le dio fue tan estruendoso que, si no habían despertado a los vecinos con su escenita erótica en la terraza, ahora ya tendrían a todo el edificio desvelado.

—Coge mejor una chancla, anda, que con eso no vas a hacer nada.

—¿Y tú no piensas ayudarme? ¿Te vas a quedar ahí mirando?

—Creo que sí, te veo muy decidida.

Decidida o no, Raquel apagó la luz, esperó unos segundos y, cuando dejó de escuchar el aleteo de la cucaracha, que hacía el mismo ruido que un ventilador de techo al máximo, volvió a encenderla armada con una chancla de Arnau, que calzaba un cuarenta y cuatro.

—¡Toma, animal del demonio! —gritó Raquel antes de asestarle tal golpe a aquella cucaracha roja que, ya exhausta, descansaba en el suelo de la habitación.

—Oye pues para ser veterinaria…

—Calla, imbécil. ¿Tú has visto eso? ¡Si mide como cinco centímetros!

—Acostúmbrate, Melona, que estas son las cucarachas de por aquí.

—¿Qué ha sido de las negras, lentas y tontas?

—Se las comieron estas.

—Mierda. No se lo cuentes a las niñas, que no van a querer vivir en Barcelona —decía al tiempo que se agachaba con un trozo de

papel higiénico para recoger el cadáver.

—¿Raquel?

—¿Qué?

—Se te ve el culo.

Y te quiero. Pero esto último solamente lo pensó.

26
Con catorce años yo jugaba con la Chabel

Arnau aún recordaba, como si fuera ayer, la cara de emoción concentrada en los rostros de Irene y Eva el primer día de curso en su nuevo colegio de Barcelona. Fueron juntos a acompañarlas Raquel y él, para que supieran lo importante que era para ellos el inicio de esa nueva vida en una nueva ciudad.

Aquella tórrida mañana de septiembre ambas llevaban puesto un vestido sin mangas por encima de la rodilla, uno rojo y el otro azul, con flores pequeñas en color blanco. Arnau era muy bueno recordando la ropa de otras personas en días señalados, aunque hubieran pasado veinte años. Es algo en lo que su memoria no podía evitar reparar. Eva estrenaba mochila "de mayor" porque empezaba el primer curso de primaria. Ocupaba más que ella, pero su ilusión la hacía crecer varios centímetros para soportar semejante mamotreto

a la espalda lleno de libretas, un estuche que pesaba dos kilos y varios libros de texto con olor a nuevo.

Irene había preferido conservar su antigua mochila de unicornios, le tenía mucho cariño porque se la regaló su padre el año anterior y no paraba de decir lo guay que eran los regalos de su padre, para el evidente disgusto de Raquel. En su mirada había algo menos de ilusión que en la de su hermana, un poco más de miedo y bastante frustración. Irene no quería cambiar de colegio, se resistía a dejar atrás a las amigas con las que compartía clase desde los tres años. A ella no habían logrado comprarla con vacaciones en la playa y helados. No. Irene era dura como el hormigón armado. Arnau se dio cuenta de lo que le iba a costar adaptarse al cambio nada más conocerla. Por eso siempre se volcó con ella, convirtiéndose en su cómplice incluso en los temas que la enfrentaban a Raquel. Quiso ganársela a toda costa y en gran parte lo consiguió, para bien o para mal.

Allí estaban los cuatro, Irene agarrando fuerte a Arnau de la mano, ante la verja de ese nuevo colegio que tenía un proyecto educativo integrador. A él acudían muchos hijos de inmigrantes del barrio de Gràcia y utilizaba el catalán como lengua vehicular. Corría el año 2015, el independentismo estaba en plena efervescencia y la comunidad educativa andaba muy polarizada con la cuestión de la lengua. Pero ellos estaban seguros de que aprender catalán iba a ser muy enriquecedor para las niñas y se iban a adaptar sin problemas. Arnau más que Raquel. Ella tenía sus dudas, aunque la instó a que se relajara con el tema porque Arnau nunca había hablado catalán en casa y, sin embargo, en el cole era la lengua que hablaba con profesores y compañeros. Sin que ello le generase ningún problema. Pensaba que con las niñas ocurriría igual. Entonces no sabía hasta qué punto se equivocaba.

Eva era una esponja, aprendió a leer y escribir en catalán sin dificultades, y se manejó todo el curso en ambas lenguas con una

soltura inusitada. Lo de Irene fue diferente. Tuvo que aprender de cero a leer y escribir en el idioma que relacionaba con un cambio que ella no había elegido, y por tanto lo rechazaba. Indómita como solo ella sabía ser, pronto se enfrentó a la profesora de sexto de primaria, convirtiéndose en su némesis. Se negaba a hacer amigos, rehuía la compañía de otras niñas y niños en el patio, plegándose sobre sí misma. Al principio el colegio lo consideró parte de lo normal en ese periodo de adaptación que es el primer trimestre. En vista de que su actitud no cambiaba, al llegar el mes de abril, la orientadora del colegio pidió una reunión con sus padres a la que acudiría Raquel sola. Arnau no quiso inmiscuirse y Gabriel no estaba para hacer seiscientos kilómetros "por una tontería".

Aquella mañana los hombros de Raquel se encorvaban, haciendo parecer que tenía joroba por el peso de la culpa. Nunca se había sentido tan culpable.

La orientadora la animó a aprender catalán ella misma, a que lo hablaran en casa los cuatro, a que normalizaran el uso de esa lengua que su hija mayor empezaba a odiar, sin más motivo que la frustración. Le preguntó por su padre, por las dinámicas con él y el tipo de relación que mantenían. A Raquel hablar de Gabriel siempre le escocía como una herida sin cicatrizar cuando entra en contacto con un líquido ácido. Y era algo que a una psicóloga, aunque fuera infantil, no se le escapaba. Se sintió juzgada y señalada; se sintió mala madre ante aquella desconocida no demasiado simpática que la hacía dudar de sus capacidades para tomar decisiones por sus hijas. Quizás, llevárselas a Barcelona por un encoñamiento no había sido la mejor idea. Ese pensamiento nació en la sala de profesores donde tuvo lugar la reunión y fue creciendo en su interior a lo largo de los siguientes años. A pesar de que Gabriel le escocía y la idea de que vivieran con él, y no con ella, dolía mucho.

Aun así, siguió a pies juntillas todas las pautas de la orientadora escolar. Raquel se apuntó a una escuela para adultos y empezó a

hablar catalán con Arnau en casa, no sin reprimir los ataques de risa que le daban cuando era incapaz de pronunciar la «ll» o la «ny» al final de una palabra. Definitivamente, esa lengua endiablada no era lo suyo.

Además de las prácticas en casa, empezaron a ir a comer con Montse cada sábado, a quien le pidieron que hablase también catalán. La madre de Arnau accedió encantada. Se había vuelto más *indepe* que Puigdemont, y la idea de convertir a su nueva religión a su nuera —o lo que fuera que era Raquel y ella no aceptaba demasiado— y a las niñas le pareció un caramelo. Al principio. Solo al principio. Porque a medida que pasaban los días ella también se fue convirtiendo en un enemigo para Irene.

—Arnau, la nena no vol parlar català, i no voldrà en la seva vida. Què no veus que no està bé?

Y Arnau lo negaba, repitiéndole a su madre y a Raquel que todo era cuestión de tiempo, como si el hecho de repetirlo mil veces fuera a convertirlo en certeza. Pero el tiempo pasó y la cosa no hizo sino empeorar.

Con el cambio al instituto, a los doce, tenían la esperanza de que su actitud variase también. Quizás nuevas compañías, sentirse más mayor, ir sola en metro a clase por las mañanas… Pensaron que serían alicientes suficientes para sacar a Irene de la burbuja de su habitación, sus libros y sus libretas. Y sí. Salir, salió, y de qué manera. El primer signo de alarma fue la noche que volvía de celebrar el decimocuarto cumpleaños de una nueva amiga, una hora más tarde de lo acordado, con el móvil sin batería y borracha como una cuba. Cuando llamó al telefonillo —las llaves las había perdido a saber en qué parque, junto con la mitad del contenido de su bolso— Raquel ya tenía el teléfono en la mano y marcaba el 112. Sí, el 112. Parece exagerado, pero no lo es teniendo en cuenta que desde que llegó a Barcelona no le conocían amistades y era la primera vez que salía de noche.

Irene entró rauda al cuarto de baño para, una vez allí, dejarse caer de rodillas frente al váter y empezar a vomitar hasta la primera papilla. Pero lo que hizo que Raquel terminase de marcar el número de emergencias fue el aspecto de sus vómitos, completamente rojo sangre.

—Me va a dar algo, Arnau, ¿qué le pasa? ¡Llamo a la ambulancia ahora mismo!

Eva, que aún era lo bastante pequeña como para no entender lo que estaba ocurriendo, contemplaba la escena aterrorizada mientras se abrazaba a su oso de peluche. Arnau llegó a tiempo de sujetar a Irene por los hombros en el momento en que parecía a punto de desvanecerse y golpearse con la fría porcelana de la taza del sanitario, y la chica empezó a convulsionar. Incapaz de actuar con raciocinio, a Raquel no se le ocurrió otra cosa que dirigir el chorro de agua fría de la ducha hacia la cara de su hija, quien, por momentos, fue dejando de temblar y abriendo los ojos como si despertase de un profundo sueño.

—Tiene catorce años, un coma etílico y vomita sangre. —Alcanzó a decirle a quien fuera que estaba al otro lado de la línea.

El caso es que a los diez minutos tenían una ambulancia en la puerta y dos sanitarios tomándole la tensión a la niña, enfocándole los ojos con una linternita y sacándole sangre para descartar una intoxicación por drogas. Y no, drogas no había tomado y resultó que la sangre que supuestamente vomitaba eran regalices rojos que había comido por la tarde. Lo de las convulsiones, al parecer, era fruto del alcohol.

—La cogorza que se pilló anoche no se la perdono en la vida, Arnau. —Dijo Raquel al día siguiente, cuando todo había terminado.

—Raquel… ¿No has tenido nunca alguna amiga a la que le hayan pinchado la B12?, vamos… Nosotros hacíamos cosas peores. —Él siempre haciendo de «poli bueno», apelando a las burradas que se

metían en el cuerpo ellos de jóvenes. Raquel no soportaba esa actitud condescendiente.

—Con catorce años yo jugaba con la Chabel, me vas a perdonar.

—Los tiempos cambian, maduran antes…

—Los cojones. Esto es una venganza, Arnau, ha decidido que si su vida aquí es un infierno, la nuestra también lo va a ser.

—Bueno…

—De bueno nada. No va a salir en lo que le queda de vida.

—Para una vez que sale a divertirse con gente, Raquel, con lo que le ha costado.

—Arnau, ¿tú de qué parte estás?

—De la tuya, Melona, de la tuya.

—Pues mejor te callas.

El castigo no duró una vida, apenas llegó al mes. Raquel enterró el hacha de guerra en pos de la socialización de la niña y porque Arnau la convenció. Pero al poco, Irene comenzó a repetir la escena del baño fin de semana sí, fin de semana no. Sin ambulancia de por medio, pero con la mala leche de su madre invadiendo cada rincón de la casa. Y lo cierto es que iba bien en los estudios y no daba problemas en clase; sin embargo, las compañías empezaron a no ser las más adecuadas ni en edad, ni en estilo de vida. Hasta que una tarde, con quince años, la trajo a casa un tío que rondaría la veintena y que Raquel no conocía de nada. Irene dijo que era su novio. Se habían conocido en un bar solo Dios sabe a qué hora; él era tatuador. Y motero. Como recién salido de la serie *Sons of Anarchy*, vaya.

—No me jodas, Irene. —Su madre no tenía filtro cuando le tocaban la moral de esa forma.

—¿Qué te pasa, mamá, te parece muy mayor?— Y en su tono el desafío se confundía con el sarcasmo más feroz.

—¡*Touché*! —exclamó Arnau desde el sofá, mientras ellas se retaban en duelo junto a la puerta de la calle.

Raquel le fulminó con la mirada e Irene aprovechó el momento para huir a su habitación, de la que no salió casi en dos días. Suficientes para que su madre rumiara un plan. El plan que Irene llevaba años forzando y que por fin su madre fue capaz de verbalizar.

—Irene se vuelve a Madrid con Gabriel —le soltó a Arnau en la cena al tercer día.

A él se le atragantó un trozo de queso en la tráquea y empezó a toser como un perro moribundo.

—Ostras, casi me ahogo. ¿Tú estás segura de lo que dices?

—Es lo que quiere, Arnau. Es lo que ha querido siempre. Lleva cuatro años buscándolo. Yo no puedo más. No puedo cargar más con la culpa. Si no quiere vivir aquí con nosotros, es mejor que se vaya. Será mejor para todos.

—¿Y Eva? No puede ir siempre a rebufo, la pobre.

—Eva puede decidir lo que quiere hacer. Empieza el instituto el próximo curso, quizás sea un buen momento para el cambio.

—¿Y él? ¿Crees que va a acceder? No es que se haya implicado mucho en la educación de sus hijas los últimos años. Nos ha dejado a nosotros todos los marrones. Tampoco me sorprende, pero…

—Él tendrá que apechugar con lo que haya, que ya le toca. Si Irene, su ojito derecho, le dice que prefiere vivir con él, no puede negarse. Yo lo que te digo es que esto no está funcionando y nos estamos amargando todos. Aquí esta niña va a acabar mal. Va a acabar liándose con un tío que no la convenga, va a…

—Va a repetir tus errores.

—Exactamente.

—No tiene por qué… Raquel, creo que estás proyectando tus miedos sobre ella claramente.

—Es que tengo mis miedos y mis sospechas de que la va a cagar, como yo, sí. Solo para fastidiarme. Y no quiero eso para ella. Quiero que tenga una juventud normal, con gente de su edad, haciendo

cosas normales de su edad. Y que no tenga nada de lo que arrepentirse de por vida.

—Eso no lo vas a poder controlar tú, mujer. Cada uno elige su camino.

—Pues si le puedo poner un par de piedras delante para que no ocurra, lo haré. Está decidido. Se va a Madrid.

Irene hizo como doscientas cajas de libros que enviarían a Madrid en un camión de mudanzas. Eva al principio no supo qué hacer, pero la perspectiva de separarse de su única hermana y vivir a seiscientos kilómetros de ella no le gustaba demasiado. Así que al final, las dos se irían a vivir con su padre.

Eran las seis de la tarde de un caluroso día a finales de junio cuando Arnau entró en la habitación de las chicas con un viejo tablero en una mano y tres cubiletes de colores en la otra. No era muy bueno con las despedidas, así que la Oca le pareció el mejor plan.

—¿Una Oca por los viejos tiempos?

—¡Claro! —contestaron las dos al unísono—, te vamos a machacar.

Arnau se sentó en el suelo de baldosa hidráulica que tanto le gustaba a Raquel, en la pequeña habitación que había sido su despacho y que convirtieron en el cuarto de las chicas, amueblándolo con la litera que tenían en Madrid y que ahí seguía, aunque a Irene empezase a quedársele un poco pequeña. Arnau llevaba tiempo pensando que tendrían que buscarse un piso más grande dentro de poco. Aunque ahora ya no les iba a hacer falta. Se le humedecieron los ojos antes de tirar el dado para ver quién sacaba el número más alto. Y mientras saltaban de oca a oca y de puente a puente, seguían porque les llevaba la corriente de aquella partida que no fue una sola; la siguió la revancha y la revancha de la revancha en una tarde que parecía estirarse como un chicle.

—Arnau, yo no quería acabar así —dijo Irene moviendo su ficha a la casilla de salida tras caer en la calavera.

—Chica, no pasa nada, verás como remontas enseguida y nos alcanzas —la animó como hacía cuando era pequeña.

—No, tonto. Digo así con mamá. Yo no quiero hacerle daño a mamá.

A Arnau se le ensombreció el rostro.

—Pues no te voy a engañar, Irene, no se te ha dado muy bien eso estos años.

—Ya sé que es tu ciudad y todo eso, y tú me caes genial, eres un tío guay —sonrió triste—, pero Barcelona… No me gusta Barcelona. Y no me gusta que me obliguen a hacer cosas que no quiero. Hace años, cuando nos mudamos…

—Lo sé, no hace falta que me lo digas.

—Ella fue muy egoísta.

—A veces hay que ser egoísta para poder sobrevivir, Irene. Ya lo entenderás. Tú también lo has sido todo este tiempo.

—¿A quién le toca, *pesaos*? —Eva, que formaba parte de la partida, empezó a aburrirse de la conversación y decidió tirar el dado por su cuenta.

—¡A ti no te toca!

—¡Tramposa!

—Dejad ya el palique, que os voy a mandar a todos al pozo —sentenció la pequeña de las dos hermanas, que ya empezaba a despuntar en chulería, al tiempo que agitaba su cubilete rojo en un enérgico «taca-taca-taca-taca».

Es cierto, Arnau no era muy bueno con las despedidas, pero frente a ese tablero supo transmitirles cuánto las iba a echar de menos, cuánto las quería; y también les dijo, sin tener que decirles nada, que siempre podrían contar con él. Miró a Irene con toda la dulzura que guardaban en su interior esos ojillos alegres, pequeños y achinados cuando sonreía, y le dijo:

—¿Conoces la canción *Stand by me* de Ben E. King?

—No —contestaron al unísono.

—Cuando acabemos esta ronda os la toco, que tanto trap y tanto perreo os está licuando el cerebro.

27
Silencios con nuevos nombres

(Madrid, 2020)

«Down by the water», PJ Harvey

Cuando era pequeña, desde fuera, a Irene el Instituto Cervantes siempre le había parecido un convento. Se imaginaba a las monjas viviendo allí dentro, con sus tocas negras pululando por los pasillos mientras rezaban el rosario por lo bajini. Nunca pensó que acabaría estudiando allí. Era el primer día de clase en un instituto que en nada se diferenciaba de los demás, con sus pupitres normales, con los tontos que hacían cervatanas de papel con el boli Bic y la pizarra llena de ejercicios incomprensibles. Porque, aunque su hermana y ella eran «las nuevas», en el fondo todos los institutos son iguales y en ellos pasan las mismas cosas. En todos hay gilipollas que van a hacerte la vida imposible, inadaptados que se sientan solos en una

esquina, personas populares que caen bien a todo el mundo, novatos, veteranos y gente del montón.

Ellas se consideraban del montón, aunque a lo largo de ese año serían «las catalanas» y «las de Barcelona», entre otros motes mucho menos amables. Sin embargo, esto a Irene le importaba un comino porque ella era más chula que un ocho y porque, además, empezaba la nueva vida que había decidido tener. No le gustaba que decidieran por ella y, por primera vez, volver a Madrid era una determinación que había tomado por sí misma. Más o menos.

Eva, por su parte, se dejó arrastrar sin saber muy bien a lo que se enfrentaba. La perspectiva de separarse de su hermana pesó demasiado, así que ella también se marchó a Madrid con Gabriel, aunque sentía que iba a echar mucho de menos a su madre. Al fin y al cabo, aún no había cumplido los doce y aquel instituto era grande y despiadado. Por eso la piel se le volvió tan dura, tan pronto.

Aquel primer día de clase, ajenas al dolor de Raquel, a quien la culpa no había dejado dormir aquella noche por no acompañarlas, atravesaron las puertas del imponente edificio de ladrillo de la época franquista que albergaba el instituto, donde les esperaban unos años difíciles. Raquel sabía que iba a ser difícil para las tres, pero también confiaba en que, con el tiempo, las heridas del pasado se curarían e Irene y ella podrían tener una relación sana. Estar tan lejos de sus niñas fue el sacrificio con el que pagó su propia felicidad y, precisamente por eso, le resultaba imposible ser feliz del todo. Arnau lo sabía, sabía que jamás podría satisfacer plenamente a aquella mujer incompleta sin sus hijas. Sin embargo, los dos prefirieron vivir en Barcelona. Para Raquel Madrid era un retroceso, una vuelta a un pasado del que huía. Arnau, por su parte, tenía la vida montada en su ciudad y el trabajo en el estudio era algo que había construido con mucho esfuerzo y se resistía a dejar atrás. En unos años, las niñas serían mayores y volarían solas. Era una cuestión de tiempo que dejasen de necesitar a su madre.

Por eso, y porque tenía la necesidad de crear algo con ella, algo solo suyo, de los dos; Arnau le propuso algo tan descabellado como tener un hijo juntos. Fue la mañana de un sábado plácido de enero, en el que un sol tímido se colaba por el balcón central del salón del Gràcia. Habían pasado meses desde que se mudaron las niñas. Arnau y Raquel tomaban café sentados en el suelo, dejando que los rayos de sol les calentaran el rostro en silencio. De fondo sonaba un vinilo de Miles Davis. Últimamente, a Arnau le había dado muy fuerte con el jazz y Raquel se metía con él diciendo que esa música la escuchaban los abuelos. Sin previo aviso, él la tomó por la barbilla con los dedos índice y pulgar para darle un beso tierno y húmedo. Raquel se estremecía con esos sutiles besos de Arnau que siempre la dejaban sedienta, cuando, mirándola a los ojos a escasos centímetros de su boca, él soltó la bomba.

—Quiero que tengamos un hijo, ¿te gustaría?

Raquel, que era lo último que esperaba escuchar, se sintió entre sorprendida, asustada y halagada. Arnau debía de quererla mucho, pero mucho, si se había atrevido a pedirle eso.

—Dios… Qué guapo estás con esta luz —se le ocurrió contestar para escurrir el bulto. Era cierto que lo estaba.

—¿Y no te gustaría tener un bebecito tan guapo como yo? —bromeó él.

—Ya tuve dos, Arnau, y no fue fácil. Ahora justo que empezamos a vivir tranquilos, los dos…

—Pues por eso mismo, ¿no te sientes sola sin tus hijas?

—Pues un poco, amor, pero no por eso voy a llenar el vacío con un bebé como si fuera un perro.

—Sabes que no me refería a eso, Melona…

—Es que no sé… Acabo de cumplir cuarenta y tres años, ¿no te parece que soy un poco mayor?

—Hoy en día estás en la edad perfecta, y no es tu primer hijo, eso también influye, ¿no?

—¿Y si no me quedo? —Sin saber cómo, Raquel había empezado a ablandarse y ya lo contemplaba como una posibilidad real.

—Pues si no funciona lo dejamos, pero al menos podríamos intentarlo.

Ella suspiró, separándose un poco de él, se abrazó las rodillas y hundió la cabeza entre ellas. Necesitaba pensar. Arnau debía de quererla mucho para desear un hijo suyo. Como madre era un desastre, al menos así se veía a sí misma. Con la cabeza todavía escondida como un avestruz, murmuró:

—¿A ti te gustaría?, ¿de verdad?

—Melona, me fliparía tener un hijo juntos.

—No sé si sabes lo que dices… Nos cambiaría completamente la vida, durante un tiempo estos momentos de tranquilidad se acabarían, y los conciertos, y salir, y viajar… Al principio es muy duro y ya no somos unos chiquillos.

—Pues con más razón… ¿No crees que ya hemos quemado bastantes naves?

Raquel no contestó. Le enternecía ese deseo impaciente de Arnau que la ignorancia convertía en casi infantil. La verdad era que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, y notó que las ganas de hacer una locura juntos empezaban a instalarse en su ánimo. Por eso se limitó a darle un fuerte y sentido abrazo que Arnau recibió con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Te das cuenta de que esto… Lo haces más por mí que por ti?

—Es que te quiero tanto, Melona… ¿Sabes lo bonito que sería?

—Sí que lo sé.

No dijo nada más; ni que sí, ni que no. No hizo falta. Dieron por terminada esa conversación y a partir de aquel momento, simplemente se dejó llevar sin poner medios. Dejó de tomar la píldora de un día para otro y empezaron a hacerlo más, más a menudo, en cualquier lugar. La idea de ser papás les excitaba mucho, así que se emplearon a fondo. Follaban en la cocina,

apoyados en el lavabo, en la ducha, en el *Chester*, en la mesa del comedor, en el suelo del salón, en la cama… Sobre todo en la cama, que no tenían veinte años. Pero mucho y con más ganas que nunca. Y antes de lo que esperaban, al acabar la primavera, llegó la primera falta.

—Es demasiado pronto para que dé positivo, ¿no prefieres esperar otra semana?

—Que no, Arnau, que ya he estado embarazada dos veces, sé de qué va esto.

—Tres días de retraso, tía, tres días.

—Que sí que sí, pero hay otros indicios. Me lo voy a hacer ya.

Y se lo hizo, y en el test aparecieron las dos rayitas rojas, una marcada y la otra muy muy borrosa, pero presente.

—Parece un test Covid de esos de farmacia.

—Arnau, qué Covid ni Covid, ¡que vamos a ser papás!

Él esbozó una sonrisa de media luna tan amplia que parecía que le habían cosido las comisuras de la boca a las orejas. Y con ella puesta estuvo al menos una semana, no dejaba de sonreír ni para dormir.

Raquel, que hasta ese momento no había estado muy segura de lo que estaban haciendo, logró ilusionarse también. Tanto, que aquel embarazo tardío fue el que más feliz la hizo de su vida.

Sin embargo, como ocurre en ese altísimo —aunque opaco— porcentaje de los casos, y hasta entonces no somos conscientes del milagro que supone la vida; la ilusión les duró muy poco. Una tarde soporífera que estaban echando la siesta en el viejo apartamento alquilado de Tossa de Mar, al que se habían aficionado a ir cada verano con las chicas la quincena que le tocaban a ella, Raquel emitió un desgarrador grito de alarma desde el baño. Arnau acudió medio dormido, en ese estado de sueño profundo, espeso y pegajoso que se alcanza en las siestas de vacaciones, sin enterarse de qué iba la película. Hasta que vio lo mismo que había visto ella:

esa tímida pero presente marca encarnada en el papel higiénico. Esa señal inequívoca de que algo no iba bien ahí dentro. Según sus cálculos estaba embarazada de ocho semanas, como confirmó el ecógrafo del Hospital de Palamós al que fueron a toda velocidad en un Renault Clio destartalado que habían alquilado por dos duros esas vacaciones. Eva e Irene se quedaron solas en el apartamento, con cara de póker, cuando les dijeron que Raquel tenía diarrea y vómitos y se encontraba muy mal. No les pareció el momento de explicarles que iban a tener un hermanito; o en su defecto, que ya no lo iban a tener.

El obstetra no fue capaz de encontrarle el latido al embrión, lógicamente, era demasiado pronto. Así que no pudieron saber si la cosa iba bien o no. Les mandaron a casa recomendando reposo y esperar. Solo cabía esperar. La burbuja de felicidad dentro de la que flotaba Raquel empezó a desinflarse en aquel box de urgencias. No se pinchó de golpe, solo fue perdiendo aire, como si tuviera un escape diminuto hecho con una aguja muy fina. Arnau mantenía la esperanza, lo que estaba en juego no lo albergaba su vientre, no podía sentirlo como lo sentía ella. Sin querer, iba unos pasos por detrás en la asunción de lo que estaba pasando. *Tengo 43 años*, se repetía Raquel. *Lo raro es que hubiese tirado adelante.* Con la frialdad quirúrgica que su título de médico veterinario le confería, empezó a convencerse a sí misma de que ese viaje de apenas cuarenta minutos en coche de vuelta a Tossa era el final de su aventura como padres. Dos días más hicieron falta para que se desinflase del todo su burbuja. La de Arnau, que se mantenía aún intacta, se pinchó de golpe con el estruendo de un globo de cumpleaños. Y él, como el niño al que se le ha explotado el globo, solo pudo llorar desconsolado sin comprender lo que acababa de ocurrir ante sus ojos.

El segundo viaje al hospital fue ya para confirmar que Raquel había abortado. No que había perdido el bebé ni que el feto no tenía

latido. Ella huía de los eufemismos que solo sirven para untar ungüento calmante sobre las heridas, pero que no curan. Prefirió llamarlo por su nombre desde el principio. Para asumirlo mejor, no engañarse y explicárselo a sus hijas tal y como ella lo veía: como un fracaso. Sus planes truncados, su vida suspendida en un limbo hasta que llegara el siguiente embarazo. Que llegó también sin demasiado esfuerzo y antes de cumplir los cuarenta y cuatro.

Raquel seguía sintiéndose muy mayor para tener otro hijo, pero ni los ginecólogos ni Arnau intentaron quitarle la idea de la cabeza. *Porque en 2021 la maternidad se retrasa mucho y las mujeres de más de 40 son madres sin complicaciones serias.* Eso le dijo el doctor Menéndez, su nuevo, flamante y pijísimo ginecólogo del seguro privado con el que decidió que llevaría su segundo embarazo de Arnau para que la tuvieran más controlada. Sin embargo, ni la ilusión era la misma, ni tampoco la despreocupación, sobre todo por parte de él, que empezó a llevarla entre algodones, preguntarle cómo estaba cada diez minutos, incluso esperarla en la puerta del baño cada vez que iba a hacer pis para comprobar que todo iba bien.

—Joder, Arnau, como sigas así el pobre niño nos va a salir un paranoico como tú.

—Pues que salga paranoico, pero que salga bien. No lo puedo evitar, estoy con el susto en el cuerpo aún, hasta que no pasen tres meses…

—Es que no me dejas respirar, tío, míratelo porque así yo no puedo estar todo el embarazo.

—Los tres primeros meses solo, Raquel…

—Y después te relajas.

—Después, si todo está bien, me relajo. Te lo prometo, amor.

Raquel le entendía, pero no podía dejarse llevar por su terror porque no estaba en su mano que el embarazo cuajase o no. Solo podía esperar. Una espera insoportable que la reconcomía por dentro

con una ansiedad que trataba de ocultar para no agravar el estado de ánimo de él. A menudo se preguntaba si merecía la pena pasar por esto, si no se estaban equivocando. Tenía demasiadas dudas nublando la ilusión de ser madre con Arnau. Y a pesar de haberlo deseado tanto, de ser algo hermoso que les apetecía vivir juntos, en aquellos primeros meses del segundo embarazo no logró ser feliz.

Y el karma le devolvió el golpe.

—Raquel, tenéis que venir a la consulta. Ya tengo los resultados de la amniocentesis. —El tono del doctor Menéndez no sonó tan optimista como en las primeras consultas. De hecho, sonaba más bien fúnebre. Y la urgencia, como siempre lo es con los asuntos de la salud, alarmante. Raquel se había sometido a una amniocentesis porque, a su edad, era lo que recomendaba el protocolo. No le había gustado hacerlo, fue una prueba molesta, de esas que no llegan a doler pero que resultan invasivas y desagradables. Y la espera, la espera estaba siendo un calvario. Por eso aquella llamada al móvil, a las nueve de la mañana de un sábado, les sacó de la cama a hostias en mitad del cuarto mes de embarazo. —Ya sé que es sábado —prosiguió el ginecólogo—, y que no suelo pasar consulta en sábado, pero es una urgencia y hoy estoy de guardia en el Hospital del Mar.

Raquel, que había puesto el teléfono en manos libres para que Arnau lo escuchara, se había quedado muda.

—Hola, doctor, soy Arnau. Díganos qué pasa, por favor.

—Prefiero que lo hablemos en consulta, pasáos por urgencias y preguntáis por mí.

—Díganos al menos si son malas noticias.

—Buenas no son.

—¿Y?

—Os lo explico mejor en persona.

Hasta ese momento Raquel se hallaba absorta con la mirada perdida en la cama, haciendo como que contaba las pequeñas flores

que plagaban la sábana; por eso su forma abrupta de romper el silencio sobresaltó tanto a Arnau que casi tira el móvil al suelo.

—¡Joder, Menéndez! —gritó—. Suéltalo de una puta vez y déjate de formalismos que para eso te paga el seguro una pasta.

—¡Raquel!

—… De acuerdo… ¿Sabéis lo que es la trisomía 18?

Nunca, ni cuando tenía veinte años, Arnau le había pisado tanto a la Vespa. La distancia entre Gràcia y el Passeig Marítim pareció una vuelta a la manzana a lomos de la veloz motocicleta surcando las calles de Barcelona. Mientras él contaba respiraciones, las de Raquel estaban tan descompasadas que era imposible seguirlas. Ella, que tenía bastante idea de genética, sabía lo que les esperaba en la consulta del doctor Menéndez; como también sabía que lo que les iba a anunciar no eran buenas noticias ni tenía buena solución. Lo difícil iba a ser convencer a Arnau.

Es un síndrome que se da en un alto porcentaje de embarazos en mujeres mayores de cuarenta, el ginecólogo empezó su explicación untando un poco de vaselina como le había enseñado a hacer el ejercicio profesional para anunciar malas noticias. *Está considerada una enfermedad rara.* Arnau le miraba con los ojos muy abiertos sin decir una palabra, escuchando y procesando; escuchando y procesando, casi podía verse la rueda de carga de un programa de ordenador en su frente, dando vueltas. *Se produce como consecuencia de una trisomía, o sea, una duplicación, del cromosoma 18.* Y en este punto Arnau fue a abrir la boca para preguntar algo, pero Raquel se lo impidió con un movimiento de la mano, para permitir que el médico continuara hablando. Ella ya sabía lo que venía a continuación. *Es una enfermedad muy grave, un problema genético incompatible con la vida. La esperanza de vida del bebé será muy baja.* Dicho esto, Raquel le dio vía libre para preguntar lo que quisiera. A ella ya le daba igual todo.

—¿Cuánto de baja?

—Muy muy baja.

—Sí, pero ¿cuánto?

—El bebé no vivirá más de un año.

Qué tontería, pensaba Arnau de vuelta a casa, *que le llamen trisomía a una duplicación y no a una triplicación de un cromosoma. Está muy claro: trisomía, tres, ¿no?* Lo demás era como si no lo hubiera oído. Al atravesar la puerta Raquel, se fue directa a la cama. No tenía ánimo para responder a preguntas que no tenían ninguna respuesta esperanzadora. Y a pesar de que su lenguaje corporal decía a gritos «déjame tranquila, por lo que más quieras», Arnau la persiguió.

Pero, ¿no hay tratamiento?, y ella respondía que no. *¿Y si le ven los mejores médicos de España?, ¿o del mundo?* Pero sabía que en el mundo no había médico que curase un problema genético como aquel. *¿Y si se produce un milagro? ¿Y si se cura?* Arnau por favor, si tú eres ateo. *Es mi hijo y se va a curar, y si es discapacitado pues no importa, vamos a quererle mucho y a darle una buena vida porque será nuestro hijo.*

Pobrecito, pensaba Raquel, que tuvo que tragarse su pena y la de él, en vista de que no tenía intención de darlo por perdido. *Arnau, no. No va a poder ser. Ya has oído al doctor. No lo vamos a tener.* Y él la miraba como si estuviera hablando de cortarse las venas allí mismo con el cuchillo de pelar patatas. *No me mires así, joder. Esto no es ningún juego, no es la ruleta de la suerte. ¡Es el puto síndrome de Edwards! ¿Estás gilipollas o qué te pasa?* Y no, gilipollas no estaba. Lo que estaba era en shock, en estado catatónico, en plena fase de negación y a punto de darle una embolia. No lo quería asumir, aquello no podía estar pasándoles. Un aborto, vale, incluso dos. Podía con ello. Pero hacerlo voluntariamente por algo así… No lo concebía. No podría vivir con ello.

—¿Y te crees que yo sí podré vivir con ello? ¿Yo, que lo llevo en mi útero? ¿Yo, que voy a pasar por todo el proceso? ¿De verdad

crees que yo voy a poder vivir con ello? Arnau, espabila, madura un poco, tío. —Raquel estaba realmente enfadada con él, porque le parecía que ya era mayorcito para afrontar las adversidades de otro modo. Ya no era un niñato de veintitrés años con un hermano con leucemia; pero esto último no se atrevió a decírselo—. Es lo que es y no tenemos otra opción. Afortunadamente podemos solucionarlo así porque no vivimos en el Franquismo, a ver si te enteras. —Y siguió tratándole con condescendencia—. El doctor Menéndez nos ha hecho un favor. ¿Es que no lo ves?

—Lo siento, Melona —decía bajito Arnau muchas veces—, lo siento —y lloraba quedo, completamente roto—. No quería que salieran así las cosas, no quería forzarte a esto, yo no…

—Arnau, basta. Somos mayores para tener otro hijo, ya está. Es un tema fisiológico, genético. Nadie tiene la culpa, hay que verlo así, amor. No lo vamos a tener.

—Tú puedes, tú eres médico. Yo no.

—Pues vas a tener que aprender.

—Joder. ¿Por qué, Raquel?

—Porque no tocaba. No tocaba. No tocaba…

Y permaneció susurrando esas palabras repetidamente mientras se balanceaba abrazada a sus rodillas. *No tocaba*. Lo que tocó fue asumir que las cosas vienen como vienen y hay que seguir adelante porque no queda otra. Lo que tocó fue echarse doscientos kilos de culpa a sus espaldas, el peso insoportable de silencios con nuevos nombres, y la viscosidad de una tristeza que les envolvió como la baba de un caracol del tamaño de una apisonadora que les hubiera pasado por encima. Siguieron adelante, sí, pero arrastrándose dentro de una masa informe y espesa que les impedía avanzar con normalidad. Atrapados en esa ciénaga, los relojes se quedaron suspendidos con la llamada del doctor Menéndez a las nueve de la mañana de un sábado. Aunque esos relojes no los paró precisamente Raquel con su sonrisa.

28
El suelo es lava

(Madrid, 2023)

No ha sido nada difícil sucumbir a los encantos de Gabriel cuando apenas han pasado doce horas desde que nos hemos acostado. Porque lo hemos vuelto a hacer y esto empieza a convertirse en una costumbre. Una deliciosa y culpable costumbre como asaltar la nevera a las tres de la madrugada cuando estás a dieta. Como fumarse un cigarro a escondidas después de haberlo dejado. Como… Como follarse a un ex en la casa que compartías con él y donde aún viven tus hijas, sabiendo que esa relación no va a ninguna parte y a pesar de las consecuencias que pueda acarrear en tu vida. Ni siquiera sé si soy consciente de las consecuencias. O si me importa. Solo sé que necesito sentirme viva, que alguien me pinche con una aguja y me despierte del sueño en el que se ha transformado mi vida. Y, de pronto, así como estamos, desnudos y satisfechos sobre la cama de mi exmarido, que hace años fue también la mía, me

asalta el impulso de contárselo todo. De vaciarme de toda la culpa allí mismo. A él, que me hizo tanto daño. A él, que fue mi mundo. A él, que hace de mí lo que quiere.

Y cuando abro la boca, me sorprende incluso a mí que solo me salga hablar de Arnau. Me gustaría decirle que no pude tener un hijo con él aunque yo no lo quería del todo; que ya casi no nos acostamos porque nos hemos convertido en dos extraños que comparten piso, que me siento marchita y que mi luz se está volviendo tenue como la de una bombilla a la que le queda poca vida. Esa luz que la gente dice que tengo, la que para relojes. Esa, se me está apagando.

—Yo quiero mucho a Arnau. No tienes ni idea del bien que le ha hecho a mi vida, de lo bueno que fue encontrarme con él en aquel momento. Solo por lo feliz que me ha hecho estos años, le debo un respeto.

—Ah, genial, ¿a qué viene esto ahora? —Gabriel contesta mirando al techo, mientras fuma sujetando el cigarro con la palma cerrada de su mano, y yo tengo la sensación de que si le observo dar una calada más, voy a tener que hacerle una mamada. Hablando en plata.

—Que no está bien esto… —Y lo digo al mismo tiempo que noto un cosquilleo subirme desde los dedos de los pies hasta la coronilla. *Joder*.

—Pues vale, eso ya lo dijiste ayer y mira dónde estamos, Raquelita. ¿Qué me quieres decir?

—¿Por qué me has hecho venir? Decías por teléfono que teníamos que hablar de tu enfermedad y de Irene. Y lo único que hemos hecho en las últimas horas es follar como conejos.

Esta vez no responde. Apaga el cigarro en el cenicero de la mesilla y se levanta de la cama. Su espalda, que aún guarda algunos resquicios del trabajo en el gimnasio que ha tenido que abandonar forzosamente, entra en mi ángulo de visión para torturarme una vez

más mientras rezo por que no se dé la vuelta. Pero se la da. Y yo, que no puedo contener más esta excitación tan avergonzante, me incorporo para agarrarle de las nalgas y atraer su sexo hasta mi boca.

—Raquel… Que tenemos que hablar… Joder, Raquelita… —Pero no me detiene. Me sujeta la cabeza con ambas manos y dirige el ritmo. Me pone cardíaca perdida. Lo de hablar se nos ha vuelto a olvidar a los dos y no sé si es la cercanía de la despedida, la definitiva, lo que me hace desearle tanto; pero he perdido el norte del todo. Él vuelve a estar como una roca y eso me descoloca un poco. *¿No debería encontrarse un poco mal, como mínimo?* Le succiono hasta casi atragantarme una y otra vez en un vaivén sin fin, en un ritual atávico que me lleva a una especie de trance donde no tengo el control de mi cuerpo. Eso es justo lo que me hace Gabriel.

De repente, me separa la cabeza y me obliga a levantarme. Avanzamos trastabillados hacia el baño y nos metemos juntos en la ducha, donde me vuelvo a preguntar si irá puesto hasta las cejas de Viagra, porque no me explico este ritmo de polvos que llevamos. *Gabriel, tú te dopas para esto, ¿no?*, le digo mientras el agua resbala por mis labios hasta los suyos mezclada con mi saliva, y entra en su boca que no deja de besarme. Suelta una carcajada que me tomo como un sí, y decido seguir adelante. Un polvo más con él, una cagada más y la adrenalina a tope, con la sensación de que somos dos adolescentes a los que en cualquier momento van a pillar sus padres *in fraganti*. O en su defecto, sus hijas. Me da la vuelta y con los dedos termina de ponerme justo como quiere, lista para recibirle. El eco de su respiración jadeante resonando en las paredes del baño me excita casi tanto como el breve contacto de su pecho contra mi espalda en cada empellón. Porque siempre será el jodido Gabriel.

Escasos minutos después yacemos desnudos en la cama, otra vez, mientras fuma, otra vez, de la misma forma.

—Podías dejar de fumar, ¿no te parece un buen momento?

—Pues va a ser que no, Raquelita.

—Solo digo que no creo que sea bueno para el cáncer.

—Precisamente, es muy bueno —y se ríe. El muy desgraciado, se ríe.

—No me hace ninguna gracia. Tienes que cuidarte.

—… Ya te dije ayer que era inútil.

—Ya, pero y si…

—Y si nada. Cuidarme no va a cambiar nada.

Lo dice muy serio y sin un ápice de esperanza, tanto que me provoca un escalofrío que piense en su propia muerte con semejante frialdad. Como si lo esperase, como si lo desease.

—¿Me estás ocultando algo, Gabriel?

—¿Algo? ¿En referencia a…?

—Al cáncer que te han diagnosticado.

Se toma su tiempo para contestar, apura el cigarro y se dirige a la cocina a por un vaso de agua que le escucho beber con parsimonia. Los segundos se hacen eternos y yo sigo tumbada esperando a que me cuente absolutamente todo lo que le han dicho los médicos, porque, por lo visto, se ha guardado algunos detalles.

—Te quería ahorrar el sufrimiento —me suelta de pie en el quicio de la puerta— a ti y a las niñas—, y extrañamente ya no miro su cuerpo como si fuera mi pastel de cumpleaños. Ahora solo veo la profundidad de sus ojos verdes, algo hundidos. Y la tristeza, la abnegación que me transmiten, anticipa lo que me va a decir a continuación. —No hay ninguna posibilidad de que sobreviva. Ninguna. Ni siquiera seis meses, ni mucho menos un año.

—¿Qué? Pero, ¿y aquello de la probabilidad del cuarenta por ciento?

—Que no, Raquelita. Me inventé una milonga delante de las niñas. La realidad es que el cáncer de páncreas es el más letal que existe. Por lo visto a los oncólogos les alucina, es como el caviar de

los cánceres, una delicatessen para sus científicas mentes enfermas. Es el único cáncer que, hoy por hoy, te mata sí o sí. Te fulmina.

—Joder, Gabriel. —A esas alturas de la conversación no tengo muy claro si quiero que continúe hablando.

—Cuando empecé a sentir aquella pesadez en el estómago me acojoné un poco, pero pensé que sería una úlcera o algo así. Mi médico del seguro no lo tenía tan claro y me hizo un interrogatorio larguísimo. Me dieron cita para una ecografía, pero una semana antes de la cita me puse amarillo como un puto limón, me dio un chungo muy gordo y me fui a urgencias. Y allí pues… Salió todo después de mil pruebas. Estábamos ya en junio cuando me vio el oncólogo del seguro, aquel que era vecino de mi padre, el doctor Rodríguez, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, menudo *endiosadito* de mierda.

—Pues ese "endiosadito", como tú dices, me dijo que la cuenta atrás había comenzado, tic, tac, tic, tac; y que me daba máximo seis meses.

—Para empezar la quimio.

—Para morirme, Raquelita. Para palmarla.

—¿Y cómo te lo tomaste? —La pregunta es tan absurda que me sorprende escuchar mi propia voz al formularla.

—No… No sé. Nunca en la vida me había sentido tan perdido, tan vulnerable, tan… Pequeño. Pensé en las chicas, y pensé en ti. Y sí, necesité buscarte y pasar un tiempo contigo. Este tiempo contigo. Por eso lo de la fiesta, por eso estamos aquí. Esa es la verdad.

—¿Y ellas? ¿Irene y Eva?

—No, no, por favor. A ellas no vamos a decírselo, es mejor que les pille por sorpresa. A ellas, les grabaré unos videos, les escribiré unas cartas, no lo sé aún… Como en la peli de *Mi vida sin mí*.

Permanezco boca arriba mirando al techo y no articulo palabra. Me he quedado muda. Ni siquiera fui capaz de terminar de ver esa película, me salí del cine por la mitad. Es tan difícil de gestionar el

torrente de emociones que me inunda, que se me paralizan las extremidades y las entrañas se retuercen como si fueran un asqueroso zarajo de Cuenca. Tengo ganas de vomitar. Una arcada sube por mi esófago y solo soy capaz de retenerla mientras me levanto rauda al váter. Gabriel no me sigue, me deja espacio. Parece conocer bien el proceso de digestión de la noticia y no, *no vamos a contárselo a las niñas*. Pienso, hasta que evacuo de mi cuerpo todo lo ingerido en las últimas horas, que es bien poco. Aun así, el vómito se convierte en un chorro descontrolado de sentimientos que salen de mí en cascada hacia el sanitario como si hubiera abierto las compuertas de una presa. Y sale todo. Los años con Gabriel, los años que estuve odiándole como si se me fuera la vida en ello, los años con Arnau. La incomprensión hacia mi hija Irene. El bebé con trisomía 18. La infidelidad y la culpa. Me quedo vacía, como un folio en blanco sobre el que empezar a escribir una historia de cero. Solo que no tengo ni idea de cómo empezarla; y mis problemas, todo lo que iba a contarle a Gabriel para ver si al verbalizarlo se arreglaba un poco, se transforman en una riña en el patio del colegio al lado de lo que acaba de decirme.

Cuando regreso a la cama Gabriel se ha vestido y está sentado en una butaca. Parece abatido, las ojeras se le han vuelto oscuras de golpe y su rostro ahora ajado transmite un cansancio extremo. Me siento en parte responsable de su estado, quizás no teníamos que habernos metido tanta caña.

—Pareces agotado.

—Sí… Me ha dado el bajón de repente. Llevo unos días exultante, como si pudiera comerme el mundo, con unas ganas de follar tremendas, y de irme de fiesta. Como si quisiera quemar todas las naves que me quedan. Pero luego me vengo abajo porque, en realidad, estoy muy cansado y no me encuentro muy bien casi todo el tiempo.

—Y sabes… ¿Sabes cómo va a evolucionar todo eso?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Creo que debo saberlo. Por las niñas, sobre todo.

—Pues irá a peor, a mucho peor. La quimio solo alarga el plazo de la condena, Raquel. Hace que esté un poco mejor, que pueda disfrutar de momentos como este contigo, que es probable que sea el último que tenga con tanta energía. —Trago saliva. Él también.

—¿Qué vas a hacer cuando no puedas…?

—¿Valerme por mí mismo? —me corta—. No voy a permitir que las chicas se ocupen de mí. Y mi madre tiene noventa años y está senil. Estoy solo en esto… Ya he buscado un buen centro de paliativos. No te preocupes, está todo controlado. Y la herencia, y todo. A ellas no les va a faltar de nada.

—Les va a faltar su padre. —Siento un escalofrío que hace que me tape con la sábana hasta las orejas. Sé que hemos llegado a un punto de no retorno, poco más nos queda por decir. Y que, por más que me duela, es el momento de despedirme.

—Raquelita… —Se acerca a mí y se arrodilla junto a la cama, tomándome la mano. Creo que me voy a morir de la pena—. Quiero que sepas… Que fui un gilipollas muchas veces, que eras una niña y no te dejé volar como merecías, que lo hiciste todo a destiempo por mi culpa. Pero también… También debes saber que no me arrepiento de nada, he tenido una buena vida y me llevo lo más grande que existe en este mundo: tu amor y el de mis hijas.

—Mi amor precisamente, Gabriel…

—Ya me entiendes. Todo lo que me diste y lo que me has dado estos últimos días. —Baja la cabeza haciendo una pausa—. Aquí termina esto. No voy a buscarte, te dejo vivir tranquila tu vida. Esto… Esto ha sido lo más preciado, Raquel… Y te lo agradezco.

Rota, me deja rota. Solo puedo besarle en los labios y darle un abrazo, el último, antes de vestirme y salir de esa casa tan rápido como puedo. Me quema el dolor como lava bajo los pies. *El suelo es lava*, resuena la voz de mi hija Eva cuando era niña y jugábamos a

ese juego. Así que salgo saltando por encima de la lava y hasta que no piso la calle, no me siento a salvo. Inhalo una profunda bocanada de aire y doy gracias, no sé muy bien a quién, por estar sana.

29
Largas como un día sin pan

Cuando Irene atraviesa la puerta del Avocado Love, Román lleva un rato esperándola con la paciencia de un agente acostumbrado a los desaires de los escritores… O más bien como un novio enamorado y transigente con los pequeños defectos de su recién estrenada chica. Han quedado para celebrar que hace exactamente tres meses que se conocieron en la Plaza del Dos de Mayo y los dos están nerviosos porque, aunque no se trata de un aniversario al uso, sienten que lo que están construyendo es sólido. Unos días antes, Román le ha pedido que se lo cuente a sus padres para quitarse de una vez esa presión que le oprime el pecho y, a veces, apenas la deja respirar. Irene prefiere esperar no sabe muy bien a qué, quizás a cumplir los veinte aunque aún le falte un año, para hacer lo suyo oficial. Y como si fuera algo ilegítimo, como si estuvieran cometiendo un delito o una atrocidad, se esconden de las miradas, evitan los locales que frecuentan los amigos del uno y de la otra; se refugian en la

oscuridad de los portales o en la seguridad del piso de él, aunque sepan que la clandestinidad tiene fecha de caducidad.

—Madre mía, me va a dar algo si tengo que aguantar toda la cena sin meterte mano. —Le dice, travieso, al verla llegar enfundada en el vestido rojo, más corto que ha visto en su vida.

—Me he pasado, ¿no?

Vengo todo el camino pensando que era demasiado, pero es que lo tengo en el armario hace un par de años y no veía la ocasión de ponérmelo. Mi hermana me ha dicho lo mismo, joder, ¿por qué no la habré hecho caso?

—Eh, eh, Irene, que tú te puedes poner lo que te salga del mismísimo…

—Coño, Román, del coño.

—Ay, qué soez eres cuando quieres hija. De los mismísimos ovarios, ¿vale? Que estás guapísima, es que no tengo palabras para describir lo impresionante que estás.

—Prueba a ver…

—Joder… Creo que nunca se me había sentado enfrente en la mesa de un restaurante una tía tan sexi, con los ojos tan verdes ni la sonrisa tan bonita. Que ese vestido hace que tus piernas sean más largas que…, que un día sin pan…

—¿Qué un día sin pan? JA JA JA, ¿eso es lo mejor de tu repertorio? Anda va, déjalo, que te estás poniendo colorado.

Y es verdad, Román se está poniendo colorado, pero no de vergüenza, sino del calentón. Irene clava la mirada en su boca y susurra una palabra, más bien solo mueve los labios, pero él la capta al instante. Arquea las cejas sorprendido —pero no tanto— mientras posa la lengua en los dientes de arriba poniéndola muy muy cachonda. Sus pies se rozan por debajo de la mesa justo antes de que Irene se levante y vaya directa al servicio con una promesa en los ojos y el contoneo de sus caderas al alejarse. Román se dice que no puede ser cierto, que ese local es estrechísimo y sin ninguna

intimidad, que les va a pillar alguien y seguro que acaban siendo virales en Tiktok. Vacila unos segundos, no demasiados por si ella se arrepiente de lo que sutilmente le acaba de proponer, abandona la carta en la mesa, su chaqueta y el bolso de ella; y encamina sus pasos a un servicio que en ese local tan chiquitito, solo es uno y mixto. Empuja suavemente la puerta, que no opone resistencia. Irene no ha puesto el pestillo y le aguarda agazapada detrás. Al principio, Román no la ve, no entiende… Hasta que ella le agarra del cinturón y tira de él cerrando la puerta con su espalda, esta vez sí, echando el pestillo. Román no se lo piensa dos veces, le da la vuelta, sube la falda tres centímetros —no hace falta más— y, sin mediar palabra, aparta las braguitas para penetrarla con más violencia de la que creía que fuese capaz. El empotrador no es para nada su estilo, pero el calor y la humedad de su interior le inundan haciéndole soltar un gemido de alivio. *Fóllame*, repite ella como le ha dicho unos minutos antes en la mesa, pero ahora en voz alta. Y Román obedece tratando de ahogar los gruñidos que teme lleguen hasta el último rincón del Avocado Love.

—Tienes el pintalabios hecho un desastre.

—Está todo en tu cuello, chato.

—Joder, Irene, joder. Estoy yo ahora como para comer…

—Pues a mí me ha entrado un hambre…

—Oye, que si te has quedado con hambre… —le dice deslizando la mano hasta su rodilla.

Irene intenta disimular lo azorada que está —por no decir roja, sudorosa y despeinada después del polvo en el baño— mirando la carta, esa que ya deberían saberse de memoria de tanto fingir que la leen. En ese momento un vestido vaporoso azul pavo real, con pinta de ser muy caro, entra en su campo de visión.

—Tú eres Irene, ¿no? La hija de Raquel y Gabriel, ¡chica, qué guapa te veo! No te veía desde que tenías… ¿catorce años?

Irene no es capaz de recordar el nombre ni procedencia de esa señora que la saluda tan efusivamente, pero ya sospecha que no le va a traer nada bueno ese encuentro. Por un momento se plantea mentir, decirle que no es ella.

—Sí, soy yo. Perdona, es que por más vueltas que le doy, no me acuerdo de ti, ¿eres amiga de mi padre?

—De tu madre, bueno, mi marido —señala a un tipo elegante en la puerta que está pidiendo una mesa—. Estudiaron juntos, ¿sabes? Eran íntimos.

El énfasis en la sílaba tónica de ese "íntimos" le hace a Irene sospechar que muy íntimos no eran. Pero aun así, la recorre una descarga de terror solo de pensar que esa mujer le cuente a Raquel que la ha visto con Román, y cómo la ha visto, emanando sexo por todos los poros. Cualquiera, y más una tía como esa, se daría cuenta de que Román no es un compañero de trabajo.

—Ah, qué bien, pues la saludo de vuestra parte cuando la vea. —Las evasivas no parecen encajarle a la señora, que ya se está ganando el apodo mental de "grano en el culo".

—Mujer, ¿no me lo vas a presentar?

—¿Qué? ¿A quién? —Román las mira alucinado, sin saber si abrir la boca o dejar a Irene seguir con su farsa. Una farsa que, como todas las mentiras, tiene las patas muy cortas.— Ah sí, lo siento, mira, es Román Gálvez, mi agente literario. Me lleva las publicaciones de las novelas, trata con las editoriales y tal… Un trabajo muy aburrido.

—*¿Un trabajo muy aburrido?*

Román no da crédito. La señora vestida de azul pavo real le estrecha la mano y se presenta como Andrea, mientras él no puede evitar recordar aquella frase de su padre: "por si la niña era fea, la pusieron Andrea". Entretanto, Irene está llamando al camarero para que les tome nota al tiempo que apura de un trago el vermú que se estaba tomando, visiblemente alterada.

—Bueno chicos, pues que disfrutéis de la noche. Nos vamos a otro sitio, que le han dicho a Alberto que lo tienen lleno. —Al escuchar que se van, Irene suelta de golpe todo el aire que estaba conteniendo, formando un huracán que agita hasta las servilletas de la mesa de al lado. Balbucea un "encantada" y se tapa la cara con las manos según la tal Andrea le da la espalda.

—Madre mía Román, madre mía qué cagada. Estoy muerta, te lo digo, muerta.

—Irene… Sabíamos que tarde o temprano esto podía pasar… Lo mejor es que te enfrentes a tu madre y le digas que estamos juntos, que soy mayor que tú pero que no nos importa lo que diga la gente porque estoy enamorado de ti hasta las trancas.

—¿Que estás qué…? Hostia, Román, es la primera vez que lo dices así. ¿Ahora nos vamos a declarar? ¿En serio? Mira, mejor nos vamos a tu casa, a mí se me ha quitado el hambre.

Y como todas las veces que había salido el tema de la diferencia de edad, la relación con su madre y cómo sincerarse con ella; Irene se muestra esquiva, se sale por la tangente y evita que la conversación dé un solo paso más.

De camino a casa, y viéndola moverse dentro de ese escueto vestido rojo, a Román se le vuelve a olvidar que aquello —ponerle un nombre a su relación y hacerla pública— le importa bastante más de lo que le gustaría.

30
Cecilia Roth en Martín Hache

(Ibiza, 2023)

A Raquel nunca le gustó Alberto. Le parecía demasiado líder, demasiado pijo, siempre con el comentario ocurrente a punto para poner la guinda a cualquier conversación y llevarse toda la atención, con el ego por las nubes y el cinismo más clasista y afilado de lo que ella era capaz de soportar. Un *flipao*, le parecía. Esto era cuando estaban en la facultad y ahora, más de veinte años después, se daba cuenta de que no había cambiado ni una pizca. Y su rechazo hacia él tampoco.

Aun así, y porque se trataba de un reencuentro muy esperado con gente a la que sí tenía cariño, Raquel y Arnau se apuntaron a aquel viaje a Ibiza. Si no hubiera ido Marian, se lo habría pensado. Pero estando ella, y con la necesidad que tenían ambos de pasar un buen rato después de la mala racha que atravesaban, se sacudieron la pereza y metieron en la maleta sus atuendos más acordes con unos

días a bordo de un catamarán atracado en una de las calas más privilegiadas de la isla. Había que reconocerle el mérito al imbécil de Alberto, pensaba Raquel, quien alquiló para sus amigos un velero completísimo, con camarotes privados, cocina, baño… Hasta barbacoa tenía. Y todo porque cumplía cincuenta. Y es que lo de ser mayor que todos sus compañeros, y que veterinaria era su segunda carrera, no hacía sino acrecentar sus aires de superioridad.

—Y va el tío y me dice que si le puedo servir treinta mil sacos de pienso en una semana, y yo le digo, sí claro, ¿los quieres por mensajero o correo ordinario?, ¿no te jode?

Alberto relataba a una fiel audiencia su enésima anécdota sobre la escasez de piensos para animales a causa de la guerra de Ucrania. Es el propietario de una importante marca de comida para perros, empresa que heredó de su padre y que pagaba el daiquiri que se estaba bebiendo Raquel en ese preciso instante.

—Si le escucho decir una gilipollez más, voy a vomitar este daiquiri, dos *bloody marys* y los *gintonics* de anoche. —Le susurra a Arnau, en la tumbona de al lado.

—Los *gintonics* de anoche ya los vomitaste, Melona.

—Cierto. Pues voy a vomitarle encima.

Los dos ahogan una carcajada. Él se ha puesto un bañador azul marino con rayas verdes a medio muslo, algo ajustado como los de natación, que se le pega a las piernas de forma provocadora. Ella le convenció para comprárselo y se siente orgullosa de lo bien que le queda. Desde que pisaron el barco están los dos muy cachondos, recuperando el tiempo perdido, deseándose como hacía años. *¿Serán las vacaciones y la desconexión que tanto echaban en falta?*, se pregunta Raquel.

Ha pasado más de un mes desde que vio a Gabriel por última vez. Sabe de su estado por sus hijas, pero no ha querido ir a visitarle. No está tan mal como pensaba él, parece que la quimio le está dando algo más de tiempo porque su organismo es fuerte, pero no le

queda mucho para que empiece la caída. Esto lo sabe bien y prefiere no pensarlo. Ha logrado dejar de sentirse culpable por su aventura, y también ha logrado que Arnau no se dé cuenta. O eso cree. Las cosas van mejorando entre ellos poco a poco, y la sombra del hijo que no pudieron tener se va disipando y ya no les cubre como una nube negra de tormenta amenazante. Ahora solo es una sutil niebla. De esas que se levantan en la mañana y se diluyen por las tardes. Porque el tiempo, al final, todo lo cura.

La pasada noche hicieron el amor en la cubierta, con las primeras luces del alba, cuando todos los demás habían ido cayendo en sus camas ebrios y drogados, porque en aquel viaje no faltaban las drogas ni el alcohol. Todos eran ya un poco mayores para aguantar un ritmo de fiesta muy salvaje, pero un día es un día, y el anterior había sido bastante *destroy*. Ellos decidieron ver amanecer antes de dormir, que un amanecer en el mar no es algo que se vea todos los días; y mientras esperaban a que el sol asomara en el horizonte, les invadieron esas ganas traviesas de follar en un lugar fuera de lo habitual; y la emoción de ser pillados en cualquier momento aumentó la excitación de tal forma que acabaron clavándose los hierros de una tumbona, en un polvo de esos rápidos e incómodos pero que tan buen sabor de boca dejan. Así que habían dormido bien poco.

Marian estaba preparando las brasas para asar carne, mientras el resto tomaban cócteles con zumo de tomate en un intento de quitarse de encima la resaca. Raquel y Arnau seguían dándole al daiquiri, muy a pesar de sus hígados, porque los zumos de tomate se los habían desayunado buscando la sombra después de haberse quedado dormidos en la cubierta, mientras el sol despuntaba y empezaba a calentar más de lo soportable sin la crema protectora adecuada. Pero qué bien les sentaba todo aquello. Qué bien se sentía Raquel por haber dejado atrás a un ex a quien por fin había logrado perdonar y del que se había despedido para siempre. Ese

«para siempre» a veces le quemaba la garganta al tragarlo, aunque sabía que aquello, y lo que habían hecho juntos los últimos meses, también lo curaría el tiempo. Eso creía Raquel cuando todo se vino abajo. Y cuando ocurrió, su primer pensamiento fue para el gilipollas de Alberto, por haber organizado ese absurdo viaje para gente mayor haciendo cosas de veinteañeros. El segundo fue para Marian, a quien debió contarle lo que le estaba pasando con Gabriel antes de que fuera a más, porque quizás ella le hubiera sabido parar los pies. Y el tercero fue para sí misma, por imbécil.

—¡Raquel! ¡Pero qué guapísima está tu hija!

La sombra de una túnica playera bordada a mano con mucha pedrería le tapaba la cara cuando miró hacia arriba y se encontró con la sonrisa falsa, falsísima, de la mujer de Alberto, que, como él, le caía fatal. Con una mueca de indiferencia intentó transmitirle su fastidio por interrumpir ese momento delicioso de solecito y daiquiri con Arnau, pero esta no se dio por aludida.

—Es que la vi el otro día en el Avocado Love, ya sabes, ese restaurante de Malasaña tan de moda que lo hacen todo con aguacate. —Raquel esperaba pacientemente que su verborrea llevase a alguna parte, preferiblemente a terminar su discurso y largarse con viento fresco, aunque no lo hizo—. La vi y pensé, ¡esta chica espectacular es Irene, la hija de Raquel! Por cierto, tiene los ojazos de su padre.

Así que me acerqué a darle un beso y… Bueno, bueno, pedazo de espécimen de hombre con el que estaba… —Y Raquel, que había empezado a perder el hilo de esa conversación que en realidad era un monólogo, de repente prestó un poco más de atención. No porque le extrañara que su hija Irene estuviera con un tipo atractivo, sino porque algo en su forma de describirlo la puso en alerta.

—Un poco mayor para ella, si te digo la verdad, y con una planta que quitaba el hipo, —el atrevimiento de aquella tía no tenía límites — pero como ella siempre ha sido tan madura, tampoco me extrañó

tanto. ¡Aunque el tío aparentaba más de treinta! Fíjate, ¡si le lleva los mismos años que a ti tu ex! Me lo presentó y todo, creo que se llamaba Ramón, ay no, Román. ¿Le has conocido ya?

—Sí, Andrea, ya le conocemos y es un encanto. —Contestó Raquel esbozando la sonrisa más envenenada de todo su repertorio, mientras Arnau la miraba estupefacto. —¿Querías algo más? —le dijo para zanjar la conversación, porque su apenas metro cincuenta albergaba más chulería que todo el barrio de Lavapiés. La mujer de Alberto se dio la vuelta sin decir nada, muy digna para que no se le notara el resquemor, devolviéndole al marcharse los rayos de sol que su fabulosa túnica le estaba robando.

—¿Con quién está liada Irene, Melona? ¿Es el agente ese que tiene? Seguro que es él, ¡menudo pájaro! ¡Sí que se ha dado prisa en ligársela!

—Cállate, Arnau, por lo que más quieras.

Ni siquiera el daiquiri helado que apuró de un trago logró apagar el fuego que se había prendido en el interior de Raquel, que no tardó en atar cabos. Irene estaba enrollada con su agente literario, un tío que ella había visto solo una vez y que, probablemente, rondaba los treinta y cinco. Gabriel lo sabía, estaba segura. *Mierda*. Irene con diecinueve años recién cumplidos, liada con un tipo quince años mayor. *¿Qué parte de su propia vida no había entendido su hija?* En ese momento hubiera preferido que le dijeran que la habían visto besándose con un neonazi, un yihadista, una jirafa del zoo, o bailando desnuda en una fuente. Cualquier cosa menos esa. Su pequeña repitiendo sus errores, su pequeña inmersa en una relación tóxica que iba a destrozarle la vida. Y ese tío aprovechándose de su inocencia, de sus ganas de vivir, robándole el alma para hacerla suya para siempre. Quiso estrangularle con sus propias manos, quiso desaparecer para no ver el resultado de lo que ella misma, con su mal ejemplo, había provocado. Y se vio follando con Gabriel un mes antes en una suerte de ritual satánico contra su propia hija, que lo

único que estaba haciendo era imitar el modelo que había visto desde pequeña.

Cuando se levantó de la tumbona vio los labios de Arnau moverse diciéndole algo, pero el pitido que le taladraba los oídos no le permitió escucharle. Se acercó a la escalinata por la que bajaban del catamarán para bañarse y saltó desde allí, con el pareo puesto y todo. Al principio nadie se percató porque en ese momento Marian sacaba de las brasas la primera ronda de chuletas, que fue recibida con una ovación y muchas manos en torno a la bandeja de carne. Raquel mientras tanto se precipitaba a las calmadas aguas del Mediterráneo, en un intento por lavar sus recuerdos más recientes. Tratando de ahogarlos en el fondo del mar, se quedó tendida en la superficie, boca abajo, dejando que esa sensación de paz que se alcanza al sumergirse en el agua, esa vuelta al útero materno, la llenase unos segundos. Minutos, quizás. No lo recuerda.

Notó un estruendo en el agua a su lado, dos, y hasta tres. Y después varios brazos alzándola, obligándola a sacar la cabeza del agua y respirar un oxígeno que apenas le llegaba a los pulmones congestionados. Arnau la subió hasta la cubierta a pulso y la tendió allí, donde Marian le hizo el boca a boca. Y el aire le entró tan de golpe que tuvo que toser, para alivio de todos los presentes que la rodeaban en un maremágnum de piernas bronceadas.

—Joder, Melona, joder. Ya te vale. —Tras un par de expectoraciones más, Raquel recuperó el habla y trató de tranquilizarles para que la dejasen en paz de una vez.

—Estoy bien, estoy bien, —dijo alzando la mano y, dirigiéndose a Arnau—. ¿Qué te creías? ¿Que soy Cecilia Roth en *Martín Hache*? Solo estaba relajándome un poco, sois unos *cortarrollos*…

—Vete a la mierda, Raquel.

Por pura discreción, ningún invitado quiso darle más importancia al incidente. Eso, y que la resaca y el hambre pudieron más que la preocupación, y en un instante el grupo volvió a la mesa a dar

cuenta de la carne que empezaba a enfriarse. Raquel prefirió retirarse a los camarotes para darse una ducha y descansar un poco, con la excusa de no haber dormido nada y haber perdido el apetito. Arnau aguantó el chaparrón toda la comida, con la cabeza más acá que allá; y Marian se dedicó a decirle a la mujer de Alberto del mal que tenía que morir, de mil maneras muy poco sutiles. Cuando sirvieron los cafés y el elefante en la habitación se salía por las ventanas, Arnau le susurró a Marian, *¿tú sabes de qué mierda va esto?* A lo que Marian solo pudo responder *ni pajolera idea*.

Veinte minutos después, Arnau corrió la puerta de su camarote donde Raquel yacía desmadejada en la cama boca arriba, en bragas y camiseta, con el pelo empapado y los ojos abiertos mirando al techo. Se tumbó a su lado en la misma postura y la tomó de la mano, apretándola con fuerza. Por el ventanuco del camarote se colaba una luz amarillenta muy brillante que sofocaba la estancia. La canícula hacía que costase respirar ahí dentro.

—Me has dado un susto de muerte, Melona. ¿Tan borracha ibas?

—No.

—No, ¿qué?

—No iba borracha.

—¿Y entonces?

—Entonces es que tengo muchas cosas que contarte, cosas que no te van a gustar, que no entiendo ni yo. Cosas que nos van a joder la vida.

Y se lo dijo así, de golpe, porque no podía soportar más ese peso mudo en el centro del pecho. El de llevar meses mintiéndole, el de no haberse respetado a sí misma, el de sentirse culpable de que su hija hubiera acabado exactamente igual que ella. No podía soportarlo más.

—Raquel, no sé de qué me hablas y me estás asustando aún más. Mira que llevas rara bastante tiempo, pero esto que estás haciendo se lleva la palma, tía. Va a ser que sí que eres un poco Cecilia Roth.

—Más quisiera…

Intentó que él sonriera con la broma pero no surtió efecto. No estaba el horno para bollos, no. Y si no se lo explicaba pronto, las cosas se iban a poner más feas aún, si es que eso era posible.

Raquel veía el final cerca y casi se alegraba de que así fuera para poder aliviar de una vez la presión. Dejar atrás todo el daño que había hecho y empezar de cero. Seguramente, sin él. La razón de su dolor mutaría entonces, y quizás se hiciera más llevadero.

—Arnau, tú sabes que te quiero…

—Hostia, qué mal pinta…

—Estos años has llenado un vacío muy grande que había en mí, pero me he dado cuenta de que no lo tienes que llenar tú, lo tengo que llenar yo.

—¿Qué es esto? «¿No eres tú, soy yo?» ¿Vas a venirme con esas ahora?

—Es que no eres tú, soy yo. Soy yo la que te he estado mintiendo, la que me he engañado a mí misma, la que me he arrastrado a este abismo.

—Escupe de una puta vez qué pasa, que me va a dar un infarto, Melona.

—Es Gabriel. —Arnau arqueó tanto las cejas que le llegaron al nacimiento del pelo, y eso que se estaba quedando calvo. Al parecer ese nombre era el último que esperaba escuchar.

—Me dejas muerto. ¿Qué pasa ahora con Gabriel?

—Que me lo he estado tirando últimamente.

—¿Que te lo has…? ¿Pero no se está muriendo? —Y en el fondo se sintió mal por decirlo con tanta frialdad, pero *joder*, eso sí que no se lo esperaba.

—Se está muriendo, sí, y nos hemos estado acostando desde junio.

—Hosti, Raquel… Hosti, tú… ¿Por qué él? ¿No había otro? Tú sabes que esto me iba a hacer mucho daño. Tía, es el puto Brad Pitt,

con cualquiera lo hubiera soportado, pero no con él. Con él, no.

Se tapaba la cara y negaba con la cabeza como si así pudiera borrar la verdad, pero la verdad estaba ahí, delante de sus ojos.

—He metido la pata hasta el fondo y ahora Irene la está metiendo también con ese agente suyo.

—¿Irene? No me pongas de excusa a Irene. ¡Te has estado follando a tu ex! ¿Tú sabes lo que me ha costado a mí no sentir que me comparabas con él constantemente? ¿Tienes idea de lo inseguro que me ha hecho sentir ese imbécil un porrón de años? Si hasta me compadecía de él por lo del cáncer. Seré gilipollas…

—Arnau, eres un buen tío, tú no le ibas a desear la muerte.

—Pues créeme que igual ahora sí que se la deseo.

—Arnau…

Se había levantado y buscaba una camiseta que ponerse, con la que no sentirse tan desnudo por dentro, tan frágil, tan destrozado. Se sintió utilizado, vapuleado, estafado. Estafado por una tía de la que había estado años enamorado, para nada.

—Tú no me quieres, Raquel, no me has querido nunca. Te lamí las heridas y te saqué del hoyo cuando te convino, para eso me querías, ¿no? Eres una puta cría que no se atreve a vivir de verdad. Es como esa manía que tienes con las persianas.

—¿Las persianas? ¿Qué pasa con las persianas?

—Que yo las subo y tú las bajas. Para que no entre la luz. Ni el calor o el frío. Ni nada que te haga sentir; porque te da miedo. Yo las subo para que entren cosas buenas en mi vida, Raquel.

—Eso no es así… —susurraba ella, pero él no la escuchaba, inmerso en su retahíla de reproches.

—No me quieres a mí como tampoco querías ese bebé, ¿a que no lo querías? Mírame a los ojos y ten los ovarios de decirme a la cara que no lo querías.

—No me culpes de eso, Arnau, no te lo consiento.

—Podíamos haberlo tenido y tú no quisiste.

—No, ¡no podíamos!

—Aunque hubiéramos podido, no habrías querido. Porque no sabes lo que quieres.

Qué razón tenía cuando tenía razón, pensaba Raquel mientras se enjugaba las lágrimas contra la funda de la almohada, ocultando su rostro avergonzado. Ese bebé no estaba bien, pero ella tampoco lo estaba entonces, y seguramente hubiera sido un error ser padres. Un grandísimo error. Ese vacío que sentía no lo podía llenar Arnau, ni un bebé. Ni, por supuesto, Gabriel. Ese agujero era solo suyo, y su responsabilidad hacerlo menguar.

Arnau se había metido en el baño, donde permaneció cerca de media hora en la que Raquel lo único que hizo fue llorar. Cuando por fin salió, él también tenía los ojos hinchados y la voz ronca. Pero no había rencor en sus ojos ni violencia en sus gestos. Con Gabriel es más que posible que a esas alturas estuvieran lanzándose la lamparita de noche a la cabeza; sin embargo, aquella conversación con Arnau resultó ser de lo más civilizada. Tristemente civilizada.

—Raquel, por lo que más quieras, por ti, por tus hijas. Elige una vida. Yo… yo tengo casi cincuenta tacos, solo quiero tener una vida normal y no me dejas.

—Ya me gustaría… Pero hace mucho tiempo que elegí no elegir la vida. «Yo elegí otra cosa», ya lo decía Renton…

—Mira que eres lerda a veces —dijo él con cariño y una sonrisa amarga.

Raquel se levantó y fue a abrazarle, pero él se apartó un metro, interponiendo sus brazos entre los dos para que no pudiera acercarse más. Ella se detuvo en seco. En el fondo deseaba que la perdonase, que le diese una oportunidad, aunque fuese la última. Que no terminasen en ese asfixiante camarote en medio del mar casi diez años de relación y media vida de recuerdos. Y por más que lo deseó, que apretó los párpados y pidió un último deseo, él ya había decidido que aquello era el final.

—Creo que mejor me voy, Arnau. Ya está todo dicho.

—Melona… —Y su mirada transmitía debilidad, esa debilidad que hace que a veces nos arrepintamos de las decisiones y le demos la vuelta a la tortilla—. Joder, voy a echarte de menos. —Fue un destello de esperanza, a un segundo de desdecirse, que se esfumó tan rápido como había llegado—. Pero entiéndeme, no puedo con esto. Me hace demasiado daño, es demasiado antiguo. Está tan enquistado que no sé si algún día aprenderemos a estar juntos sin llevar esa mochila a cuestas. Mis depresiones, nuestros traumas, tu ex, las mentiras, los silencios. Raquel, yo no puedo seguir adelante así.

—Está bien. Me voy, podemos llamar a un taxi y que me recoja en la playa. Cambiaré el billete y salgo en el primer vuelo a Barcelona. —Aún les quedaban dos días de alquiler del velero, pero ella sabía que no podrían compartir espacio ni un minuto más.

—Quédate en casa, tómate el tiempo que necesites para llevarte tus cosas. Yo no pasaré por allí hasta que me avises de que ya te has ido.

—Entonces… esto se acaba así, ¿sin más?

Arnau se encogió de hombros dirigiéndose a la puerta, evitando encontrarse otra vez con su mirada.

Esa mirada tan gris como el mar un día de tormenta, capaz de helarle a uno la sangre o de volverle loco de pasión.

—Voy a avisar a Marian para que te pida el taxi. Va a flipar. —Dijo dándole la espalda, y solo giró la cabeza un segundo antes de salir —. Raquel… Cuídate, y que te cuiden.

—Prefiero cuidarme yo sola. —Le temblaba la voz y tenía los ojos clavados en el suelo de madera. Si volvía a ver sus ojillos brillantes una vez más, era posible que acabase de rodillas suplicando que la perdonase. Sí, era más que probable.

31
¿Y si la trata bien?

Lo primero que hago nada más bajar del avión es mandarle a Irene un mensaje tajante:

«Nena, tenemos que hablar. YA»

Sé que las mayúsculas gritonas la irritan sobremanera, pero estoy tan cabreada que no me importa que se ponga a la defensiva. La conozco y preveo una discusión de las gordas. Aunque por más que lo espere, en este momento no tengo ni idea de hasta qué punto esa conversación va a suponer una ruptura definitiva entre nosotras. Estoy cegada por la impotencia y la rabia, y no puedo menos que desear mandar a la Conchinchina a ese agente listillo por el que mi hija bebe los vientos. *Pero, ¿qué se habrá creído el niñato?*

Irene ha dejado mi mensaje en visto una hora, lo justo para recorrer la distancia entre El Prat y nuestra casa en Gràcia. ¿Nuestra? *No, Raquel, ya no es tu casa*. *Mierda.* Al atravesar el umbral me vengo abajo. La casa huele como siempre, a una mezcla de curry, hierbas provenzales e incienso. Olor especiado, olor a

nosotros. Me dejo caer en la alfombra persa que preside el salón, esa que compramos en un viaje a Estambul y tuvimos que embutir doblada en la maleta. Tocar el suave tejido alivia la ansiedad creciendo en mi pecho. Respiro hondo varias veces y hago una cuenta atrás en cada respiración, porque prefiero concentrarme en la nimiedad de contar que en la mierda de vida que me he dejado. Hasta que el móvil vibra en mi bolso.

«Dime de qué quieres hablar, no te hagas la misteriosa. Y no me grites».

Siempre tan simpática, Irenita. Digna hija de su padre. Me planteo si no será mejor hacerle una videollamada, y acabamos antes con esto. Primero pongo el móvil en modo *selfie*, me peino un poco y estudio el estado de mi cara que después de las últimas horas es un cuadro: ojos hinchados, ronchas rojas fruto del escozor de las lágrimas, ojeras hasta los pies. Todo mal… El teléfono vuelve a vibrar de pronto entre mis manos de forma sostenida y lo suelto como si fuera una granada, lanzándolo a la alfombra. Bendita alfombra aún llena de pelos de Mahou, *con la pasta que me costó cambiarle la pantalla hace nada y lo vuelvo a tirar al suelo, ¡será posible!* El nombre de Marian se ilumina junto al icono del teléfono verde, y yo contesto al segundo.

—¿Qué tal has llegado? ¿Cómo estás? —Mi amiga no es de andarse con saludos protocolarios.

—He llegado, y no estoy bien. Pero primero tengo que hablar con Irene de forma urgente.

—Raquel… La vas a liar con Irene, ¿por qué no te das unos días para enfriarte un poco los ánimos?

—Que no, tía, que esta historia ya me la conozco. Tiene que escucharlo de mi boca, tiene que saber que si no va con cuidado acabará hundida en la miseria, que estas cosas nunca terminan bien…

—¿Y si es un buen tío? ¿Y si la trata bien? Raquel, ¿te has planteado que hay buenas personas en el mundo?

—No lo veo, Marian, no lo veo.

—Estás proyectando y lo sabes. Proyectas en ella todas tus frustraciones desde que le salieron las tetas, no me jodas. Igual es mejor que la dejes vivir su vida y te preocupes por arreglar la tuya… Te quiero mucho Raquel, pero no digas que no te advertí esto hace muchos años.

—¿Me advertiste el qué?

—Que la solución no podía ser otro tío. Por lo de Arnau. Te lo dije. Odio repetirlo ahora, pero te lo dije.

—¿Ahora la vas a tomar también con Arnau? ¿Cada vez que me separo de un tío arremetes contra él?

—Nada más lejos, guapa. Arnau está hecho mierda, le has dejado hecho mierda. A quien debería retirarle la palabra es a ti, así que da gracias de que me preocupe por tu estado, cacho perra.

—Para perra la mujer del Alberto, menuda hijadelagran…

—Ey, para el carro bonita, esa es una cotilla redomada y una pija gilipollas; pero no tiene la culpa de que te hayas estado follando a Gabriel a escondidas. Que esta mañana no hemos tenido tiempo de hablar de ese temita pero cuando te pille te vas a cagar, so imbécil. Mira que caer otra vez, a tu edad… Raquel amor… Has sido una egoísta.

—Tú como siempre Marian, a echarme la bronquita. Doña "consejos vendo que para mí no tengo", ¿hablamos de lo que pasó con Elena? Ah no, que no te interesa hablar de tus problemas, claro, a ver si se va a enterar el mundo de que no eres perfecta.

—Te estás pasando Raquel, lo de Elena no tiene nada que ver con esto, no escurras el bulto…

—Nooo, no tiene nada que ver. Solo resulta que eres igual de inmadura que yo, que has dejado escapar al amor de tu vida porque no quieres crecer.

—No quiero tener hijos, que no es lo mismo. Es una opción vital muy respetable, bonita. Tú con el marrón que tienes deberías saberlo mejor que nadie.

—Marian, tengo que llamar a mi hija, gracias por preocuparte. Ya hablamos, ¿vale?

—Que te jodan.

Que te jodan, más aún. Jodida ya estoy.

—Tía… Tengo cuarenta y cinco años y estoy más desorientada que a los veinte. He perdido a mi pareja, a mi hija mayor, a la pequeña ni la conozco y mi ex se va a morir. No me digas que me jodan.

—No estás bien ahora, pero lo vas a estar, Raquel. De verdad que lo vas a estar. Busca tu camino, ese que buscabas a los veinte y aún no has encontrado. Búscalo.

Cuando cuelgo sin despedirme vuelvo a mirarme en la pantalla del móvil, gracias al cielo, intacta. El reflejo me dice que quizás no es el mejor momento para hablar con Irene, que Marian tiene razón. Se me ocurre que puede ser una buena idea calmarme un poco, así que busco en la cajita de madera donde Arnau guarda sus cosas de fumar, y me encuentro un trozo rectangular de hachís, terroso y aromático, que aspiro profundamente antes de calentarlo para hacerme un porro. Solo con olerlo mi mente emprende un viaje astral a mil novecientos noventa y nueve. Y de golpe estoy en el Apolo intentando liarme uno igual sentada en el regazo de Arnau, riendo a carcajadas con la desinhibición de los veinte años.

Me da tanta pena que desisto de fumarme eso, no vaya a ser que inunde el salón con mis lágrimas o me ahogue en mi propio vómito del amarillo que me va a dar. Sopeso echarme un rato, dadas las pocas horas de sueño que llevo encima; y mi cama —nuestra cama — me parece la opción perfecta. Paso primero por la ducha, que buena falta me hace, y por un instante parece que el agua caliente y el jabón van a llevarse los restos de mi vergüenza por el sumidero.

Pero no. Cuando me tumbo en la cama envuelta en una toalla, me siento exactamente igual de mal, de sola, de confundida. Arnau no está para hacer una de sus bromas que rompen el hielo y sin él no sé parar este bucle de autocompasión. Así que consigo dormirme con la cabeza en su almohada, que tan bien huele a él, y una pena muy honda. Sabedora de que probablemente es la última vez que hago esto.

32
La magdalena amorfa

Me llamo Arnau y solo me he enamorado una vez. Tengo cuarenta y siete años, pero me he pasado la vida esperando que alguien me quiera, que llene el vacío que me dejaron dos personas fundamentales para mí: mi padre y mi hermano. Tengo la sensación de que nunca terminé de hacerme, soy como una magdalena que a mitad de cocción se desinfla y cuando la sacas del horno, aunque está muy buena de sabor, tiene el aspecto de un bollo informe sin terminar. Ese soy yo, la magdalena amorfa. Dicen que la repostería es una disciplina culinaria complicada, a mí nunca se me ha dado bien. Hay que cuidarse mucho de poner la medida exacta de cada ingrediente, la temperatura justa del horno, el tiempo calculado al milímetro. Los ingredientes a mí me han ido cayendo abruptamente, sin medida, a puñados. La receta de mi vida tenía los ingredientes escritos claramente: una cucharada sopera de felicidad, yo puse una de postre; una cucharadita de café de encoñamiento, voy yo y la echo sopera; una pizca de inseguridad, pues toma dos tazas. Y así con todo. La magdalena amorfa.

¿Por qué me dejé engañar por Raquel por segunda vez? Porque olía a melón, me abrazaba fuerte y me amaba hondo. Porque con ella todo parecía

posible, porque me daba alas. Joder, me hacía volar. Pero de eso hace ya mucho. Y antes de que ella empezara siquiera a pensar en el puto Brad Pitt, que a saber cuándo empezó aquello, tampoco me importa, nosotros ya hacíamos aguas. Quizás todo fue un error. Demasiado bonito, demasiado poético, demasiado parecido a una canción pop. Olvidarme de ella hubiera sido lo correcto, no escribirle jamás una canción, no hacer señales de humo para que ella las viera. Porque, ¿a quién pretendo engañar? Le lancé señales de humo para que me buscara, ¿cuándo?, ¿quince años después? Y ella se tragó el anzuelo. Así que no puedo culparle de lo que nos ha pasado. Barcelona nos ha pasado. Nunca debió venir. No debió tomar decisiones precipitadas arrastrando a las niñas. Aquello fue el error que lo jodió todo. O quizás no, puede que yo la empujase a tener un tercer hijo que no deseaba aunque creyera que sí. Raquel creía muchas cosas, pero no todas las sentía de verdad. Simplemente se obligaba a creerlas para dejar de buscar dentro de sí misma, donde no encuentra consuelo. Yo he sido su consuelo, una magdalena amorfa a medio hacer que ha hecho todo lo que estaba en su mano para hacerla feliz. Y no, mierda, ese no era mi cometido.

Cierro con violencia el cuaderno con tapas de piel que acabo de comprar debajo de casa en una papelería antigua del barrio. Lo he comprado porque el psicólogo me recomendó en su día escribir un diario, y como a los veinticinco me funcionó, he pensado que ahora también serviría de algo. Pero solo he logrado cabrearme. Alcanzo el portátil que descansa sobre la mesita de café y me lo pongo encima de las rodillas. Abro Gmail, le doy a «redactar correo» y, como si estuviésemos de nuevo en mil novecientos noventa y nueve, las palabras me salen solas:

Querida Raquel,

Sé que un correo es lo último que esperas de mí, pero esto no es un correo. Considéralo una de nuestras cartas, solo que no tendrás que esperar una semana para poder leerla.

No pretendo trasladarte la rabia, incomprensión y tristeza que acarreo desde Ibiza. Eso ya lo sabes tú. Te escribo para decirte que solo me he enamorado una vez, de ti. Creo que no sirvo para estar en pareja porque no me quiero a mí mismo lo suficiente como para querer a nadie. No te hagas la sorprendida, tú ya sabías las taras que tengo cuando volvimos a encontrarnos en dos mil catorce. Era un tarado y lo sigo siendo, no tengo remedio. Pero he sido feliz a tu lado, mucho. Y he intentado muy fuerte ser alguien que no soy, jugar a las casitas, a papás y a mamás. Tener una vida normal. Pero no sirvo para eso. Solo soy la magdalena que sale amorfa del horno —no espero que entiendas esto, me llevaría un rato explicártelo—.

No te tengo rencor por lo de Gabriel. Me duele, ciertamente me pincha como si alguien estuviera haciendo vudú con un muñeco que tiene mi cara, no te voy a mentir. A veces siento una aguja atravesarme a la altura de los riñones que me obliga a doblarme por la mitad, como un retortijón de los malos. No me negarás que ese tío es un semidiós y yo a su lado un mindundi. Esto, como te podrás imaginar, no es muy bueno para mi autoestima; pero no pasa nada, lo superaré.

Ha sido una mierda acabar así. Pero de alguna forma había que acabar, porque lo nuestro, Raquel, fue un bonito cadáver y nada más. Ya te lo dije aquella tarde delante de un vermut, ¿o era ya un cubata? Lo nuestro fue una magnífica primera temporada que alargaron artificialmente y, como a nadie le convenció la segunda, la acabaron cancelando. Somos esa serie de HBO que dejamos de ver porque se hizo demasiado larga. Lo he explicado bien, ¿verdad? Estoy «sembrao». Creo que podría hacerme de oro haciéndole la competencia a Mr. Wonderful.

Espero de corazón que encuentres aquello que andas buscando y que, claramente, no soy yo (Mr. Wonderful dixit).

Un abrazo y mucho amor,

Arnau

Cuando acabo el email estoy un poco menos cabreado y del fuego con el que había cerrado el cuaderno solo quedan brasas. Así que las aprovecho para intentar sacarles algunas líneas más a mis entrañas antes de que se apaguen. ¡Hasta me han salido chistes! Se supone que forma parte de la terapia para superar el duelo de la ruptura. Y de duelos sé bastante. Puede que luego, después de unos años, escriba un puñado de canciones con el material de este diario.

Canciones sobre repostería y series de televisión que nadie entenderá y con las que tampoco me haré rico.

33
Era otra época

Aprovechando que Román estaba en la oficina, Irene citó a su madre en casa de él aquella mañana. Raquel hubiera preferido un terreno neutral, la casa de su hermana o una cafetería; por el contrario, su hija mayor se estaba atrincherando en sus dominios para llevarla a su terreno, donde sabría defenderse mejor. Una forma más de fastidiar a su madre, de cuestionar su autoridad y mermar su seguridad, pensaba Raquel de camino al piso de Román Gálvez en Fernando VI.

La relación, según le contó entusiasmada Irene por teléfono, en un tono no exento de retintín, *iba en serio*. Ambos estaban muy enamorados, *Román la quería y la cuidaba*; no había nada que ella pudiera reprocharle. *Nada*, pensaba Raquel, *salvo ser quince años mayor y estar en una relación con una chiquilla que apenas acababa de salir del instituto*. Había algo perverso en todo aquello, pensar en él enamorado de su hija le causaba una sensación incómoda de perplejidad que, pese a verlo ahora claro, cuando era joven y ella

misma estaba con Gabriel, nunca fue capaz de ver. Y, sin embargo, ella era feliz. Eso era lo peor de todo. Que Raquel conocía el precio a pagar por esa felicidad única reservada a los valientes, a los que se atreven con lo prohibido hasta que lo prohibido deja de serlo y se normaliza, pese a la opinión de los demás. Porque los demás desaprueban, opinan, censuran y jamás aceptan del todo. Ella lo sabía, eso había sentido media vida de la cual tampoco se arrepentía; pero estaba segura de que no volvería a repetir. No. De poder volver al pasado, Gabriel no hubiera sido una opción. No obstante, entendía perfectamente a Irene y su obstinación con aquel hombre mayor, aunque no le gustara, lo temiera y le quitase el sueño. La entendía, porque era tan mujer como ella lo fue a sus diecinueve años; descubriendo el mundo a través de los ojos de alguien con más experiencia, sabiduría y carisma. El carisma desorbitado y fagotizante de Gabriel. Solo algo así podía haber enganchado a su hija de aquella forma. Un hombre como Gabriel, como su padre. ¿Era eso posible? ¿Existía de verdad el complejo de Electra? ¿Sería una forma de recuperar el tiempo perdido al verse separada a la fuerza de su padre de niña? ¿O quizás la manera de no enfrentarse a su inminente muerte? Raquel empezaba a delirar cuando Irene le abrió la puerta del coqueto piso de su flamante novio. Se dieron un abrazo rápido y frío que ninguna tenía ganas de prolongar. Su relación madre-hija había naufragado hacía años.

—¿Cómo estás? —Irene rompió el hielo tras invitarla a sentarse y dirigirse a la cocina a preparar un té—. ¿Lo quieres solo o con leche?

—Solo, verde si tiene… Si tienes. —Vaciló antes de seguir hablando, buscando la respuesta correcta a una pregunta aparentemente inocente—. Bien, estoy, ya sabes, reconstruyendo mi vida.

—Mamá, es que es muy fuerte lo tuyo con papá. Aún no doy crédito… ¿Papá? ¿En serio?

—Hija, no he venido a hablar de mi vida personal.

—Ah, ¿no? Solo has venido a decirme lo que debo o no debo hacer yo con la mía, aunque soy mayor de edad y ahora mismo es posible que bastante más madura que tú. A juzgar por tus decisiones los últimos meses, por lo menos.

—No vayas de listilla conmigo, Irene, he venido a aclarar por qué llevas casi medio año ocultándome que te has enamorado de un hombre quince años mayor que tú. A advertirte de los peligros y las responsabilidades que ello conlleva y a tratar de entender, de entenderte. Aunque te sientas muy madura, muy mujer, independiente, la escritora de éxito y todo eso… Sigues siendo mi niña.

—Su niña, dice… Mira mamá, no me hagas hablar, por favor. También era tu niña cuando me arrastraste a Barcelona porque te habías encoñado con Arnau, y cuando empecé a ser una molestia en tu vida, me enviaste de vuelta a Madrid por correo urgente. No me jodas mamá, no-me-jodas.

A pesar de que sabía los derroteros que iba a tomar esa conversación, Raquel no esperaba la inquina con la que Irene lo dijo. El tema tabú de sus vidas, lo que no habían hablado nunca de adultas y ahora su hija se lo soltaba así, a bocajarro, en el peor momento vital de Raquel, que solo había podido bajar la cabeza, resoplar tres veces y mirarse las botas Dr. Martens granates de las que no había sido capaz de deshacerse en más de veinte años. Y pensó que la vida le estaba pasando por encima como un tren de alta velocidad mientras ella se agarraba con todas sus fuerzas a esas botas noventeras, a los recuerdos, a una Raquel que hacía mucho que no existía. Porque la Raquel que se miraba los pies sentada en un sofá barato de IKEA no era sino una mujer madura que se negaba a madurar. Como Gabriel. En el fondo no eran tan distintos.

—Irene… ¿Te has parado a pensar que quizás yo estoy como estoy porque con quince años empecé a salir con tu padre? ¿Se te ha ocurrido alguna vez que no soy una persona completamente

funcional porque me jodí mi adolescencia y juventud por estar con él? —Raquel escupía las palabras con una rabia inusitada, como si al verbalizarlo delante de su hija pudiera deshacerse de ese resquemor que la abrasaba por dentro. Expulsar los miedos y las dudas; redimirla para que pudiera vivir su vida con quien ella quisiera, independientemente de la edad.

—Mamá, no mezcles las cosas. Román no es papá, ¿vale? Deja de creer que me va a joder la vida y todo eso. Aparte de que esa visión es machista y me anula a mí como persona capaz de tomar mis propias decisiones. No soy gilipollas, ¿sabes? Sé distinguir a un capullo cuando lo veo. Digamos que cuando tú tenías quince, no sé, era otra época, erais más inocentes. No sabíais todo lo que sabemos las chicas ahora, mamá. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí, Irene —Raquel empezaba a darse por vencida. En realidad la batalla ya estaba perdida antes de cruzar el umbral del piso en el que su hija parecía sentirse tan cómoda, tan dueña. Del piso, de sus emociones, de su relación—. Entiendo que sabes lo que haces y debo dejarte seguir tu camino. Solo quería que supieras que me preocupo por ti, y que estoy dolida porque me lo podías haber contado. Me hubiese gustado que confiases en mí.

—Es que, mamá… Es tarde para eso. Muy tarde.

Irene, que se había mantenido toda la conversación de pie, sujetando su té caliente entre las manos sin siquiera dar un sorbo, lo dejó intacto en el fregadero y desapareció por el pasillo mascullando un *me voy a la ducha*, apenas audible.

A Raquel le sonó casi como un sollozo y por un instante pensó en ir tras ella, en abrazarla como cuando tenía una pesadilla de pequeña. Pero lo que hizo fue levantarse y marcharse con el corazón encogido mientras la ira iba ganándole el terreno a la profunda tristeza que sentía, como una cuestión de supervivencia. Y cuando llegó a la calle, ya solo era una madre enfurecida y decepcionada. Pero no triste. Triste, no.

34
Un puñado de ovejas

Mamá ronca suave en la habitación del fondo cuando me escabullo por la puerta, con más sueño que ganas, para encontrarme con mi hermana en el portal. Son las siete de la mañana y mi vuelo a Barcelona sale a las diez, que diréis que salgo con mucho tiempo; es que la T4 del aeropuerto de Barajas me pone de los nervios, o Adolfo Suárez, o como sea que se llama. Y además no me quiero despedir de mi madre, ya lo hice anoche. Llevo casi un mes en su casa, soportando una convivencia complicada, pero que a ella le ha hecho mucha compañía. Me da una pena terrible dejarla cuando se ha acostumbrado a tener a alguien en casa. Elvira me reprocha que me vuelva a marchar tan lejos, ahora que había vuelto a Madrid.

He pasado un mes en un limbo. Metida en la antigua casa de mis padres, estancada sin ser capaz de tomar una decisión que encarrilase mi vida y cuidando de una anciana que es un manojo de manías. Mi salud mental dependía de salir de allí. El aire fresco al

salir me obliga a abrocharme la cazadora, el otoño parece haber entrado ya por fin.

Al cabo de un rato conduciendo en silencio, mi hermana parece recordar de pronto que voy de copiloto.

—¿Sabes qué tal está Gabriel? —Es la primera vez que abre la boca desde que me ha recogido y me ha saludado brevemente. La pregunta me quema un poco, desde que estoy en Madrid no he querido acercarme a verle. Aún está en casa y se vale por sí mismo con ayuda de un enfermero que ha contratado unas horas al día, pero tiene muy poca energía. Hablo con él por teléfono de vez en cuando y las chicas me han ido informando de su estado. Más bien Eva, porque desde el tema de Román, Irene no me dirige la palabra.

—Sé que está más o menos estable, dentro de lo mal que está.

—Pero no le has visto.

—No le he visto. ¿A qué viene ese interés?

—A nada, es por hablar de algo.

—Elvira… ¿No hay temas mejores que el cáncer de mi ex?

—Está bien, mira, te lo pregunto porque intento entender algo de lo que has estado haciendo los últimos meses. Eres mi hermana pero en temas sentimentales nunca sé por dónde van los tiros contigo. Esa relación tóxica con Gabriel nunca me pareció bien, ya lo sabes. Lo de largarte con las niñas a Barcelona a la primera de cambio con el *popero* aquel que apenas conocías, ya me dejó loca del todo. Pero ponerle los cuernos con Él… ¿A tus cuarenta y cinco? Chica, no sé, tu vida parece una serie de Netflix.

—Cállate, idiota.

Un silencio incómodo, que se hace demasiado largo por el atasco de la M40, nos envuelve. No tengo nada que contarle, hace mucho que no. De pequeñas éramos uña y carne, pero lo cierto es que nuestras vidas adultas no pueden ser más distintas. Ella, tan perfecta, con sus dos hijos buenos estudiantes y buenos deportistas; su marido empresario y su puestazo en una multinacional… Ella, con

sus trajes sastre tan elegantes, su alisado de peluquería y sus maneras de nueva rica. Y mientras yo, con mis pintas de *grunge* de los noventa en versión madurita —menos mal que se han puesto otra vez de moda los pantalones *cargo*—. No, definitivamente Elvira y yo no somos de la misma especie.

—Y entonces, ¿el plan es quedarte para siempre en un pueblo perdido en las montañas, a lo Heidi?

—No está perdido, está a menos de dos horas de Barcelona. Y ni sé cuánto tiempo me quedaré. De momento es lo que hay Elvira, necesito un cambio de aires y Jordi me ha ofrecido trabajar con él en algo que siempre he soñado. Así que lo tengo que intentar.

—Y ese Jordi, ¿qué tal es? Porque vas a estar sola con él en mitad del monte y apenas le conoces. A ver si va a ser un psicópata.

Resoplo sonoramente.

—Es un cliente de muchos años, mujer, claro que le conozco. Es de fiar, y es una buena oportunidad de crecer en mi trabajo. —De reojo la veo poner los ojos en blanco. Trabajar en una granja haciendo quesos ecológicos de proximidad no se acerca en absoluto a su idea de "crecer en el trabajo".— Seguro que a Eva le encanta la granja y la vida allí. Vamos a estar bien. Además, no voy a compartir habitación con él, tiene una casa independiente que nos va a alquilar, ya te lo he contado.

—Una cabaña de madera de sesenta metros, querrás decir…

—Pues mira, ya es más de lo que tienen muchos en Madrid. No seas agorera…

Volviendo a mis palabras, de pronto la idea de compartir habitación con Jordi se me antoja interesante. Tener el corazón destrozado no está reñido con la debilidad de la carne. Y desde que le conozco, Jordi siempre me ha parecido una suerte de Hugo Silva rural. Supera la cuarentena pero es más joven que yo y, sin ser guapo normativo, me encanta su barba de tres días, su pendiente de aro en el lóbulo izquierdo como un resquicio de épocas más

radicales, su corte de pelo estilo abertzale y sus ademanes de asambleario del 15M. Cumple al cien por cien con el estereotipo de pastor moderno, alguien que experimentó las mieles de la gran ciudad hasta que un día decidió dejarlo todo por un puñado de ovejas y la libertad de tener toda la montaña para él. Ese es Jordi, mi nuevo compañero de trabajo-vecino-amigo-socio. Para mí todo esto solo podría chirriarle a alguien como Elvira, que el único campo que ha pisado en su vida sea probablemente el campo santo.

Lo de Eva es lo único que no tengo claro del todo. Su padre y yo hemos previsto que se venga a vivir conmigo en cuanto me haya establecido un poco, en vista de que con él no podrá contar. Mi madre está muy mayor para ocuparse de ella y en casa de Elvira jamás encajará. Tiene dieciséis años y está tan perdida como yo ahora mismo, así que el cambio nos vendrá bien a las dos. Irene, por su parte, deambula entre la casa de su padre, la de su abuela, la de mi hermana y la de Román con quien, mal que me pese, se acabará mudando antes o después.

—¿Estás segura de que no necesitas que te ayude con el equipaje? —mi hermana pregunta con la boca pequeña. Sé que no tiene ningunas ganas de pagar parking para acompañarme hasta la puerta de embarque, la muy rata.

—No te preocupes, no llevo mucho peso, mis cosas llegarán esta tarde a Fígols en el camión de la mudanza. Voy prácticamente con lo puesto.

—Como quieras. —Se acerca para besarme y darme un abrazo sentido. Cuando ya he sacado medio cuerpo del coche, me dice—: Raquel, espero de corazón que te salga bien esto que estás haciendo. Que te vaya bien de una vez. —Y en esta ocasión es sincera, mi hermana.

35
La pastora de Fígols

(enero de 2025)

La cocina de Jordi es espaciosa y acogedora. Me gusta mirarle mientras prepara café en un fogón que antiguamente hacía las veces de estufa, el hogar donde se reuniría la familia que habitaba esta masía en los meses más fríos, como ahora, solo que Jordi tiene radiadores eléctricos que se alimentan de energía solar. Hace poco invirtió unos cuantos miles de euros en placas suficientes para abastecer de luz su casa y nuestra cabaña. Antes, según me ha contado, los inviernos eran más duros y pasaba más frío. Pero está acostumbrado. Ha sustituido el palestino rojo y blanco que cubre su cuello en otoño por una bufanda jugosa, tejida a mano por una señora del pueblo que nos compra queso. A Jordi en el pueblo le quieren mucho, aunque no siempre fue así. Al principio era el forastero, el chico de ciudad que se había ido a vivir al campo para llevar una existencia tranquila e idílica, del que todos se mofaban.

Hacían apuestas en el bar por ver cuántos meses tardaría en tirar la toalla el nuevo pastor. Porque en Fígols, Jordi era «el pastor», y desde que yo vivía en su casa, me había convertido en «la pastora», y Eva en «la pastorcilla».

En invierno las ovejas no salen a pastar, las alimentamos en el corral. Las tierras están yermas, cuando no congeladas y, aunque aquí abajo no nieva siempre, hace un frío de mil demonios para estar a la intemperie todo el día. Así que cuando hacemos un descanso después de las tareas matutinas en la granja, tomamos café en la cocina de Jordi, que tiene las paredes de piedra y un banco corrido de madera, de origen, que me chifla. Él ha añadido unos cojines de estampado étnico para que resulte más cómodo, aunque a mí me gusta igual sin ellos. Hablamos mucho, Jordi y yo. De la actualidad, de política, de cine, de música, de libros, de animales, de la vida. Me gusta su filosofía un tanto zen y la naturalidad con la que lo afronta todo. Como si no pudiera hacer nada por cambiar ciertas cosas, solamente fluir y adaptarse. *Como hacen los animales*, me dice.

Hoy es jueves. Eva se ha ido al instituto en el autobús que va recogiendo a los chavales de los pueblos más pequeños de la comarca del Bergadà. Este año ha empezado un ciclo formativo de carpintería y construcción con madera, dicen que es un sector con futuro y que hay mucho trabajo. Y a Eva lo de estudiar en la universidad tampoco es que le hiciera gran ilusión. Jordi me mira de reojo con expresión traviesa, la que pone siempre que me ofrece añadir un chorrito de coñac al café. Es el carajillo de los viernes y solo lo hacemos en invierno, para entrar en calor. Pero hoy es jueves. Cabeceo sonriendo, sin negarme del todo.

—Venga, Raquel, que hoy estamos de celebración. —Lo estamos. Ayer Irene me llamó para decirme que en primavera vendrá con Román a vernos. Para conocer la masía y pasar unos días juntos. Acaba de publicar su segundo libro y está en plena promoción, pero

dice que para abril tendrá un hueco en la agenda. Qué orgullosa estoy de ella. La última vez que nos vimos fue hace algo más de un año, en el entierro de Gabriel. Yo acudí con muchas reservas. Egoístamente no me sentía con fuerzas para afrontar su despedida, ni por supuesto enfrentarme a Irene y sus reproches. Hubiera preferido refugiarme en la masía de Jordi, en el mundo paralelo que he creado y en el que me siento a salvo. Egoístamente a salvo. Pero son mis hijas y en un momento así debía estar a su lado. Y no fue agradable, pero tampoco resultó el entierro trágico que imaginaba. Gabriel descansa ahora en el panteón familiar del cementerio de La Almudena de Madrid, junto a su padre, sus abuelos y, a juzgar por su estado en el funeral, pronto también junto a su madre. Lo del panteón a mí me horroriza, pero son cosas de su familia pudiente. Y al menos así mis hijas tienen un lugar donde ir a visitarle.

—Vaaale, ponme un chorritín de nada. —Contesto poniendo cara de pilla. Desde que nos acostamos flota en el aire una complicidad distinta, la de aquellos que han compartido la piel y los susurros nocturnos. Somos amigos, somos socios. Y ahora puede que, a veces, amantes. Aunque Jordi no me busca, ni yo a él. Fue algo que pasó embriagados por una caja de vino tinto de la comarca que le había regalado un amigo bodeguero, y la belleza hipnótica de las llamas de la chimenea de su comedor. Una noche cualquiera que Eva se fue pronto a la cabaña después de cenar los tres juntos. Me sedujo. Porque Jordi es un tío seductor, aunque no parece darse cuenta. Hay algo en su mirada oscura, en su barba descuidada y la delicadeza de sus movimientos —más propia de un músico que de un pastor—, que me resulta magnético. Efectivamente, en Barcelona era músico, tocaba la trompeta en un cuarteto de jazz y daba clases en el conservatorio hasta que un día se cansó. *Las ovejas son predecibles, puedes leer su comportamiento como si fuera una partitura, por eso me gustan,* dice a menudo. Músico, pastor y filósofo. Nos gustamos, sin lugar a dudas, pero yo no me veo ya en

una relación. Y él… Él es un alma libre y su corazón solamente pertenece a la montaña.

Bebemos el carajillo despacio, a sorbitos, sentados en la bancada de madera. Nuestras rodillas se rozan y a los dos el contacto nos provoca un leve escalofrío de placer que no evitamos prolongar. Dejo la taza en la mesa y le beso, así, de improvisto. Es algo que no hacemos nunca, no somos pareja, no nos dedicamos arrumacos. Pero esa bufanda azul le sienta tan bien que no me puedo resistir a sus labios húmedos calentados por el carajillo. Me sabe a alcohol y granos de café sin moler, mientras responde al beso con el anhelo reflejado en la intensidad con que atrapa mi labio inferior entre los dientes, sin apretar, y lo suelta despacio para acariciarme la lengua con la suya. Jordi besa condenadamente bien, posiblemente mejor de lo que nadie me ha besado. Claro que, bien mirado, tampoco me ha besado mucha gente.

Los últimos años con Arnau casi nunca nos besábamos, y ahora que estoy disfrutando tanto de este acto tan íntimo, me pregunto por qué las parejas se devoran a besos al principio de la relación para luego ir perdiendo paulatinamente esa costumbre. Y no me refiero al beso de bienvenida o al piquito de buenos días; hablo de besos, besos. Con saliva, dientes, lengua y ansia. *Ojalá Jordi nunca deje de besarme así.*

Una de sus manos recorre mi espalda hasta que llega al nacimiento del pelo, en la nuca, y enreda en él sus dedos. Me parece que se le va a caer el café que sujeta con la otra mano, cuando me doy cuenta de que ya lo ha dejado en alguna parte, porque su mano derecha me agarra el muslo y lo atrae hacia él para sentarme a horcajadas. Como en la granja siempre llevo *leggins* de algodón —térmicos, ahora mismo—, no tardo en sentir su erección vívidamente entre mis piernas a través del pantalón de *trekking* que lleva puesto. Él es de esos chicos que se pondrían un pantalón de

trekking hasta para el entierro de su abuela, pero no os imagináis el culo que le hace.

Ni siquiera nos molestamos en ir a su habitación, la cocina está más caldeada y nuestra prisa no da lugar a preliminares. Lo dicho, no somos pareja y además es la primera vez que tenemos sexo durante el día. El día está reservado a las ovejas, las gallinas, la fermentación de los quesos y el cuidado del huerto. Pero, qué coño, es jueves y estamos de celebración.

—Tenemos que probar a ponerle lavanda al queso de cabra tierno —me susurra al oído entre jadeos. Me separo para arrearle un puñetazo cariñoso en el pecho —Vete a la mierda, le digo—, y nos da un ataque de risa.

36
Muslitos de pollo guisado con patatas a lo pobre

(Barcelona, 2025)

A las doce y cuarenta y cinco del mediodía de un domingo de abril, Arnau pedía un vermú de grifo en su local favorito del barrio de Gràcia, aquel donde se reencontró con Raquel hace siglos y que seguía frecuentando con cariño. El vermú del domingo a solas con un libro era una costumbre instaurada desde su separación. Una forma de autocuidado que disfrutaba más de lo que su victimismo congénito era capaz de confesar. Estar solo le gustaba, en realidad, siempre le había gustado. Algunas veces después del vermú cogía la moto y se dirigía a casa de su madre para comer con ella. Casi siempre dejaba cocinar a la mujer porque le ilusionaba seguir haciéndole la comida a su niño, y darle algún táper para la semana como cuando tenía veinte años. Ese domingo su madre iba a

preparar muslitos de pollo guisado con patatas a lo pobre, un plato sencillo que se cocinaba solo, en la olla exprés, y que no le daría demasiado trabajo. A la una y media Arnau se acercó a la barra para pagar su vermú. A la misma hora, Montse se sintió mareada mientras bajaba el fuego de la olla para que no se evaporase todo el agua demasiado pronto. No quería que la salsa le quedase seca. Se acarició las sienes con los dedos índices, diciéndose a sí misma que se había levantado del sofá demasiado rápido. Pero el mareo no cesó. A la una y cuarenta la Vespa de Arnau arrancaba con su clásico petardeo de tubo de escape enfilando al Passeig de Gràcia. A la misma hora, Montse sintió que se le nublaba la vista de repente. Los oídos empezaron a pitarle y notó que la pierna derecha, la buena, le fallaba. Se apoyó en el andador y balbuceó una queja por haberse hecho tan vieja, tan pronto; pero apenas pudo articular media palabra con sentido. Se asustó. Sacó el teléfono del bolsillo de la bata y llamó a Arnau, sin siquiera saber si iba a ser capaz de hablar.

A la una y cincuenta Arnau se metía en un absurdo atasco en la Avinguda de Sarrià. Estaban haciendo unas obras de reasfaltado y la vía pasaba en un tramo de cuatro a un solo carril, provocando que todos los coches se apiñaran para tomarlo. Entre una orquesta de desafinados cláxones intentó colarse, como tantas otras veces, por los huecos que dejaban los coches entre sí, con tan mala suerte que un Seat Ibiza con más prisa que él le embistió por el flanco derecho al tratar de incorporarse al carril. Arnau cayó al suelo con la moto encima, de forma más aparatosa que grave, y se armó el follón. El conductor del Ibiza bajó del vehículo visiblemente alterado, lanzando improperios contra los motoristas que se saltan las normas de circulación para evitar los atascos; a lo que Arnau respondía quejándose —no sin razón— de que podía haberle matado. Con el golpe, la Vespa le había abollado un poco la chapa de la puerta, así que ambos convinieron hacer un parte amistoso antes de que la

discusión subiera de tono. Al fin y al cabo, Arnau no tenía ni un rasguño.

Al mismo tiempo que su hijo se caía de la moto, Montse se desplomaba en el suelo de la cocina como un fardo de harina, justo después de apagar el fuego. Un acto reflejo que logró llevar a cabo pese a la confusión en la que se estaba sumiendo su cerebro. Lo último que vio y la tranquilizó bastante fue la pesa de la olla exprés bajar. Después, todo se tornó negra espesura.

Lo que Arnau no sabía era la tremenda contractura muscular en el omóplato izquierdo que iba a dolerle durante semanas a raíz del incidente. Como tampoco esperaba encontrar, treinta minutos después, a su madre inconsciente en la cocina. Un olor familiar a guiso de pollo deleitó sus fosas nasales al abrir la puerta con su propia llave y exclamar, jovial, un «¡Mamá, ya estoy en casa!». Mamá no contestó, por lo que Arnau repitió el saludo, esta vez a mayor volumen, consciente de que su madre estaba algo teniente. Nada. Como seguía sin responder, y ya empezando a preocuparse, avanzó por el largo pasillo hasta el salón, donde esperaba encontrarla dormida con la tele puesta. Sin embargo, ni la tele estaba encendida ni había rastro de Montse. Aquello empezó a olerle a chamusquina e, inconscientemente, sacó de la cazadora el móvil sosteniéndolo en la mano como si fuera un arma. Lo primero que vio fue una llamada perdida de su madre parpadeando en la pantalla y después sus pantuflas de cuadros, horrorosas y más viejas que el toser, seguidas de su cuerpo inerte sobre las frías baldosas cerámicas. *Mierda.*

—¡Mamá! ¿Mamaaaaaá? —La zarandeó varias veces antes de tomarle el pulso. Tenía pulso, aunque lo sentía como amortiguado por una montaña de cojines. Era lento, casi imperceptible, pero estaba. No tenía ni idea de qué hacer. Nunca había aprendido a hacer la maniobra de reanimación por más que Raquel hubiera intentado enseñarle mil años atrás. Así que llamó al 112 y se sentó a

su lado a esperar, abrazándose las rodillas como un niño desvalido mientras trataba sin éxito de contar respiraciones fuera de control.

Entonces tuvo una revelación: no sería capaz de comer muslitos de pollo guisado con patatas a lo pobre en lo que le quedaba de vida.

37
La Montse

Tengo que reconocerlo, Román Gálvez tiene una planta como para encargarle una escultura de su desnudo al mismísimo Miguel Ángel. Y es educado hasta extremos que rozan lo repelente. Sin embargo, esos ademanes de lord inglés le salen con naturalidad y concuerdan con su rostro aristocrático de facciones rectas y simétricas. Todo en él sorprende cuando te cuenta que es del barrio de Aluche. Y no es que Aluche esté muy lejos del mío ni sea muy diferente, pero en los 90 Aluche era otro mundo. Algunas zonas de Carabanchel podían resultar hostiles, pero para cruzar al lado oscuro de Aluche a ciertas horas había que tener agallas. Yo no las tenía. En el instituto tuve algunas compañeras de allí que nunca querían quedar en su barrio. Cuando nos aburríamos de Argüelles, de Moncloa, de Alonso Martínez y de Bilbao, frecuentábamos otros barrios, explorábamos nuevos horizontes, pubs en su mayoría de barrio, con futbolín, máquina de dardos o billar. Donde los parroquianos solían oscilar entre los quince y los cuarenta años. Los bajos de Opañel, por

ejemplo, fueron mi casa y la de mi amiga Ruth una buena temporada. Pero Aluche no. Allí no íbamos.

Observo embelesada cómo Irene mira a Román mientras este relata anécdotas, una tras otra, de la ferretería de su padre. Me enternece y a la vez la envidio por estar sintiendo tanto por alguien que la corresponde y la quiere bien. He estado muy equivocada mucho tiempo, pero ella me ha dado la oportunidad de desdecirme y nunca le agradeceré lo suficiente que se haya bajado del burro. Porque yo no me iba a bajar. Mi hija está radiante, ilumina con su mirada verde agua la mesa en la que nos reunimos de sobremesa después de degustar unos *calçots*, que a Jordi le ha traído un amigo de Valls y hemos cocinado a la brasa con salsa romesco. En mis mejillas aún hay restos del hollín que Jordi me ha plantado al acabar de zamparse los suyos, como manda la tradición; pero estoy tan contenta que ni me he preocupado de limpiarme delante de un espejo. Nadie diría que es lunes.

Eva comparte con Jordi un cigarro de liar, vicio que no me entusiasma aunque prefiero que no me lo oculte como hacía antes. Está feliz de ver a su hermana y, a pesar de que Román al principio le generaba desconfianza, —ese *pureta pijo*, solía llamarle—, con un par de bromas parece haberse ganado su simpatía. Tiene un don con las personas, Román, de eso no hay duda.

—Román, ¿y tu madre a qué se dedica? —le pregunto, animada, mientras me sirvo el segundo chupito de licor de hierbas. El chico enmudece y su rostro se torna sombrío. Miro a Irene interrogante intentando que no se note y ella me devuelve un gesto reprobatorio. No sé qué me he perdido.

—Mi madre era maestra de guardería, pero lo tuvo que dejar hace unos años. Sufre un Alzheimer muy avanzado.

—Ostras, Román, disculpa, no lo sabía.

—No pasa nada, claro que no lo sabías.

—¿Y cómo…? ¿Quién se ocupa de ella? ¿Tenéis ayuda?

—No, ayuda no. Ahora ya está en una residencia, nosotros no dábamos abasto, pobrecilla. Hasta hace poco la cuidábamos mi padre, mi hermana y yo. Pero necesita atención veinticuatro/siete, si le da por salir a la calle o cualquier cosa, no quiero ni pensarlo. Decidimos llevarla a una residencia cuando se perdió.

—¿Cómo que se perdió?

—Sí, sí, que mi padre se quedó dormido a la hora de la siesta y ella cogió la puerta y se largó. Estuvo casi dos días desaparecida. La encontraron durmiendo en un portal cerca de Cuatro Vientos.

—¡Madre mía!

—A mi padre casi le da un infarto, y además no se lo perdona por ser quien estaba entonces con ella. Siempre se ha tomado lo de cuidarla como una obligación solo suya, le cuesta mucho delegar. Y tendríais que verle con ella, sigue enamorado como un quinceañero, qué pena de hombre.

Al acabar su relato, Román se bebe de un trago su chupito y besa a Irene, que le aprieta fuerte la mano con los dedos entrelazados y apoya la cabeza en su hombro. Jordi se levanta y pregunta quién quiere café. «¿Con leche o tocado?» Nos metemos dentro de casa para tomar el café, y yo enciendo la chimenea del salón mientras algunos se descalzan y ocupan los sofás frente a ella. Para alegrar un poco la severidad en que nos hemos sumido un poco todos, Irene propone echar un Trivial; aunque la pereza nos impide, de momento, movernos hasta que la cafeína nos haga efecto.

A mí me duele hasta la uña del meñique. Esta mañana hemos subido caminando a Los Rassos, donde llevamos a las ovejas a pastar en primavera con el permiso de las almas de los mineros de carbón que habitaban ese despoblado, el más alto de España. Yo nunca he sido muy de montaña, bueno, ni muy ni nada. Pero desde que vivo en Fígols acompaño en ocasiones a Jordi con el ganado. Son jornadas eternas, caminatas larguísimas que me dejan agujetas en las piernas varios días, aunque mi cuerpo las agradezca. A pesar

de mis rachas de *runner*, correr por la ciudad no se parece en nada a subir una montaña como las cabras.

—No corráis tanto cuesta arriba, que me va a dar una rampa en el gemelo. —Les he dicho a las chicas en la recta final del camino a Los Rassos—. Joder, parezco una abuela. —Me he quejado.

—¿Y qué quieres, mamá? Con cuarenta y siete años, ¿qué quieres? —Se ha burlado de mí Eva con su habitual retranca.

Me gusta pensar que cuando subo aquí me protege la Peguera, la roca que se alza, imponente, justo detrás del despoblado, cobijándolo de las corrientes de aire helado o dándole sombra en verano. En su cima aún se apreciaba el manto breve de las últimas nevadas, tristemente, cada vez más escasas. Un tímido sol de primavera nos ha calentado al final de nuestro paseo, del que ahora solo unas horas después no hay ni rastro. Parece que va a llover, a juzgar por los nubarrones negros que se ciernen a lo lejos sobre la torre del Conde de Fígols. Mientras tomamos una decisión con respecto al Trivial, que descansa sobre la mesita sin que nadie se anime a abrir el tablero, Eva ha salido a recoger el resto de vajilla que se ha quedado fuera. Le encanta ayudar a Jordi en las cosas de casa, con lo vaga que ha sido siempre mi hija pequeña.

Entra con una pila de platos en la mano derecha y con la izquierda me lanza sin avisar mi móvil, que estaba sobre la mesa emitiendo a todo volumen los primeros acordes de guitarra de *The man who sold the world* en el *MTV unplugged* de Nirvana, que tengo por tono de llamada.

—¡Eva! ¡Que casi me abres la cabeza! —le espeto.

Me produce un tremendo rechazo atender a una llamada en ese momento de plácida reunión familiar, la verdad, pero cuando veo en la pantalla el nombre de quien me está llamando decido que debo cogerlo. Al descolgar él tarda unos segundos en hablar, cosa que no me extraña dado que hace más de un año que no nos escuchamos la voz.

—¿Arnau? ¿Hola?

—Hola, Melona. —El mero hecho de que me llame así, después de tanto tiempo, no presagia nada bueno—. Menos mal que me hago contigo, llevo todo el día llamándote.

—Es que estoy en la masía con las niñas, Irene ha venido de visita con Román y hemos salido de excursión esta mañana.

—¡Qué bien! Pero eso es fantástico, Raquel, cómo me alegro de que hayáis hecho las paces. —Parece que al volver a llamarme Raquel ha recuperado un poco la distancia que nos impusimos cuando nos despedimos definitivamente en el portal de Gràcia, después de ayudarme a cargar las últimas cajas en una furgoneta de alquiler. Que me llame Raquel me tranquiliza, pero no del todo. Su voz se finge jovial aunque yo sé que no está bien. No necesito muchos segundos de conversación para leer entre líneas. Arnau es transparente.

—Supongo que no me llamabas para charlar, después de tanto tiempo.

—Bueno… No…, pero si quieres charlar, charlamos.

—Dime qué te pasa y luego ya decidimos si hablamos más, ¿no? Porque algo te pasa. —Se queda callado y de pronto empieza a emitir unos quejidos como de cachorro al que le acaban de pisar la patita. Al principio no entiendo qué está haciendo hasta que, imbécil de mí, me doy cuenta de que está llorando—. Arnau… ¿Estás bien?

—No, qué voy a estar bien… Melona, que se ha muerto la Montse. —Y lo dice así, como si para mí tuviera más entidad como ella misma que como su madre. Como si su carisma fuera suficiente para no utilizarse con ella ningún calificativo que no sea únicamente su nombre. La Montse. Menuda mujer.

—Ostras… ¿Pero cómo?

—Pues de un derrame, Raquel, un ictus le ha dado, así de repente. Me la encontré ayer tirada en el suelo en su casa.

—Joder, Arnau… ¿Estás con alguien?

—Sí, han venido mi tía y mi primo de Madrid, estamos en el tanatorio. Mañana la entierran en el cementerio de Montjuic. Por lo visto tenía comprado un nicho allí desde hace mucho tiempo, no tenía ni idea, ya sabes lo que le gustaba ver el mar. Te quería preguntar si te apetece venir, pero ahora no sé si es buena idea.

—Debo ir, claro que voy. Qué bonito, Montjuic.

—El entierro es mañana a las doce de la mañana, antes habrá una misa, ya sabes, en catalán. Va a venir un amigo suyo cura, de cuando iba a Montserrat con las Juventudes Católicas. Movidas suyas… ¿Te dará tiempo a llegar?

—Sí, sí. Bueno a la misa no sé si voy, ¿eh? Pero luego al cementerio sí. Le pido el coche a Jordi.

—¿A Jordi? Ah sí, el pastor, claro. —No sé por qué me parece atisbar una pincelada de celos en su modo de decirlo, y siento una culpa tan repentina como anacrónica—. Luego te mando un mensaje con la ubicación exacta.

—Perfecto, nos vemos allí.

—Va a ser raro, Melona.

—No va a serlo, idiota. Era tu madre, cómo no voy a ir.

La saliva que trago tiene un sabor acerbo. Soy perfectamente consciente de que uno llega a una edad en la que los propios padres y los padres de los amigos se van muriendo. Pero no por ser más consciente duele menos. Montse nunca fue santo de mi devoción, ni yo de la suya. Aún con eso, siempre admiré su entereza y valentía para seguir viviendo cuando lo había perdido casi todo. Y su amor infinito por Arnau, lo único que le quedaba. Espero de corazón que allá donde esté, la acompañen su marido y su hijo pequeño, por fin. Definitivamente, uno llega a una edad en la que los propios padres y los de los demás se tienen que morir; pero no se acostumbra. Cuando cuelgo a Arnau todos me están mirando. *Joder, qué racha mamá*, dice Eva. *Qué pena, la Montse,* añade Irene.

—No me miréis así, hombre. Venga ese Trivial.

38
Y dice la gente que ahora eres formal

«Cadillac solitario», Chico Blanco

La atmósfera esa mañana en Montjuic era sofocante. El cielo plomizo estaba congestionado y no parecía querer descargar una tormenta que a Raquel se le antojaba inminente; la temperatura era alta para el mes de abril y el ambiente abochornado espesaba el aire. Los días como aquel en Barcelona solía costarle respirar. Como si la humedad convirtiera el oxígeno inmóvil en una materia densa que no cabía por las fosas nasales. Era uno de esos días. Sin embargo, el cementerio lucía hermoso frente al mar. Los nichos se distribuían en terrazas como cultivos yermos cayendo a lo largo de toda la ladera de la montaña, formando colmenas de almas desahuciadas que, sin embargo, descansaban acompañadas las unas de las otras. Uno de esos nichos era el que Montse había comprado en secreto, años

atrás, para pasar la eternidad allá arriba. Una última decisión de aquella mujer fuerte, que había esparcido las cenizas de su marido y su hijo, con quienes ya no tenía nada que compartir. Alguna creencia, seguramente más cercana a la superstición que a la religión, la habría llevado a preferir que sus restos mortales se quedaran en el cementerio más bello de su ciudad, en lugar de desintegrarse en el agua del mar.

Decenas de personas, muchas más de las que esperaba, se congregaban en torno a unos bancos al aire libre colocados en formación frente al altar en una explanada del cementerio. Si el tiempo no lo impedía, la misa sería allí. Raquel hubiera preferido ir directamente al entierro, pero apenas había podido pegar ojo esa noche, a las siete de la mañana estaba ya levantada y vestida; con lo que condujo el coche de Jordi hasta Barcelona y se presentó en el sacramental a primera hora. Por eso aprovechó para pasear sola por las empinadas y angostas calles que conformaban aquella ciudad de los muertos, que siempre había visto desde la carretera. Era un lugar majestuoso y sobrecogedor.

Marian acababa de llegar y juntas estaban decidiendo dónde debían sentarse. Ninguna frecuentaba iglesias a menudo.

—Te veo muy guapa, ¿qué tal las cosas con el pastor? ¿Y esto qué es? —le dijo nada más llegar, agarrando el cinturón de la gabardina color mostaza que se había puesto sobre la única ropa negra que tenía.

—Pues una gabardina, ¿qué pasa?

—Pues que es amarilla, Raquel.

—¿Y qué quieres? ¡Que vivo en el monte! Es la única prenda de lluvia un poco de vestir que tengo, y si miras al cielo te darás cuenta de que a la playa no vamos a ir.

—Me descojono contigo, y los labios rojos, ya te vale. Pero estás espectacular, ¿eh?

En ese momento la vio Arnau —como para no verla— y se acercó a ellas tan rápido que casi corría. Parecía ansioso por verla. Le dio un abrazo a Marian y al llegar hasta Raquel esta, sin pensarlo mucho, le dio un beso en los labios, breve, un roce, cuando él se disponía a dárselo en la mejilla. Él la miró sorprendido, sin saber muy bien qué hacer, a lo que Raquel respondió tomándole de las manos sudorosas. Le veía demacrado, con más ojeras que nunca y delgado como a los veinticinco años.

—Pareces Renton otra vez, ¿qué te ha pasado? —la pregunta, lo pensó enseguida, sobraba por lo obvia. Arnau cuando estaba triste comía poco y fumaba mucho. Se consumía. Probablemente eso era lo que había estado haciendo el último año; y encontrarse a su madre fulminada por un derrame cerebral, por fuerza no iba a mejorar su aspecto.

—Cómo te pasas, Raquel… —sonrió, para su sorpresa.

—Perdona, me ha salido del alma, qué metedura de pata. ¿Qué tal estás?

—Pues… Mal. Cuando empezaba a estar bien ya… ¡Zasca! Toma hostia. Es lo que ocurre siempre, ¿no? La felicidad duele. A mí ser feliz siempre me roba algo.

Se observaron en silencio, recordando todo lo que la felicidad les había robado.

—¿Quién es toda esta gente?

—Son antiguos compañeros del colegio donde trabajaba, fueron muchos años, por allí han pasado veintenas de personas. También hay antiguos alumnos y, no sé, gente de la Acció Catòlica Obrera, supongo. No conozco ni a un tercio de la gente. Mi tía se ha encargado de avisarles a todos. Es curioso, en el entierro de Xavi estábamos prácticamente solos y ahora…

—Se ve que la querían, a la Montse.

—Parece mentira, ¿eh? Con lo borde que es. Era.

—Sus razones tenía para estar un poco amargada, Arnau. Pero era una madre buenísima.

—Buenísima —aseveró para sí mismo asintiendo varias veces con la cabeza—. Llevas su reloj —dijo de pronto al ver en su muñeca el pequeño Patek Philippe.

—Lo he traído para devolvérselo.

—Entonces, yo se lo guardaré. —Y la ayudó a quitárselo rozándole el brazo con los dedos para después meterse el pequeño reloj en el bolsillo.

Tratando de pasar desapercibidas, Raquel y Marian se sentaron en la última fila de bancos; mientras Arnau se colocó junto a su tía y su primo en las primeras posiciones. Ella nunca había asistido a una misa en catalán, y aunque no recordaba la última vez que había pisado una iglesia, estaba segura de que aquella ceremonia nada tenía que ver con un oficio tradicional. En el responso de su padre, Irene subió al altar a leer un relato totalmente laico que había escrito en honor a su abuelo, y al acabar, el sacerdote los pulverizó a todos con una mirada capaz de encender la llama en la que arderían en el infierno. Sin embargo, este sacerdote era algo fuera de lo común. Tanto que al final de la misa permitió que un grupo de personas con guitarras, en las que Raquel no había reparado antes, saliera a tocar el *Mediterráneo* de Serrat. *A tus atardeceres rojos se acostumbraron mis ojos como el recodo al camino (…)* Se le saltaron las lágrimas escuchándola, sonaba un poco a coro de misa pero les quedó una versión preciosa. *Si un día para mi mal viene a buscarme la parca, empujad al mar mi barca (…)* Sabía que era la canción favorita de Montse porque lo decía a menudo. *En la ladera de un monte más alto que el horizonte quiero tener buena vista (…)* Arnau se dio la vuelta buscándola en las últimas estrofas, desde lejos, con los ojos empapados por el llanto y los labios temblorosos alcanzó a pronunciar un "gracias". Y Raquel rompió a llorar como no lo había

hecho en años. A contraerse en espasmos, a hipar y moquear. Lo lloró todo junto, qué alivio tan gratificante. Qué catarsis más tonta.

El nicho de Montse era una oquedad en la cuarta fila, tercera columna, de una de esas terrazas repletas de sepulturas con buenas vistas, como decía Serrat. Allí la dejaron, satisfechos, su familia y amigos; tantos que era imposible contarlos con los dedos de las manos. Al ver ese heterogéneo grupo de personas despidiendo con devoción a la madre de Arnau, Raquel entendió por qué se prendó de él desde el primer momento, por qué se aferró a ese amor incondicional que él le regalaba cada día, sabiendo que probablemente no encontraría a una persona tan buena como Arnau. Y le echó mucho de menos.

—¿Te vuelves ya a la masía o te quedas un rato? —Se le había acercado del brazo de su tía, que estaba rota la pobre mujer.

—No sé, Arnau, ahora querrás estar con tu familia. —Lo dijo mirando a la hermana de Montse, que permanecía ausente con la mirada perdida entre las tumbas. Marian tomó de la mano a la anciana, apartándola de Arnau para que pudieran hablar a solas. Arnau se acercó mucho a Raquel, tanto que su barba de varios días le hizo cosquillas en la mejilla.

—Con quien me apetece estar ahora es contigo —se lo dijo al oído como un secreto que solo ella podía escuchar, la promesa de un anhelo que ninguno de los dos podía cumplir. Raquel no fue capaz de responder a aquello. El funeral había alterado su consciencia igual que una sustancia psicoactiva, solo tenía que dejarse llevar y pasar un rato con Arnau. Algo que no sabía que necesitase tanto y, sin embargo, lo necesitaba. *¿Qué podía salir mal?* Se separó de él unos centímetros para poder mirarle a los ojos sin tener que nublar la vista —así de cerca estaban—, y le dijo que *ok,* que se quedaría. Arnau dijo algo de acompañar a su tía y su primo hasta el coche y que se verían en la puerta del cementerio, que tenía allí aparcada la moto. *Madre mía, la moto,* pensó Raquel. Eso sí que no se lo

esperaba. Y poco a poco, entre susurros, manos sudorosas, canciones de Serrat y una Vespa azul milenaria; su coraza compuesta por una montaña, un puñado de ovejas y un pastor que besaba como los dioses empezó a reblandecerse como las costras en agua tibia.

—Raquel, ten cuidado con eso. —La advirtió Marian antes de despedirse señalando con la cabeza a un Arnau que caminaba de espaldas con lo que quedaba de su exigua familia.

—No te preocupes mujer, está hecho polvo y necesita compañía. Lo tengo controlado.

—¿Segura?

—Segura. Mi corazón solo pertenece a la montaña.

Se encontraron junto a la moto y media hora después, sin saber Raquel muy bien cómo, habían llegado al Tibidabo. Ella no pisaba el parque de atracciones desde que las niñas eran pequeñas. A Arnau le encantaba ir de vez en cuando, decía que le traía muy buenos recuerdos de cuando su padre aún vivía. Era de lo poco que recordaba de él y no se cansaba de contar una y otra vez las batallitas del Tibidabo con su padre. Aquella mañana no fue diferente, pero Raquel fingió que era la primera vez que lo escuchaba. El ketchup del perrito caliente que estaban devorando con auténtica avidez le chorreaba por la barbilla cuando él le propuso montar en la noria.

—Hace mucho que no monto en un chisme de esos, igual vomito.

—Si nos montamos en la cesta roja te prometo que no vas a vomitar. Es la mejor de todas.

—Y la que más alto sube.

—Y la que más alto sube.

Acabaron el perrito, agotaron las escasas servilletas que les habían dado en el puesto y se limpiaron los restos con la mano el uno al otro en un gesto tan íntimo como cotidiano. Solo que ellos ya no tenían nada cotidiano que les uniera. Iba a ser raro, Arnau tenía

razón y Raquel no había calibrado cuánto. Se montaron en la cesta roja porque no podía ser otra, y el azud comenzó su rotación en una metáfora del eterno retorno que era su relación.

—Me encanta tu gabardina, es superdiscreta para un funeral.

—Y dale.

—No, en serio, te queda de coña.

—Por fin ha podido ser.

—¿El qué ha sido?

—Te he acompañado en el entierro de un ser querido.

—Ya me acompañaste cuando la Mahou.

—Arnau, no enterramos a la Mahou. Me refería a tu hermano.

—Ya sé a lo que te referías, Melona.

—¿Ya no me llamas Raquel?

—Melona me gusta más.

—Cuando se murió Xavi no estuve a tu lado, no te tomé de las manos y te dije: lo siento, puedes contar conmigo. Siempre me he arrepentido.

—Casi no nos conocíamos, no tenías porqué.

—Y, sin embargo, nos conocíamos más de lo que creíamos. Me alegro de estar acompañándote ahora. Déjame decirlo: lo siento, puedes contar conmigo.

—Pero ya hace tiempo que me has dejado y, probablemente, me habrás olvidado. No sé qué aventuras correré sin ti…

—Y ahora estoy aquí sentado en un viejo Cadillac de segunda mano, junto al Mervellé, a mis pies mi ciudad…

—Es curioso, nunca me gustó Loquillo, pero esta canción…

—A mí tampoco, me parece un soberano gilipollas.

—Y un facha.

—Y un machista.

—Y dice la gente que ahora eres formal…

—¡Lo soy, idiota!

—Y yo aquí borracho en el Cadillac…

Raquel le asestó un puñetazo cariñoso en el hombro para que se callara y, mientras él se masajeaba dolorido de veras, ambos rieron a carcajadas, de esas que hacen cosquillas en el alma y te dejan exhausto y satisfecho como un orgasmo. Arnau se encendió un cigarro. La noria seguía dando vueltas sin fin mientras algunas gotas de lluvia se precipitaban contra el cacharro haciendo un ruidito metálico al chocar. *Clac, clac, clac*.

—¿Raquel?

—¿Qué?

—¿Qué día es hoy?

—Martes, ¿por?

—Por nada.

Los siguientes segundos el aleteo de un ejército de mariposas acalló el sonido de la lluvia, mientras sus corazones, rendidos, agitaban la bandera blanca batiéndose en retirada. De todos modos, hacía tiempo que habían perdido la batalla. Raquel le quitó el cigarrillo de la boca y le dio una calada, dejando su pintalabios rojo marcado en la boquilla.

FIN

Epílogo

La primera vez que la vi llevaba puesto el vestido verde lima que le trajo mi padre de un viaje a Valencia. Lo compró en El Corte Inglés, que por entonces era lo más de lo más, y le ayudó una dependienta muy amable que le aseguró que era el color de moda ese verano. Cuando lo desenvolvió, mi madre torció el gesto y le dijo que ella no se vestía de mojito. Así se lo dijo: *¿Te crees que me voy a vestir yo de mojito?* Eran los inicios de los años 80 y probablemente solo había visto los mojitos en las películas americanas, pero le pareció un comentario de lo más ingenioso. Mi padre agachó la cabeza, masculló algo como *qué carácter de mujer,* y colgó el vestido en el armario, donde permanecería hasta que yo lo vaciase para donarlo a la beneficencia.

Sin embargo, la primera vez que vi a Montse en el cementerio llevaba puesto el vestido verde lima. En honor a mi padre, me dijo; y que en realidad no era tan feo, añadió. Desde entonces, cada vez que acudo al cementerio de Montjuic me encuentro con ella siempre vestida muy elegante, como de domingo, y en colores alegres. Se ríe

con mis chistes con una risa franca, sin rastro de la pena que siempre le he conocido. Diría incluso que es feliz.

Hoy lleva una falda sembrada de pequeñas flores malva y azul turquesa con una blusa amarillo chillón. Lo de combinar colores se ve que en el más allá no lo tienen muy en cuenta. Se me ha sentado al lado en un banco y me ha contado que el señor del nicho contiguo el otro día le regaló sus flores, y que la quiere invitar a cenar. *Pero ¿qué cenar?* le he dicho yo, *si los muertos no cenan. ¡Qué cosas tiene este hombre!* Y se ha reído abiertamente. Por lo visto ha ligado, la Montse.

—Y tú, ¿qué? ¿Algún avance con la madrileña?

—*Mare* no hay quien te entienda, en vida no la tragabas y ahora dale que dale con que vuelva con ella.

—Ay *fill*, es que te estás haciendo mayor para estar solo.

—*Hòstia mare*, no hay quien pare contigo.

—¡Arnau! ¡Esa boca!

—Por cierto, esa blusa no pega nada con la falda que llevas, ¿de dónde la has sacado?

—Qué cosas tienes, pues de dónde la voy a sacar, del armario.

Omito recordarle que ya no tiene armario y que todo lo que había en él está en la Cruz Roja del barrio de Gràcia. Permanecemos un rato más sentados en el banco, en silencio, hasta que ella mira el reloj, un Patek Philippe de mujer minúsculo; y se levanta como si tuviera que estar puntual en algún sitio. De pronto parece el conejo de Alicia en el País de las Maravillas.

—¿Te vas ya? —le digo.

—Prométeme que no te vas a quedar solo como yo, hijo —contesta.

—Estoy bien solo, *mare*, no sé si me quiero complicar la vida otra vez. Y mucho menos con Raquel. Ella es… Está… siempre ha sido demasiado para mí. Ni siquiera tengo claro que me quiera.

—Claro que te quiere. Una mujer no se muda a seiscientos kilómetros de su casa con dos niñas pequeñas si no es por amor verdadero.

—Eso fue hace muchos años.

—¿Pero qué dices? Si fue el año pasado. —También omito decirle que la memoria de los muertos deja mucho que desear.

—No sé, *mare*. ¿Tú crees que esta vez podría funcionar?

Dejo la interrogación flotando en el aire antes de mirar de nuevo hacia ella, pero se ha esfumado. La Montse es así, viene y se va cuando le da la gana y siempre me deja alguna frase lapidaria en la que pensar hasta que vuelvo al cementerio otro día. Respiro hondo y disfruto de un precioso atardecer.

—Hasta la próxima, mamá.

Agradecimientos

Gracias mis lectoras cero por creer en mí. A Marta, Tana y la gente de Barcelona por formar parte de esta historia y de la mía propia. A mis antiguos compañeros de estudios por el asesoramiento editorial y científico.

Gracias a mi gran familia, a mi padre y a mi madre.

A Carlos por tener siempre un paraguas abierto bajo el que cobijarme.

A mis hijos porque, sin ellos saberlo, son la mayor inspiración.

Y a vosotras y vosotros por leerme.

Índice

Primera parte

1. Raquel 9
2. El Apolo 11
3. Arnau 21
4. Un bol de gelatina 25
5. Vainilla y coco 29
6. Nirvana 35
7. Tic-Tac 37
8. Un puñado de arena 41
9. Gabriel 51
10. Marian 57
11. Xavi 61
12. Primer martes 65
13. Segundo martes 73
14. Navidad 79

15. El Efecto 2000 87
16. Primavera 93
17. Barcelona, otra vez 99
18. Renton y Diane 103
19. Ese algo entre tú y yo 107
20. Vacas felices 111
21. Sarrià 115

Segunda parte

1. Pezones del tamaño de un CD 123
2. «¿Quién inventó la mierda esa del brunch?» 127
3. Por Dios, que le lluevan las ofertas 135
4. ¿Qué hiciste anoche? 141
5. El cielo en la tierra 147
6. ¿Sabes qué es un meme? 155
7. De perdidos al río 159
8. Demasiado machista para la generación zeta 171
9. Hordas de ancianos dopados 181
10. La moto azul de Arnau 185
11. Y el destino, ¿qué? 189
12. Solo las hembras pueden ser tricolor 209
13. Un salto al vacío 213
14. La absurda idea de Irene desnudándose 219
15. Yo soy esa persona 221
16. Una amputación de cerebro 229
17. Popero llorica 231
18. ¿Te pones ese pijama siempre que ligas? 243

19. Traes cara de vinagre 251
20. Con un solo dedo 263
21. No es recomendable montar en ascensores descalza 275
22. No vamos a decírselo a mamá 281
23. Cansada de cargar con esa mochila 285
24. You made me feel fucking alive 289
25. De la selva africana 295
26. Con catorce años yo jugaba con la Chabel 303
27. Silencios con nuevos nombres 313
28. El suelo es lava 325
29. Largas como un día sin pan 333
30. Cecilia Roth en Martín Hache 339
31. ¿Y si la trata bien? 351
32. La magdalena amorfa 357
33. Era otra época 361
34. Un puñado de ovejas 365
35. La pastora de Fígols 369
36. Muslitos de pollo guisado con patatas a lo pobre 375
37. La Montse 379
38. Y dice la gente que ahora eres formal 385
Epílogo 393
Agradecimientos 397